CON LAS ARMAS DE LA FICCIÓN
EL IMAGINARIO NOVELESCO DE LA GUERRILLA EN MÉXICO (VOL. I)

Patricia Cabrera López
Alba Teresa Estrada
Prólogo de Lancelot Cowie



COLECCIÓN
DEBATE Y REFLEXIÓN

Universidad Nacional Autónoma de México
Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Ciencias y Humanidades

Patricia Cabrera López

Nació en Tuxtla Gutiérrez, Chiapas. Es doctora en Literatura (Mexicana) por la UNAM, en cuya Facultad de Filosofía y Letras cursó la licenciatura en Lengua y literaturas hispánicas y la maestría en Letras. Estudió Sociología de la literatura en la École des Hautes Études en Sciences Sociales, de París, y Semiótica en la Università degli Studi de Bolonia. Es investigadora titular en el Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Ciencias y Humanidades, y profesora en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM. Ha dirigido tesis de los tres grados de educación superior, y sido profesora invitada, ponente y conferenciante en varias universidades de México y de otros países. En 2011 la UNAM le otorgó la medalla "Sor Juana Inés de la Cruz". Su línea actual de investigación es "Literatura, cultura y política en América Latina". Es responsable del proyecto "Literatura y política en México. Siglos XX y XXI". Algunas de sus publicaciones: *Una inquietud de amanecer. Literatura y política en México, 1962-1987*, 1ª reimp., México, CEIICH-UNAM / PyV, 2007. Coordinación de libros colectivos: *Variedad de géneros y siglos en la literatura latinoamericana*, México, FCPyS-UNAM / PPEL / Sitesa, 2010, y *Pensamiento, cultura y literatura en América Latina*, México, CEIICH-UNAM / PyV, 2004. Ponencia in extenso: "La narrativa del 68 a través de los años: debate literario y político", en *Ficción y realidad en América Latina. 2° Congreso Internacional Entrecruzamientos en la América Hispana*, México, UAM-A / Universidad de Alicante / SHCP, 2011, p. 31-43.

Alba Teresa Estrada

Nació en Chilpancingo, Guerrero, Es doctora en Ciencia Social con especialidad en Sociología por El Colegio de México. Se graduó como licenciada en Sociología y realizó estudios de maestría en Sociología Política en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM. Es investigadora titular del Programa Procesos de Democratización en el Marco del Siglo XXI del Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Ciencias y Humanidades de la UNAM. Entre sus líneas de investigación figuran: Procesos de democratización, acción colectiva y cambio político en México y América Latina; Movimientos sociales, partidos políticos y democracia alternativa en Guerrero y Los debates sobre el método en las ciencias sociales y las humanidades. Algunas de sus publicaciones: *Guerrero: sociedad, economía, política y cultura*, CIIH-UNAM, México, 1994 (Biblioteca de las Entidades Federativas); "Guerrero", en Pablo González Casanova y Jorge Cadena Roa (coords.), *La República Mexicana, modernización y democracia de Aguascalientes a Zacatecas*, vol. II, La Jornada Ediciones-CIIH-UNAM, México, 1994, pp. 85-117; *El movimiento anticaballerista: Guerrero 1960. Crónica de un conflicto*, Universidad Autónoma de Guerrero, Chilpancingo, 2001 (Colección Textos de Investigación); "Sociología e interdisciplina en el estudio de los movimientos sociales y el cambio político" en Blazquez, Norma y Patricia Cabrera (coords.), *Jornadas Anuales de Investigación* del CEIICH, México, CEIICH-UNAM, 2005, pp.93-99, y "Convergencias y divergencias disciplinarias entre ciencias sociales y humanidades: sociología e historia", Alba Teresa Estrada (coord.) *Interdisciplina. Enfoques y prácticas*, México, CEIICH-UNAM, 2010, pp. 57-72 (Colección Debate y Reflexión, 31).

Fotografía portada:
Rosendo Radilla (luchador social y compositor guerrerense, desaparecido por el ejército mexicano en 1974) encabezando a un grupo de ciudadanas y ciudadanos.
Fuente: http://quorurminformativo.blogspot.mx

CON LAS ARMAS DE LA FICCIÓN
El imaginario novelesco de la guerrilla en México

Vol. I

COLECCIÓN DEBATE Y REFLEXIÓN

Comité editorial

Maya Victoria Aguiluz Ibargüen
Norma Blazquez Graf
Martha Patricia Castañeda Salgado
Ana María Cetto Kramis
Diana Margarita Favela Gavia
José Guadalupe Gandarilla Salgado
Rogelio López Torres
Mauricio Sánchez Menchero
Isauro Uribe Pineda

Con las armas de la ficción

El imaginario novelesco de la guerrilla en México

Vol. I

Patricia Cabrera López
Alba Teresa Estrada
Prólogo de Lancelot Cowie

Universidad Nacional Autónoma de México

Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Ciencias y Humanidades
México, 2015

Primera edición, CEIICH-UNAM, 2012

Primera edición electrónica, 2015

D. R. © Universidad Nacional Autónoma de México
Centro de Investigaciones Interdisciplinarias
en Ciencias y Humanidades
Torre II de Humanidades 4º piso
Circuito Escolar, Ciudad Universitaria
Coyoacán, México, 04510, D. F.
www.ceiich.unam.mx

Edición: Patricia Cabrera y Alida Casale Núñez
Diseño de portada: Angeles Alegre Schettino

ISBN 978-607-02-3803-1

Este libro fue impreso con los recursos del proyecto DGPA-PAPIIT Nº IN402207-3 “Literatura y política en México. Siglos XX y XXI”. Responsable: Patricia Cabrera López; corresponsable: Alba Teresa Estrada.

Se prohíbe la reproducción parcial o total de esta obra, por cualquier medio, sin la autorización previa por escrito de los titulares de los derechos patrimoniales.

A la memoria de los combatientes de la utopía armada y a quienes sobrevivieron a la derrota

…en un mundo corrupto, donde los gobiernos son responsables de los crímenes y las leyes protegen a los asesinos, el triunfo siempre es sospechoso, sólo es posible cuando se ha pactado y se han aceptado connivencias con el poder. […] Perder resulta así una forma de triunfo que ubica a los protagonistas más allá del sistema y les proporciona otra clase de éxito. Ser un antihéroe perdedor, formar parte de los derrotados garantiza pertenecer a un grupo superior de triunfadores: el de los que han resistido y fundan su victoria en la orgullosa aceptación de la derrota. […] el perdedor es el intelectual que resistió y sigue haciéndolo en la derrota, la figura que se diferencia o se destaca de los vencidos, resignados o adaptados.

…asumen el camino de la pérdida como actitud ética y como única postura política con qué enfrentar la derrota […] esta "apuesta a la derrota", esta aceptación de la pérdida no consiste en una vocación por el fracaso; por el contrario, estar entre los perdedores, no ceder, será alcanzar otra dimensión del triunfo.

Ana María Amar Sánchez,
Instrucciones para la derrota

Índice
△

Prólogo
por Lancelot Cowie 13

Introducción 17

Parte I

La interdisciplina y las categorías literarias
y sociológicas 33

El movimiento armado mexicano en la segunda mitad
del siglo XX: contexto y narrativa. 55
• La izquierda partidista 66
• La izquierda radical. 67
• La izquierda democrática 68
• La izquierda social. 69

Algunas precisiones conceptuales. 105

La novela de la guerrilla en la crítica y la historia literarias 113

Parte II

Invención idealizante 129
Las novelas de Juan Miguel de Mora. 130
• *La fórmula* 131
• *Si tienes miedo (novela con apéndice)*. 139
• *Gallo rojo* 146

El infierno de todos tan temido de Luis Carrión Beltrán 157
La revolución invisible de Alejandro Íñigo 167

Memoria y admiración 181
Guerra y sueño de Salvador Mendiola 184
Las novelas de Salvador Castañeda 194
• *¿Por qué no dijiste todo? y La patria celestial* 197
• *El de ayer es Él* 214
Las novelas de Carlos Montemayor 223
• *Guerra en El Paraíso* 223
• *Las armas del alba* 245
• *La fuga* 263
Veinte de cobre. Memoria de la clandestinidad de Fritz Glockner . . 270
Septiembre de Francisco Pérez Arce 280

Conclusiones 291

Referencias 301

Prólogo

△

Lancelot Cowie

El fenómeno de la guerrilla ha tenido gran resonancia en la Guerra de la Independencia Española (1808-1814) cuando enfrentaron a las fuerzas invasoras de Napoleón Bonaparte.[1] En *Como lobos hambrientos*, el historiador catalán Fernando Martínez Laínez (2007: 22) argumenta que el ejército español y sus aliados posiblemente hubieran perdido la contienda sin el aporte estratégico de las guerrillas. Entre las tácticas guerrilleras clave contra el ejército napoleónico (Martínez Laínez 2007: 102) destacan las siguientes: la interrupción de los movimientos y de las comunicaciones, el uso de procedimientos no convencionales para provocar más bajas al enemigo, la inclusión del concepto de "guerra total" que aniquila el esquema clásico de la guerra.[2] El tema de la insurrección en el contexto español seduce a muchos escritores. La novela *El guerrillero* del historiador Fernando Díaz Plaja (1997) se centra en las hazañas heroicas de Julián Sánchez, mítico líder guerrillero. La riqueza imaginativa de estos personajes como "El Charro" no oscurece los datos históricos.

El triunfo de la revolución de Fidel Castro de 1959 es, sin duda, el factor catalizador que impulsó el contagio de insurrección en América Latina en las décadas de los sesenta y setenta: Argentina, Bolivia, Colombia, Ecuador, Guatemala, México, Perú, Uruguay, Venezuela. Muchos de los líderes guerrilleros viajaron a Cuba para recibir formación logística. Cuba, a su vez, se valió de la asesoría de militantes con formación en las Fuerzas Armadas españolas.[3] A su vez, la campaña de

[1] Es en esta coyuntura histórica cuando se acuña el término "guerrilla" para expresar el concepto de "guerra pequeña" no convencional.

[2] Ver John L. Tone (1999), quien localiza en su análisis la geografía precisa de las distintas fuerzas insurgentes durante la Guerra de la Independencia. Entre las estrategias de combate, Tone (1999: 19-21) agrega el impacto psicológico de la guerrilla sobre los franceses, quienes vivieron una verdadera pesadilla sin tregua

[3] Ver el manual del Comandante Bayo (1961) como ejemplo de material para la formación revolucionaria.

Ernesto "Che" Guevara en África y en Bolivia, y su teoría del foquismo atrajeron muchos adeptos a la causa. Igual que con la guerra española, la insurrección latinoamericana ofrece a los escritores un terreno muy fecundo para desarrollar la literatura de la guerrilla. La lista de obras es inabarcable con muchos matices de estilo y niveles de escritura. Las perspectivas sobre los guerrilleros y su contienda son diversas. La mirada de la izquierda radical tiende a idealizarlos; en oposición, se halla una perspectiva oficialista que denuesta completamente de esta forma de resistencia; las obras con mayor evidencia de investigación rigurosa, ofrecen un panorama más equilibrado del proceso. A modo de ejemplos se pueden mencionar las siguientes novelas: *El paredón* (1963) de Carlos Martínez Moreno, *Los juegos verdaderos* (1968) de Edmundo de los Ríos, *Nicodemus* (1968) de Gonzalo Canal Ramírez, *Los guerrilleros* (1968) de Iverna Codina, *Matías, el apóstol* (1971) de Julio de la Vega, *Los compañeros* (1976) de Marco Antonio Flores, *Aquí no ha pasado nada* (1972) de Ángela Zago, *No es tiempo para rosas rojas* (1975) de Antonieta Madrid, *El devastado jardín del paraíso* (1990) de Alejandro Moreano (premio único de la Primera Bienal de Novela Ecuatoriana, 1989), *Guerra en El Paraíso* (1991) de Carlos Montemayor, *El naufragio de las palabras* (1998) de Edmundo Urrutia. Para una perspectiva comparada, vale la pena incorporar las novelas de escritores que no son latinoamericanos. Se cita el caso de dos escritores españoles: *Muerte de un guerrillero* (1980) de Luis Sánchez Cuñat y *Sabes que los muertos siempre tienen razón cuando te advierten* (1999) de Carlos Pagán Barceló.

Los artículos críticos sobre la narrativa de la guerrilla en América Latina siguen proliferando hasta la fecha con excelente nivel académico. Se nota, sin embargo, la escasez de estudios sistemáticos más abarcadores. México no es una excepción. La crítica se centra esencialmente en las obras emblemáticas de la narrativa mexicana sobre la insurrección, pero desconoce el valor literario y filosófico de un grupo de numerosas novelas que activan el dinamismo del proceso revolucionario y del pensamiento que lo sustenta. *Con las armas de la ficción. El imaginario novelesco de la guerrilla en México* de Patricia Cabrera López y Alba Teresa Estrada comienza a llenar ese vacío analítico. Las autoras plasman con singular percepción un análisis literario y social de la violencia en el México de los años setenta. El estudio manifiesta una investigación rigurosa, objetiva, casi arqueológica que desafía los cánones trillados que dominan la crítica literaria. Cabrera López y Estrada demuestran un conocimiento y una

penetración profundos de la realidad sociopolítica del periodo abordado. También manejan con precisión una bibliografía extensa y variada que se articula con el análisis literario sin tergiversaciones. Esta investigación pionera descarta nociones falsas y sesgadas que están fosilizadas en la memoria colectiva y en la crítica literaria. La selección de las novelas para este libro está libre de prejuicios estéticos e ideológicos. Un atisbo de la perspectiva femenina, la represión meticulosa por el estado, la naturaleza como personaje, el inquebrantable espíritu de resistencia del campesinado y del guerrillero, la recuperación de la memoria, componen el conjunto de temas que las autoras desarrollan.

Para profundizar la pluralidad del estudio sobre la guerrilla mexicana (y latinoamericana) sería interesante incluir las novelas y testimonios que plantean una autocrítica abierta del movimiento revolucionario: *El de ayer es Él* (1996) de Salvador Castañeda es solo un ejemplo. Sin lugar a dudas, *Con las armas de la ficción. El imaginario novelesco de la guerrilla en México* de Patricia Cabrera López y Alba Teresa Estrada es un libro clave para los investigadores de las humanidades y de las ciencias sociales. Su enfoque multidisciplinario enriquece enormemente el análisis porque agrega información sociológica, política e histórica que facilita y profundiza la comprensión de los textos literarios. Se celebra la publicación de esta obra y se espera con beneplácito el segundo volumen que las autoras se empeñan en concluir en un futuro cercano.

Bibliografía

Bayo, Comandante Alberto (1961), *Ciento cincuenta preguntas para un guerrillero*, 27a ed., s/l.

Canal Ramírez, Gonzalo (1968), *Nicodemus*, Colombia: Canal Ramírez.

Castañeda, Salvador (1996), *El de ayer es Él,* México: Ediciones El Aduanero.

Codina, Iverna (1968), *Los guerrilleros*, Buenos Aires: Ediciones de la Flor.

Díaz Plaja, Fernando (1997), *El guerrillero*, Barcelona: Ediciones Martínez Roca.

Flores, Marco Antonio (1976), *Los compañeros*, México: Joaquín Mortiz.

Madrid, Antonieta (1975), *No es tiempo para rosas rojas*, Caracas: Monte Ávila Editores.

Martínez Laínez, Fernando (2007), *Como lobos hambrientos. Los guerrilleros en la Guerra de la Independencia (1808-1814)*, Madrid: Algaba Ediciones.
Martínez Moreno, Carlos (1963), *El paredón*, Barcelona: Seix Barral.
Montemayor, Carlos (1991), *Guerra en El Paraíso*, México: Diana.
Moreano, Alejandro (1990), *El devastado jardín del paraíso*, Quito: Grijalbo Ecuatoriana.
Pagán Barceló, Carlos (1999), *Sabes que los muertos siempre tienen razón cuando te advierten*, Madrid: Visor Libros.
Ríos, Edmundo de los (1968), *Los juegos verdaderos*, La Habana: Casa de las Américas.
Sánchez Cuñat, Luis (1980), *Muerte de un guerrillero*, Valencia, España: Editorial Prometeo.
Tone, John L. (1999), *La guerrilla española y la derrota de Napoleón*. Jesús Izquierdo Martín (trad.), Madrid: Alianza Editorial.
Urrutia, Edmundo (1998), *Naufragio de las palabras*, Guatemala: Ministerio de Cultura y Deportes-Editorial Cultura.
Vega, Julio de la (1971), *Matías, el apóstol suplente*, La Paz, Bolivia: Editorial Los Amigos del Libro.
Zago, Ángela (1972), *Aquí no ha pasado nada*, Caracas: Síntesis Dosmil.

Introducción

△

Los años sesenta y setenta del siglo XX son una época que todavía resulta significativa a principios del siglo XXI, acaso porque aún no se ha podido superar la problemática social y política del México de aquellas décadas;[1] tanto es así que algunos temas no desaparecen de la producción literaria del siglo XXI; es decir, pervive la narrativa literaria de izquierdas como una forma de intervención simbólica —semejante a levantar la mano, a dar una opinión— en los debates políticos. Acaso algunos temas y personajes puedan parecer fantasmales pero su terca recurrencia es síntoma de que ciertas heridas no han cerrado y ciertas interrogantes siguen sin tener una sola respuesta; las causas de las luchas sociales y políticas que fueron incorporadas en el discurso literario no se han agotado. Refiriéndose a los años setenta el periodista argentino Fernando Bogado (2011) escribió:[2] "¿No son acaso los '70 el espejo oscuro en el cual, con sus luces y sus sombras, todavía nos reflejamos?" Los mexicanos podríamos iniciar el periodo desde los años sesenta porque la década siguiente prolongó la efervescencia social, incluida la lucha armada, que se había iniciado en 1965.

Evocar esta atmósfera desde el siglo XXI nos empuja a pronunciarnos frente a la lucha armada en América Latina, de un modo crítico mas no peyorativo. Coincidimos con John Beverley (2009), en que la lucha

[1] Por el contrario, el carácter cíclico de ciertos sucesos de la historia otorga una renovada actualidad a debates que estuvieron en el centro de la vida política de la nación en ese periodo: la ausencia de democracia y el autoritarismo del régimen mexicano que en su fallida transición democrática no ha logrado llegar más allá de la alternancia; la crisis de legitimidad que debilita la gobernabilidad y marca un nuevo retorno de los conflictos poselectorales (2006, 2012); la violencia política que hoy se mezcla y recrudece con la violencia criminal y su cauda de 70 mil muertos durante el sexenio 2006-2012 de la Presidencia de la República; el potencial resurgimiento de movimientos armados y la emergencia de nuevos ciclos de protesta.

[2] Lo escribió a propósito de la novela *Un yuppie en la columna del Che Guevara,* de Carlos Gamerro.

armada surgió como una estrategia vinculada a la propagación del socialismo y las guerras de liberación nacional, cuyo origen se arraiga en la desigualdad e injusticia sociales, en la formación económico-social y política que reproduce condiciones de subordinación heredadas de regímenes coloniales; formación instrumentada por estados afines a los designios de Estados Unidos y sus socios capitalistas en el mundo, y concretada en cada país por sus peculiares relaciones sociales. No podemos tampoco omitir la fuerza del imaginario en el espíritu de la época, que predispuso a los jóvenes y luchadores sociales a transformar su mundo por la vía revolucionaria. Quienes participaron en esa lucha como guerrilleros propugnaban otra concepción de la producción económica, la democracia, la política electoral, la participación y las relaciones sociales. Desde luego que otra característica de la lucha armada latinoamericana como la de reducir su identidad al nacionalismo radical antiimperialista y al izquierdismo, para el siglo XXI provoca confrontación con las nuevas identidades políticas, enarboladas desde las dos últimas décadas del siglo XX. Asimismo, el axioma del Che Guevara referido a que la guerrilla funcionaría como "motor de arranque" para que la sociedad participara de la revolución, hoy no parece del todo realista.

Sin embargo, no se debió solamente a lo anterior que las guerrillas fueron aplastadas, ni siquiera a sus contradicciones internas y sus errores políticos; fue también porque se enfrentaron a un enemigo más fuerte y despiadado. Los guerrilleros estaban dispuestos a dar sus vidas, hicieron una "apuesta histórica"; la represión contra ellos se mide en aproximadamente medio millón de latinoamericanos muertos entre 1959 y 1990, que se suman a los encarcelados, torturados, desempleados, desplazados, exiliados y desaparecidos. En México, el saldo de la guerra sucia dejó una huella indeleble en la memoria de los cientos de torturados y familiares de desaparecidos y asesinados. Aunque el sueño revolucionario no se cumplió, la mínima democracia que hoy tenemos no se podría entender sin la lucha que desplegaron aquellos combatientes. De ahí que reconozcamos que la suya fue "…una empresa trágica, pero también valiente y generosa, que tenía en su corazón mucho de lo que la América Latina todavía quiere y aspira ser. Fue una especie de apuesta a que otro mundo era posible" (Beverley 2009: 21).

Volviendo a México, planteamos que toda la información sobre la guerrilla local, antes de ser escrita permaneció en el acervo comunitario de la oralidad, donde se fueron atesorando relatos mínimos, entrecorta-

dos, dispares, anecdóticos y cuyo grado de veracidad no se sabía a ciencia cierta. El discurso periodístico fue el primero en registrar la existencia y los nombres de algunos grupos; por ejemplo, revistas como *Política*,[3] *Sucesos para Todos* y *Por qué?*,[4] publicaban notas, reportajes o entrevistas; eventualmente algún documento de discusión redactado por los guerrilleros.[5] Probablemente hubo algunos periódicos de México que publicaron textos fuera del control del estado y de la costumbre venal de la prensa;[6] sin embargo, a partir de los años setenta los reportajes más amplios aparecieron en libros firmados por periodistas profesionales y narradores reconocidos por su capital cultural.[7] Simultáneamente se estaban viviendo las repercusiones del movimiento de 1968; por una parte porque después de este año entre los izquierdistas la lucha armada gana importancia, despierta más interés en vista de que la lucha social acababa de ser derrotada; por la otra, debido a las secuelas represivas del estado mexicano contra los disidentes, que se prolongaron durante la década mencionada. En realidad la guerrilla había surgido desde antes del movimiento estudiantil, con la irrupción del Grupo Popular Guerrillero del estado de Chihuahua[8] (Sierra Guzmán 2003; Castellanos 2007; Lugo Hernández 2003; Cedillo Cedillo 2008, 2010b), el cual se

[3] Semanario emblemático de las izquierdas mexicanas, que fue reprimido en 1967 por el gobierno mexicano, a través de suspenderle el suministro de papel (Rodríguez Munguía 2007: 206).

[4] Se publicó regularmente desde el 14 de febrero de 1968 hasta el 8 de septiembre de 1974, fecha en que, después de varios atentados (Rodríguez Munguía 2007: 219), fue dinamitada la Editorial Reportaje, donde se imprimía la revista. El último número que salió fue el 322 con fecha 29 de agosto de 1974, cuya carátula en grandes tipos lanzaba la pregunta: "¿Qué pasa en Guerrero?" Como observa Adela Cedillo (2008:157), "El cierre de la revista coincidió [...] con la liberación del senador y candidato a la gubernatura de Guerrero, Rubén Figueroa, secuestrado por el PdlP [Partido de los Pobres]".

[5] La revista *Por qué?* fue el espacio habitual utilizado por el PdlP para dar a conocer sus comunicados a la opinión pública (Fierros Álvarez 2002). Aparte de las notas periodísticas (incluyendo las de algunas revistas semanales de la ciudad de México), el folleto más antiguo que se conoce es el del profesor normalista y educador José Santos Valdés, hombre dedicado a impulsar la educación básica y la educación normal. Él publicó en 1968 un texto titulado *Madera. Razón de un martirologio* que registra la irrupción de la "guerrilla moderna" en México, inspirada en el paradigma guevarista.

[6] Véase el apartado "*Gallo rojo*".

[7] Por ejemplo, Luis Suárez, Juan Miguel de Mora, Orlando Ortiz, José Natividad Rosales, etcétera.

[8] En al apartado "*Las armas del alba*" nos referiremos con más detalle a ese grupo. Véase también el capítulo "El movimiento armado mexicano...".

había inspirado en las ideas de la Revolución cubana —especialmente en la teoría foquista del Che Guevara—.[9] Pero la Revolución cubana no solo ejerció su influencia sobre este grupo; también lo hizo en el imaginario de los guerrilleros, en la teoría y la historiografía que inspiraron a los jóvenes combatientes de los grupos armados de los años sesenta y setenta, sin excepción; fue el faro de todo proyecto revolucionario —al menos en el contexto de América Latina— a pesar de que fuera de Cuba misma (con excepción de Nicaragua), los supuestos de la teoría no hallaron experiencias exitosas que los refrendaran.

Aunque ya esté reconocido en la historiografía el papel del discurso periodístico en el registro de la lucha armada en México, organizada según las concepciones guevaristas, es decir, en guerrillas rurales y urbanas, el discurso literario no ha merecido la misma atención; solamente figura en los amplios registros bibliográficos sobre la guerrilla en México, que mezclan todo tipo de textos. A menos que se aclare el carácter heterogéneo de los registros y por ende, que están hechos sin criterio disciplinario, no sería pertinente clasificar en el mismo estatus la narrativa literaria y textos periodísticos o testimoniales, aunque todos posean la estructura básica de relatos. Los segundos compiten por legitimarse a través de la verdad histórica; la literatura lo hace por legitimarse como la configuración narrativa que sea simultáneamente estética y se correlacione con su referente histórico y social, de modo que persuada y convenza a los lectores por la vía de tocar su sensibilidad.

§

Podría parecer un anacronismo el hecho de emplear denominaciones como “literatura” y “novelas” toda vez que nuestra investigación no atiende a taxonomías consagradas en la historia de la literatura, y las obras estudiadas en su mayor parte no son canónicas, sino sospechosas

[9] Probablemente la desinformación acerca de la lucha armada fue general en toda Latinoamérica. Desde finales del siglo XX, las compilaciones bibliográficas empezaron a registrar libros de circulación reducida, de índole periodística y/o testimonial acerca de los grupos guerrilleros en México. La compilación bibliográfica de Lancelot Cowie (1996) empezó a registrar de una manera metódica toda la bibliografía relativa a la guerrilla no solo de México sino de toda América Latina. Actualmente se pueden encontrar bibliografías muy completas de todo lo relativo a la guerrilla en México, en <http://guerrasuciamexicana.blogspot.com>.

de transgredir las fronteras de la literatura en sí para referirse a la lucha armada sin más. Las denominaciones podrían ser aún más cuestionables si se constata que en nuestro registro clasificatorio de "narraciones de izquierdas" abundan títulos sin intención meramente literaria ni ficticia.[10] En nuestro descargo sostenemos que por lo menos el dominio de estudio del presente libro, *Con las armas de la ficción,* abarca mayoritariamente obras cuya configuración sí denota la intención "literaria"; solo unas cuantas ameritan llamarse heterodoxas porque incorporan testimonios casi literales, aunque ficcionalicen parcialmente la información factual. Así que para el segundo volumen del libro mantendremos como objeto de conocimiento el de imaginario propuesto por discursos novelescos. Todavía no hemos concebido los criterios conceptuales y metodológicos para examinar las narraciones que se dicen verdaderas porque son testimonios, rememoraciones o autobiografías de excombatientes y que también son narraciones acerca de la guerrilla en México. De ahí que por el momento no nos ocupemos de estas.

Por otra parte el hecho de que las novelas examinadas en este libro sean heterogéneas no las excluye de la tradición estético-literaria de Latinoamérica, donde la narrativa literaria (entendiéndose como parte del concepto occidental e ilustrado de "literatura") ha sido intervenida de modo frecuente por las circunstancias históricas, incorporando otros discursos no literarios. A contracorriente de críticos que se lamentan de la "hibridez" de la narrativa literaria de nuestra región (bajo el supuesto de que el paradigma es la literatura autorreferencial, exclusivamente preocupada por el lenguaje), Antonio Cornejo Polar (1994) aportó su concepción de la heterogeneidad consustancial a la producción literaria andina. Para el crítico e historiador de la literatura peruano, leerla equivale a descubrir espacios sociolingüísticos donde se complementan o contienden discursos de procedencia variada que portan diversos tiempos sociales. Por nuestra parte, aun admitiendo que esta característica no podría generalizarse a ultranza, afirmamos que sí concierne a la narrativa literaria sobre la guerrilla, toda vez que esa se inscribe en la tradición latinoamericana de incorporar en las ficciones, acontecimientos colectivos y verificables, tal como ha venido recurriendo desde la época colonial hasta el presente. De ahí que el registro de esos acontecimientos se formalice en medio de la tensión

[10] Véase la plataforma <www.literaturaypolitica.info>.

entre los lineamientos literarios y la recreación de los acontecimientos que sirvieron de inspiración o de materia, al modo de un pacto de ficcionalización (Zandanel 2004).

Los primeros escritores no exguerrilleros que incorporaron el tema de la guerrilla en novelas o cuentos tuvieron que recurrir a la invención, a reconstruir con los jirones de información conservados en la oralidad, relatos que lograran al menos, un imaginario de la guerrilla y/o de los guerrilleros suficientemente convincente de la justedad de su lucha. Tal recurso nos lleva a la categoría de ficción como característica imprescindible del discurso literario, sin que ello expulse las referencias a la realidad extratextual. De ahí que debamos el título de este libro al intelectual y narrador peruano Luis Nieto de Gregori, el primero que incorporó en sus narraciones las atrocidades de la guerra entre el estado peruano y Sendero Luminoso. Sobre la base de defender que la literatura reconstruya la factualidad coetánea, Nieto de Gregori (2004: 21) se compromete a socavar "con las armas de la ficción", el relato hegemónico de una sociedad (la peruana) que se dice descendiente del mestizaje armonioso emblematizado en el Inca Garcilaso.

Si la narrativa literaria no va competir con los reportajes ni con los testimonios por la veracidad de lo que narran, en cambio lo transformará en historias con personajes, acciones, voces múltiples que no obedecen a la imitación de lo real; lo formalizará con una arquitectura coherente, acaso sustentada en la eficacia de la trama. Y esto llega a suceder aun en narraciones experimentales que se rehúsan a supeditarse a la trama porque lo importante es figurar las motivaciones sociales, subjetivas, de justicia o ideológico-políticas que subyacen en las acciones de los guerrilleros, cuyo correlato histórico es contemporáneo, cercano geográfica y culturalmente a nosotros.[11]

§

Aunque sobre asuntos teóricos y conceptuales acerca de la literatura en relación con la política y la guerrilla en Latinoamérica hallamos suficientes fuentes escritas, no ocurrió lo mismo para el caso de México;

[11] En este punto la literatura manifiesta sus atributos gnoseológicos, ya que puede permitirnos —como planteó Vico (1978) en relación con la historia— una mejor comprensión de la acción humana en la medida en que somos partícipes de su construcción.

tampoco abundan, por lo menos hasta 2011, estudios abarcantes de todas las novelas sobre la guerrilla en un solo país de la región. Lo que se llama 'estado de conocimiento de la cuestión' se forma, sobre todo, de estudios sobre alguna novela en especial. A pesar de que estos resulten limitados, decidimos citar algunas de sus interpretaciones porque concebimos la construcción del conocimiento sobre las novelas acerca de la guerrilla como un proceso en espiral, en el cual académicos de diversos países aportamos nuestra visión avanzando sobre la base de exploraciones precedentes. Para combatir el plagio disimulado en la ausencia de fuentes, en la omisión de los avances logrados por colegas académicos de cualquier parte del mundo, decidimos mencionar esos avances aunque fuese brevemente y destacar los intereses epistemológicos compartidos. En la Parte I de este libro reseñamos cómo ha sido tratada la novela mexicana sobre la guerrilla por los historiadores y críticos literarios, y agregamos las precisiones conceptuales de índole literaria simplemente con la finalidad de esclarecer nuestros conceptos básicos, no con la pretensión de exhaustividad teórica.

La narrativa sobre las guerrillas de México empezó a aparecer en los años setenta, sin que formara parte del proyecto político-cultural de la Revolución cubana, interesado en difundir el tema sobre todo a través del testimonio. Sostenemos lo anterior porque las novelas que examinamos no tienen relación con la primera novela publicada en México, en 1968, sobre la guerrilla latinoamericana, *Los juegos verdaderos* de Edmundo de los Ríos (peruano), publicada por Casa de las Américas. Deducimos que la política cultural de la Revolución cubana[12] fue la principal impulsora de este tipo de literatura, en concomitancia con su propia política de exportar la revolución. La premisa más importante de la novela sobre la guerrilla mexicana fue el haber sido precedida por la narrativa sobre el 68, formada de textos híbridos —entre crónica y relato novelesco— que configuran literariamente la represión del estado contra los disidentes, contra sus críticos, contra los izquierdistas; tematizan especialmente las torturas; a esto se debe que muchos críticos consideren las novelas sobre la guerrilla como parte de la saga del 68. En tal sentido estas son deudoras de la tradición testimonial y crítica abierta por la literatura del 68.

[12] Emmanuel Carballo, director de la editorial Diógenes que publicó *Los juegos…* en México, era integrante del consejo de redacción de la revista *Casa de las Américas*.

Sin embargo, en el siglo XXI nos percatamos de que la narrativa sobre el 68 tuvo su momento; proliferó sobre todo en las décadas setenta y ochenta; en los noventa empieza a debilitarse y es retomada de modo eventual en el siglo XXI (Cabrera López 2011a), por lo que prácticamente ya se agotó como tema de escritores profesionales; los últimos textos son testimonios y memorias individuales.[13]

En cambio con el tema de la guerrilla no ha ocurrido lo mismo. A diferencia de la narrativa sobre el 68 que depende del curso de un movimiento absolutamente público y muy concentrado en el tiempo y en el espacio, las novelas sobre la guerrilla no cuentan con un referente histórico y social estable. La lucha armada como vía para tomar el poder político no se concentra en un solo grupo o región, sino se manifiesta a través de varias agrupaciones y matices izquierdistas. El intelectual Carlos Montemayor (2007: 26) refiere la existencia de 25 grupos armados en México, mientras Sierra Guzmán (2003: 108-109) enumera 42 entre 1963 y 1990; Cedillo (2010), por su parte, registra 44 organizaciones guerrilleras entre 1961 y 1983. Sobre la base de estudios históricos, en la Parte I de este libro resumimos los principales rasgos de los grupos armados que existieron en el periodo y el contexto internacional, nacional y regional en el que desplegaron su acción. Nos parece de fundamental importancia situar —además de las condiciones objetivas y las transformaciones estructurales que contribuyeron a su maduración— el espíritu de la época, los cambios subjetivos y los elementos del imaginario que nos permitan comprender y explicar por qué los mismos sujetos —desde el punto de vista demográfico— actuaron de modo distinto desde el punto de vista histórico y sociológico, y se dispersaron en varias agrupaciones.

Por otra parte el carácter clandestino de la lucha armada (que incluía los pseudónimos de los combatientes), así como la distorsión informativa al respecto publicada por la prensa venal mexicana[14] bajo la presión del estado, abonaron el imaginario de los guerrilleros como gavilleros, delincuentes comunes, secuestradores, asaltabancos, etc., de tal modo que resultaban irreconocibles en los medios. Esta publicidad

[13] Por supuesto que han seguido apareciendo textos históricos o de ciencias sociales sobre aspectos del 68 escasamente conocidos, que se saben gracias a la desclasificación de documentos del Departamento de Estado de EUA.

[14] Véase *Los movimientos armados en México, 1917-1994* (1994), Fierros Álvarez (2002), Rodríguez Munguía (2007), Gamiño Muñoz (2008).

negativa ocurría cuando no era posible silenciar los hechos. Además, la represión contra exguerrilleros sobrevivientes y sus familiares y amigos también provocó el silencio y la secrecía de los recuerdos y los saberes; en resumen, impidió la memoria. Esta atmósfera de discurso clandestino tanto en la perspectiva del estado mexicano como en la de los actores principales de la guerrilla, propicia que sea la ficción literaria la única vía aceptable para configurar verbalmente la materia a través de personajes, acontecimientos, espacios concretos, acciones; para apropiarse de la escasa información y transformarla, reescribirla y producir un imaginario social legitimado por el valor de la palabra impresa.[15] La categoría de imaginario en la sociología y en la literatura es nuestro objeto de conocimiento, sustento central de la hipótesis de que el imaginario de la guerrilla que las novelas seleccionadas contienen y formalizan, constituye el modo específico de la literatura para intervenir en los debates políticos y sociales de su tiempo.[16]

§

El fenómeno de la guerrilla puede ser analizado desde varios ángulos y enfoques teóricos: como movimiento armado, como desafío al estado; como fenómeno ideológico o como expresión simbólica de un imaginario colectivo. El abordaje que aquí nos interesa del movimiento armado socialista de los años sesenta y setenta en México, se ubica en el ámbito simbólico y se expresa como imaginario. Pero, dado que es producto de un proyecto interdisciplinario que tiene como eje la novelística de la guerrilla en México, el abordaje que hacemos en este texto toca tres vertientes: 1) el imaginario social de la guerrilla (la percepción, los estereotipos y los lugares comunes que evoca el término para la mayoría de la gente), que reconocemos alimentado en buena medida por su tratamiento mediático; 2) el imaginario que moviliza a los combatientes

[15] Por ello la narrativa sobre la guerrilla no se puede considerar como novela histórica "convencional" pues por lo menos en sus inicios, realmente no dialoga, no polemiza con una historia ya establecida, instituida y canonizada; en todo caso polemiza con las versiones del estado mexicano y de la prensa venal. Ante el vacío histórico, la narrativa literaria aporta su propio imaginario de la guerrilla.

[16] Fue la hipótesis general de nuestro proyecto de investigación "Literatura y política en México. Siglos XX y XXI", financiado por la UNAM con la clave PAPIIT IN402207.

y alumbra a buena parte de la izquierda en general en esos años; y 3) el imaginario que plasman los escritores, en tanto que narradores, en torno al fenómeno de la guerrilla como "realidad ficcional". En esta vertiente, diferenciamos dos bloques en términos del imaginario que expresan: un primer bloque de novelas que idealizan a los guerrilleros y les inventan historias y tramas, y un segundo bloque que agrupa aquellas novelas cuyo correlato histórico es evidente y que tienen como propósito la memoria.

§

Otra razón de la novelística y del incremento de narraciones testimoniales de exguerrilleros es el avance cuantitativo y cualitativo del movimiento en pro de localizar a los desaparecidos por la guerra sucia; de aplicar la justicia a los responsables de las numerosas muertes y desapariciones. La presencia pública de esta lucha ha venido creciendo en el marco de una serie de conquistas logradas gracias a la discusión pública y a las reformas políticas que se consideran derivadas de las reivindicaciones del movimiento estudiantil de 1968, y de la acción insurgente de los grupos armados, que hicieron imperativa para el régimen la necesidad de apuntalar su legitimidad y reforzar la gobernabilidad socavada por la insurgencia. Se reconoce la reforma política de 1977, reglamentada por la Ley Federal de Organizaciones Políticas y Procesos Electorales (LFOPPE), como el punto de quiebre que inició la transición política de México y condujo a la postre al oficialista Partido Revolucionario Institucional (PRI), que gobernó por más de setenta años, a perder su mayoría en el Congreso en 1997 y a convertirse en oposición en el año 2000. La reforma de 1977 legalizó la existencia de partidos de izquierda que se hallaban proscritos, como el Partido Comunista Mexicano (PCM) y el Partido Socialista de los Trabajadores (PST), además del sinarquista Partido Demócrata Mexicano (PDM); fue complementada por una Ley de Amnistía (1978) que llamó a salir de la clandestinidad a militantes de las organizaciones armadas. La guerra sucia o terrorismo de estado, que el régimen desplegó contra la oposición de izquierda en general y contra el movimiento armado socialista en particular (sobre todo de 1974 a 1978), fue también el origen de las primeras organizaciones civiles que desde 1975 comenzaron a reclamar la presentación de los desaparecidos por el ejército mexicano (Argüello Cabrera 2010: 94).

Otras reformas importantes como la creación de la Comisión Nacional de Derechos Humanos (CNDH), en 1990 fueron también consecuencia de esos reclamos y un reconocimiento indirecto de la violencia de estado. La visibilidad de esas organizaciones civiles estimula la escritura de testimonios, de manera que se vaya constituyendo un acervo de pruebas contra los atropellos del estado en la ejecución de la guerra sucia. De ahí que la materia de la novelística correspondiente haya transitado de la oralidad a las denuncias documentadas en testimonios y rememoraciones, en hechos verídicos. A partir de los años noventa el primer título de la saga guerrillera de Carlos Montemayor, *Guerra en El Paraíso* cumplió el papel de detonador de la proliferación de narraciones sobre la guerrilla; por ello estas siguen aumentando aun en el siglo XXI. Tal característica marca otra diferencia en comparación con las narraciones literarias sobre el 68.

§

No obstante que los registros bibliográficos de narraciones literarias sobre la guerrilla abarcan todo tipo de posiciones políticas, seleccionamos solamente las de perspectiva izquierdista a la luz de la hipótesis de que fue dentro de esta corriente política mundial donde la lucha armada desató un *debate toral*, fue motivo de escisiones, alianzas y recomposiciones tanto orgánicas como ideológicas, y también de admiración, ironía o rechazo pero sin satanizar al izquierdismo. Acaso por ello la mayoría de las narraciones sobre la guerrilla es enunciada desde el izquierdismo. El resto es minoritario y no ha suscitado nuestro interés porque desde posiciones antagónicas a la izquierda solamente cabe la condena despiadada, no hay debate; y desde otras que no adoptan color o etiqueta ideológicos, o se muestran escépticas, cabe la ficción dubitativa y el cuestionamiento moral individual pero sin debatir la pertinencia de la lucha armada como vía de transformación.

Al sistematizar la bibliografía de las "narraciones de izquierdas" nos percatamos de que en los últimos cuarenta años las narraciones sobre la guerrilla en México (incluyendo al Ejército Zapatista de Liberación Nacional) suman más de cuarenta, de las cuales más de la mitad son textos novelescos; de ahí que se confirme la existencia de una novelística. El tema común de esta —sin mengua de sus diferencias internas en materia de estética y resoluciones expresivas— es *la guerri-*

lla como experiencia o aspiración que da sentido a la vida y por la que vale la pena arriesgarla o perderla. Puede ser el principal o asociarse a un solo personaje, pero el criterio para establecer la importancia de este tema dentro de una novela es que llegue a nutrir un argumento sustentado en personajes, acontecimientos, acciones y —en la mayor parte de los casos— trama. Al delimitar así el tema estamos individualizando una experiencia colectiva; experiencia que apuesta la vida a cambio de tener repercusiones sociales, pero que en una narración literaria es configurada a través de individualidades, lo que no ocurre necesariamente en las ciencias sociales. La perspectiva ideológico-política es de izquierdas por cuanto el relato, las instancias narradoras y/o los personajes enuncian el universo narrado con expresiones de apoyo o de comprensión; su selección del correlato histórico total o parcial de las novelas también corresponde a aquel criterio ideológico, así como el código cultural: léxico, ideologemas, referentes específicos, paradigmas, etc. Insistimos en que las perspectivas de izquierdas están enunciadas *desde las novelas* porque no involucraremos en nuestro examen las biografías *privadas* de los escritores.[17] Aunque por sentido común supongamos que los autores empíricos de las novelas tuvieron relación con la militancia izquierdista, para el siglo XXI ellos pueden haber abjurado de esta, lo cual no nos impide analizar obra suya de otra época. Como lo manifestamos en un libro anterior:

> …el que varios de los autores […] hayan renegado del izquierdismo y, por lo tanto, de su obra con esa orientación no puede borrar de la historia cultural que, para emerger mostrándose sensibles a las circunstancias, aquellos interactuaron en el campo literario identificándose con tal signo político —así lo hayan hecho por causas coyunturales o deleznables—. (Cabrera López 2007: 61)

En cuanto a los testimonios, la novelística sobre la guerrilla en México se diferencia de estos en primer lugar porque la mayoría de sus autores no fue de guerrilleros, sino se forma de periodistas, escritores profesionales, poetas, historiadores y docentes. Eventualmente algunos de ellos hicieron funciones de "testimonialistas"[18] para compilar los testimonios —valga la redundancia— de exguerrilleros sobrevivientes o de

[17] La única excepción es Salvador Castañeda, cuyo pasado guerrillero es ampliamente conocido y reconocido por él mismo.

[18] El término es de Graziela Pologotti, citada por Randall (1992: 21).

sus familiares y amigos, así como de otros participantes en los conflictos armados. Por lo anterior varias de las novelas sobre la guerrilla en México pueden considerarse "prototestimonios" o "ficciones testimoniales".

Las catorce novelas examinadas en este volumen aparecieron en el siguiente orden cronológico:

1971, *La fórmula* de Juan Miguel de Mora [1921-]
1973, *Si tienes miedo (novela con apéndice)* de Juan Miguel de Mora
1975, *Gallo rojo* de Juan Miguel de Mora
1975, *El infierno de todos tan temido* de Luis Carrión Beltrán [1942-1997]
1977, *Guerra y sueño* de Salvador Mendiola [1952-]
1980, *¿Por qué no dijiste todo?* de Salvador Castañeda [1946-]
1982, *La revolución invisible* de Alejandro Íñigo [1936-2004]
1991, *Guerra en El Paraíso* de Carlos Montemayor [1947-2010]
1992, *La patria celestial* de Salvador Castañeda
1996, *El de ayer es Él* de Salvador Castañeda
1996, *Veinte de cobre. Memoria de la clandestinidad* de Fritz Glockner [1961-]
2003, *Las armas del alba* de Carlos Montemayor
2007, *La fuga* de Carlos Montemayor
2010, *Septiembre* de Francisco Pérez Arce [1948-]

En esta lista se muestra que hay cuarenta años de diferencia entre el escritor de mayor edad y el más joven; diferencia coincidente con los cuarenta años de la novelística.

Sobre la base de sus intenciones éticas y estéticas, las repartimos en dos grupos, "Invención idealizante" y "Memoria y admiración", tal como aparecen ordenadas en la Parte II de este libro.

§

A los becarios de la UNAM, *freelancers* o prestadores de servicio social: Carolina Ibarra Mendoza, José Jaime Chavolla, Lourdes Juárez Díaz, Adela Cedillo, Rodrigo Villegas Mendoza, Mario Gabriel Galicia, Viviana Cortés, Eduardo Salazar Martínez y Lénica del Carmen Morales Zavaleta; al periodista Jorge Meléndez Preciado, a los narradores Gonzalo Martré y Salvador Castañeda, y a nuestros colegas académicos Fabio

Barbosa, María Elena Olivera, Carlos Flores Villela, Patricia Carrillo, Aurelia Gómez Unamuno y Lancelot Cowie, les agradecemos su trabajo, su buena disposición y su generosidad al apoyar la culminación del primer volumen de *Con las armas de la ficción. El imaginario novelesco de la guerrilla en México* y el plan para el siguiente.

Parte I

La interdisciplina y las categorías literarias y sociológicas

△

La relación entre literatura y sociología es una relación entre disciplinas diferenciadas pero afines dentro de la clasificación de las ciencias. Como ramas de un tronco mayor, las humanidades y las ciencias sociales son consideradas como subáreas del área humanístico-social. Las razones para diferenciar disciplinas que tienen como objeto al ser humano, el cual no puede ser comprendido sino como histórico y social (Castoriadis 1989), solo pueden entenderse desde la consideración de la complejidad de ese objeto que remite, necesariamente, a la historia de la ciencia. La diferenciación de facetas en ese objeto complejo y la compartimentación de disciplinas para estudiarlas separadamente no fue resultado únicamente de las necesidades de la administración académica y del funcionamiento de la "ciencia normal" (Kuhn 1971); tuvo causas histórico-genéticas.

Aunque la historia de la ciencia es indispensable para entender ese proceso, no nos extenderemos aquí. Únicamente apuntaremos el hecho de que la compartimentación disciplinaria y la escisión entre ciencias sociales y humanidades son parte del proyecto de la Modernidad.[1] Un proceso que inicia en el siglo XVII con la separación de algunas ciencias del tronco común de la filosofía (la óptica, la física, la química, la astronomía), y culmina en el siglo XIX con la invención de la sociología, la antropología y la psicología. De ahí que la disputa por el método *(Methodenstreit)* en la Alemania decimonónica —disputa que atraviesa la relación entre la historia y las ciencias sociales con Rickert, Windelband (los neokantianos) y el historicismo alemán (Dilthey, Herder, Roscher y

[1] Como apunta Patricia Cabrera López (2002: 115), basándose en Gérard Delfau y Anne Roche, a partir de la Ilustración, el proyecto de la Modernidad separó las actividades intelectuales reflexivas de las creativas y asignó a la literatura "una misión expresiva deslindada de la reflexión intelectual"; sin embargo, no debemos perder de vista que "dado el carácter representativo-simbólico de la literatura, esta ha conservado […] una dimensión gnoseológica".

Knies)—,[2] sea un asunto relevante para nuestra comprensión actual de la historia y de la sociedad.

El fundamento gnoseológico de un conocimiento definido por la naturaleza del objeto forma parte de una discusión filosófica en torno a las bases del conocimiento y al problema de la objetividad. Por una parte, el comportamiento de los objetos de la naturaleza presenta una regularidad y causalidad que no tienen paralelo en el comportamiento humano y en las relaciones que los seres humanos establecen. La acción humana está dotada de sentido, algo de lo que carecen los objetos de la física o de las matemáticas. El ser humano, a diferencia de los objetos vistos como entes físicos o naturales posee subjetividad e intencionalidad; por ello, el mundo histórico social que hace posible la existencia humana involucra problemas que no se pueden estudiar siguiendo, como las ciencias físico-naturales, procedimientos cuantitativos y experimentales. Sus cualidades específicas obligan a concebirlo desde otra óptica y a utilizar herramientas distintas para su estudio; requiere crear sus propios métodos acordes a la naturaleza de ese objeto. Esta afirmación que para algunos resulta asaz evidente no bastó para que las disciplinas sociales, encaminadas al estudio del ser humano en tanto que subjetivo y en tanto que histórico social, evitaran en su origen la tentación de emular los fundamentos "científicos" de las ciencias duras, sus directrices y métodos. Enfoques positivistas, funcionalistas e incluso organicistas, predominaron en etapas iniciales de la sociología otorgando primacía a los imperativos de objetividad, medición y experimentación propios de las ciencias duras. Por otra parte, estas mismas ciencias sufrieron transformaciones en la forma de concebir y estudiar a su objeto.[3]

[2] Véase Max Weber (1993), especialmente la Introducción de Pietro Rossi (pp. 9-37) y el capítulo 1 (pp. 39-101).

[3] Entre mediados del siglo XIX y la primera mitad del siglo XX la noción de materia sufrió cambios notables. De la idea de materia como *sustancia*, sujeta a leyes que rigen su comportamiento y su movimiento, se pasó a la idea de materia como *forma*, dada por su organización (Schöedinger 1985). Esto colocaba la organización de la materia en el centro del problema. A partir del segundo principio de la termodinámica, las ciencias duras tuvieron que introducir, también, el problema del tiempo. Este principio distingue dos tipos de procesos: los que son reversibles, independientemente de la dirección del tiempo y aquellos que son irreversibles porque dependen de la dirección del tiempo y en donde la entropía juega un papel fundamental. Esta nueva manera de conceptualizar la materia tuvo un efecto sobre la idea de *continuidad y causalidad*: si las partículas no tienen una existencia continua, si no hay individualidad, ¿cómo se puede seguir el continuo temporal y espacial de una molécula? El postulado de la continuidad, de acuerdo con el ideal de

Conforme la complejidad del objeto se ha enriquecido con nuevas determinaciones y su historicidad ha cobrado relevancia, las ciencias sociales han tenido que plantearse preguntas novedosas. En el siglo XX, la imperiosidad de dar respuesta a preguntas complejas conduciría a la investigación interdisciplinaria.[4] Paradójicamente esta orientación surge precisamente como una respuesta colaborativa para responder a los problemas planteados por objetos híbridos (complejos), es decir que mezclaban problemas de la naturaleza, la física y las sociohistoria y que no podían, por la misma razón, ser abordados con la óptica y las herramientas de una sola disciplina. Sin embargo, innumerables lagunas han quedado sin esclarecer en la relación misma entre ciencias sociales y humanidades; de ahí que sea válido plantearse ejercicios que permitan reflexionar y ahondar las vetas de investigación que dicha relación propone. Ello valida el presente ejercicio.

Si los argumentos para diferenciar las ciencias físico-naturales de las disciplinas humanístico-sociales resultan claros y bien fundados, difícil resulta sustentar la compartimentación del área humanística social. El fundamento más socorrido para diferenciar lo humanístico de lo científico social es la finalidad del ejercicio disciplinario y la forma de apropiación del objeto: la literatura —se dice— se apropia de su objeto expresivamente y su finalidad consiste en desarrollar reglas compositivas que permitan al espíritu humano expresarse a través del dominio de la palabra bella y correctamente escrita. Las ciencias sociales, por su parte, se apropian de su objeto cognitivamente, buscan comprenderlo y explicarlo; su objetivo es analizar y lograr el esclare-

---

la física clásica, planteaba la posibilidad de que cualquier punto del espacio sería pensable. Pero si existen vacíos en las "trayectorias" de la materia, el postulado de la continuidad se desploma y con él la idea de causalidad. El segundo principio de la termodinámica mostró, asimismo, que en los estados de perturbación o desequilibrio aparecen espontáneamente nuevas estructuras que a partir del desorden y el caos crean un nuevo orden. En dichas estructuras, llamadas disipativas los procesos como no linealidad, inestabilidad y fluctuaciones son fundamentales (Prigogine y Stengers 1983; González Casanova 2005).

[4] Las nociones de tiempo y complejidad que están en la raíz de la investigación interdisciplinaria reflejan la tendencia de la ciencia a avanzar de lo simple a lo complejo. Como ocurrió con la idea de materia en la física de las partículas (véase la nota anterior), en las disciplinas humanístico-sociales, los sistemas complejos también promueven un tránsito de las "sustancias" (los hechos aislados, las estructuras simples, los conjuntos, la determinación causal de la variable independiente sobre la variable dependiente), a las relaciones, la comunicación, la evolución, el cambio social concebido como surgimiento de lo nuevo y no como transformación de lo mismo (Prigogine y Stengers 1985; González Casanova 2005; García 2006).

cimiento de la verdad de los hechos históricos, explicar causalmente el comportamiento humano, los "hechos sociales" (Durkheim 1974), la acción social.[5]

Este razonamiento contiene varias falacias, pues ni la literatura es ajena al conocimiento —no se limita a una finalidad expresiva—, ni la sociología, la antropología o la psicología pueden soslayar los aspectos simbólicos y expresivos de la acción social dotada de sentido. Tampoco pueden estas ignorar las posibilidades que los personajes arquetípicos creados por la literatura les han ofrecido para alcanzar el conocimiento de su objeto,[6] menos aún pueden obviar el contenido imaginario de la institución histórico social (Castoriadis 1989), ni la importancia del lenguaje en el análisis del sentido. El objeto de las ciencias sociales no son las causalidades contingentes de conglomerados humanos pensados como conjuntos de individuos propulsados por fuerzas mecánicas, sino los sujetos histórico sociales dotados de sentido, que generan en el curso del tiempo de manera perenne, mediante su propia acción, la historia como alteridad, a la vez que enfrentan su problemática constitución como actores sociales.[7]

La compartimentación disciplinaria ha asignado a la literatura y a la sociología misiones y estatutos epistemológicos diferenciados. Por ello, las ciencias sociales, comprometidas con una visión objetivista del conocimiento, han visto limitada su capacidad para comprender y explicar aspectos esenciales de la interacción social como la subjetividad.[8] Parte de la dificultad para dar cuenta de las transformaciones de la subjetividad sociopolítica es que nuestras ciencias sociales de hoy sufren, igual que

[5] Un ejemplo de esa orientación podemos hallarlo en la definición de sociología que propone Weber (1983: 5): "una ciencia que pretende entender, interpretándola, la acción social para de esa manera explicarla causalmente en su desarrollo y efectos".

[6] En la creación de arquetipos sociales la literatura realiza una operación de síntesis semejante a la que valida el método de los "tipos ideales", creado por Max Weber (1983).

[7] La acción colectiva es problemática: no puede ser explicada mediante la misma lógica racional instrumental atribuida al comportamiento humano individual (Olson 1992).

[8] Desde el siglo pasado la sociología ha emprendido esfuerzos por aprehender esa dimensión resbaladiza de lo social que es la subjetividad. Lo ha hecho recurriendo a enfoques y teorías desarrolladas en otros campos disciplinarios como la psicología y el psicoanálisis, la lingüística, la semiótica y la literatura. Conceptos como representaciones sociales, identidad, imaginario, inconsciente político han tomado carta de naturalización en el discurso de las ciencias sociales (Abric 2001; Porta y Saur 2008; Jameson 1982). Asimismo, el valor del testimonio y la memoria colectiva como formas de acción política y como fuente de conocimiento son puestas al día (Jelin 2005; Vázquez 2002; Halbwachs 2004).

Bergson y Durkheim en su tiempo: "por la inadecuación de los términos científicos a la realidad que (se esfuerzan en) comprender".[9]

En el mismo sentido, resuenan las palabras de Duvignaud (2004: 10), cuando afirma que la literatura nos aproxima a esa "riqueza infinita de una experiencia que nunca fue completamente dominada". Para este autor, uno de los puntos de convergencia entre la literatura y las ciencias sociales es, precisamente, la búsqueda de un vocabulario más adecuado para dar cuenta de la experiencia humana en la vida cotidiana. Duvignaud considera que un punto de convergencia se ha dado, claramente, en la reflexión en torno al recuerdo y la memoria.

Al abordar, también, el tema de la memoria en *La escritura o la vida*, Jorge Semprún (citado por Vázquez 2001: 34) expresa una reflexión semejante:

> "Me imagino que habrá testimonios […] y documentos […] obras muy eruditas […] Todo será verdad […] salvo que faltará la verdad esencial, aquella que jamás ninguna reconstrucción histórica podrá alcanzar por perfecta y omnicomprensiva que sea [...] El otro tipo de comprensión, la verdad esencial de la experiencia, no es transmisible […] O mejor dicho solo lo es mediante la escritura literaria".

La literatura abre la posibilidad a cierta forma de conocer. Se ha concebido al conocimiento como una operación de la razón pura, pero sin duda involucra, también, a las emociones. En la literatura, el aprendizaje está dirigido al ser en su totalidad, involucra la mente y el intelecto pero también algo que no está contenido en la racionalidad del *ego cogitans*. La ficción y la composición narrativa nos permiten individualizar la experiencia sin separar el intelecto de la emoción. También hacen posible trasponer los límites de la mónada para situarnos en el lugar de la otredad; pensar y vivir el acontecimiento como si estuviésemos en la piel del otro. La literatura rompe, de igual manera, los límites del adentro y el afuera, la oposición entre objetividad y subjetividad que para Halbwachs (2004: 180) constituye un obstáculo al conocimiento: "…la dificultad de revelar las conexiones de los productos de la mente, que remiten a un mundo interior, y las leyes del mundo exterior, la materia y sus formas, es lo que permite la separación del interior y el

[9] Jean Duvignaud, "Prefacio", en Halbwachs (2004: 9-10).

exterior". Es por ello que la memoria colectiva encuentra en la narrativa herramientas útiles para la aprehensión de la experiencia total.

En este tenor, la ficción y la imaginación (*phantasia*) no solo tienen una función expresiva y estética sino también cognitiva. Como propone Jacques Rancière (2000: 54-56),[10] existe una relación entre "racionalidad ficcional y los modos de explicación de la realidad histórica y social, entre la razón de las ficciones y la de los hechos". La disposición de acciones del poema, "es un juego de saber que se ejerce en un espacio-tiempo determinado". Hacer ficción no equivale a decir una mentira; "fingir no es proponer señuelos, es elaborar estructuras inteligibles". La poesía, que es ficción, no tiene que rendir cuentas de la "verdad" de lo que dice.

En el mismo sentido, podemos concluir parafraseando a Weber (1993: 100), que lo que puede dar sentido a "la inmensa corriente caótica de los acontecimientos que fluye a lo largo del tiempo", es la teoría y esta no es sino un relato que ilumina las conexiones posibles y significaciones infinitas de esos acontecimientos.

Lo que aquí se plantea no es que los estudios literarios resuelvan el problema del conocimiento de lo social. En este trabajo, asumimos simplemente que la producción literaria de un periodo puede arrojar luz sobre aspectos de la subjetividad y del imaginario político, que el análisis "objetivo" de los procesos socioeconómicos y la historia política de ese periodo no alcanza a iluminar completamente. Revelar las conexiones entre el interior y el exterior, lo subjetivo y lo objetivo, es uno de los desafíos que afrontamos. Aquello que no podemos observar nítidamente con los instrumentos y recursos de las ciencias sociales, tal vez nos sea revelado por la literatura. A su vez, la sociología política al visibilizar la relación sociedad-estado aporta elementos para una mejor comprensión del correlato histórico que es parte importante de las novelas sobre guerrilla en México.

Como lo apuntamos en la "Introducción", en las novelas la experiencia colectiva se individualiza, por eso la subjetividad se ubica en primer plano; el conocimiento no se refiere solo a la recreación del correlato histórico, de los ambientes en que se desenvuelven los personajes: se conoce desde el interior; en tanto que las ciencias sociales, al abordar desde afuera, desde lo colectivo y en términos de causalidad experiencias como la guerrilla, proponen los problemas desde esa misma perspectiva: como acción colectiva, como resistencia e interacción

[10] Traducción de Patricia Cabrera López.

grupal, como conflicto político, como determinación causal. Se habla desde los agregados, no desde el sujeto como individuo. Es decir, se piensa lo social como conjunto, como colección de elementos determinados a partir de su uniformidad, de lo que tienen de común y no de singular. Por ello es difícil adoptar la perspectiva del sujeto que es en gran medida la perspectiva del individuo. Esto lo consigue la narrativa literaria. Solo recientemente la sociología —adoptando técnicas utilizadas por la antropología y la psicología— se ha enfocado en el estudio de las trayectorias individuales a través de las historias de vida o la entrevista a profundidad como fuente de entendimiento de lo social. La exploración de la subjetividad es un terreno que la literatura —por medio de la ficción— y la psicología —por medio del psicoanálisis, del estudio del inconsciente— han recorrido mejor que nadie.

Dice Bernard Lahire (2006) que la mayoría de los sociólogos apela a la literatura para "dispensarse de las tareas y dificultades vinculadas a todo proyecto de conocimiento científico del mundo social". En nuestro caso, la apuesta no es que la literatura excuse la falta de rigor sino que pueda enriquecer y facilitar ese conocimiento. Es en la narrativa del periodo —particularmente en el dominio de estudio denominado literatura de izquierdas (Cabrera López 2010: 94-96)— donde intentamos recuperar algunos indicios de esos cambios en la subjetividad sociopolítica. Los cambios de la subjetividad durante los años sesenta y setenta tuvieron lugar en un contexto de transformaciones peculiares. La forma en que estudiamos esos cambios es desde dos visiones complementarias: a través de las novelas sobre guerrilla en México y a través del análisis sociológico político de las transformaciones del periodo y del derrotero del movimiento armado socialista. Estas dos visiones no están en equilibrio: el análisis narratológico es el hilo conductor del texto; se busca, así, abrir una vía de conocimiento "desde el interior" y se exploran sus relaciones con el "exterior".

El texto literario es una fuente fragmentada, pero rica y plena de matices, para la comprensión de una época, para la recuperación de la experiencia, la conservación de la memoria o la figuración de proyectos y alternativas, tareas relevantes de las ciencias sociales. Superar el registro nemotécnico y la veracidad del dato mediante la síntesis de caracteres y arquetipos, de personajes, tramas y formas retóricas que plasman y crean nuevas representaciones e interpretaciones en torno a momentos cruciales del pasado, es una forma de conocerlos y abre la posibilidad de reflexionar sobre su significado.

La ficción, como la historia, está hecha de sucesos, personajes, ideas, dilemas y conflictos que se proyectan en el tiempo. La ficción, como la historia, se sustenta en una narrativa que da coherencia y sentido a acontecimientos que de otra manera semejarían un caos. Del "magma de significaciones sociales imaginarias" (Castoriadis 1989) que es la realidad social, historia y ficción extraen relatos articulados efectuando una operación selectiva de los hechos (Certeau 2006) que produce efectos de verdad; que legitima ciertas versiones e interpretaciones mientras deslegitima otras. La única diferencia entre esas narrativas es que el fundamento de su validez apunta a bases distintas: en un caso a la credibilidad y efecto estético[11] de un discurso que interpela al imaginario y la empatía; en el otro, a la evidencia empírica de la veracidad de lo narrado. Puede entonces comprenderse la importancia y el significado político de intervenir en la disputa por los imaginarios y la legitimidad, tarea que se realiza en buena medida en el terreno simbólico. Los escritores que desde el campo literario intervienen en esa disputa participan de la política y de los debates de su tiempo, como propone la hipótesis central de este proyecto.

En el capítulo "El movimiento armado mexicano en la segunda mitad del siglo XX: contexto y narrativa", analizamos aspectos socio históricos del periodo (años sesenta y setenta), que permitan entender el contexto y las transformaciones en las que tuvieron lugar los acontecimientos referidos en la narrativa estudiada; estos elementos pueden ayudar a entender el sentido político y el valor simbólico de la intervención de izquierdas, a través del campo literario, de los escritores que escribieron sobre guerrilla.

§

El término imaginario —una noción que avanza rápidamente al estatus de categoría en la medida en que se enriquecen y precisan sus significados y se amplía su alcance conceptual— es un territorio que nos ha parecido fértil para una investigación sobre el sentido político de las novelas sobre guerrilla en México, eje de este proyecto. Se trata de un

[11] Entendemos estético no solo como lo relativo a la "disciplina filosófica que trata de lo bello"; sino en su sentido subjetivo, aquello que es capaz de conmover y emocionar: "intuición, contemplación, goce, empatía" (Diccionario Enciclopédico UTEHA, 1953, t. IV: 998).

proyecto que abordamos desde dos formaciones disciplinarias distintas (literatura y sociología), pero que toca territorios disciplinarios más amplios: literatura, sociología política, historia y filosofía. Un ejercicio interdisciplinario que puede inscribirse como parte de los esfuerzos que en épocas recientes han hecho emerger el campo de los estudios culturales.

Mientras que en el apogeo del pensamiento racional que caracteriza la Modernidad, lo imaginario es lo no existente, lo irreal, lo carente de ser; con el avance del psicoanálisis y la identificación de los contenidos irracionales e inconscientes de la psique humana, avanza también el reconocimiento de lo que hay de intangible, subjetivo, indeterminado e inmaterial en lo histórico social, y de los componentes irracionales e inconscientes del comportamiento humano (Mansfield 2000). *Imaginario* es no solo un término nuevo que se añade al léxico de las ciencias sociales, es un concepto que, en la formulación de Castoriadis, sacude el edificio y los fundamentos mismos sobre los que se han erigido estas: la racionalidad, la objetividad, la determinación y la causalidad como principios en los que se basa el quehacer de sus oficiantes. Al transformarse en sustantivo, el imaginario borra de un plumazo las certidumbres que sustentaban la práctica sociológica y reedita la disputa por el método, de raíces decimonónicas. La noción de *imaginario* revoluciona la manera de concebir la sociedad y lo histórico social: no ya como estructuras, determinaciones causales, conglomerados cuantificables, conjuntos finitos de seres humanos impulsados por las fuerzas ciegas e inexorables de leyes históricas; sino *magma de significaciones sociales*, indeterminación, acción dotada de sentido, representación imaginaria social, autonomía, emancipación, sujeto.

La sustantivación del término imaginario, corre paralela a su desarrollo categorial. Hasta principios del siglo XX solo se usaba como adjetivo.[12] El hecho de que se convierta en sustantivo, no obedece a una mera casualidad o moda caprichosa; el cambio denota sus trans-

[12] En los diccionarios no encontramos por regla general, imaginario como sustantivo. El Diccionario de la Real Academia Española no lo incluye en su edición de 1970, ni en la vigésima segunda edición de 2001; solo aparece como adjetivo. En cambio, la 9ª edición (2003: 546-547) de *El Pequeño Larousse Ilustrado* ya define imaginario como adjetivo y como sustantivo: "Imaginario, adj. (lat. *imaginarius).* Que solo existe en la imaginación: *un temor imaginario…*// s. m. Concepción popular y colectiva que se tiene de la realidad cultural, social y política de una comunidad, que puede tener fundamento real o no…"

formaciones semánticas, revela que en el curso del tiempo el término adquiere sustancia. Para decirlo en términos filosóficos: lo imaginario pasa, de ser concebido como *no-ser,* a una *forma del ser*. Se transforma de lo no existente en componente fundamental de la realidad social y origen de sus cambios. Aunque el término *imaginario* se sustantiva ya desde los años veinte del siglo XX a través de la formulación filosófica y literaria de Jean Paul Sartre (1905-1980), fue el francés nacido en Constantinopla, Cornelius Castoriadis (1922-1997), quien devela de manera más clara y puntual su potencia y radicalidad.

Como señala Castoriadis (1989:21), es Aristóteles quien realiza el descubrimiento filosófico de la imaginación —*phantasia*—, a la que coloca entre la sensación, de la que sería una reproducción, y la intelección. Pero, según Castoriadis, lo que de ella dice el filósofo griego: "carece en realidad de importancia en comparación con lo que verdaderamente tiene que decir".

Para Sartre (citado por Chelebourg 2000:15),[13] el imaginario "es la conciencia en tanto que se libera de la realidad". La conciencia humana es capaz de negar la realidad sensible y concebir intencionalmente objetos irreales o seres representados. "Estas imágenes constituyen el imaginario. Es este y no la realidad, el que reproduce la obra de arte". En la obra literaria, "lo real no es más que palabras que sirven para comunicar un imaginario, es decir, una imagen mental […] esas palabras forman un *analogon* de este imaginario. En este sentido la escritura no es más que transcripción de un imaginario". Aquí, Sartre concibe lo imaginario como un representar la imagen de algo que no está allí en tanto que objeto material, pero que existe como creación de la conciencia. Así pues, es el imaginario del escritor —que es decir el producto de su subjetividad— lo que queda plasmado a través de la escritura, no la realidad misma; aun cuando el arte del escritor pueda producir un efecto de realismo. Por todo lo anterior, concluye Chelebourg (2000: 19, itálicas nuestras): "…lo interesante para el análisis literario es […] la imagen *verbalizada* más que la imagen mental", y remata con el planteamiento que justifica el habernos decidido por la categoría de "imaginario" como el objeto de conocimiento de nuestro libro: "Desde el punto de vista de la literatura, la función esencial del imaginario es elaborar imágenes con la mira de *producir en el lector un efecto determinado*".

[13] Traducción de Patricia Cabrera López.

Para Castoriadis (citado por Tello 2003: 15), la subjetividad resulta de la incorporación por parte del sujeto de significaciones imaginarias sociales de la sociedad a la que pertenece. "Estas significaciones sociales son imaginarias porque no se agotan en referencias 'racionales', sino que están dadas por el orden simbólico de la creación indeterminada".

En tanto que para Sartre el imaginario es la negación de la realidad sensible, para Castoriadis (1989: 276 y 277) el imaginario es la piedra filosofal del mundo socio-histórico, lo que instituye la realidad social y genera sus cambios: lo imaginario "es condición de todo pensamiento"; más aún, las cosas y el mundo "son instituciones histórico sociales", "creaciones de lo imaginario social. Pero también ocurre que no hay cosas ni mundo sino en la medida en que hay psique". Es por ello que "el sujeto no es reducible a su institución histórico social".

Para Poirier (2006: 31), fue la ruptura con el marxismo lo que permitió a Castoriadis la elaboración de la noción de imaginario radical; esa ruptura lo condujo a "tomar en cuenta la imaginación como elemento constituyente de lo real". A partir de ahí, pudo desarrollar un nuevo pensamiento sobre la historia: "una filosofía de la historia concebida como creación". Lo "radical" dice Tello (2003: 14-15), se refiere al hecho de que la imaginación está en la raíz del mundo humano.

El punto de partida de Castoriadis es una crítica radical a la lógica formal, que llama ontología heredada: esta concibe al mundo, el ser y lo existente, como determinado; para aquel, en cambio: "…la institución de la sociedad es en cada momento institución de un magma de significaciones imaginarias sociales, que podemos y debemos llamar *mundo* de significaciones" (Castoriadis 1989: 12). Asimismo, la imaginación tiene dos dimensiones: social e individual: "lo imaginario radical es como histórico social y como psique-soma". Estas dimensiones son interdependientes: a la vez que "radicalmente irreductibles lo uno a lo otro", son, por otro lado, "absolutamente *indisociables*", no pueden existir de forma separada (Castoriadis 1989: 328).

La lógica formal tiene como base la idea de conjunto, pero el modo de ser propio de lo histórico social, dice Castoriadis, es "distinto de un conjunto o una jerarquía de conjuntos". La sociedad se nos presenta, indebidamente, como "una colección de individuos". Sin embargo, esta lógica conjuntista es inapropiada porque "la sociedad no es cosa, ni sujeto, ni idea, ni tampoco colección o sistema de sujetos, cosas o ideas" (Castoriadis 1989: 25-28). No deberíamos, para él, definir a la

sociedad como articulación de partes separadas. La articulación entre el todo y sus partes:

> …es en cada momento una creación de la sociedad en cuestión […] La articulación de lo social en técnico, económico, jurídico, político, religioso, artístico, etc., que tan evidente nos parece, no es otra cosa que un modo de institución de lo social particular a una serie de sociedades, entre las cuales se encuentra la nuestra […] La organización de la sociedad vuelve a desplegarse a sí misma en cada momento de manera diferente […] en tanto da lugar a un tipo de relación (novedosa) entre esos momentos.
> […]
> Ni los momentos ni el todo pueden inferirse por inducción de las formas de vida social observadas hasta aquí ni deducirse *a priori* por la reflexión teórica, ni pensarse en un marco lógico dado de una vez y para siempre. (Castoriadis 1989: 31, 32)

Cada sociedad está en "incesante autotransformación", afirma Castoriadis (1989: 38).

> Lo histórico-social es imaginario radical, esto es, originación incesante de la alteridad que figura y se autofigura…
> [...]
> Lo histórico-social es flujo perpetuo de autoalteración, y solo puede ser en tanto se dé como figuras "estables" mediante las cuales se hace visible […] la figura "estable" primordial es aquí la institución. (Castoriadis 1989: 70-71).

Así pues, lo social no puede ser separado de lo histórico, solo existe como histórico-social, ya que "Lo social se da como historia […] como temporalidad; y se da cada vez como modo específico de temporalidad efectiva", A su vez, lo histórico es "autoalteración de ese modo específico de 'coexistencia' que es lo social…" (Castoriadis 1989: 87).

El cambio social emerge a través del imaginario social, avanzando de lo instituyente a lo instituido; no puede ser presentado en términos de causas deterministas, como una secuencia necesaria de acontecimientos, ya que implica discontinuidades radicales; como ya se dijo, lo social *es* "autoalteración".

Castoriadis habla de *magma* para referirse a formas de lo existente que no pueden ser pensadas de una manera determinada, en forma de elementos separados ni como sincronía. La imaginación —lo mismo que el lenguaje, el inconsciente y lo histórico social— es la creación

humana indeterminada que no puede ser aprehendida mediante un razonamiento lógico identitario. Cada sociedad construye sus propios imaginarios: instituciones, leyes, mitos, tradiciones, creencias y comportamientos. Estos no están determinados de antemano ni dados de una vez y para siempre, se construyen y transforman en el tiempo, al hilo de decisiones particulares y de conductas individuales concretas; por eso no pueden ser pensadas como algo acabado ni reducidas a un modelo teórico único:

> En tanto coexistencia, lo social no puede ser pensado con la lógica heredada […] no podemos pensarlo como conjunto determinable de elementos perfectamente distintos y bien definidos. Hemos de pensarlo como un *magma,* e incluso como un magma de magmas, con lo que no quiero decir el caos, sino el modo de organización de una diversidad no susceptible de ser reunida en un conjunto, ejemplificada por lo social, lo imaginario o lo inconsciente. (Castoriadis 1989: 34)

En otro lugar del mismo texto, Castoriadis (1989: 288) dice que: "Un *magma* es aquello de lo cual se puede extraer […] organizaciones conjuntistas en cantidad indefinida, pero que jamás puede ser reconstituido (idealmente) por composición conjuntista […] de esas organizaciones".

El magma es el flujo indetenible de las representaciones, formas, figuras y esquemas que caracterizan la imaginación humana. "El magma de las significaciones imaginarias sociales no es pensable en el marco referencial identitario de conjuntos". Tampoco pueden pensarse en ese marco las relaciones entre representación y significación, o "consciente" e "inconsciente". "Todo lo que puede darse efectivamente —representación, naturaleza, significación— es según el modo de ser de *magma",* dice Castoriadis (1989: 290).

El mejor ejemplo para ilustrar la idea de magma y la relación entre lo instituyente y lo instituido lo proporciona el lenguaje considerado en su relación con la *significación.* El lenguaje jamás es "reductible a una totalidad cerrada de significaciones fijas… [está] siempre abierto a una transformación de las significaciones", debe poseer una "productividad léxica" (Castoriadis 1989: 89-90). Pero, por otro lado, es necesario que el lenguaje como vehículo del pensamiento posea estructuras:

> La imaginación radical jamás podría convertirse en pensamiento, si los esquemas y las figuras a las que da existencia permanecieran simplemente aprehendidas en la indefinidad del flujo representativo, si no se "fijaran"

> y no se "estabilizaran" en "soportes" materiales-abstractos (materiales en tanto que *esto* determinado), a saber, para decirlo brevemente, en *signos*. El lenguaje no solo es el fundamento de la comunicación de la conciencia consigo misma […] Pero el lenguaje implica los signos —por tanto implica "cosas"— no cosas fijas y estables […] cosas determinables pero no determinadas. (Castoriadis 1989: 278-279)

El término *imaginario* no debe confundirse con el de *ideología,* entendida como "la ciencia de las ideas", en el tenor de los intelectuales franceses del siglo XVIII que acuñaron este término. Tampoco en el sentido que le dio Marx como falsa conciencia, producto de la alienación del trabajo enajenado. Ideología remite a un sujeto racional y conciente en el que ideas, conceptos y valores —racionalmente estructurados y voluntariamente adoptados— influyen y orientan su acción.[14] El *imaginario* refiere a "lo inaprensible de un sentido humano que estalla al albur de semejanzas, analogías y asociaciones metafóricas" (Castoriadis en *Wikipedia*). Es claro, pues, que Castoriadis no solo formula la idea de imaginario en un sentido lógico; el término incorpora, también, la noción de lo inconsciente pues no es algo que se articula en un discurso racional; se ubica en un sustrato de la subjetividad en el que se funden cargas emocionales, mitos, símbolos e ideas; su vehículo no es solo el lenguaje escrito: se expresa a través de la oralidad lo mismo que a través de los textos. Lo que tienen en común el imaginario y la ideología es el reconocimiento de la eficacia de lo ideal y lo mental en la acción humana socialmente orientada.

Otro concepto que a veces se utiliza como sinónimo de imaginario es el de representaciones sociales. Según Moscovici (1991),[15] estas "no representan simples opiniones, imágenes o actitudes en relación a un objeto, sino teorías o áreas de conocimiento para el descubrimiento y organización de la realidad". Para Maru León (2002), las representaciones sociales deben ser conceptualizadas como "formas de pensamiento de sentido común, socialmente elaboradas y compartidas, que les permiten a los individuos interpretar y entender su realidad y orientar y justificar los comportamientos de los grupos". En resumen, las representaciones sociales son imágenes que cumplen una función organizadora y orien-

[14] También en el apartado "Algunas precisiones conceptuales" abordamos caracterizaciones complementarias sobre la ideología.

[15] Citado por Tello (2003: 97).

tadora de las prácticas sociales y del comportamiento humano individual. El imaginario, por su parte, no alude a contenidos elaborados de la subjetividad, mucho menos a "teorías" como propone Moscovici en relación con las representaciones sociales; pero tampoco significa cualquier fenómeno de simbolización del entorno, uso que Cedillo (2010a) ha criticado al señalar la popularización del término. Aunque cumple una función análoga de dar sentido a las prácticas sociales,[16] el imaginario remite a un nivel todavía más básico y menos elaborado de la subjetividad: subsume mitos, pulsiones y significaciones que por su indeterminación han sido conceptualizadas por Castoriadis (1989) como un magma, concepto complejo que justifica la amplia referencia que hemos hecho a la obra del filósofo y psicoanalista greco-francés. Como puntualiza Poirier (2006: 23), la idea de magma en Castoriadis es "irreductible a una determinación lógica unívoca", en él "coexisten multitud de formas ontológicas y […] descansa sobre una organización que contiene fragmentos de diversas organizaciones lógicas". Debido a esa indeterminación, en el imaginario —como en el inconsciente— se pueden mezclar contenidos divergentes e incluso contradictorios.

Como señala Baczko (1991: 8,16), el imaginario responde a una invención permanente de las sociedades, se compone de "…ideas-imágenes a través de las cuales (estas) se dan identidad, perciben sus divisiones, legitiman su poder o elaboran modelos formadores para sus ciudadanos [….] De este modo, el ejercicio del poder, en especial del poder político, pasa por el imaginario colectivo". Hay una diferencia de matiz entre esta idea y la concepción de Castoriadis, que consiste en que para este el poder político no solo *pasa* por el imaginario, es *instituido* por el imaginario.

§

El fenómeno de la guerrilla puede ser analizado desde varios ángulos y enfoques teóricos: como movimiento armado, como desafío al estado; como fenómeno ideológico o como expresión simbólica de un imagina-

[16] Para Taylor (2006: 13, 37): "Un imaginario social no es un conjunto de ideas; es más bien lo que hace posible las prácticas de una sociedad al darles sentido". Como concepciones colectivas, los imaginarios sociales son compartidos por amplios grupos de personas a través de imágenes, historias y leyendas; permiten un sentimiento compartido de legitimidad.

rio colectivo. El abordaje que aquí nos interesa del movimiento armado socialista de los años sesenta y setenta en México, se ubica en el ámbito del orden simbólico y su expresión como imaginario. Pero dado que es producto de un proyecto interdisciplinario que tiene como eje la novelística de la guerrilla en México, el abordaje que hacemos en este texto toca tres vertientes, el imaginario social del guerrillero, el imaginario de los combatientes, y el imaginario plasmado en la novelística estudiada (véase la Introducción).

En el caso de México, el imaginario social del guerrillero, no obstante la distorsión y demonización que el régimen intentó imponerle en el periodo que estudiamos, halla un fundamento de legitimidad en el propio discurso oficial extraído de la épica de la Revolución mexicana. Muchos de los héroes patrios fueron guerrilleros, que no otra cosa serían muchos de los insurgentes que combatieron al ejército realista. Vicente Guerrero, el prócer que consumó la Independencia, logró este objetivo resistiendo como guerrillero en las montañas del Sur. Numerosos son los episodios en los que el gobierno itinerante juarista fue defendido por sus partidarios con tácticas de guerra de guerrillas. Y, aunque ha habido intentos de expulsarlos del panteón oficial, Francisco Villa y Emiliano Zapata siguen siendo próceres admirados que portan en el imaginario popular insignias de guerrilleros.

En los años sesenta y setenta, a lo largo de la crisis de legitimidad que aquejó al régimen autoritario, se produjo una disputa que no tuvo lugar únicamente en el terreno político militar sino que abarcó de manera amplia el terreno de lo simbólico. En esta disputa por el imaginario colectivo participó de manera marginal, pero no por ello menos significativa, la narrativa literaria. La censura informativa que ejercieron los medios de comunicación, incluyó no solo la supresión de noticias sobre movilizaciones y protestas contra el régimen sino la deliberada distorsión y manipulación de la imagen de los luchadores sociales, de los opositores políticos y de los guerrilleros, que llegó a extremos de criminalización y demonización de los disidentes (desde el asesinato de Rubén Jaramillo y su familia, el 23 de mayo de 1962 hasta la detención de los últimos miembros de la dirección nacional de la Liga Comunista 23 de Septiembre en enero de 1982, pasando por la crónica de la masacre del 2 de octubre de 1968 y la persecución y muerte de Lucio Cabañas el 2 de diciembre de 1974).

Se ha documentado puntualmente (Fierros Álvarez 2002; Rodríguez Munguía 2007; Gamiño 2008; Cedillo 2011), la férrea censura que el

régimen ejerció sobre los medios de comunicación en México, particularmente sobre la prensa escrita que en su servilismo ante el poder incorporó también una tácita autocensura.

Algunos ejemplos del tono empleado por la prensa de la época para referirse a disidentes y guerrilleros pueden ser útiles para apreciar el papel de la prensa. El silencio a que los condenaban los medios impresos, buscaba acallar las protestas que tenían lugar en todo el territorio nacional e invisibilizar los conflictos; se intentaba con la manipulación informativa distorsionar los hechos y descalificar a la disidencia. Lo hacen mediante la utilización de estereotipos en los que proyectan la visión autoritaria y reduccionista del régimen que encasilla a todo opositor como subversivo y a toda organización disidente como parte de un complot dirigido desde la Unión Soviética. El discurso anticomunista apuntalaba las necesidades de control del régimen autoritario pues favorecía la represión y justificaba, recurriendo a la mentira y falseando sin ningún escrúpulo los hechos, crímenes nefandos como el asesinato de Rubén Jaramillo, conocido luchador agrarista de Morelos, su esposa embarazada y sus hijos, ocurrido el 23 mayo de 1962. Después de inventar que Jaramillo había sido muerto en su intento por huir de la policía judicial militar y que al tratar de escudarse con sus parientes, estos perdieron la vida también, el periódico *El Universal*[17] hace un recuento de las numerosas "fechorías" supuestamente cometidas por Jaramillo, al que califica como bandolero, asaltante y asesino peligroso. Dice refiriéndose a su esposa:

> Su amante, Epifania Zúñiga, mujer de pésimos antecedentes, cruel y temeraria, era la mentora y acompañante imprescindible de este bandolero, que se ufanaba de ser magnífica tiradora y de haber sacrificado cientos de vidas. Sus hijos, Filemón, Ricardo y Enrique, mayores de edad, adiestrados en la escuela del crimen. A últimas fechas, violaban por la fuerza a mujeres y jovencitas que posteriormente asesinaban con armas blancas o de fuego. Al igual que su madre y padrastro, se significaron en el mundo del pillaje y el crimen [...] Con la muerte justa (*sic*) de esta familia de malhechores y criminales, renacerá la tranquilidad de una vasta zona en los estados de México, Morelos y Guerrero.

La presentación de las noticias califica invariablemente a los combatientes de las guerrillas como gavilleros, asaltabancos, criminales,

[17] *El Universal* (1994: 28-31).

hampones, secuestradores, sujetos sin escrúpulos, asesinos, asaltantes, agitadores, terroristas, etc., etc.

Esta línea editorial obedecía a una política deliberada y planificada de manipulación informativa diseñada y coordinada desde los centros del poder político nacional (Secretaría de Gobernación) y de los servicios de inteligencia estadounidenses (Rodríguez Munguía 2007). Pero inclusive, periodistas que militaban en las filas de la "izquierda" institucional (PPS), descalificaban las acciones de las organizaciones armadas, como Jorge Cruickshank (*El Universal* 1994: 61), para quien los grupos guerrilleros eran: "agrupamientos izquierdizantes, ultrarradicales", manipulados por la policía política norteamericana para "golpear a las fuerzas democráticas" y armar un "complot antinacional contrarrevolucionario" que desviaría al pueblo de México del camino de la Revolución Mexicana, único válido para "lograr su emancipación definitiva y la construcción de una patria realmente libre".

Así, tanto desde la política oficial como desde la izquierda colaboradora, se deslegitimaba el proyecto de transformación revolucionaria de la izquierda socialista. Rodríguez Munguía (2007) ha analizado con puntualidad la función de los estereotipos y su confección minuciosa por los servicios de inteligencia para generar una percepción negativa de los guerrilleros. El cerco mediático y la manipulación informativa fueron sin duda un elemento importante que dificultó la legitimación de los movimientos armados en el imaginario social, hecho que se vio favorecido, también, por los códigos de la clandestinidad que tuvieron que adoptar esas organizaciones.

No es gratuito que el régimen autoritario mexicano haya consolidado su continuidad, no obstante los hitos de la alternancia, basado en el control informativo y el monopolio mediático, que se ha revelado hasta el presente como uno de los obstáculos más poderosos a la democratización de México.

§

Los "polos identificatorios" de los guerrilleros, tienen su raíz en la cultura política mexicana, pero también se enriquecen con elementos culturales universales de la época. Hay sin duda, determinaciones objetivas, circunstancias y mentalidades que afectan colectivamente a los sujetos que viven en una época, pero para un trabajo que tiene como

hilo conductor el imaginario interesan sobre todo determinaciones que sitúan a los sujetos en su contexto y que resultan decisivas en los puntos cruciales de sus trayectorias de vida. El guerrillero es por antonomasia un transgresor, no reproduce lo dado sino que busca su transformación en una apuesta arriesgada. ¿Cuáles fueron las razones para que los miembros más activos y brillantes de una generación hicieran una apuesta tan arriesgada? y ¿qué interés guía a los escritores que abordaron esa gesta? o, para formularlo en los términos del proyecto ¿en qué medida la reivindicación de una identidad política, desde el imaginario de la novela es un acto legitimador? Algunas respuestas podemos hallarlas en el análisis sociológico del periodo, que abordamos en el siguiente capítulo; otras las buscamos a través de la narrativa literaria.

Para Castoriadis (1989: 249), "una interpretación psicoanalítica debería poder explicar qué es lo que hace a un individuo capaz de asumir, en mayor o menor grado, su situación efectiva, que, como se sabe, es siempre una situación social". Dado que no estamos en condiciones de determinar con certeza y puntualidad ese curso en una escala colectiva o en un número amplio de individuos, solo tenemos la opción de explorar los imaginarios a través de personajes cuya capacidad de sublimación sustenta una voluntad de cambio orientada a transformar las condiciones en las que les toca nacer y crecer. Estar dispuesto a morir por una causa real o imaginaria se contrapone a un instinto básico y formidable que es el instinto de supervivencia. Se requiere una alta dosis de sublimación para asumir una misión cuyo destino es casi siempre la muerte. Aunque se alimente de la fe en el triunfo de la causa, este muy probablemente se producirá de manera póstuma.

En el *corpus* de novelas analizadas, el tema común es "la guerrilla como experiencia o aspiración que da sentido a la vida y por la que vale la pena arriesgarla o perderla". Entre las múltiples determinaciones de la ideología izquierdista que explican el compromiso de los combatientes con una causa en la que arriesgaban la vida, existen numerosos ideologemas, teorías, estrategias y consignas que atraviesan el debate. Sin embargo, esta temática común de la narrativa estudiada traspone los linderos estrictamente ideológicos de ese debate para adentrarse en el terreno de la ética.

Aunque tiene algo de transhistórico, de Prometeo y de Jesucristo, el imaginario del guerrillero es producto de un proceso de socialización en un contexto social específico: la sociedad capitalista como heredera de la tradición de Occidente. En ese imaginario se entremezclan

aspiraciones, valores, formaciones, y subjetividades con un contenido diverso pero en el que predominan dos fuertes tradiciones éticas: el cristianismo o tradición ibero-católica como la llama Mansilla (1990) y la ideología de izquierda; una de origen milenario y otra surgida en la Revolución Francesa.[18]

Así, el imaginario del guerrillero se configura con una mezcla de imaginarios extraídos del pasado y de la modernidad. El guerrillero es el Prometeo de la sociedad capitalista. Es producto de esta sociedad, pero su destino (libremente elegido) es la transgresión y la ruptura de las condiciones que la reproducen. Asume voluntariamente el sacrificio para romper las cadenas del *statu quo* y abrir las puertas de un mundo nuevo. Su fin no es la salvación eterna, en una vida ultraterrena, sino la construcción de la utopía en esta tierra para los humanos del futuro.[19] El guerrillero extrae del "magma de significaciones sociales imaginarias" (Castoriadis *dixit*), los impulsos que moldean su voluntad de cambio revolucionario de la sociedad. El sustrato que nutre su voluntad es la figura mesiánica del Cristo que carga su cruz y muere en ella. Pero sin las ideas de Marx y la vida ejemplar del Che, no se entendería a esos sujetos convencidos de poder transformar la realidad terrenal de una manera revolucionaria, es decir, de una manera radical, instantánea y violenta. Este imaginario explica de alguna manera, esa *prisa* que Montemayor (2006) señala como una marca del guerrillero en dos de sus novelas.

Sin embargo, por encima de esa racionalidad que podemos suponer que forma parte de las motivaciones de los guerrilleros, la temática de las novelas remite a una motivación propia de la tradición cristiana pero formulada en clave marxista. Su elemento central es la empatía; ponerse en los zapatos de otros que sufren carencias e injusticia. Preocuparse por el prójimo y buscar el bien común. Lo que algunos de los jóvenes revolucionarios de los años sesenta y setenta viven no son carencias propias o pobreza extrema; la privación que sufren es política,[20] si bien su justificación para emprender la lucha armada es la privación material de

[18] Como sabemos, la terminología izquierda y derecha se originó en la Revolución Francesa para referirse al "lugar que ocupaban los miembros de la Asamblea Constituyente respecto a la presidencia" (*Historia Universal Salvat* 1999: 3083) A la izquierda se posicionaban quienes creían que debería primar la voluntad popular por encima del poder del rey; a la derecha los partidarios de la monarquía que apostaban por primar la voluntad del rey (Tótoro 2001: 12).

[19] Como señala Pizzorno (1989) en su análisis de la teoría de la lealtad de Hirschman.

[20] Véase el capítulo "El movimiento armado mexicano en la segunda mitad del siglo XX: contexto y narrativa".

otros y el convencimiento de que el cambio político no puede generarse desde el propio sistema, por la reforma de las reglas y las instituciones del régimen, sino que debe producirse de una forma violenta, súbita y radical, por la vía revolucionaria. Las etapas pasan por la insurrección popular, el derrocamiento del régimen, la instauración un nuevo sistema económico político y una nueva forma de gobierno: la dictadura del proletariado, primero, y el socialismo como sistema económico y político, después.

Hay que considerar que, como dice Mansilla (1990: 119):

> La lucha guerrillera no es solo una vía militar e inequívocamente violenta hacia la conquista del poder político, sino también una filosofía específica de la vida[…]que descubre invariablemente algunos rasgos de lo que estos movimientos se imaginan sobre la anhelada revolución.

La tradición hispano católica y marxista guevarista son componentes que se mezclan en la subjetividad de los guerrilleros, no siempre de manera consciente y explícita. En la práctica es una ética más cristiana e idealista que racional y materialista. También hay un componente racional en las motivaciones de los guerrilleros: existe la apuesta por un objetivo que se asume como la búsqueda del bien común, pero cuyo logro supone la conquista del poder. Hay un cálculo racional:[21] se trata de una apuesta muy arriesgada, pero para esos jóvenes no representaba un suicidio o una muerte anunciada: la probabilidad de ocurrencia era alta, la Revolución cubana lo demostraba y, además, la refrendaban las leyes científicas de acuerdo con el materialismo histórico; se trataba de una transformación inevitable y necesaria que tendría lugar tarde o temprano, impulsada por la dialéctica de la historia: esta establecía la existencia de una contradicción inmanente entre el desarrollo de las fuerzas productivas (que imponen el trabajo colectivo) y las relaciones sociales de producción (que mantienen la propiedad privada de los medios de producción).

[21] Se hace un cálculo de probabilidad, el triunfo puede tener ocurrencia o no pero representa una inversión para el yo futuro (Pizzorno 1989, Hirschman 1977).

El movimiento armado mexicano en la segunda mitad del siglo XX: contexto y narrativa

△

El movimiento armado en México emergió en los años sesenta en un contexto mundial de transformaciones del sistema capitalista que se caracterizó por la consolidación del nuevo orden geopolítico surgido de la Segunda posguerra. Enfrentadas las dos potencias indiscutibles de este nuevo orden —Estados Unidos y la Unión Soviética—, en un conflicto larvado conocido como Guerra Fría, en las siguientes décadas todos los países del mundo se vieron forzados a alinearse en alguno de los dos frentes: capitalismo o socialismo. Como expresara Ricardo Pozas Horcasitas (2001: 79), la interpretación del mundo se redujo "al 'comunismo' y a la 'democracia' como las dos únicas y posibles formas de régimen político".

El triunfo de la Revolución cubana marcó en América latina el ascenso de una oleada revolucionaria proclive al socialismo y embebió a las izquierdas en un debate vehemente sobre las vías para la transformación de los países de la zona, considerada por el imperialismo estadounidense su "patio trasero". Una cruzada contrarrevolucionaria y anticomunista impulsada por Estados Unidos cobró fuerza en la década siguiente culminando con la entronización de regímenes autoritarios y dictaduras militares en el Cono Sur. En el lapso de una generación —25 años—, de principios de los años sesenta a mediados de los ochenta, el proyecto revolucionario socialista tuvo su apogeo y su ocaso en América Latina.

La mayoría de intelectuales de izquierda se alinearon en el flanco socialista, no obstante que el desprestigio del estalinismo y las constantes purgas que los partidos comunistas diseminados por todo el planeta hacían de sus cuadros más críticos socavaban la confianza en la revolución. La esperanza en esta se mantenía viva para el Primer mundo gracias a lo que ocurría en el Tercero, como recuerda Eric Hobsbawm

(2002: 238): "Las dos grandes inspiraciones internacionales eran Cuba y Vietnam".[1]

Con la esperanza de la revolución aún viva en el imaginario de muchos intelectuales y activistas de izquierda del mundo, el poder imperial estadounidense y las fuerzas contrarrevolucionarias emprendieron una lucha a muerte contra los afanes revolucionarios en América Latina. Hobsbawm (2002: 344), lo expresa así:

> Cuando descubrí este continente estaba a punto de entrar en el periodo más oscuro de su historia en todo el siglo XX, en la era de la dictadura militar, del estado del terror y la tortura. Durante los años setenta hubo más de todo esto en el llamado "mundo libre" de lo que se dio desde que Hitler ocupó Europa. Los generales se hicieron con el poder en Brasil en 1964 y a mediados de los setenta los militares gobernaban en toda Sudamérica excepto en los países de la costa del Caribe.

Aunque en México no se produjo un golpe de estado militar, el anticomunismo prohijado por la Guerra Fría favoreció el endurecimiento del régimen autoritario encabezado por civiles que se había consolidado como partido de estado a través del Partido Revolucionario Institucional (PRI).[2] Este endurecimiento corrió a contrapelo de las tendencias que se gestaban en la sociedad mexicana, sacudida por las transformaciones profundas, objetivas y subjetivas que tenían lugar en ella. Entre los aspectos objetivos destacan los cambios demográficos y las transformaciones estructurales que se habían producido después de dos décadas de modernización.[3] A principios de los años sesenta,

[1] Según Hobsbawm (2002: 331): "Tras el triunfo de Fidel Castro y más aún tras la derrota de los norteamericanos en Bahía de Cochinos y del fracaso del intento de derrocarlo de 1961, no hubo en Europa ni en Estados Unidos intelectual que no sintiera el hechizo de Latinoamérica, un continente al parecer en plena ebullición con la lava de la revolución social".

[2] Aunque el Partido Nacional Revolucionario (PNR), fundado en 1929 por Plutarco Elías Calles, mantuvo su continuidad a través del Partido de la Revolución Mexicana (1938), y del Partido Revolucionario Institucional (1946), en su dirección habían prevalecido los caudillos militares del periodo revolucionario. A partir de 1946, con la fundación del PRI, es cuando se produce el arribo de políticos civiles a la cúpula del régimen. Sobre el régimen autoritario en México, su configuración y sus transformaciones, véase: González Casanova (1969), Cosío Villegas (1973), Linz (1975), Garrido (1982), Middlebrook (1988), Cansino (1991), Molinar (1991), Brachet (1996).

[3] El modelo de "desarrollo estabilizador" fue la expresión más acabada de ese proceso; dio origen a lo que se conoció como "el milagro mexicano". El término fue acuñado por Rafael Izquierdo y lo hizo famoso Antonio Ortiz Mena, secretario de Hacienda durante los gobiernos

por primera vez, la población urbana supera a la rural.[4] Una presencia notable de los jóvenes en la pirámide de población marca un fuerte impulso generacional. Los efectos de industrialización y urbanización, los cambios demográficos y culturales; una población más urbana, educada y cosmopolita, dan vida a una generación del cambio y a un momento singular en la historia del país.

Hay que hacer notar que los sectores sociales tradicionales no fueron ajenos a la rebelión. La crisis del agro parece ser uno de los detonantes de la movilización y el conflicto que caracterizan al periodo. El sector agrícola, condenado a subsidiar la industrialización sustitutiva, mostraba signos de hartazgo después de más de una década de precios agrícolas bajos. Esta política diseñada para favorecer el desarrollo urbano industrial a costa del sector primario, no solo impactaba al campesinado pobre, con escasa capitalización y baja productividad, sino al segmento en donde el desarrollo capitalista había recibido el mayor impulso del estado posrevolucionario y donde existía la agricultura más moderna y tecnificada: el del norte del país. Hacia finales de los años cincuenta, el campo mexicano denotaba signos de crisis por la descapitalización y las transferencias de valor a favor de los sectores secundario y terciario. Autores como O. Pellicer y J. L. Reyna (1978: 215) consideran que el deterioro del agro está en el trasfondo de las movilizaciones campesinas que se producen en este periodo; según ellos, "los años de 1957 y 1958 habían sido muy malos". Paralelamente había crecido un proletariado agrícola nutrido por jornaleros y campesinos sin tierra que presionaban con demandas de reparto. Es comprensible, por ello, que no fueran los campesinos más pobres sino los de esa región próspera del país, los primeros en movilizarse. Pellicer y Reyna (1978: 123-130) registran

---

de Adolfo López Mateos (1958-1964) y Gustavo Díaz Ordaz (1964-1970). El *desarrollo estabilizador* arranca con la devaluación de 1954 que fijó una nueva paridad de 12.50 pesos por dólar, 44.5% arriba de su nivel previo de 8.65 pesos por dólar. El modelo se proponía lograr la "expansión económica" y "terminar con los ciclos recurrentes de inflación devaluación". Sus lineamientos básicos habían sido planteados por el economista Víctor Urquidi (1951), quien consideraba necesario aplicar una política fiscal y monetaria como instrumento para "contener la inflación sin detener el desarrollo económico". Durante los más de 15 años que se aplicó el modelo se obtuvieron tasas de crecimiento económico de entre 6% y 8%, el doble de las de Estados Unidos, e inflación baja, muy cercana a la de aquel país (Urquidi 1951; Pellicer y Mancilla 1978; Solís 1981; Hansen 1983; Ortiz Mena 1998).

[4] La población total fue de 34 926 129 habitantes de los cuales 17 705 118 era población urbana y 17 218 011 rural (*DGE, VIII Censo General de Población 1960*).

acciones del movimiento campesino a partir de este último año: "las primeras noticias de invasiones procedieron de Sinaloa, donde más de 2000 campesinos invadieron propiedades particulares a punto de ser cosechadas y se negaron a abandonarlas a pesar de la presencia del ejército". Tanto en Sinaloa (Posadas y García 1985) como en Sonora (Ferra Martínez 1985), tuvieron lugar acciones campesinas. Poco después, en la Comarca Lagunera ocurre "un nuevo tipo de invasiones llevadas a cabo no por solicitantes de tierras sino por jornaleros agrícolas" (Pellicer y Reyna 1978). Asimismo, se reporta la ocupación de parvifundios en Nayarit, Colima y Baja California. La mayoría de estos conflictos fue resuelta mediante la dotación a solicitantes y ocupantes irregulares, pero no siempre accede el gobierno a las demandas: en Baja California se desaloja a los invasores encabezados por la Unión General de Obreros y Campesinos de México (UGOCM) y se detiene a sus líderes locales y regionales; Jacinto López, su dirigente más conocido, es detenido en Sonora con otros cinco dirigentes de la organización.

Con todo y su singularidad, lo relevante del periodo no son únicamente las condiciones históricas, las transformaciones demográficas, la modernización del país y el contexto internacional. Lo más destacado es el hecho de que en los años sesenta, estas condiciones "objetivas" entran en sintonía con "condiciones subjetivas" peculiares. No gratuitamente estos son años de efervescencia política, de amplia movilización social y ciclos de protesta. Aunque las transformaciones estructurales son formidables, la centralidad es del sujeto y su acción. En los años sesenta se abre una oportunidad de cambio que entendemos como resultado de procesos históricos en donde lo internacional, lo nacional y lo local se manifiestan con lógicas propias pero interconectadas. Estos procesos son producto de cambios estructurales operados en la sociedad, pero sobre todo son resultado de la interacción entre una sociedad cambiante y un régimen autoritario. Un campesinado en crisis sacudido por nuevas contradicciones y viejas demandas y una creciente población urbana de clase media, más ilustrada e informada, privada de sus derechos políticos, reciben el impulso de una generación nueva. Libertad sexual, espíritu revolucionario e irreverencia frente a lo instituido nutren el imaginario instituyente iniciado por la insurrección juvenil del mayo francés: "seamos realistas, exijamos lo imposible", como bandera.

La sociedad mexicana en ebullición y transformación se rebela frente a un "sistema político cerrado" (Favela 2006) que había ido haciéndose más rígido y autoritario, más vertical y excluyente, en la medida

en que su estructura corporativa de representación —dividida en tres confederaciones sectorizadas—, ya no podía incorporar y representar a una ciudadanía diversificada: el sector popular del PRI (CNOP), no se adecuaba a las necesidades de representación y de participación de la creciente clase media; el sector campesino (CNC) exhibía problemas para contener la protesta campesina y el surgimiento de nuevas organizaciones independientes, y el sector obrero (CTM) había sido desafiado a finales de los años cincuenta por una insurgencia sindical que demandaba democracia. Las reformas políticas (Molinar 1991) solo habían hecho más presidencialista y centralista al régimen, en lugar de liberalizarlo. Al malestar por la privación política que experimentaba una ciudadanía en expansión en las boyantes ciudades, se unía el descontento acumulado en los estados por la constante imposición política del centro y el intervencionismo de la federación en la vida de las entidades; el malestar por el autoritarismo y la falta de canales de expresión y participación propios del 'sistema político cerrado', era palpable.

Como corresponde a un país centralista, la protesta inició y culminó en la capital de la República pero, con efecto dominó, las numerosas manifestaciones sociales contra el autoritarismo y la constante imposición se sucedieron en varios estados —su expresión fue regional—[5] y solo alcanzaron nuevamente el centro político nacional con el estallido estudiantil popular de 1968. Con él culminaban protestas numerosas pero aisladas, cuya invisibilidad se explica por aquel centralismo político y por el servilismo frente al poder de una prensa venal.

Lo nuevo de esta generación no era únicamente su juventud, más numerosa, escolarizada y politizada, sino el activismo político que desplegaban. Intempestivamente empezaron a asumir el protagonismo en una escena política que no estaba diseñada para arropar su presencia y que ni siquiera los incluía en el guion como actores de reparto.

En la ciudad, lo mismo que en el campo, una variopinta marejada de actores se moviliza con energía renovada. Destacan claramente en ese conglomerado los campesinos y los segmentos de clase media urbana de donde provienen los principales liderazgos de los movimiento emergentes. Es notable que estos segmentos, que no están desposeídos de todo medio de producción, sean los que más protestan. La razón

[5] Esta tesis y su evidencia empírica se encuentran en un libro en preparación sobre los movimientos sociales de los años sesenta: Estrada Castañón, Alba Teresa, *De los movimientos cívicos a los movimientos armados. Régimen autoritario y presiones populares en México*, CEIICH, UNAM.

que encontramos para ello es la privación política que dichos segmentos rurales y urbanos padecen. No están privados de sustento. Son los años del estado benefactor, del pacto de dominación basado en una agenda redistributiva, cuando los trabajadores al servicio del estado y el sindicalismo corporativizado lograron grandes avances (Brachet 1996). De acuerdo con Brachet (1996: 157-161), dichos avances incluyen aspectos como la modificación en 1959 de la ley del Seguro Social, la incorporación de nuevos derechohabientes al IMSS (casi se duplican); la creación del ISSSTE, mejoramientos específicos en la seguridad social de ferrocarrileros, electricistas y petroleros y reformas al artículo 123 constitucional que establecían el reparto de utilidades. Otro aspecto destacado de la política social fue el de la vivienda. Viviane Brachet (1996: 159), basándose en datos de José Antonio Aldrete afirma que: "Las acciones de vivienda popular durante el sexenio de López Mateos beneficiaron principalmente a los empleados públicos: entre 1959 y 1967 [...] el ISSSTE construyó un total de 4279 unidades habitacionales al año". Por otra parte, la propia Brachet señala que también se adoptó una política de congelamiento de alquileres en el sector central de la ciudad de México. Con base en cálculos de Robert Looney, Brachet (1996: 160) establece que: "mientras que los precios al consumidor aumentaban en 31.4 por ciento durante todo el periodo de 'desarrollo estabilizador' (1960-1970), los salarios reales subieron en 91.5 por ciento. En el periodo anterior (1950-1959) aquellos se habían incrementado en 82 por ciento, mientras los salarios sólo en 31.7 por ciento".

Incluso el gobierno de Díaz Ordaz, con todo y ser el más represivo de los examinados por ella, "dio pasos importantes hacia la expansión del sistema de protección social de los trabajadores, al hacer obligatorias, por primera vez, las cotizaciones patronales para la vivienda social" (Brachet 1996: 170).

Por ello, afirmamos que la privación no era fundamentalmente material —aunque había pobreza en el campo y en la ciudad—, sino de ciudadanía y representación. Es este el motivo central que movilizó a los actores del periodo. Tocaban las puertas de un sistema político cerrado (Favela 2006), en el que no tenían cabida ni representación; tampoco respuesta a sus demandas ni por parte del régimen ni de la izquierda partidaria. La respuesta del régimen es, casi siempre, la cooptación o la represión. Los partidos de izquierda, por su parte, no se comportan como una vanguardia comprometida con la lucha revolucionaria sino como burocracias apoltronadas. El hecho de que muchos de los guerri-

lleros mexicanos hayan sido exintegrantes de la Juventud Popular (PPS) o de las Juventudes comunistas (PCM), refleja la falta de alternativas para canalizar la participación política de los jóvenes, no solo por parte del régimen sino también de las izquierdas. En los jóvenes que se decantan por la lucha armada, también influiría, poderosamente, el espejismo creado por el modelo de la Revolución cubana y un espíritu cristiano de redención. Son estos jóvenes y adultos, politizados por su participación en los movimientos sociales y radicalizados por la represión y el imaginario, quienes en la siguiente década toman la decisión de sumarse a las organizaciones armadas.

§

La movilización social arranca a mediados de los años cincuenta y se intensifica en la década siguiente con el arribo de Gustavo Díaz Ordaz (1964-1970) a la presidencia de la República. Con este gobernante —cuyo secretario de Gobernación y sucesor sería Luis Echeverría (1970-1976)— la protesta va creciendo a lo largo de su mandato y alcanza, en 1968, su mayor expresión.

Se trata, en realidad de dos ciclos de protesta sucesivos: al primero lo impulsa, de la base a la cúpula, el movimiento campesino y la protesta sindical de finales de los años cincuenta a mediados de los sesenta; al segundo lo catapultan las movilizaciones estudiantiles, voz y ariete del descontento popular, de finales de los sesenta a finales de los setenta. Sin embargo, hay que decir que, si bien el protagonismo de los movimientos estudiantiles se acentúa en la segunda mitad de los años sesenta, ellos están presentes a lo largo de ambos ciclos. El movimiento estudiantil en el Instituto Politécnico Nacional (IPN), encabezado por la Federación Nacional de Estudiantes Técnicos (FNET) entre el 12 de abril y el 17 de junio de 1956 (Marcué Pardiñas 1956), abre el ciclo de protestas en la ciudad.

Como efecto de la represión y la falta de canalización, las movilizaciones de ambos ciclos van escalando, se radicalizan y empujan en la cresta de la ola a los movimientos armados. Al cabo del primer ciclo, impulsadas por el movimiento campesino, surgen las guerrillas del Grupo Popular Guerrillero (GPG), la Asociación Cívica Nacional Revolucionaria (ACNR) y la Brigada Campesina de Ajusticiamiento del Partido de los Pobres (PdlP). El segundo ciclo, que tiene a estudiantes

universitarios como protagonistas, lleva a estos, también, a la cabeza de las principales guerrillas urbanas de los años setenta (el MAR, la Liga y otros). En el tercer apartado de este capítulo nos referimos más ampliamente a estas organizaciones. Los nexos de continuidad entre movimientos sociales y movimientos armados, por su parte, son tema de otro trabajo.[6]

Los movimientos estudiantiles, punta de lanza y caja de resonancia de las movilizaciones sindicales, cívicas y campesinas que tienen lugar en todo el periodo, se extienden por todo el país en consonancia con movimientos populares diversos: movimientos de telegrafistas y tranviarios; movimiento magisterial del D. F.; movimiento ferrocarrilero y movimientos cívicos en San Luis Potosí, Guerrero y Sonora; movimiento de médicos y movimientos campesinos en el noroeste del país encabezados por la UGOCM, son solo algunos ejemplos de la movilización que tiene lugar a lo ancho y largo del país. Sin embargo, su visibilidad y resonancia son muy limitadas y ello favorece su aislamiento y represión. Los casos de la huelga del Politécnico en 1956 y del asesinato de líder campesino Rubén Jaramillo y su familia en Morelos en 1962 hacen evidente el doble discurso que utiliza el gobierno: pacta, concede y promete, para finalmente golpear y reprimir a los disidentes y demandantes una vez que ha logrado su desmovilización.

La movilización incluye a multiplicidad de actores locales y se desencadena a lo largo de toda la geografía nacional desde finales de los años cincuenta, sin que la prensa registre su existencia ni el gobierno responda a sus demandas. La invisibilidad, el aislamiento y la represión de disidentes, opositores y activistas es la tónica. Los movimientos cívicos de Guerrero (Estrada 2001), San Luis Potosí (Granados Chapa 1992) y Sonora (Guadarrama y Romero 1985), son un ejemplo claro de que el reclamo democrático se torna en una demanda explícita de la ciudadanía en los albores de los años sesenta. La interacción entre movimientos y régimen muestra en su dinámica la manera en que la represión escala el conflicto y radicaliza a muchos participantes.

Los sujetos sociales emergentes —jóvenes, maestros, empleados y capas medias sin representación política— desplegaban identidades y subjetividades inéditas; sus exponentes más activos son jóvenes críticos que empiezan a sentirse impacientes ante la falta de opciones de parti-

[6] Estrada Castañón (inédito)

cipación política. Estos sujetos son nuevos en varios sentidos: en primer lugar porque se diferenciaban claramente de la generación previa cuantitativa y cualitativamente. Aunque también había sido socializada bajo el manto del patriarcalismo estatal y del nacionalismo revolucionario, esta generación rechazaba el conformismo de sus padres previamente incorporados al pacto social posrevolucionario a través de la representación corporativa. De hecho se trata, como hemos dicho, de una generación con representación política deficitaria, que no encontraba en las instituciones políticas del estado mexicano, canales adecuados para expresarse y participar políticamente. Su perfil sociocultural también era diferente. Su ingreso masivo a la educación media y superior a través del sistema de educación pública los hacía un segmento urbano educado e informado que antes era inexistente; no formaba parte de la reducida élite ilustrada, los intelectuales, claramente diferenciada de la amplia masa inculta por su estatus y riqueza. Algunos son descendientes de campesinos y clases medias provincianas emigrados a las ciudades. Hay otros que eran herederos de una tradición no tan nueva: el aguerrido normalismo rural, partícipe de la educación socialista y de las políticas cardenistas. Los jóvenes urbanos de esta generación reciben, además, influencias culturales —intelectuales, políticas, musicales, cinematográficas—, muy diversas que vienen del Primer mundo y un poderoso estímulo al imaginario proveniente de las luchas del Tercero. En el terreno político, crecen bajo la influencia de una época agitada por la revuelta juvenil, la lucha por los derechos civiles de las minorías (negros, mujeres, pacifistas) y la emergencia de movimientos independentistas y poscoloniales en Asia y África. Un nuevo auge del pensamiento marxista alienta a las organizaciones de clase y empuja los vientos revolucionarios guiados por tesis foquistas, como aquella célebre consigna del "Che": cuando no todas las condiciones objetivas están dadas, una vanguardia armada revolucionaria puede crearlas.[7]

La triunfante Revolución cubana, por su cercanía, impacta poderosamente a esta generación. El imaginario plagado de romanticismo en torno a la idea del foco guerrillero que irradia, lleva a muchos jóvenes a imaginar el asalto al poder como algo relativamente simple y accesible.

[7] Para el "Che", una de las aportaciones fundamentales de la Revolución cubana a la mecánica de los movimientos revolucionarios era precisamente esa: "No siempre hay que esperar a que se den todas las condiciones para la revolución; el foco insurreccional puede crearlas" (Guevara 1960: 4).

Las influencias y desafíos que inquietan a esta generación favorecen, pues, un clima de efervescencia y activismo explicables.

§

Los años sesenta fueron años de radicalización política de los activistas políticos latinoamericanos, en que el término izquierda se identificó con posturas claramente revolucionarias. Aunque la idea de *izquierda* a finales del siglo XX y principios del XXI se difuminó al alejarse de sus sentidos más radicales,[8] su identificación con el cambio político —la oposición a un estado de cosas dado que se juzgaba injusto y que se creía necesario modificar— siguió teniendo fuertes resonancias, si bien la discusión sobre las vías para lograr ese cambio se diversificó.

Podemos decir que la lucha armada constituyó una verdadera línea divisoria en el mapa de la izquierda mexicana. Era un tema que estaba en el centro del debate entre las organizaciones políticas de izquierda al finalizar los años sesenta, entre invectivas y acusaciones cruzadas. En los escritos políticos del periodo encontramos alusiones y referencias a las disputas o diferencias internas de las organizaciones armadas, o entre estas y los partidos de izquierda; al lado de reproches por la falta de apoyos de las organizaciones de izquierda hacia el movimiento armado, dirigidos especialmente contra el Partido Comunista en el que habían militado muchos de ellos. Aquellos asumían que estas debían apoyar sin titubeos la acción armada y a quienes luchaban por la revolución socialista; en tanto que otros militantes eran partidarios de buscar reformas que abrieran gradual y pacíficamente el sistema cerrado e impulsaran

[8] Hay quienes cuestionan la vigencia de la díada izquierda-derecha para caracterizar las diferencias políticas porque, se dice, estas no pueden ser reducidas a una fórmula tan maniquea (izquierda o derecha, blanco o negro); la discusión se centra en cuáles deberían ser actualmente los ejes de esa diferenciación: los principios de igualdad-desigualdad, libertad-autoridad, negatividad-positividad o extremismo-moderación (Bobbio 2001). Aunque no hay consenso en este punto, la vigencia de la izquierda y la derecha como metáfora política se mantiene confirmando, así, el carácter instituyente de la memoria y de lo imaginario (Castoriadis 1989). En un sentido general aún en el presente podemos identificar a la izquierda política con la idea del cambio, la búsqueda de la igualdad y la primacía del poder popular; mientras que a la derecha la identificamos con la afirmación de la naturaleza desigual de los seres humanos y con la defensa del *statu quo y* los privilegios de las minorías. La idea de izquierda puede ser tan laxa como para identificarla con la acción de un estado benefactor o populista, como lo hizo Carlos Montemayor (véase el apartado "*La fuga*").

la democracia. Ello suponía optar por la vía de la negociación con el régimen imperante —*ergo*, el reconocimiento de su legitimidad— y la renuncia a la acción armada como forma de lucha.[9] Otro punto de discusión que dividió a las propias organizaciones armadas fue el del papel del campesinado y la cuestión del sujeto revolucionario.

En la narrativa que analizamos, encontramos ecos de estos debates: críticas a los dirigentes partidistas por su inacción, escenas de desencuentros y discusiones entre dirigentes guerrilleros de distintos grupos o disputas internas de un grupo guerrillero; la rebelión de Carmelo Cortés frente al liderazgo de Lucio y su intención de deponerlo, las diferencias entre la guerrilla de Lucio Cabañas y la Liga Comunista 23 de Septiembre, en *Guerra en El Paraíso* (Montemayor 2006). Las reflexiones y críticas de Castañeda (1980, 1992) por fallas de la dirección del MAR, los reproches de simulación y falta de autocrítica; el desprecio de Arturo Gámiz a los partidos de izquierda en *Las armas del alba*, o del personaje central, Ramón, en la novela de Iñigo (1982). Las burocracias partidarias ya habían enfrentado las acerbas críticas de un intelectual de izquierda, Revueltas (2001 y 1980), pero los sucesos a los que este se refiere corresponden a una etapa anterior de la historia de la izquierda mexicana. En los años setenta, los sucesos de la historia de México y América Latina conducían inexorablemente a la polarización y a opciones extremas.

En México, el surgimiento del movimiento armado socialista (MAS) había sido la culminación de ciclos de protesta y amplia movilización social que fueron escalando la violencia impulsados por la represión. Otro elemento fundamental en la radicalización fue la hegemonía de la teoría marxista leninista en los centros de educación superior y entre numerosos intelectuales de izquierda.

La experiencia de muchos luchadores sociales hacía evidente la falta de espacios para la acción política pacífica. Para la juventud emergente que catapultaron los movimientos estudiantiles, las masacres del 2 de octubre de 1968 y del 10 de junio de 1971, representaron la clausura definitiva de las vías institucionales de participación política e inclinaron

[9] Este tipo de reproches y críticas de los combatientes hacia los partidos podemos rastrearlos en escritos de guerrilleros como el "Che" (1968), quien en su diario señala la falta de apoyo de los comunistas bolivianos y de su líder Mario Monje a la guerrilla que aquel encabezaba. Encontramos también alusiones al tema en Mario Payeras (1981), del Ejercito Guerrillero de los Pobres (EGP) de Guatemala.

la balanza a favor de la opción armada como única forma de lucha.[10] Otro suceso que reafirmó a muchos en esta convicción fue el golpe de estado contra Salvador Allende el 11 de septiembre de 1973. Fue el caso de Dení Prieto, quien expresó a su tío Luis durante una protesta contra este suceso que: "…la oligarquía no dejaría el poder más que a balazos. Al siguiente mes [...] Dení se fue de su casa para irse a vivir al cuartel general de las FLN, en Nepantla, Estado de México" (Cedillo 2007: 48).

Para principios de los años setenta, periodo en que se consolida la hegemonía del pensamiento de izquierda en las universidades públicas[11] y en importantes segmentos de la intelectualidad, se podían diferenciar cuatro principales corrientes de la izquierda mexicana,[12] con presencia en la sociedad pero cuya actividad principal se desarrollaba en torno a las universidades y centros de educación pública media y superior.

• *La izquierda partidista*

Sus principales corrientes estaban incrustadas en el Partido Comunista Mexicano. La corriente adscrita al Partido Popular Socialista (al que pertenecieron, en su fundación, José Revueltas y posteriormente varios guerrilleros del GPG) había entrado en franca decadencia después de 1968, cuando su principal líder y fundador, Vicente Lombardo Toledano

[10] Así lo expresa un excombatiente de la Liga Comunista 23 de Septiembre, para quien la masacre del 10 de junio de 1971: "…selló de manera definitiva el curso de los acontecimientos, la confrontación entre el gobierno con una parte importante de los jóvenes estudiantes de educación media y superior de las universidades, tecnológicos y normales rurales del sistema de educación pública y con los movimientos campesinos a lo largo del país. Entre estos sectores se fortaleció la idea de que no había otra salida para resolver los conflictos que la autodefensa armada" (Ramírez Salas 2008: 529).

[11] En la UNAM, esta presencia se extiende de 1958 a 1972 según Rivas Ontiveros (2007). En la Universidad Autónoma de Guerrero, 1972 es el año en que dicha presencia arranca de la mano del proyecto Universidad Pueblo iniciado bajo el primer rectorado de Rosalío Wences Reza (1972-1975, 1978-1981, 1984-1987) y continuado hasta los años ochenta por Arquímedes Morales Carranza (1975-1978) y Enrique González Ruiz (1981-1984). Otras universidades públicas como la Universidad Autónoma de Sinaloa (UAS) y la Benemérita Universidad Autónoma de Puebla (BUAP) abrigaron en el mismo periodo proyectos de izquierda similares; véase: Rivera Terrazas (1975), Tecla Jiménez (1977), Terán e Inzunza (1985), González Ruiz (1989), García Cerros (1991), Estrada (1994), Verdugo Córdova (1998)

[12] Esta tipología la adoptamos de Zermeño (2007). Análisis y reflexiones sobre la izquierda mexicana pueden encontrarse en: Aguayo (1978); Revueltas (1980); Barbosa (1984); Carr (1996); Monsiváis (1997); Condés Lara (2000); Concheiro (2007); Rivas Ontiveros (2007).

(quien muere ese año) se confirma como "el hombre de confianza del gobierno en horas de prueba". Lombardo: "no entiende el movimiento estudiantil […] condena al gobierno de Dubak, aplaude la invasión soviética de Checoslovaquia [y] defiende la política de Díaz Ordaz" (Monsiváis 1997: 20). El PCM, aunque apoya a los estudiantes y censura la invasión soviética, no consigue movilizar su "lenguaje calcificado" ni logra una apertura cultural a pesar de la persecución de Díaz Ordaz. "El 68, entre otras cosas —dice Monsiváis (1997: 20-21)—, ahonda el abismo entre sectores cada vez más numerosos de la izquierda social y la izquierda partidaria, reacia a modernizarse". No es sino hasta la creación del PSUM, sucedáneo del PCM, cuando con la incorporación de grupos universitarios provenientes del 68 cambia un poco la situación.

• *La izquierda radical*

Del agotamiento de la izquierda partidista y del desgaste de su lenguaje optimista —su fe en la unidad a toda costa y "en el auge indetenible de las masas" (Monsiváis, 1997)—, se desprende un sector de militantes radicalizados por la experiencia de la represión y/o por el imaginario guevarista. Algunos forman los grupos armados más extremistas y partidarios de la acción militar como estrategia inmediata: el Movimiento de Acción Revolucionaria (MAR), la Liga Comunista 23 de Septiembre (LC23S), los "Enfermos" de la Universidad de Sinaloa, las Fuerzas Armadas Revolucionarias (FAR), las Fuerzas Revolucionarias Armadas del Pueblo (FRAP), los Lacandones. Otros optan por una estrategia de acumulación de fuerzas que coloca en segundo plano la acción militar (FLN). Surgen de dos dinámicas distintas: en el medio rural tienen un carácter recurrente —responden a una violencia estructural y asumen la función de autodefensa campesina—, en el medio urbano son jóvenes que provienen de la izquierda partidaria, cuentan con formación universitaria y pasan a la clandestinidad a raíz de las represiones de 1968 y 1971 (Jueves de Corpus). Aunque intentan vincularse a la disidencia obrera y a agrupaciones urbanas populares, a través de brigadas y círculos de estudio o infiltrando sus organizaciones, la azarosa circunstancia de la lucha armada y la brevedad de su existencia impide a estos grupos armados consolidar una base social amplia. En su última fase algunas de aquellas organizaciones se desviaron de su confrontación con el estado y se lanzaron a realizar atentados y ajusticiamiento de dirigentes de la

propia izquierda, a quienes consideraban "reformistas", traidores o delatores. Otros optaron por estrategias divergentes como la guerra popular prolongada que los llevó a transitar a la izquierda social o, como las FLN (Cedillo 2010a), a una política de reclutamiento y preparación militar orientada al largo plazo.

• *La izquierda democrática*

Formada por grupos y corrientes políticas que promovían la democratización de los sindicatos y la formación de nuevas organizaciones políticas de izquierda, fue una corriente que pugnaba por abrir: "un horizonte para la política democrática y reformista" (Woldenberg 2010: 34). Estos grupos se incorporarían a la postre a alguna instancia del sistema político: a la izquierda legalizada —el Partido Socialista Unificado de México (PSUM), al Partido Mexicano Socialista (PMS) o el Partido Revolucionario de los Trabajadores (PRT), la Organización Revolucionaria Punto Crítico, el Partido Mexicano del Proletariado, el Movimiento de Acción Popular (MAP), el Grupo Comunista Internacionalista (trotskista) o el Partido Mexicano de los Trabajadores (PMT) de Heberto Castillo, entre otros—, o a las instituciones que fueron emergiendo de las reformas sucedáneas de la de 1977. Esta política auspició cambios paulatinos y significativos pero nunca rotundos hacia una transición democrática. Cambios que lograron modificaciones en el sistema político como la pérdida de la mayoría legislativa del PRI en la cámara baja en 1997, una mayor competencia electoral, una más amplia aunque muy acotada libertad de expresión y la alternancia del ejecutivo federal en el año 2000; pero que, no obstante, han preservado hasta el presente la esencia del sistema oligárquico, partidocrático y presidencialista. Cambios que no han erradicado el conflicto poselectoral ni han logrado impedir la regresión autoritaria; cambios para no cambiar, en un eterno retorno a la falta de democracia. Un exmilitante de esta izquierda —miembro del MAP, activista del sindicalismo universitario—, encabezaría el primer Instituto Federal Electoral (IFE) ciudadanizado, a cuyo consejo general le tocó fungir como árbitro de la elección de la alternancia. Aunque pudiera declararse satisfecho por los logros alcanzados, en una novela publicada en 2009, José Woldenberg (2010) —quien define a los años setenta como un periodo en el que "La política ordenaba la vida"— se refiere a su militancia izquierdista y a su generación como del "desencanto".

• ***La izquierda social***

Estuvo formada principalmente por corrientes maoístas y grupos que habían participado en el Movimiento de Liberación Nacional impulsado entre 1961 y 1964 por el general Lázaro Cárdenas. Esta corriente buscó atemperar la primacía del estado y "luchar contra la explotación y en pro del 'fortalecimiento' de los amplios agregados populares de la sociedad mexicana" (Zermeño 2007: 16). Después de la traumática experiencia de 1968, grupos mayormente maoístas y algunos leninistas buscaron arraigarse en el campo y en las colonias urbanas populares acompañando las luchas de campesinos, trabajadores urbanos y precaristas en un lento trabajo de concientización y empoderamiento popular que renunciaba explícitamente al asalto al Palacio de Invierno. Organizaciones como Política Popular y luego Línea de Masas:

> …decidieron ir al pueblo, reeducarse entre las masas, apartarse del protagonismo, del liderazgo y […] trabajar para los pobres, desde abajo. Era una crítica furibunda hacia las organizaciones partidistas por caudillescas y antipopulares, y en su lugar se proponía la autonomía y la libertad para las brigadas y las bases. (Zermeño 2007: 17)

Esta línea sería abandonada en la segunda mitad de los años setenta, por el empuje de la política echeverrista de represión hacia el medio popular y sindical: "la organización independiente y basista se vuelve difícil, mientras que la representación político-partidista-parlamentaria recibe todos los incentivos", dice Zermeño (2007: 17). A la postre, con la llegada de Carlos Salinas a la presidencia (1988-1994), muchas de estas organizaciones recalaron en el programa Solidaridad. Sin embargo, con el alzamiento zapatista de 1994 se revela la presencia de estas corrientes en Chiapas durante la fase precursora del levantamiento.

En el balance que hace Adela Cedillo de la izquierda y su relación con el movimiento armado, ella distingue únicamente dos grandes segmentos, asimilando a la izquierda social con la izquierda radical. Basada en los trabajos de Rodríguez Araujo (1997), Barbosa (1984) y con información propia, Cedillo (2010b) hace el siguiente balance:

> En el transcurso de la década de los setenta, la izquierda partidista, conocida como "demócrata" o "reformista" (por su interés en incorporarse al sistema electoral) estuvo representada principalmente por el PCM, el PMT, el PRT, el PST, el PPM y el PSR. La izquierda social, denominada "radical"

> o "grupuscular", se dividió hasta el infinito en pequeños grupos maoístas (PP, LP, LM, OIR, seccional Ho Chi Min, UP, ORC), leninistas-espartaquistas (LLE, LCE, MER, AREPM, PCOM, GIR), socialistas (MAUS, Punto Crítico, OCP, Acción Comunitaria, Estrategia, FNDP), trotskistas (PORT, LOM, GCI) y anarquistas (Coordinación Libertaria de México). También tuvo distintas expresiones en: el movimiento urbano popular (CONAMUP, CDP-Chihuahua y CDP-Durango, Colonia Francisco Villa de Chihuahua, Frente Popular Tierra y Libertad de Monterrey, Frente Popular de Zacatecas, Campamento 2 de octubre del D. F.), el obrero (Tendencia Democrática, FAT, FPI, FPR, UOI, ORPC), el campesino (CIOAC, CNPA, UCI, COCEI, OIPUH, FDOMEZ), el magisterial (CNTE), el estudiantil (FECSM, diversos comités de lucha de Escuelas y Facultades) y en los nuevos movimientos sociales (lésbico-gay, feministas, indianistas, etc.), entre los que destacan los defensores de derechos humanos (Comité pro-defensa de presos, perseguidos, desaparecidos y exiliados políticos de México, Comité Independiente y FNCR). En este universo de siglas, los socialistas armados o ultraizquierdistas aportaron su propio entramado. Eran cuantitativamente pocos y estaban diseminados por todo el país, divididos y aislados

En realidad la izquierda social no se asimiló sin más a quienes se decantaron por la lucha armada y optaron por acciones directas —atentados, enfrentamientos con las fuerzas de seguridad, expropiaciones, secuestros—, ya que su estrategia era la guerra popular prolongada que planteaba la necesidad de prepararse y esperar a que las "condiciones objetivas" estuvieran dadas. Otro segmento de esta izquierda se incorporó a la política social del periodo salinista a través del programa Solidaridad. Es por esta razón que preferimos adoptar la tipología de Zermeño (2007).

Es importante enfatizar que, en la mayor parte de los casos, la vía para la radicalización de los liderazgos provino de dos fuentes: la experiencia y el imaginario. La mayor parte de los cuadros que formaron parte de los movimientos armados de los años sesenta y setenta estaban nutridos por activistas sociales que habían experimentado en carne propia la represión y cuya vida se encontraba en riesgo por actividades que no tenían nada de violentas: reuniones, manifestaciones, pintas, brigadeo, mítines o, a lo más, la participación en alguna huelga o bloqueo como acción extrema. Gentes como Arturo Gámiz, los hermanos Gaytán, Genaro Vázquez, Lucio Cabañas, Fernando Pineda, Raúl Ramos Zavala y la pléyade de dirigentes juveniles o líderes populares que se transmutaron en guerrilleros habían participado previamente

en algún movimiento estudiantil o popular. Esto es la constante en el caso de la guerrilla rural, cuyos jefes militares, ligados a las luchas campesinas tienen en sus biografías la huella del activismo social, y su paso a la insurgencia tiene el sentido de autodefensa. En el caso de la guerrilla urbana, la experiencia que define el paso a la clandestinidad y la opción por la lucha armada fue el movimiento de 1968. Ya fuera por haber participado activamente en el movimiento o por haber vivido como propio el agravio hecho por el poder a los jóvenes —a través del relato de compañeros o del imaginario colectivo de la masacre—, la fuerza simbólica del 68 es innegable. La memoria del 68, reforzada por el halconazo de 1971, fue una razón poderosa que unida a la privación política, a la memoria de agravios, al sentimiento de injusticia (Moore, 1989) y a la ideología revolucionaria —con el modelo cubano y la teoría marxista como ejes—, convenció a muchos jóvenes de la justicia e inevitabilidad de la lucha armada como única forma de derrocar a un régimen autoritario, ilegítimo y caduco. Para los guerrilleros urbanos el poder del imaginario fue una fuerza tan poderosa como decisiva para optar por la vía armada.

Los jóvenes estudiantes mexicanos que conspiraban en los jardines y bosques aledaños a la Universidad Patricio Lumumba en Moscú, para formar el Movimiento de Acción Revolucionaria (MAR,) estaban movidos por razones más subjetivas que objetivas al decidirse a participar en el movimiento armado.[13]

Una muestra de la importancia que lo simbólico puede tener en las decisiones políticas podemos ejemplificarlo con Arturo Gámiz y el ataque al cuartel de Ciudad Madera, Chihuahua, del 23 de septiembre de 1965. Versiones periodísticas, testimonios de algunos sobrevivientes del Grupo Popular Guerrillero (GPG) y el relato de ese episodio ficcionalizado por Carlos Montemayor en *Las armas del alba*, hacen recaer en Arturo Gámiz la decisión de llevar a cabo de manera precipitada el ataque planeado, no obstante que algunos miembros del grupo le proponían aplazarlo hasta contar con información, armamento y combatientes que ofrecieran condiciones más ventajosas para llevarlo a cabo, ya que se sospechaba de la presencia de más activos del ejército que los acostumbrados, además de que dos columnas del GPG esperadas con armamento y combatientes habían sufrido retrasos. La trayectoria de Arturo Gámiz revela que

[13] Véase ficha del MAR en el siguiente apartado. También, Castañeda y Pacheco (1992); Castañeda (2006) y Peñaloza (2004)

participó en apoyo al movimiento del Poli y pudo haber presenciado la expulsión de estudiantes durante el asalto que el ejército llevó a cabo el 23 de septiembre de 1956. Se puede interpretar la prisa de Gámiz y su negativa a posponer el asalto a Madera desde el simbolismo de la fecha acordada, ya que era una efeméride de aquel suceso. El 23 de septiembre de 1965 no solo conmemoraba el día sino en cierta manera, el año del asalto por el ejército al internado del Casco de Santo Tomás; cambiaba el orden de los números. En ese sentido representaba una vindicación: la respuesta revolucionaria y combativa del GPG a una acción represiva del estado. Esta interpretación emerge con fuerza de la lectura de *Las armas del alba*. Más que otro tipo de escritos, la narrativa plasma y evidencia el carácter simbólico de muchos de los actos guerrilleros y permite explorar la subjetividad de sus exponentes.

§

Aun cuando no todas las organizaciones que adoptaron la vía armada de 1961 a finales de los años setenta llevaron a cabo acciones bélicas o priorizaron la línea político-militar como estrategia de lucha, la mayor parte de ellas actuaron convencidas de que ni las reformas del estado ni la democracia gradualista constituían una vía aceptable para combatir al régimen autoritario. La radicalización de los grupos guerrilleros fue irreversible y no concluyó sino con la muerte, la desaparición forzada o la prisión. Fueron pocos los guerrilleros que se incorporaron abiertamente a los aparatos de gobierno después de la reforma política de 1977. Inclusive, varios de los que se acogieron a la amnistía de 1978, fueron asesinados o desaparecidos por el gobierno, cuando no ajusticiados por sus propios excompañeros (como fue el caso de Napoleón Glockner, Nora Rivera, Francisco Fierro Loza y otros).

En términos generales sigue siendo válida la clasificación propuesta por Ernesto Che Guevara en *La guerra de guerrillas* (1960), quien la divide en rural y urbana. Carlos Montemayor (2007: 13) retoma esta clasificación al distinguir: "dos modalidades que la guerrilla ha asumido en México en el siglo XX: los movimientos que se originan y se asientan en zonas primordialmente campesinas (*rurales)* y los que se asientan y originan por lo común en capitales de estados o en ciudades de cierta importancia (*urbanos*)".

Si uno analiza algunas de las organizaciones armadas que tuvieron presencia entre 1961 y 1981 —algunas de ellas solo nominativamente—, podemos ubicarlas en alguna de esas dos modalidades. El principal problema que encontramos es la falta de consenso en torno al número, los años de vida y el nombre de las organizaciones armadas con presencia en ese periodo en México (Sierra 2003, Montemayor 2007, Castellanos 2008, Glockner 2008, Cedillo 2010b).

La nómina más extensa es la que registra Cedillo (2010b), con 44 organizaciones entre 1961 y 1983. Ella distingue tres clases de guerrillas en función de la zona de operaciones privilegiada: 21 organizaciones urbanas, 13 rurales y 10 mixtas (véase el cuadro 1).

Cuadro 1. Mapa de organizaciones guerrilleras mexicanas activas entre 1961 y 1983

Guerrillas urbanas
1. Movimiento Latinoamericano de Liberación (MLL, 1961-1968)
2. Movimiento Revolucionario del Pueblo (MRP, 1964-1966)
3. Organización Nacional de Acción Revolucionaria (ONAR, 1966-1967)
4. Movimiento de Izquierda Revolucionaria Estudiantil (MIRE, 1966-1967)
5. Comité de Lucha Revolucionaria (CLR, 1969-1970)
6. Lacandones (1969-1972)
7. Guajiros (1969-1972)
8. Enfermos (1970-1972)
9. Frente Urbano Zapatista (FUZ, 1970-1972)
10. Procesos (1970-1972)
11. Frente Revolucionario de Acción Socialista (FRAS, 1971-1972)
12. Fuerzas Armadas de la Nueva Revolución (FANR, 1971-1972)
13. Frente Estudiantil Revolucionario (FER, 1970-1973)
14. Comandos Armados del Pueblo (CAP, 1971)
15. Liga de Comunistas Armados (LCA, 1971-1972)
16. Comité Estudiantil Revolucionario (CER, 1973)
17. Brigada Obrera de Lucha Armada (BOLA, 1973)
18. Fuerzas Revolucionarias Armadas del Pueblo (FRAP, 1973-1983)

19.	Fuerzas Armadas Revolucionarias (FAR, 1973-1977)
20.	Fuerzas Armadas de Liberación (FAL, 1974-1980)
21.	Organización de Revolucionarios Profesionales (ORP, 1975-1981)
Guerrillas rurales	
22.	Grupo Popular Guerrillero (GPG, 1964-1965)
23.	Movimiento 23 de Septiembre (M23S, 1965-1972)
24.	Grupo Popular Guerrillero "Arturo Gámiz" (GPGAG, 1965-1968)
25.	Movimiento Marxista-Leninista de México, después Partido Revolucionario del Proletariado de México (MMLM-PRPM, 1966-1970)
26.	Ejército Revolucionario del Sur (ERS, 1967)
27.	Partido de los Pobres (PdlP, 1967, fusionado en 1980 con el PROCUP)
28.	Ejército Insurgente Mexicano (EIM, 1968-1969)
29.	Grupo 23 de Septiembre (G23S, 1968-1972)
30.	Brigada Revolucionaria Emiliano Zapata (BREZ, 1973-1975)
31.	Vanguardia Armada Revolucionaria del Pueblo (VARP, 1974-¿?)
32.	Organización Revolucionaria de los Campesinos Armados (ORCA, 1976-1977)
33.	Comandos Armados del Pueblo (CAP, Guerrero)
34.	Brazo Armado Revolucionario de Izquierda (BARI)
Guerrillas mixtas	
35.	Unión del Pueblo (UP, 1964-1978)
36.	Movimiento de Acción Revolucionaria (MAR, 1966-1990)
37.	Macías (1967-1972)
38.	Asociación Cívica Nacional Revolucionaria (ACNR, 1968)
39.	Fuerzas de Liberación Nacional (1969-1992)
40.	Liga Comunista 23 de Septiembre (LC23S, 1973-1981)
41.	Fracción Bolchevique 23 de Septiembre (1975)
42.	Liga Internacionalista 23 de Septiembre (1975)
43.	Partido del Proletariado Unido de América-Ejército Popular de Liberación Unido de América (PPUA-EPLUA, 1973-1978)
44.	Partido Revolucionario Obrero Clandestino Unión del Pueblo (PROCUP, 1978 1994)

Fuente: Cedillo (2010b)

Si bien esta clasificación introduce un matiz interesante en el estudio de las guerrillas mexicanas, para efectos de la visión cíclica y de continuidad entre movimientos sociales y movimientos armados que deseamos enfatizar, adoptamos la distinción entre guerrilla rural y urbana por reflejar mejor la idea de dos oleadas guerrilleras[14] como culminación de dos ciclos de protesta[15] protagonizados por dos sujetos históricos distintos, aunque muchas veces aliados: el campesinado en la primera oleada y el estudiantado en la segunda. El cuadro 2 resume algunos de los elementos que sustentan nuestra distinción.

§

La derrota del sector más radical que optó por la lucha armada a la postre fortaleció al ala moderada proclive a una alianza con el estado; esa encontró su recompensa en la legalización que le otorgó la reforma política de 1977. Dos partidos políticos con filiación de izquierda contendieron por primera vez en las elecciones federales de 1979: el Partido Comunista Mexicano (PCM) —que conquistó su primera diputación plurinominal en 1979 y su primer ayuntamiento (Alcozauca, Gro.) en 1980—, y el Partido del Frente Cardenista de Reconstrucción Nacional (PFCRN) que cambiaría posteriormente su denominación por Partido Socialista de los Trabajadores (PST). El pacto sellado en torno a la reforma electoral por este segmento de la izquierda, se hizo soslayando la demanda de justicia por la violencia que el estado había ejercido contra las organizaciones armadas y sus bases de apoyo durante la guerra sucia. El Partido Comunista Mexicano, en el que militaron muchos guerrilleros, rara vez reivindicó la pertenencia de luchadores sociales como Lucio Cabañas (quien militó en el partido desde 1965); tampoco se distinguió por exigir justicia para sus miembros masacrados o desaparecidos ni por denunciar el terrorismo de estado. En cambio se vio involucrado en una oscura disputa con sobrevivientes del PdlP, quienes reclamaban la devolución de una cantidad millonaria proveniente del

[14] Esteve Díaz (1996) distingue tres olas de movimientos guerrilleros; sin embargo su análisis abarca un periodo más amplio, y para nosotras las guerrillas son dos crestas (1965-1972 y 1973-1978) que culminan dos ciclos de protesta continuados en el periodo 1956-1976.

[15] Sobre el concepto "ciclo de protesta" véase Tarrow (1997).

Cuadro 2. Sujetos y movimientos de dos ciclos de protesta y oleadas guerrilleras en la segunda mitad del siglo XX en México

Participan en ciclos de protesta	Encabezan oleadas guerrilleras	Características principales de la 1ª ola
Primer ciclo (1956-1967)	Primera ola (1965-1972)	• Son dirigentes de origen campesino y de formación magisterial.
Arturo Gámiz (1940-1965) Movimiento estudiantil IPN Movimiento campesino	Grupo Popular Guerrillero (GPG) (1964-1965)	• Participaron en movimientos sociales reprimidos por el estado. • Responden a agravios vividos en persona y recuperados en la memoria colectiva. • Militaron en partidos de izquierda.
Genaro Vázquez Rojas (1933-1972) Movimiento magisterial, movimiento cívico y movimiento campesino	Asociación Cívica Nacional Revolucionaria (ACNR) (1968-1972)	• Son jefes indiscutidos (caudillos) o tienen preeminencia en el grupo armado. • Son grupos de autodefensa (reactivos). • La influencia del grupo armado es local y limitada territorialmente. • No hay coordinación formal con otros grupos armados. • Reciben apoyo de sus bases sociales (campesinos).
Lucio Cabañas (1936-1974)	Brigada Campesina de Ajusticiamiento del Partido de los Pobres (BCA-PdlP) (1967-1974)	• Sus reivindicaciones son concretas e inmediatas. No se plantean la toma del poder. • Su lenguaje es nacionalista, antigobiernista y poco elaborado.
Óscar González Eguiarte	Grupo Popular Guerrillero Arturo Gámiz (GPGAG) (1965-1968)	

Participan en movimientos estudiantiles o urbano populares y en comunidades de base	Oleadas guerrilleras	Características principales de la 2ª ola
Segundo ciclo (1968-1976)	Segunda ola (1973-1978)	
Fabricio Gómez Souza Salvador Castañeda y otros	Movimiento Armado Revolucionario (MAR) (1966-1990)	• Sus principales acciones armadas las realizan en los años setenta. • Son de origen urbano y con formación superior o media superior. • Son cuadros estudiantiles y profesionales de organizaciones partidarias y movimientos urbanos. • Apelan a la memoria de la represión aunque no todos la han vivido en carne propia. • Destacan algunos liderazgos pero no hay un jefe indiscutible. • La influencia de la organización abarca más de un estado o región. • No responden a una lógica de autodefensa, sino a una estrategia planificada y teóricamente definida (proactivos). • Dan importancia a la teoría como guía de la praxis y la acción militar. • Establecen coordinación y se vinculan orgánicamente con otras organizaciones armadas. • No cuentan con bases sociales en sus áreas de operación ni establecen un dominio territorial claro. • Sus reivindicaciones son más genéricas y mediatas (la revolución socialista, la toma del poder), aunque también hay demandas inmediatas (liberación de presos políticos, pago de rescates, apoyo a demandas obreras, campesinas o de colonos urbanos). • Su perspectiva es internacionalista, o por lo menos latinoamericana, más que nacionalista. • Su lenguaje es teórico y doctrinario y su referente es el marxismo leninismo.
Raúl Ramos Zavala Ignacio Salas Obregón y otros	Fuerzas de Liberación Nacional (FLN) (1969-1992)	
César Yáñez Alfredo Zárate Julieta Glockner y otros	Liga Comunista 23 de Septiembre (LC23S) (1973-1981)	
	Otros (véase el cuadro 1)	

rescate pagado por Rubén Figueroa Figueroa a la Brigada; esta lo había enviado en custodia al partido en la etapa de huida y para presionar su devolución, en 1985 los Gervasio, medio hermanos de Lucio, secuestraron a Félix Bautista (el Lucio de abajo), primero, y a Arnoldo Martínez Verdugo, después (Martínez Nateras 1986). Paradójicamente, al igual que en otras experiencias de América Latina, el discurso crítico hacia la estrategia armada —sobre todo la proveniente de los exguerrilleros mismos— no fue bien visto por las organizaciones partidistas de la izquierda institucionalizada.[16]

El contexto mundial tampoco ofrecía motivos para el optimismo después de la efímera rebelión juvenil del 68. En los años sesenta el capitalismo como sistema global, como "proyecto capitalista burocrático" cobró un nuevo y agresivo impulso sobre la base de un militarismo contrainsurgente renovado que en América Latina fue coordinado a través de la Operación Cóndor (Calloni 2001). Acorde con aquel proyecto, dice Castoriadis (citado por Poirier 2006: 49), "habría de producirse en la década de 1960 un brusco reflujo de los contenidos revolucionarios". Según Castoriadis (1976: 41): "la sociedad devino desierto superpoblado. El repliegue de la población de todas las instituciones se mostró con toda claridad como efecto y causa a la vez de la burocratización acelerada y, finalmente, como su sinónimo".

El fracaso de los proyectos de transformación surgidos de la izquierda y el naufragio de las propuestas democratizadoras en el seno del propio partido oficial (Benejam 1980) —vetadas por el poder político y sofocadas por la represión—, dio al traste con las alternativas de cambio.

La vertiente más radical dentro de la izquierda, integrada por las organizaciones que formaban lo que se conoce como "movimiento revo-

[16] Un ejemplo, aunque no referente al caso mexicano, es el que analiza Duchesne Winter (2010), para quien la experiencia guerrillera urbana guatemalteca, su derrota y su enorme costo en vidas humanas, solo ha sido abordada críticamente desde la narrativa heteronormativa de izquierda en novelas como *Los compañeros* (1976), *En el filo* (1993) y *Los muchachos de antes (*1996), de Marco Antonio Flores. Duchesne (2010: 136) propone que es en novelas como las de M. A. Flores donde encontramos una representación lúcida y honesta de la derrota político militar del proyecto de la izquierda radical como "…ángulo explícito de un fracaso general y profundo, de dimensiones existenciales, que se extiende a un país y a una sociedad". Asimismo, Duchesne (2010: 139) llama la atención sobre la recepción hostil que tuvo la novela *Los compañeros* por parte de la izquierda política debido a su "fuerte crítica a una estrategia y a una visión de la política que no tomaba en cuenta las condiciones subjetivas de los actores reales de la lucha en sociedades opresivas, dependientes y expoliadas."

lucionario armado socialista", fue derrotada militar e ideológicamente sin que lograra legitimarse y consolidar una base social amplia.[17]

A ello se añadía la claudicación que para muchos significó el aval de la izquierda a la reforma política de José López Portillo (1976-1982). Esta reforma representaba una relegitimación del régimen autoritario sin mayores concesiones que la legalización de partidos de izquierda minoritarios que podrían acceder a la representación proporcional mediante candidaturas plurinominales. Los resultados para la izquierda eran magros después de los grandes ciclos de protesta y movilización que habían interpelado y desestabilizado al régimen autoritario en los años previos, y que hicieron a muchos ver la utopía socialista como un objetivo alcanzable.

§

De entre las numerosas organizaciones armadas que vieron la luz en los años sesenta y setenta —las más de ellas de manera efímera—, únicamente cinco han sido objeto de figuración literaria: el Grupo Popular Guerrillero (GPG), las Fuerzas de Liberación Nacional (FLN), el Movimiento Armado Revolucionario (MAR), La Brigada Campesina de Ajusticiamiento del Partido de los Pobres (PdlP) y la Liga Comunista 23 de Septiembre (LC23S). Las novelas del bloque "Memoria y admiración", analizadas en la Parte II hacen referencia a esas guerrillas: el Grupo Popular Guerrillero (GPG), fue novelado en *Las armas del alba por* Carlos Montemayor (2006), las Fuerzas de Liberación Nacional (FLN) acogen la trayectoria y muerte del personaje central de *Guerra y sueño,* Dení Prieto Stock, de Salvador Mendiola (1977); aparecen, también, como trasfondo del padre ausente, tema principal de la novela de Fritz Glockner (2004), *Veinte de cobre*; Salvador Castañeda, único de los escritores reseñados que fue también combatiente, hace de su experiencia en el MAR el eje de sus novelas *¿Por qué no dijiste todo?* (1980) y *La patria*

[17] La única excepción fue el caso del profesor Lucio Cabañas y el Partido de los Pobres (PdlP), quien con el apoyo de numerosas comunidades se mantuvo vigente a lo largo de siete años (1967-1974) en la Sierra de Atoyac. Ninguna de las demás organizaciones armadas pudo consolidar una base popular numerosa, estable y comprometida. Otra organización que consolidó territorialmente una base social amplia a partir de 1983 fue el EZLN en Chiapas, pero se mantuvo en la clandestinidad hasta 1994 y solo fue descubierta accidentalmente en 1993 (Cedillo 2010a).

celestial (1992). El Partido de los Pobres, su líder Lucio Cabañas e, incidentalmente, la Liga Comunista 23 de Septiembre forman la trama de *Guerra en El Paraíso* de Carlos Montemayor (2006) y, sin ser nombrada así, de la novela *Septiembre* de Francisco Pérez Arce (2010). Para una mejor apreciación del correlato histórico de esas novelas, presentamos aquí una visión sucinta de dichas organizaciones armadas.

§

El Grupo Popular Guerrillero (GPG) tuvo su base en Chihuahua y operó de 1964 a 1965. Fue una de las primeras guerrillas rurales que realizaron acciones armadas en México durante el periodo analizado. Se forma en 1964 y lleva a cabo emboscadas a patrullas militares, sabotajes y el asesinato de algunos caciques de la región reivindicando la memoria de los agravios vividos por ejidatarios y familias campesinas, y el asesinato de líderes agraristas de la región. Plantea, también, motivos y reivindicaciones nuevas de cambio revolucionario y justicia social que emanan de un pensamiento de izquierda (Gámiz 1991, 2003). La mayoría de los integrantes del GPG participa en luchas campesinas y urbanas y milita en partidos de izquierda, principalmente el Partido Popular Socialista (PPS). Arturo Gámiz, su principal líder —nacido el 28 de febrero de 1940 en Suchil, un pueblo del estado de Durango—, proviene de una familia campesina emigrada a la ciudad. Cursa en su pueblo natal hasta el 4º año de primaria y se traslada temporalmente con su familia al Distrito Federal, donde termina la primaria como alumno destacado. En 1955 se inscribe en la secundaria y un año después empieza a participar en la Juventud Popular, organización juvenil perteneciente al Partido Popular. Es nombrado secretario general de la sociedad de alumnos de su secundaria y forma parte del comité de huelga en apoyo al movimiento de los estudiantes del Instituto Politécnico Nacional de 1956, al que nos hemos referido páginas atrás. Poco tiempo después se traslada a la ciudad de Chihuahua, donde su padre consigue trabajo como obrero en la fábrica Celulosa de Chihuahua, S. A. Aquí organiza la Juventud Popular. Trabaja como maestro interino de La Junta y a principios de 1958 se contrata como oficinista en Las Lajas, durante la construcción del ferrocarril Chihuahua al Pacífico. En 1959 se inscribe a la Escuela Normal del estado situada en la ciudad de Chihuahua y participa en la Federación de Estudiantes y Campesinos Socialistas de México (FECSM),

donde conoce a futuros combatientes del MAS como Lucio Cabañas Barrientos —quien llega a ser secretario general de la FECSM en 1961—, y a los hermanos Gaytán, miembros también del PPS, con quienes forma el GPG unos años más tarde (Marcué Pardiñas 1956, Santos 1968, Vargas Valdés 2011a, 2011b; López Limón 2008).

El GPG es prácticamente aniquilado el 23 de septiembre de 1965 en el intento de asalto al cuartel de Madera, situado en la región suroccidental de la sierra Tarahumara colindante con Sonora, donde pierden la vida ocho de sus miembros, entre ellos sus principales cuadros: Arturo Gámiz, su hermano Emilio, Pablo Gómez Ramírez, Salomón Gaytán, Antonio Scobell, Rafael Martínez Valdivia, Óscar Sandoval, y Miguel Quiñones, así como siete efectivos del ejército mexicano *(El Universal,* 1994: 32-33, habla de cinco: dos sargentos y tres soldados muertos). Aunque la vida del GPG fue breve, se le reconoce como la primera guerrilla mexicana de ese periodo y al 23 de septiembre de 1965 como el inicio simbólico de la lucha armada socialista. Se trata de una guerrilla rural, ya que su teatro de operaciones es la Sierra de Chihuahua; su base social es heterogénea aunque muy cercana al movimiento campesino: está formada por jóvenes de origen campesino pero que han tenido acceso a la educación, que cuentan, al menos, con educación secundaria o normalista; también por maestros, un médico, varios líderes agrarios y campesinos. Su principal dirigente, Arturo Gámiz, era periodista y profesor de primaria; su hermano Emilio era poeta; Salomón Gaytán era el jefe militar del grupo, Pablo Gómez era médico y líder agrario miembro del Partido Popular Socialista; Antonio Scobell era líder de la Unión General Obrera Campesina de México (UGOCM); Rafael Martínez y Óscar Sandoval eran estudiantes normalistas y Miguel Quiñones era profesor.

Existe la sospecha de que el grupo estaba infiltrado; exmilitantes del GPG como Óscar González acusan al sargento Lorenzo Barajas —desertor del ejército que había dado entrenamiento militar a los guerrilleros—, de ser un traidor que actuaba en realidad como agente de inteligencia activo. Este habría proporcionado detalles del plan de ataque que permitieron al cuartel de Ciudad Madera duplicar sus tropas y pertrechos. En contraste, los trece guerrilleros que intentaron el asalto no pudieron contar con los refuerzos esperados de dos columnas: una proveniente de la ciudad de México, que se retrasó por falta de dinero y otra, comandada por Salvador Gaytán, que se vio imposibilitada de llegar a tiempo por los torrenciales aguaceros que azotaron la sierra durante varios días. En este punto la novela de Montemayor (2006),

que recoge los testimonios de sobrevivientes del GPG, recalca la prisa de Gámiz por realizar la arriesgada acción militar.

Algunos de los sobrevivientes del grupo fueron Antonio y Salvador Gaytán, Óscar González, Saúl Ornelas, Pedro Uranga y Raúl Gómez; la mayor parte de estos porque no pudo llegar a la cita acordada para el asalto a Madera. Después de su aniquilamiento, hubo varios intentos por revivir la guerrilla en Chihuahua. El primero fue el que encabezó Óscar González Eguiarte en 1965, al mando del Grupo Popular Guerrillero "Arturo Gámiz" (Glockner 2008: 212, Sierra 2008: 50). González fue perseguido y abatido por el ejército en 1968 (referido en el apartado "*El de ayer es Él*"). El segundo fue el Movimiento 23 de Septiembre, creado por estudiantes chihuahuenses cercanos al GPG, que tampoco pudieron participar en el asalto: Saúl Ornelas, Pedro Uranga Rohuana (quienes figuran como voces narrativas en *Las armas*…) "y Jacobo, hermano del legendario Arturo Gámiz, y por dos Mujeres, Martha y Margarita" (Castellanos 2008: 351). Según Adela Cedillo, el Movimiento 23 de Septiembre surgió en 1965:

> …como continuador del GPG, con la diferencia de que pretendía trasladar la lucha a las ciudades. La organización realizó algunas acciones de sabotaje en Chihuahua en 1966, pero el 7 de enero de 1967 sus principales integrantes fueron detenidos. Otros continuaron la lucha bajo el nombre de Grupo 23 de Septiembre. (Cedillo 2010b: 17)

El G23S, que operó de 1968 a 1972 según Cedillo (2010b: 20), "…no llevó a cabo acciones armadas, pero fue actor clave en la unificación de las organizaciones guerrilleras urbanas [...] fue uno de los grupos que conformó la Organización Partidaria, embrión de la LC23S". Otro miembro del M23S, Manuel Gómez Lucero intentó revivir al grupo bajo el nombre de Corriente 23 de Septiembre (Sierra 2003: 50). Por su parte, Diego Lucero Martínez, quien había formado parte del grupo Los Guajiros —integrado según Castellanos (2008: 350) por "jóvenes norteños, originarios particularmente de Mexicali, Tijuana y Baja California"— realizó acciones en el D. F. y en Chihuahua (Lucero Estrada 2012). Su acción más importante fue en enero de 1972, cuando realizó el asalto simultáneo a tres bancos de la capital del estado de Chihuahua. La acción fracasó y fueron muertos durante la misma Avelina Gallegos y Óscar Montes; el resto, excepto uno o dos que pudieron huir, cayó prisionero. Unos días después fueron asesinados en la cárcel Diego Lucero Martínez y Ramiro Díaz. Otro más, Gaspar Trujillo, fue igual-

mente asesinado al ser aprehendido en un lugar cercano a la ciudad de Chihuahua (Sierra Guzmán 2003, Orozco 2006, Castellanos 2007, Cedillo 2008, 2010b y Lucero 2012).

§

Las Fuerzas de Liberación Nacional (FLN) (1969-1992) fueron una organización fundada en Monterrey en 1969 que se mantuvo activa hasta 1992. Sus fundadores fueron: César Yáñez Muñoz, Alfredo Zárate Mota, Carlos Vives Chapa, Mario Sáenz Garza, Graciano Sánchez Aguilar, Raúl Pérez Gasque, Raúl Morales Villarreal, Mario Sánchez Acosta y Fernando Yáñez Muñoz, de acuerdo con datos de Adela Cedillo (2008, 2010a y 2010b), principal estudiosa de las FLN. Se trata de un grupo muy importante, no tanto por la espectacularidad y número de acciones militares que efectuó, sino por su longevidad y por ser la organización madre del Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN). También es importante para los propósitos del presente libro, ya que algunos de los integrantes de las FLN son personajes centrales de dos de las novelas analizadas en este libro: *Guerra y sueño* de Salvador Mendiola y *Veinte de cobre*, de Fritz Glockner.

Como la mayoría de las organizaciones armadas del periodo, las FLN estaban formadas por jóvenes críticos y activos radicalizados por la experiencia del 68. Es notable en ella la extracción social de sus miembros y simpatizantes pues se trata, en su mayoría, de personas de clase media alta, con una instrucción superior a la del promedio y una línea ideológica fincada en la historia de México más que en las experiencias internacionales del socialismo real. Sobre los inicios del grupo, señala Cedillo (2010b):

> A principios de 1969, un grupo de profesionistas egresados de la Universidad de Nuevo León, cercanos a la masonería y fundadores del Instituto Mexicano–Cubano de Relaciones Culturales "José Martí" (IMCRC) sección Monterrey, fueron reclutados por el Ejército Insurgente Mexicano (EIM). Tras la disolución de este grupo, los que persistían en el proyecto armado fundaron las Fuerzas de Liberación Nacional.

A diferencia de otras organizaciones armadas del periodo, las FLN no se dieron a conocer por sus enfrentamientos con las fuerzas del estado ni por la realización de secuestros y asaltos bancarios con el fin de allegarse

recursos. Se concentraron en el reclutamiento de miembros y contribuyentes por todo el país, partiendo de la convicción de que era necesario prepararse para la guerra popular prolongada, dada la inexistencia de condiciones objetivas y subjetivas propicias para una insurrección popular generalizada. Se desarrollaron en la clandestinidad hasta 1971, año en que la policía detectó una casa de seguridad en Monterrey, N. L. dejando al descubierto la infraestructura del grupo y la identidad de algunos miembros. Según Cedillo (2010b), a raíz de este descubrimiento: "Hubo detenciones de familiares de los militantes y de gente indirectamente relacionada con ellos, pero no cayó ningún cuadro".

A principios de 1972 las FLN realizaron su primer intento de implantación en la selva lacandona, en el estado de Chiapas, donde habían adquirido un rancho perteneciente a la finca de "El Diamante", al cual rebautizaron como "El Chilar". Ahí fundaron el Núcleo Guerrillero Emiliano Zapata (NGEZ), brazo armado rural de la organización y embrión de un ejército popular. Asienta Cedillo (2010b):

> El 13 de febrero de 1974, en el contexto de la búsqueda de los homicidas del empresario regiomontano Eugenio Garza Sada, la policía descubrió por azar una casa de seguridad de las FLN en Monterrey, N.L., cuyos dos ocupantes confesaron bajo tortura la ubicación del Cuartel General en Nepantla, Edomex. La noche del 14 de febrero la Policía Militar llevó a cabo la "Operación Nepantla", un ataque sorpresa de cerco y aniquilamiento de los guerrilleros que habitaban la casa, cuyo saldo fue de cinco muertos y dos detenidos, entre ellos el segundo dirigente nacional del grupo, Alfredo Zárate Mota.

La "Operación Monterrey" tuvo otras repercusiones ya que fueron detenidos doce contribuyentes y simpatizantes de las FLN, además de que en la casa de Nepantla se descubrieron más nombres de colaboradores y documentos de compraventa de "El Chilar". La Policía Militar se traslada a Chiapas y, de acuerdo con Cedillo (2010b):

> El 16 de febrero dio inicio la "Operación Diamante", la cual se prolongó hasta el 16 de abril, lapso en que fueron detenidos-desaparecidos o asesinados por elementos del 46° Batallón de Infantería seis de los ocho miembros que integraban el NGEZ, incluyendo al máximo dirigente de las FLN, César Yáñez Muñoz.

Los militantes que quedaron libres se dedicaron a rehacer las redes de la organización y a buscar a los desaparecidos en la selva. Sin embargo,

el 7 de febrero de 1975, por un descuido en las medidas de seguridad, Julieta Glockner y otro militante fueron descubiertos y abatidos por elementos del 57° Batallón de Infantería en un enfrentamiento. Otra consecuencia de ese golpe contra las FLN fue el ajuste interno de cuentas contra los acusados de haber delatado a la organización. De acuerdo con Cedillo (2010b):

> El 5 de noviembre de 1976 un comando de las FLN encabezado por Fernando Yáñez Muñoz ejecutó a Napoleón Glockner y Nora Rivera, sobre quienes pesaba la acusación de haber proporcionado la ubicación de la Casa Grande de Nepantla a las fuerzas represivas.

Hubo algunas escisiones a raíz de la muerte accidental de Sáenz en Chiapas, sin embargo:

> Tras su captura y desaparición en septiembre de 1977, el grupo escindido se desintegró y algunos militantes se reincorporaron a las FLN, cuya dirección quedó conformada por Fernando Yáñez y "Víctor", como primer y segundo responsables, respectivamente.
> En 1978 se formó el primer Buró Político de la organización, constituido por cinco miembros, y se acordó la publicación de una revista clandestina para la formación política de los cuadros, a la que se le dio el nombre de *Nepantla. Órgano de agitación y comunicación interna de las FLN*, la cual empezó a circular a partir del 14 de febrero de 1979. La revista, de irregular periodicidad y tiraje limitado, se publicó al menos hasta 1993 y probablemente rebasó los cien números.
> A partir de 1977 las FLN establecieron una casa de seguridad en San Cristóbal de las Casas, Chis., y empezaron a hacer trabajo social entre las comunidades indígenas de los Altos y la selva norte, particularmente en los municipios de Sabanilla y Huitiupán, y en 1978 reclutaron a varios tzotziles del ejido Lázaro Cárdenas, que se había caracterizado por intensas movilizaciones campesinas y que, por consiguiente, había sido víctima de una represión desmesurada. (Cedillo 2010b)

La organización mantuvo vínculos con otras guerrillas centroamericanas, especialmente con el Frente Sandinista de Liberación Nacional de Nicaragua y logró un crecimiento constante con el ingreso de indígenas chiapanecos; ya para 1980 se vieron en la necesidad de formular los "Estatutos" de la organización. A raíz de la muerte en Macuspana, Tabasco de Jorge Velasco del Rincón, tercer dirigente nacional, asesinado por un desertor de las FLN, el grupo se coloca nuevamente en la mira

de las fuerzas represivas; sin embargo, no hubo más caídos hasta 1983, cuando se produjeron varias bajas. Gracias a su rígida clandestinidad y sus redes de solidaridad, las FLN pudieron refundar su núcleo armado en la selva chiapaneca. Con indígenas reclutados inicialmente en el Ejido Lázaro Cárdenas y El Calvario, y con familiares de estos emigrados a los Ejidos Emiliano Zapata y Tierra y Libertad en la cañada de San Quintín, los sobrevivientes de las FLN dieron vida al EZLN. De acuerdo con Cedillo (2010b):

> …el 17 de noviembre de 1983, en un paraje próximo a la laguna de Miramar, los tres dirigentes nacionales de las FLN, Fernando Yáñez, "Víctor" y Gloria Benavides, y tres de los indígenas más adelantados, "Frank", "Jorge" y "Javier" fundaron el Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN).
> Las FLN se abocaron a consolidar al núcleo armado, aun a costa de su propio desarrollo a nivel nacional, de tal suerte que, en el transcurso de la década de los ochenta, el EZLN paulatinamente se volvió más grande y fuerte que su organización madre. Contrariamente a lo que ocurría en la selva y los altos de Chiapas, el Ejército Villista de Liberación Nacional (EVLN), fundado en 1988 en las montañas de Chihuahua, no pudo crecer, pues no tuvo un reclutamiento exitoso ni pudo penetrar en comunidades enteras. El proyecto de un ejército para-central ni siquiera pudo arrancar.

El asalto policiaco a la casa de Nepantla y la muerte de Dení Prieto es uno de los episodios más conocidos de las FLN, al que deben parte de su celebridad. La vida y muerte de la novel recluta ha sido objeto de interés historiográfico (Cedillo 2007, 2008), literario (Mendiola 1977 y Retes 2000) y cinematográfico (*Flor en otomí* de Luisa Riley).

§

El Movimiento de Acción Revolucionaria (MAR) es uno de los primeros grupos que surgen poco después de la aniquilación del Grupo Popular Guerrillero. Es propiamente una guerrilla urbana. El proyecto del MAR es concebido en Moscú, por un grupo de estudiantes becados en la Universidad de la Amistad de los Pueblos "Patricio Lumumba", quienes se reúnen de manera sigilosa para no ser detectados por las autoridades de la Universidad:

> En pasillos y comedores [...] en el bosque que circunda las instalaciones [...] Reuniones en lugares distantes cada vez, a horas diferentes en días desiguales. Nuestras primeras tácticas para eludir la acción de las autoridades [...] afanadas en impedir la actividad política de los universitarios. (Castañeda y Pacheco 1992)

Ahí los planteamientos cada vez más radicales van tomando forma real con el retorno a México de camaradas que inician el "trabajo de organización, el asentamiento de una estructura a largo y corto plazo". Solicitan apoyo a los gobiernos de Vietnam, Argelia, China y Cuba. Reciben entrenamiento en Corea del Norte (Castañeda y Pacheco 1992). Sobre la duración del MAR, las versiones divergen. En su balance, Castañeda y Pacheco no dan fechas precisas, solo dividen su análisis en "dos grandes partes: una primera que comprende desde la formación de un pequeño grupo de activistas en Moscú, hasta la caída de los primeros compañeros (15-11-71)"; una segunda que se inicia con su detención hasta fechas recientes. Escriben su balance en prisión, en los años setenta, pero se publica en febrero-marzo de 1992. En *La negación del número*, Castañeda (2006: 49) dice que el MAR nació en 1966, pero no da ninguna otra fecha; solo habla de acontecimientos significativos como el entrenamiento en Corea del Norte y la caída de 19 combatientes, pero sin señalar la fecha en que ocurrieron. Sierra Guzmán (2003: 108-109) ubica a la organización entre 1966 y 1972; Cedillo (2010) establece su vigencia entre 1966 y 1990. Por su parte, Peñaloza Torres (2004: 4) dice que "La vida conocida del MAR es de 14 años (1965-1979)"; sin embargo, su trabajo de tesis abarca solo el primer periodo de 1965 a 1971, es decir "el año de formación y el año en que el estado da un primer golpe a la guerrilla y logra detener a 19 miembros". Pero aunque da 1965 como fecha de fundación, en otro lugar (p. 3) el mismo Peñaloza dice: "El Mar nació en Moscú en 1966 fundado por jóvenes mexicanos que se encontraban becados en la Universidad de los Pueblos Patricio Lumumba". Laura Castellanos (2007: 350-351), por su parte, dice que: "…Fue el primer grupo que saltó a la escena urbana el mismo mes que Echeverría asumió el poder. Cuando la organización fue golpeada priorizó el trabajo político por sobre el militar y ya no reivindicó sus acciones armadas que duraron hasta 1979…"

El tamaño de la organización también es incierto. En su tesis sobre el MAR, con base en una serie de entrevistas a siete exmilitantes, Peñaloza Torres (2004: 5) dice que: "El MAR para 1971 tenía, por lo menos,

120 militantes**".** Sin embargo, en su introducción al balance del MAR, Castañeda (1992: 4) cuestiona que la dirección diera: "un retoque a la realidad: se magnifica el grupo, se habla de calidad y cantidad falsas; de un ejército armado en la ciudad, de una organización a nivel nacional; de otro ejército en la montaña con nombre y todo". El título mismo de su ensayo: *La negación del número* (2006) sugiere que la organización era menor de lo que sus propios integrantes equivocadamente pensaban. Castañeda y Pacheco (1992: 15) acusan de los errores a Fabricio Gómez S., quien ejercía una "dirección unipersonal de hecho, que regía los destinos de la organización, aunque formalmente fuera colectiva".

Algunos militantes del MAR fueron Raymundo Ibarra Valenzuela, Fabricio Gómez Souza, Martha Elba Cisneros Zavala, Esperanza Rangel Aguilar, Rogelio Raya Morales, Agustín Hernández Rosales (Peñaloza Torres 2004: 5-6), Fernando Pineda, Alejandro López Murillo, Paulino Peña Peña, los hermanos Salvador y Dimas Castañeda Álvarez, Octavio Márquez, Candelario Pacheco, Marta Maldonado, Camilo Estrada Luviano (Glockner (2007: 309). Entre sus fundadores se reconoce a Fabricio Gómez Souza, Salvador Castañeda, Alejandro López, José Candelario Pacheco, Camilo Estrada, Martha Maldonado, Octavio Márquez, Leonardo Mendoza. Según Fabricio Gómez, Salvador Castañeda y Candelario Pacheco se sumaron después (Peñaloza 2004: 68 y 73).

En cuanto a la extracción social de los militantes del MAR, se trata de hijos de clase media y campesina en proceso de ascenso social que migran del campo o de ciudades pequeñas a otras más grandes para continuar sus estudios como maestros normalistas, preparatorianos o universitarios. El perfil ideológico y político de la organización y de sus miembros hace de esta una organización armada con particularidades que la distinguen. En *El de ayer es Él,* Castañeda (1999: 35) enfatiza la importancia de una acción planificada y no meramente defensiva como característica fundamental de una verdadera guerrilla. Además de ser la primera guerrilla urbana, la creación del MAR responde a condiciones diferentes de las que habían dado vida a las organizaciones que la precedieron: aquellas eran preferentemente grupos de autodefensa campesina ligados a la lucha por la tierra o a agravios ancestrales y recurrentes que los caciques y grupos regionales dominantes inferían a las poblaciones locales (despojos, represión, humillaciones, explotación, opresión y violencia); estas estaban arraigadas territorialmente y contaban con bases sociales identificables de las que eran expresión y respuesta radical armada, mientras que el MAR estaba compuesto por

jóvenes estudiantes —algunos de extracción campesina pero que habían transmutado su identidad a su paso por centros de estudio y organizaciones estudiantiles o partidos políticos. Carecía, por ello, de una base social que apoyara su lucha armada. Las fuentes de su concientización y radicalización eran de origen y cuño diferentes: en su concientización influían decisivamente elementos simbólicos, ideológicos y teóricos (marxismo); también apelaban a la memoria de las luchas populares y se consideraban continuadores de esas luchas. Pero su radicalización no era una respuesta inmediata sino meditada a esos agravios; pasaba por un ejercicio de recuperación de la memoria que partía de un recuento de agravios y de luchas (Jaramillo, la lucha campesina, magisterial y ferrocarrilera, el movimiento estudiantil, el asalto al cuartel de Madera, las guerrillas de Genaro y Lucio), para culminar en lo más cercano: la represión a los movimientos estudiantiles (especialmente el de la Universidad Nicolaíta de Michoacán y su área de influencia), así como la masacre del 2 de octubre de 1968, presentes en su imaginario como justificación de que la opción armada era ineludible. Ese ejercicio de memoria abarcaba no solo la dimensión regional y nacional del conflicto; se situaba, también, en la perspectiva latinoamericana con "el triunfo revolucionario en Cuba como un acontecimiento básico y decisivo" (Peñaloza 2004: 51). Los integrantes del MAR exhibían un conocimiento amplio de diferentes manifestaciones de la lucha revolucionaria en el ámbito mundial y de AL:

> En esos tiempos hay una efervescencia, desde que estamos en Moscú, hasta que estamos aquí en México hay una efervescencia de movimientos guerrilleros, se multiplican por toda América, se multiplican en el mundo, el movimiento armado [...] en Filipinas, tiene 40, 50 años [...] se habían levantado también en Ecuador, con un tocayo, creo Fabricio Ojeda; se habían levantado en Perú con los hermanos Inti y Coco Peredo [...] estaban los Tupamaros en Uruguay, estaban los Montoneros en Argentina, estaba Duglas Bravo, y otras gentes en Venezuela, estaba Marulanda y los hermanos Castaño en Colombia. Estaban en Centroamérica igualmente, iniciándose algunas cuestiones de los Sandinistas, estaba el movimiento de Caamaño en República Dominicana [...] en fin, la gente del Salvador que comienza a luchar, el Frente Farabundo Martí, que no se llamaba el Frente Farabundo Martí, sino del Partido Comunista, de los pocos Partidos Comunistas de América que se lanzan a la revolución [...] incluso en los Estados Unidos surgen los Panteras Negras. En fin, estas cuestiones alimentaban anímicamente a la gente, a uno le daban la

> seguridad histórica de la lucha por el socialismo; la guerra de Vietnam fue una guerra prácticamente triunfante… (Entrevista a Fabricio Gómez, en Peñaloza 2004: 51 y 52)

Se sitúan en la perspectiva internacional: la Guerra Fría es el contexto que reconocen como proceso enmarcador y asumen participar en ella alineándose a uno de los dos bloques en pugna. Por ello, consideran factible y lógico obtener apoyo de algún país socialista, cosa que únicamente logran con Corea del Norte que acepta proporcionarles entrenamiento guerrillero aunque no se inmiscuya en los debates políticos ni les proporcione armamento (Peñaloza 2004: 49). Influye en su imaginario, de manera muy poderosa, la Revolución cubana. Ven en el Che Guevara al exponente del hombre nuevo:

> …el Che en particular encarnaba la pureza revolucionaria [como] símbolo de resistencia y dignidad [...] era el ministro que dormía en el suelo y cortaba caña a punta de machete [...] el hombre que en lugar de permanecer en el gobierno cubano y morir de viejo, partió hacia Bolivia a dirigir la guerrilla, enfrentando la posibilidad de morir acribillado [...] como finalmente ocurrió. (Peñaloza 2004: 50)

La inspiración principal es el foquismo y la figura emblemática el Che Guevara. La Revolución cubana es el modelo: la idea de que era posible la insurrección armada partiendo de células como vanguardia armada que incitará la insurrección popular. A posteriori, los militantes del MAR consideran que: "trasponer la realidad de Cuba a nuestro país y la mala asimilación del triunfo cubano [...] fue un error contundente de muchos grupos guerrilleros y el MAR no fue la excepción" (Peñaloza 2004: 52). La idea es luchar por el socialismo, más que las reivindicaciones inmediatas de las clases oprimidas:

> …no luchamos por simplemente para que nos aumenten el salario [...] vamos a luchar por un nuevo tipo de sociedad [...] La revolución cubana, digamos, que aceleró mucho más el giro ideológico de todas las luchas hacia objetivos comunistas, socialistas […] primero; segundo [...] la forma en cómo se llega al poder, o sea, la revolución cubana [...] lo que hace es ayudar a definir más rápidamente los métodos políticos de lucha, o sea, la insurrección [...] se pensaba que iba a haber una insurrección aquí, en el país, y por eso se construían esas células [...] tratábamos de crear las condiciones para la gran insurrección. Lo que viene a hacer la revolución cubana es que nos dice: si no se puede rápido la insurrección, está la

> guerra de guerrillas, que es una forma de lucha [...] Vamos a acceder al poder para cambiar, pero a través de la lucha guerrillera [...] porque a través de la lucha guerrillera, nosotros creíamos que era posible formar un ejército que de irregular podría pasar a ejército regular, y enfrentarse al ejército represor, al ejército del gobierno, al ejército burgués, y en un momento dado derrotarlo con apoyo de la sociedad en una insurrección [...] el país ya no tenía posibilidad de otra forma de lucha política, por los resultados del 68. (Entrevista a Rogelio Raya Morales y Agustín Hernández Rosales el 18 de agosto del 2001, Peñaloza 2004: 53-54)[18]

§

El Partido de los Pobres (PdlP), 1967-1974, fue la organización que el profesor Lucio Cabañas Barrientos construyó como base de apoyo de la Brigada Campesina de Ajusticiamiento con la que desplegó gran actividad en la Sierra de Atoyac, entre los años 1970 y 1974. La fuga de Cabañas a la sierra se dio como consecuencia de la cruenta represión de manifestantes en Atoyac de Álvarez el 18 de mayo de 1967; él fue construyendo su grupo armado y su base social en el curso de los años siguientes. Fue exterminado por el ejército después de un largo asedio militar en el que cae Cabañas y el resto de su columna, el 2 de diciembre de 1974.

La gesta de Lucio Cabañas se inscribe en el espíritu y las contradicciones de una época y de una región particular, la Sierra de Atoyac, del estado de Guerrero, en el entorno de los años sesenta y setenta. Hemos reseñado con cierta amplitud las características del periodo en cuestión: un hartazgo campesino, una rebelión nacional contra la imposición y el autoritarismo y unas transformaciones estructurales del capitalismo que se resolvían en una confrontación mundial que tuvo en América Latina uno de sus escenarios más violentos.

La región de Atoyac, en la Costa Grande de Guerrero, teatro de operaciones de la guerrilla de Lucio Cabañas, es una de las regiones donde más se han condensado las contradicciones de clase y tensado las relaciones políticas en la historia de México (Estrada 1994). No es

[18] Otras fuentes sobre el MAR: Castañeda y Pacheco (1992); Sierra (2003); Peñaloza (2004); Castañeda (2006); Oikión (2008); Glockner (2008); Castellanos (2008), Cedillo (2008 y 2010b).

la región de pobreza extrema, indígena y depauperada con la que se identifica a la entidad. Una de las grandes contradicciones del estado de Guerrero es albergar los puntos de la geografía nacional que concentran los más bajos índices de desarrollo humano y ser, a la vez, depositaria de riquezas que ambicionan los poderosos de siempre. Su geografía peculiar formada en un 80 por ciento por relieves y altas montañas, favorece la diversidad geográfica, biológica y cultural tanto como las condiciones económicas y sociales extremas; también ha cobijado cíclicamente la resistencia armada. La región costera, en particular, favorecida por los vientos húmedos del Pacífico sur es una de las regiones de mayor fertilidad, propicia para la acumulación de capital y para las actividades agrícolas y pecuarias.[19] En la Sierra de Atoyac de Álvarez, se introdujo desde mediados del siglo pasado el cultivo del café, lo que, junto al del cocotero, generó un segmento importante de pequeños propietarios y ejidatarios (Radilla 2001), favorecidos por el reparto cardenista de tierra; como contraparte, floreció también un pequeño número de terratenientes, acaparadores e intermediarios comerciales. La región ha sido escenario de luchas armadas a lo largo de su historia. Juan Álvarez, Vicente Guerrero y Hermenegildo Galeana combatieron ahí junto a Morelos en la guerra de Independencia; el profesor Valente de la Cruz, los hermanos Vidales y Silvestre Mariscal lo hicieron en los años veinte del pasado siglo junto a Álvaro Obregón y Juan R. Escudero. Un ancestro de Lucio Cabañas, su abuelo Pablo, participó en varias batallas junto a las huestes zapatistas.

"Lucio Cabañas Barrientos nació el 15 de diciembre de 1936, en la comunidad de El Porvenir, municipio de Atoyac de Álvarez" (Fierro 2006: 9). Lucio había sufrido carencias porque su padre Cesáreo Cabañas Iturio, ya era casado con más de cuarenta años de edad cuando se robó a la madre de Lucio, Rafaela Gervasio Barrientos. El primer apellido de su madre fue omitido por error en el registro civil de Atoyac, por lo que Lucio debía apellidarse, en realidad, Cabañas Gervasio y no Cabañas Barrientos como quedó asentado en su acta de nacimiento. Lucio logró egresar como profesor de la escuela normal rural de Ayotzinapa, "Isi-

[19] Pero incluso en las zonas más depauperadas se da esta contradicción. No deja de ser paradójico que Tlapa y la región de la Montaña, donde reside la mayor parte de las etnias sobrevivientes de Guerrero en condiciones muy precarias, haya atraído a los colonizadores por su producción de oro en la época de la Colonia. En el presente, nuevos hallazgos de riqueza mineral la han convertido en botín apetecido por trasnacionales de la minería.

dro Burgos", a la edad de 27 años. Era estudiante de la normal cuando participó en el movimiento anticaballerista de 1960 (Estrada 2001). Fue nombrado presidente de la Federación de Estudiantes Campesinos Socialistas de México (FECSM) en mayo de 1961 (Fierro 2006: 11) y en 1965 ingresó a las filas del Partido Comunista Mexicano. Su activismo le valió el acoso de funcionarios y políticos. Fue expulsado de la primaria "Modesto Alarcón" de Atoyac donde laboraba y enviado junto a su colega Serafín Núñez Ramos —miembro también del PCM—, a una escuela de la comunidad de Tuitán, Durango, donde al igual que en Atoyac ambos profesores participaron en la organización de padres de familia y se ganaron la animadversión de autoridades locales. Por presión de los pobladores y padres de familia de Atoyac, Cabañas y Ramos fueron reincorporados a la escuela "Modesto Alarcón". Ahí, un conflicto iniciado por decisiones autoritarias de la directora de la primaria Juan Álvarez derivó en una movilización que fue reprimida el 18 de mayo de 1967, con saldo de varios muertos y heridos. La consigna de los policías judiciales que perpetraron la masacre era ultimar a Cabañas, orador principal del mitin en la plaza central, quien fue protegido por sus simpatizantes. Esta situación límite y el riesgo de muerte anunciada lo llevaron a huir a la sierra al día siguiente. Se dice que, después de la masacre de Atoyac, el PCM ofreció a Cabañas y a Núñez, becas para que salieran del país a estudiar en la URSS; sin embargo, el reclamo de la entonces pareja de Lucio, Hilda Flores Solís, preguntando "quién asumiría la responsabilidad de los muertos de la masacre", llevó a este a quedarse para formar su movimiento armado, mientras su compañero se marchaba a la Unión Soviética (Fierro 2006: 20-21).

Lucio contaba con formación teórica y no era ajeno al lenguaje marxista de las izquierdas por sus años de estudiante y su activismo socialista; sin embargo, el discurso que enarbolaba el PdlP era pobrista y su justificación, la autodefensa campesina. Algunas de las diferencias más fuertes con otros miembros del PdlP como Carmelo Cortés y con miembros de otras organizaciones armadas como Ignacio Salas Obregón, alto dirigente de la LC23S, radicaron en cuestiones teóricas y de estrategia (Fierro 2006; Ramírez 2008; Fierro Loza 1982). El profesor Cabañas contaba con amplias simpatías entre los pobladores de la Sierra, donde residían también muchos de sus parientes, y gracias a ese respaldo logró mantenerse oculto a lo largo de siete años. Hacía breves excursiones a la capital del país y a otros lugares del interior de la República; muchas de estas salidas fueron para establecer contactos con otros grupos armados,

pero también por razones de salud, ya que lo aquejaban fuertes dolores de cabeza que por momentos lo incapacitaban. La Brigada Campesina de Ajusticiamiento realizó numerosas acciones militares, secuestros, ajusticiamientos (algunos de ellos por error) y enfrentamientos con el ejército y las policías. Por tal razón se convirtió en el principal objetivo de la estrategia contrainsurgente del gobierno mexicano, y su zona de influencia, en teatro de la guerra de baja intensidad que provocó una verdadera catástrofe humanitaria, con tácticas como retenes militares, tierra arrasada, cerco de hambre, juicios sumarios, vuelos de la muerte, fusilamientos y ejecuciones masivas, tortura, detenciones y desapariciones forzadas (Rangel y Sánchez 2008). Las organizaciones surgidas de la búsqueda realizada por familiares de detenidos y desaparecidos durante la guerra sucia (Eureka, AFADEM, Argüello Cabrera 2010), cuentan con un registro de alrededor de 400 víctimas de desaparición forzada. Las víctimas mortales, de las que no se tienen registros precisos, podrían llegar a miles. Los regímenes represivos del Cono Sur generalizarían estas prácticas en el contexto de la Operación Cóndor y las perfeccionarían para el genocidio de los pueblos indígenas de Centroamérica.

Preocupado por disminuir el acoso contra las comunidades campesinas afectadas por el cerco militar, Cabañas secuestra al senador Rubén Figueroa Figueroa, precandidato del PRI a la gubernatura de Guerrero en junio de 1974. Figueroa había buscado afanosamente una entrevista con el guerrillero, seguro de que podría convencerlo de deponer las armas. A raíz de este secuestro, la Sierra de Atoyac y poblados aledaños sufren una militarización sin precedentes; se calcula conservadoramente que hubo entre 20 mil y 30 mil efectivos del ejército y otras fuerzas irregulares desplegados en la zona. En medio de un fuerte asedio, Rubén Figueroa es liberado el 8 de septiembre de 1974, ya nombrado candidato oficial de su partido. El cerco culmina con la caída de la columna que comandaba Lucio, abatido en Los Otates, el 2 de diciembre de ese año.

Aunque fue una de las organizaciones armadas más longevas y con base social más amplia, que fungió como referente para la mayoría de grupos armados del periodo, no existe hasta la fecha un estudio profundo y abarcador de la trayectoria de Lucio Cabañas, los integrantes de la Brigada campesina de Ajusticiamiento y la historia del Partido de los Pobres. Las referencias son abundantes pero superficiales y escuetas en la mayoría de los abordajes (López 1974; Aroche Parra 1974; Mayo 1980; Reyes 1985; Riego 2006). Estudios de mayor profundidad (Rangel y Serrano 2008) refieren a aspectos puntuales de la interacción entre guerrilla y

estado y a las secuelas de la guerra sucia que el gobierno mexicano, con la asesoría de los servicios de inteligencia estadounidenses, emprendió contra la guerrilla cabañista y sus bases de apoyo. En otros casos, se trata de testimonios ricos e invaluables (Fierro Loza 1982), pero parciales, de la vida interna del grupo armado o de la experiencia de sus adherentes (Gallegos 2004). Existen estudios específicos sobre el PdlP que, sin embargo, no agotan la multifacética riqueza de la organización, su líder, sus bases sociales, su épica; la interacción con otras organizaciones armadas (Ramírez Salas 2008) su interacción con el estado; la brutalidad de la represión, el drama humano y las traumáticas secuelas de sangre, dolor y sacrificio que acarreó el conflicto (Radilla 2008).

§

La Liga Comunista 23 de Septiembre (LC23S) fue la red de guerrillas urbanas más grande y extensa a nivel nacional que operó en México en los años setenta. Estuvo formada por un conjunto de grupos armados que iniciaron acercamientos a partir de 1970 y lograron consolidar sus relaciones para adoptar formalmente el nombre de Liga Comunista 23 de Septiembre en marzo de1973, al término de una reunión de quince días en Guadalajara, Jal. (Ramírez Salas 2008: 530).[20] El gobierno la dio por liquidada primero a finales de 1975 y después en 1981. Se tiene registro de acciones militares hasta 1979, aunque Ramírez Salas (2008: 530) dice que "el ala militarista continuó sus actividades hasta 1980". Los grupos que emprendieron relaciones para forjar la Liga fueron los Procesos, los Guajiros, los Lacandones (Liga Comunista Espartaco), el Movimiento Revolucionario 23 de Septiembre, la Federación de Estudiantes de Sinaloa, el Frente Estudiantil Revolucionario (FER), conocidos como los "Vikingos" o los "Feroces", los Macías, ex integrantes del MAR y el "Grupo Oaxaca". El cuadro 3 resume los principales rasgos de estas organizaciones.

La Juventud Comunista de México (organización juvenil del Partido Comunista Mexicano) fue el semillero de cuadros estudiantiles que nutrirían las organizaciones armadas de los setenta. En el caso

[20] La mayoría de las fuentes da como fecha exacta el 15 de marzo de 1973: Doralicia Carmona (2012), Castellanos (2008), Cedillo (2010b). Sierra (2003: 78) dice que la reunión se llevó a cabo en abril de 1973.

Cuadro 3. Organizaciones que integraron la Liga Comunista 23 de Septiembre

Nombre de la organización	Líderes y miembros	Alias	Procedencia
Los Procesos	Raúl Ramos Zavala Estela Ramos Zavala Rosa Albina Garavito Elías José Luis Rhi Sausi Sergio Dionisio Hirales Morán Gustavo Hirales Morán José Alberto Sánchez Hirales Mario Ramírez Salas Bonfilio Cervantes Tavera Blanca Cervantes Tavera Victoria Montes Eduardo González Pedro Morón Chiclayo. José Luis Sierra Ricardo Morales Pinal Héctor Escamilla Lira José Ángel García Ignacio Olivares Torres* Ignacio Arturo Salas Obregón* David Jiménez Sarmiento	 *El Pachis* *El Gordo* *El Sebas* *Vicente, Nacho, Oseas* *Chano*	Militantes de la Juventud Comunista de México (PCM). El núcleo principal, con Ramos Zavala a la cabeza, venía de Nuevo León. Había estudiantes de la UNAM y de otras universidades estatales de Baja California, Sinaloa, Nuevo León, Guerrero, Michoacán, Jalisco y la Universidad de Guadalajara; así como activistas de movimientos cristianos jesuitas y seguidores de la teología de la liberación y de otros movimientos sociales.
Los Guajiros	Diego Lucero Martínez Leopoldo Angulo Luquen	 *Melchor, El General*	Universidad de Chihuahua, Instituto Politécnico Nacional
Los Lacandones (Liga Comunista Espartaco)	Miguel Domínguez David Jiménez Sarmiento Jorge Poo Hurtado Jesús Calderón Esquivel Sergio Villalobos Navarrete Heriberto Díaz Coutiño Ismael Díaz Coutiño Maria Eugenia Calzada		Universidad de Chihuahua Instituto Politécnico Nacional
Movimiento Revolucionario 23 de Septiembre	Rodolfo Gómez García Manuel Gámez Rascón* Aurora de la Paz Navarro del Campo Jacobo Gámiz García Manuel Marillas Palafox	*El Viejo* *Julio* *Lilia*(2ª esposa de C. Cortés) *Roque*	Sobrevivientes del asalto a Madera y cuadros de apoyo del extinto GPG. El *Viejo* ocupa un puesto de dirección en la Liga.

Nombre de la organización	Líderes y miembros	Alias	Procedencia
Frente Estudiantil Revolucionario (FER) (Vikingos o Feroces)	Arnulfo Rosas Prado Pedro Orozco Guzmán** Juan Manuel Rodríguez Moreno* Jesús Ramírez Meza Tomás Lizárraga Tirado ¿(J. J. Morales Hernández)? Enrique Guillermo Pérez Mora José Natividad Villela Vargas	*El Compa* *Camilo* *El Clark* *El Kalimán* *El Tom* *El Tenebras*	Barrios de Guadalajara (San Andrés)
Los Macías	Elías Orozco Salazar Jesús Piedra Ibarra		Al dar estos nombres, Ramírez Salas (2008: 530) sugiere que eran de Monterrey [por Piedra Ibarra, hijo de Rosario Ibarra]. Sierra (2003: 26) dice que los Macías eran de Tamaulipas, citando como fuente a Loza (1986).
Federación Estudiantil de Guadalajara (Según Ramírez Salas 2008)	Según Carmona (2012) se trata de los Enfermos de Sinaloa (Federación de Estudiantes de la Universidad de Sinaloa)		Universidad de Guadalajara
Brigada Revolucionaria Emiliano Zapata (según MRS)	"Grupo Oaxaca", según Carmona (2012)		Oaxaca
Sobrevivientes del Movimiento de Acción Revolucionaria (MAR)	José Wenceslao García	El Sam	

Fuente: Ramírez Salas (2008), *El Universal* (1994), Sierra Guzmán (2003), Lucero Estrada (2012), Carmona (2012)
* Miembro del buró político
** Responsable del buró militar

específico de la Liga, su principal fuerza eran estudiantes de las grandes urbes del país: Ciudad de México, Monterrey y Guadalajara; estudiantes de la UNAM, del Instituto Politécnico Nacional, sobre todo de la ESIME y de la ESE; de la Universidad de Nuevo León, del Instituto Tecnológico de Estudios Superiores de Monterrey, de la Universidad de Guadalajara, así como de otras universidades estatales: Baja California, Chihuahua, Sinaloa, Jalisco, Guerrero y Michoacán. Otros provenían de los movimientos sociales y algunos más eran cristianos jesuitas y seguidores de la teología de la liberación.

> Este grupo cristiano jesuita estaba integrado por estudiantes de la Universidad de Nuevo León y del Instituto Tecnológico de Estudios Superiores de Monterrey. Entre ellos estaba Ignacio Olivares Torres, *el Sebas* e Ignacio Arturo Salas Obregón *Vicente, Oseas*, quien a la postre se convertiría en el dirigente de la Liga Comunista 23 de Septiembre después de la muerte de Raúl Ramos Zavala, acaecida el 6 de febrero de 1972, en la ciudad de México. (Ramírez Salas 2008: 528)

La integración de la Liga tuvo como punto de partida la discusión de una serie de documentos elaborados por Los Procesos, en los que se debatían temas como: "…experiencias de lucha social y política del país [...] la estructura económica del país y el carácter represivo del estado mexicano" (Ramírez Salas 2008: 529). También se discutían cuestiones estratégicas y experiencias militares del "Che" y de los movimientos armados de México y América Latina; el papel de la teoría en la lucha armada y las aportaciones teóricas de otros guerrilleros. Uno de los temas de mayor tensión en las discusiones de la guerrilla era el debate entre "militarismo *vs*. organización política militar" (Ramírez Salas 2008: 230). También el tema del "sujeto revolucionario" estuvo en el centro de las discusiones.

La muerte temprana de Raúl Ramos Zavala, brillante joven teórico de la Juventud Comunista, lega en Ignacio Arturo Salas Obregón la tarea de llevar adelante el proceso de articulación de la Liga. De acuerdo con Carmona (2012: 1):

> A sugerencia de Salas adoptan el nombre en homenaje a los guerrilleros que murieron en el ataque al cuartel militar de ciudad Madera, Chihuahua, el 23 de septiembre de 1965. Salas cambia su alias de Vicente por el de Oseas, profeta bíblico que sentenció: "Quien siembra vientos, cosecha tempestades".

Los acercamientos entre guerrilla rural y urbana se iniciaron desde 1970 y, aunque los combatientes de la primera acción histórica (el asalto a Madera) habían sido prácticamente aniquilados, la guerrilla de Lucio Cabañas pervivía en Guerrero desde 1967; a partir de 1972 había empezado a desplegar una actividad más intensa en toda la Costa Grande. La Brigada Campesina de Ajusticiamiento del PdlP era, sin duda, un referente para todos los grupos armados del país e incluso extranjeros. Entre 1972 y 1973, varios jefes guerrilleros buscaron acercamientos con Lucio Cabañas en la perspectiva de crear una coordinación nacional de movimientos armados. Sin embargo, los esfuerzos de acercamiento no prosperaron.[21]

> Aproximadamente, en agosto de 1972, el jefe de Los Procesos, Ignacio Salas Obregón, junto con el General y Julio efectuaron un viaje a la sierra de Guerrero. Su misión era plantear a Lucio Cabañas la necesidad de una organización única a escala nacional. No lograron convencer al jefe de la Brigada. El acuerdo final fue de apoyo y colaboración entre ambas organizaciones, y el refuerzo de cuadros en la Brigada de Ajusticiamiento del Partido de los Pobres. (Ramírez Salas 2008: 230)

Testimonios (Fierro Loza 1982; Ramírez Salas 2008; Lucero Estrada 2012), y la novela de Montemayor [1991] dan cuenta del ríspido desenlace que tuvo esta experiencia. A los desencuentros por problemas de concepción teórica, de visión estratégica y de comunicación, se añaden choques culturales (campesinos contra citadinos; machismo, caudillismo e intolerancia), como obstáculo para lograr una coordinación nacional de los grupos armados activos en esos años.[22] El desafortunado

[21] Los jefes de la guerrilla urbana, en general, consideraban que la guerrilla rural era atrasada y requería formación teórica y política que ellos estaban dispuestos a darle. Salas Obregón opinaba sobre la Brigada del PdlP: "… que el grupo era muy atrasado y que no tenía una idea de una lucha nacional…" *(*Ramírez Salas 2008: 534). *Vicente* creía que la Liga debía formar teóricamente a los campesinos de la Brigada y trasmitirles "todo el bagaje en detalle", tal como se hallaba expuesto en los documentos elaborados por Los Procesos y publicados en el periódico *Madera.* Diego Lucero también había intentado un acercamiento fallido a Lucio, pero encontró: "…diferencias insalvables. Los estudiantes acusaban a Lucio de asambleísmo, populismo y caudillismo" (Sierra Guzmán 2003: 76).

[22] En su "Balance del Movimiento Armado Socialista en México (MAS, 1965-1978)", Adela Cedillo (2010b: 12) señala como rasgos de la praxis de las organizaciones guerrilleras del periodo: el vanguardismo, el caudillismo, el sectarismo, el dogmatismo, el ideologismo, el voluntarismo, el empirismo y el espontaneísmo.

episodio tuvo como contexto la insubordinación de Carmelo Cortés y su intento de desplazar a Cabañas como jefe indiscutible de la Brigada Campesina de Ajusticiamiento, aprovechando que este había salido para recorrer varias ciudades del país a principios de 1973. Designado por el propio Lucio para asumir el mando en su ausencia, Carmelo se alía con algunos de los visitantes de la Liga que se hallaban en el campamento de la sierra para desconocer a aquél. Por su formación universitaria, por el manejo de un lenguaje teórico y de ideologemas marxistas, había una mejor relación e identificación de la gente de la Liga con Carmelo, pero los rasgos que criticaban a Lucio (asambleísmo, caudillismo y populismo) eran lo que garantizaba al PdlP su permanencia y legitimidad. Las asambleas no eran solo una práctica de autoevaluación de la Brigada. La relación de Cabañas con las bases campesinas era una construcción social fundada en una interacción permanente. Lucio practicaba una democracia elemental pero efectiva: los "barrios" —como se llama a los poblados rurales en la costa— participaban de algunas decisiones de la Brigada a través de asambleas, y los guerrilleros, a su vez, se involucraban en las necesidades colectivas de las comunidades, en su vida cotidiana, en sus fiestas y en la impartición de justicia; no eran un núcleo exógeno sino parte integral de ellas. El profesor Cabañas encabezaba una especie de autoridad paralela; la Brigada contaba pues con una innegable legitimidad entre los poblados de la sierra que le garantizaban sustento, compromiso y lealtad.

El episodio de marras es narrado en la novela de Montemayor focalizando el papel de los visitantes pero sin mencionar sus nombres y con alias falsos. El relato hace evidente la deslealtad, la actitud de superioridad y el desprecio al estilo de liderazgo de Cabañas por parte del grupo visitante.[23] En su rememoración del suceso, Mario Ramírez Salas (2008: 534-547) niega que la Liga haya querido "la dirección de la Brigada" y afirma que "…nosotros nunca sacamos volantes en contra de Lucio. Sin embargo él publicó aquella famosa carta en donde dice que nos expulsaron y nos pinta como los más radicales e inconsecuentes". En cambio, Héctor Escamilla Lira reconoce que: "No se manejó formalmente en la asamblea, pero el planteamiento de someter en asamblea la destitución de Lucio sí se manejó al interior de la Liga" (citado por Ramírez Salas 2008: 544).

[23] Véase el apartado "*Guerra en El Paraíso*" en este libro.

Ramírez y Escamilla imputan la responsabilidad principal del suceso al "Viejito", pero reconocen que la relación entre la Liga y la Brigada fue difícil desde el principio, pues, además de diferencias de concepción sobre la lucha armada, la gente de la Liga tenía dificultades para caminar por la sierra con huaraches, hacía mucho ruido y carecía de habilidades para el combate. En sus discusiones, la gente de la Brigada hacía mofa de ellos, mientras que estos descalificaban a los campesinos por considerarlos como "pequeño burgueses".

> HEL: Pero había otro problema, dónde poner el acento principal de las bases revolucionarias, en los campesinos o en los obreros. Lucio planteaba una revolución campesina, una revolución anticarrancista, y la Liga hablaba de una revolución comunista y obrera…
> MRS: Lucio defendía mucho que los sujetos revolucionarios eran los campesinos […] Ellos llegaron incluso a hacer ciertas mofas […] diciendo que en las ciudades los obreros y la clase trabajadora se preocupaban más por tener un refrigerador, un automóvil. Que por eso no podía considerarse que esta población pudiera ser un sujeto que iba a hacer una revolución. La otra contradicción […] fue la ubicación que nosotros hicimos de los campesinos como personas que básicamente estaban interesados en la propiedad de la tierra. La idea que usamos entonces fue que tenían una concepción pequeño burguesa de la lucha y que entonces no iban a jugar un importante papel si no recibían un bagaje en términos de lo que era socialismo […] Los calificamos de pequeño-burgueses. Si tú recuerdas, esto cayó muy mal al interior de la Brigada…
> HEL: Efectivamente se da esta situación de falta de sensibilidad de nuestra parte por querer plantear una concepción proletaria revolucionaria en un núcleo campesino insurgente, entonces obviamente estamos hablando dos idiomas distintos. (Ramírez Salas 2008: 535-536)

Aunque había quienes proponían desarmar y ejecutar a los traidores, Cabañas reasumió el mando de la Brigada sin otra ruptura que la expulsión de Cortés[24] y la cancelación de toda posibilidad de alianza con los grupos que formarían la Liga.[25] Posteriormente, Carmelo Cortés forma un nuevo grupo armado: las Fuerzas Armadas Revolucionarias (FAR).

[24] Fierro Loza (1982) dice que Carmelo sale comisionado. Sin embargo, Ramírez Salas (2008: 544) afirma que Fierro Loza no estuvo en la asamblea donde se produjo la expulsión.

[25] Después de la expulsión de Cortés, Lucio declara: "tienen que salir todos los de la Liga 23, aquí se termina la relación" (Ramírez Salas 2008: 545).

De acuerdo con Doralicia Carmona (2012), para julio de 1973, cuando se reúne nuevamente en Guadalajara, la Liga ya contaba con presencia en 17 estados: "Sinaloa (146 militantes), Sonora (103), Jalisco (82), Nuevo León (68), Distrito Federal (58), Chihuahua (56), Baja California (32), Durango, Nayarit, Aguascalientes, Estado de México, Michoacán, Puebla, Oaxaca, Chiapas, Guerrero, Veracruz". Sierra Guzmán (2003: 78-79) —con datos de Loza (1986) y Reyes Peláez (1997)— afirma que para el 16 de enero de 1974, cuando se realiza el "Asalto al Cielo" en Sinaloa, la Liga: "Se había constituido en una organización guerrillera de alcance nacional y que abarcaba a 20 estados de la República".

Una de las acciones más impactantes de la Liga es el intento de secuestro del empresario regiomontano Eugenio Garza Sada, quien muere con su chofer y un guardaespaldas durante la acción que realizan cinco comandos de la Liga, el 17 de septiembre de 1973. La muerte del líder del Grupo Monterrey, uno de los más poderosos de la industria mexicana provoca una crisis política al gobierno de Luis Echeverría (1970-1976), "por las protestas de la iniciativa privada" (*El Universal* 1994: 163-166). De acuerdo con ese diario, una de las metas del secuestro era negociar la libertad del guerrillero Adolfo Hirales Morán, preso en Monterrey.

El 10 de octubre del mismo año, miembros de la Liga junto con integrantes de las Fuerzas Armadas del Pueblo (FRAP), llevan a cabo un doble secuestro en Guadalajara, Jalisco: el del cónsul británico Duncan Williams y del empresario Fernando Aranguren, por quienes piden cinco millones de pesos y la liberación de 51 presos políticos. Al fracasar las negociaciones deciden liberar al cónsul pero ejecutan a Aranguren. En represalia, la policía política al mando de Miguel Nazar Haro detiene, tortura brutalmente y asesina a Ignacio Olivares Torres, *El Sebas,* y a Salvador Corral. Según Gustavo Hirales (1996: 71), "los hicieron pedazos"; les rompieron todos los huesos, les enterraron clavos de viga y les hicieron estallar el cráneo para después arrojar sus cuerpos cerca de las casas de Aranguren y de los Garza Sada (Sierra Guzmán 2003: 82). Pedro Orozco Guzmán, jefe del comando responsable del secuestro, también cae acribillado (Carmona 2012; Sierra 2003).

El año de surgimiento de la Liga, 1973, es también el año que marca el endurecimiento de la represión contra la guerrilla urbana y el inicio de la "guerra sucia" en México. En el Cono Sur, corresponde al ciclo de golpes de estado y dictaduras militares en Chile, Argentina, Uruguay coordinado por la Operación Cóndor.

En su primer año de actividades, se atribuyen a la Liga "…sesenta acciones armadas: seis secuestros, tres asaltos bancarios, 17 asaltos diversos y el asesinato de quince policías, seis soldados y ocho civiles; se calcula que en este lapso obtiene un botín de más de 15 millones para financiar sus actividades guerrilleras" (Carmona 2012).

En enero de 1974, la Liga coordina un ensayo de 'insurrección general' a través del operativo llamado "El asalto al cielo" que se proponía. "…tomar diversos puntos de Culiacán y del campo sinaloense" (Carmona 2012; Castellanos 2008: 342). Aunque el balance de la Liga es optimista, el saldo de la movilización en la que participaron cerca de 10 mil obreros agrícolas y miles de estudiantes, es cruento. La respuesta del estado fue contundente; en ella intervinieron: "…policías locales, Los Halcones, un grupo paramilitar contraguerrillero y (el) Ejército" (Sierra 2003: 79). Muchos participantes son aprehendidos, otros desaparecen o aparecen muertos y con huellas de tortura.

La Liga continúa desarrollando una estructura territorial vasta y compleja y establece un buró político o coordinadora nacional y un comité militar.[26] Sin embargo, "…la coordinadora nacional se desintegrará al poco tiempo, luego de la detención y desaparición forzada de Salas Obregón el 16 de abril siguiente, tras un enfrentamiento con policías de Tlalnepantla, Estado de México" (Carmona 2012).[27]

Un año después, el 28 de abril de 1975, Jesús Piedra Ibarra es detenido y desaparecido en Monterrey. La infiltración que había revelado su eficacia en Sinaloa se generaliza. Ello permite a la policía política mexicana conocer con anticipación las acciones programadas por la Liga y facilita las detenciones, asesinatos y desapariciones de sus militantes. Otras acciones importantes de la Liga entre 1976 y 1979 son: el secuestro de la hija del rector Guillermo Soberón (el 30 de abril de 1976), el de la hija del embajador de Bélgica, Nadine Chaval (25 de mayo de 1976), el intento de secuestro de Margarita López Portillo (11 de agosto de 1976), el secuestro de Isaac Duek (6 de diciembre de 1976), el de Antonio Fernández (el 29 de marzo de 1977), el de Lorena Keller (el 27 de septiembre de 1977), el intento de secuestro y homicidio de

[26] El buró político estuvo dirigido por: "Ignacio Salas Obregón *Oseas*, Ignacio Olivares Torres *El Sebas,* José Ángel García *El Gordo,* Rodolfo Gómez *El Viejo*, Manuel Gámez *Julio*, Emilio *El Pacholo*. También se forma un buró militar en el que el responsable era Pedro Orozco Guzmán *Camilo*.

[27] Según Castellanos (2008: 343), la detención de Salas ocurre el 25 de abril, no el 16.

Hugo Margáin Charles (el 30 de agosto de 1977), el secuestro de Brianda Domecq (el 1º de noviembre de 1978) y el de Mónica Pérez Olegaray (el 28 de marzo de 1979) (Cedillo 2010b: 24).

Durante el frustrado secuestro de Margarita López Portillo, hermana del entonces presidente de la República (11 de agosto de 1976), cae el último dirigente "histórico" de la Liga: David Jiménez Sarmiento (Castellanos 2008: 243). Asume entonces el mando Luis Miguel Corral García "El Piojo Blanco" (Carmona 2012)

Con la publicación de la Ley de Amnistía del 28 de septiembre de 1978, y su posterior ampliación para incluir también a quienes habían cometido delitos de sangre, varios combatientes de la organización se acogen a ella. Aunque todavía realiza acciones militares, entre 1978 y 1979 la Liga adopta una línea de trabajo preferentemente política cuya principal actividad es la propaganda en zonas industriales y organizaciones sindicales, y la edición del periódico *Madera*. Sin embargo, el decreto de amnistía no marca el fin de la represión, en muchos casos sirve para hacer blanco sobre antiguos combatientes.

> El 24 de enero de 1981, cerca de Ciudad Universitaria, la Brigada Blanca acribillará a Miguel Ángel Barraza García, el "Piojo Negro", jefe del comité de redacción del periódico Madera y último dirigente de la organización. Al año siguiente, el gobierno dará a la Liga por derrotada… (Carmona 2012)

Algunas precisiones conceptuales

△

Elegimos iniciar el estudio del imaginario literario de la guerrilla en novelas, y no en cuentos u otras narraciones breves, por la ductilidad del género y acaso por su naturaleza abierta a la heterogeneidad discursiva[1] y por esa vía a la complejidad. En el ensayo clásico de Mijaíl Bajtín, "Relato épico y novela" (Bakhtine 1978), él la consideró como el único género que se constituye simultáneamente a nuestras vidas, sin una forma canónica definitiva, asimilando otros géneros verbales y discursos a su lógica, inclusive parodiándolos; no se expresa en una sola lengua, no se sujeta a la precisión temporal ni a la progresión cronológica; su máximo contacto con el mundo presente conduce a que lo narrado por la novela pueda quedar inacabado, en proceso, en la incertidumbre. Para Bajtín el novelista intenta conformar a través de su poética, una imagen del mundo en la que se conjugan sus conciencias literaria, ideológica e histórica, de modo que pueda producir en los lectores la ilusión de contemporaneidad, cercanía, identificación con los personajes hasta el grado de que el texto transgreda sus límites literarios y termine en un ensayo, un tratado filosófico o una diatriba política, o degenere en confesiones íntimas.

Las reflexiones de Bajtín nos ayudan a sustentar la tesis de que ciertas novelas coinciden con las disciplinas sociales e históricas en el propósito de organizar textualmente la experiencia social. La maleabilidad del género puede hacer que las novelas concurran o se adelanten a incorporar —imaginativamente y sin las coerciones de las disciplinas sociales— la memoria preservada en la oralidad. La narrativa literaria respecto de la guerrilla abarca también cuentos o relatos breves de carácter testimonial, pero optamos por las novelas en virtud de su capacidad

[1] En el apartado "La novela de la guerrilla en la crítica y la historia literarias", expondremos brevemente la categoría de "heterodiscurso", propuesta por Ignacio Corona.

de condensar tantísimos signos que forman el imaginario social del guerrillero, habida cuenta del periodo (40 años) que decidimos abarcar; la diversidad de agrupaciones guerrilleras y los matices de las posturas de las izquierdas mexicanas ante la lucha armada. Aunque las novelas no se refieran a todos los 43 o 44 grupos guerrilleros registrados en México, ni agoten las historias respectivas, ni mucho menos sustituyan a la historia y las ciencias sociales o a los testimonios estrictos, a través de sus ficciones recrean las contradicciones internas, las subjetividades políticas, las posturas ideológicas que se intersectan, convergen, se desencuentran en una experiencia social siempre traumática. La ficción propicia que estos elementos se amalgamen en mundos posibles y en imaginarios de la guerrilla diferenciados entre sí, no obstante que las catorce novelas examinadas en el primer volumen de nuestro libro, comparten el tema de que la experiencia de la guerrilla o la aspiración a participar en aquella dan sentido a la vida.

§

Comúnmente se asocia la narrativa política al realismo, estética satanizada por algunos críticos literarios, pero que en México el pensador y narrador José Revueltas se encargó de enriquecer a principios de los años sesenta del siglo XX, a la luz del materialismo dialéctico que por aquel entonces, él defendía. El meollo de su teorización es que realismo no equivale a reflejo "espontáneo, sin dirección" ya que así se "desvía hacia el reportaje *terriblista, documental"*. De ahí su propuesta: "La realidad necesariamente debe ser ordenada, discriminada, armonizada dentro de una composición sometida a determinados requisitos". Estos —para el Revueltas de aquellos años— no eran subjetivos sino externos al escritor, dictados por el movimiento "*interno* propio" de la realidad", por el devenir de esta "sujeto a leyes en que los elementos contrarios se interpenetran y la acumulación cuantitativa se transforma cualitativamente". Esta argumentación le sirvió para sustentar su tesis de que lo real empírico ("una realidad", según las propias palabras de Revueltas) podía alcanzar tales niveles de exceso y superabundancia de fealdad y de terror que él dudaba de que "esa realidad pudiese ser transformada en una ficción literaria" (Revueltas 1982: 18-19, itálicas del original).

Lo que inferimos en esta apretada glosa de la celebérrima crónica-ensayo[2] de Revueltas es que la ficción no era una categoría central para él; sin embargo, admitimos que sus reflexiones en torno a la selectividad de lo real *vs.* el reflejo de este en la literatura, son vigentes para el tipo de novelas que estudiamos en este libro, no así su defensa de las leyes de la dialéctica. Otra razón para mencionarlo en este apartado conceptual es la importancia indiscutible de Revueltas para la narrativa mexicana de izquierdas: fue el paradigma estético-literario por antonomasia para algunos de los ocho narradores cuyas novelas abordaremos. Aunque en su calidad de militante, ideólogo o izquierdista independiente, aquel no apoyara la lucha armada, es justo incluir al menos algo de sus ideas estéticas.

§

En cuanto al concepto de ficción, apreciamos las reflexiones de Jacques Rancière (2000: 54-58, 60-61)[3] y las entendemos como argumentos en favor del valor cognitivo de la literatura. Él plantea que existe una relación indiscutible "entre la racionalidad ficcional y los modos de explicación de la realidad histórica y social"; relación cuyas fronteras se desdibujan a partir de la "revolución estética" abierta por la "era romántica", cuando se define "la nueva ficcionalidad [como] la nueva manera de contar historias que es primero, una manera de asignar sentido al universo 'empírico' de acciones oscuras y de objetos cualesquiera". De ello se deriva que "la soberanía estética" de la literatura "es un régimen de indistinción tendencial entre la razón de las disposiciones descriptivas y narrativas de la ficción y la razón de la descripción y de la interpretación de los fenómenos del mundo histórico y social". En

[2] Se trata de un texto transgenérico o híbrido porque previamente a la teorización, Revueltas había relatado su visita a un leprosorio, describiendo detalladamente a los enfermos y los pasajes escenificados por ellos. La crónica es una muestra extraordinaria, excepcional de su talento narrativo y de su agudeza para tematizar lo escatológico. El hecho de que la crónica sea previa a las conclusiones teóricas concuerda además, con las "leyes de la dialéctica" que por mucho tiempo prevalecieron entre los marxistas hasta que no desecharan la "dialéctica de la naturaleza". Otros ensayos sobre estética y narraciones revueltianos posteriores a 1961 no reafirman las ideas glosadas. Existen abundante crítica literaria y estudios sobre el pensamiento de Revueltas, por lo que nuestro libro no insistirá al respecto.

[3] Traducción de Patricia Cabrera López.

este punto, la reflexión de Rancière de deslinda de la diferencia establecida por Aristóteles, quien elogiaba la superioridad de la poesía sobre la historia porque la primera "da una lógica causal a la disposición de acontecimientos de la historia, condenada esta a presentarlos según su desorden empírico". Para el pensador francés no importa esa distinción ni la lógica causal porque "la revolución estética trastorna las cosas: *el testimonio y la ficción dependen de un mismo régimen de sentido*", "La 'historia' poética ahora articula el realismo —que nos muestra los rastros poéticos inscritos— con, inclusive, la realidad y el artificialismo que arman máquinas de comprensión complejas". La revolución estética a la que se refiere Rancière abarca los relatos literarios y los cinematográficos. Ambos son capaces de articular la realidad con el artificio, combinar rastros históricos heterogéneos (de diferentes discursos, diríamos nosotras) y producir modelos de conexión entre la presentación de hechos y las formas de inteligibilidad. De este modo se desdibuja "la frontera entre razón de los hechos y razón de la ficción, y […] por esos modos de conexión los modelos han sido retomados por los historiadores y por los analistas de la realidad social". El corolario del razonamiento de Rancière es una propuesta toral: "Lo real debe ser ficcionalizado para ser pensado".

Por otra parte, considerando la ficción como una categoría para el análisis literario, Pierre Macherey (1971: 184) afirma que la primera es producto de los mecanismos organizativos y lingüísticos condensados en la novela; por eso el *efecto de realismo* —producido por ciertos relatos o novelas realistas— es un *efecto de ficción* que nos lleva a experimentar la ilusión de veracidad.

Los escritores latinoamericanos de la segunda mitad del siglo XX también propugnan un concepto de ficción que expurgue de su significado la falsedad. Por ejemplo, Juan José Saer (1999: 10-12) rechaza la oposición entre verdad y ficción, porque al optar por la segunda, los escritores no tienen el propósito de tergiversar la verdad; antes bien la ficción permite evidenciar el carácter complejo de la situación real que no aparecería, si en la literatura los acontecimientos se redujeran a lo verificable. Tomas Eloy Martínez (2006: 396, 399-401, 403) propone la categoría de "ficciones verdaderas", en las cuales la "apropiación de la realidad" es interdependiente con el imaginario de la comunidad dentro de la cual el texto se produce; en consecuencia la ficción es creíble para los lectores, al modo de una complicidad entre el imaginario social (los rumores) y la literatura. Las ficciones son verdaderas porque

tienen su origen en hechos definitorios de una época; no copian el suceso original, sino traducen la atmosfera de la época que es común a los lectores; llenan un vacío, lo que se había omitido de la escritura; "plantan la bandera de la imaginación en territorios donde la historia no había entrado porque carecían de documentos". Por su parte Ricardo Piglia (1989) argumenta que las ficciones literarias tienen su origen en un trabajo social de construcción de relatos y ficciones que circulan día con día en la sociedad; dentro de estas Piglia incluye el discurso del estado que fabrica "ficciones políticas"; la literatura las reproduce, las interioriza y las transforma.

Carlos Montemayor (1996: 8) fue muy escueto al caracterizar la ficción; la definió como "construcción verbal de la realidad" y como "la versión literaria de la realidad".[4] Lo importante es que el escritor mostró cuidado en precisar la índole simbólica de la realidad en el texto literario, y en relativizar la validez del punto de vista de la literatura sobre lo real empírico.

En la crítica literaria vale la pena rescatar las reflexiones de la estudiosa Elvire Gomez-Vidal (2004: 188-192), quien defiende la verosimilitud convincente de la narrativa política, aunque muchos episodios novelescos no sean absolutamente testimonios puesto que no respetan la exactitud de los acontecimientos. La verosimilitud es resultado de la libertad del escritor para atribuir o no interioridad a los personajes, darles o no la palabra, jugar con el tiempo, etc. La magnitud de la alteración de los acontecimientos en la ficción nos ayuda a observar el alcance ideológico y entrever las fuerzas geopolíticas que se expresan en los conflictos; de modo que con todo y ser ficticia, la literatura "ha colmado vacíos, lagunas bochornosas, rectificado yerros, revelado mentiras".

§

En torno a una concepción contemporánea de retórica, nos apoyamos en las tesis de Ignacio Corona (2001: 16, 24-27), quien al estudiar la narrativa política referida a acontecimientos posteriores a 1968 afirma que en esta se utilizan "dispositivos retóricos narrativos" que son los

[4] Pronunció esta frase como parte de su comentario en el programa "Noticiero con Joaquín López Dóriga" del canal 2 de televisión, de la ciudad de México, presumiblemente (no tuvimos el cuidado de apuntar la fecha) en la segunda mitad de 2008.

personajes y las escenas, de modo que la función persuasiva propia de la retórica es ejercida por "la representación política". Otra estrategia retórica es la "selectividad léxica" que permite ubicar al sujeto de la enunciación en un contexto pragmático específico; se basa en componentes semánticos que pueden variar de acuerdo con la codificación cultural que los enmarque, lo que podemos entender en términos de que *los cambios contextuales inciden en los códigos culturales*, de tal modo que estos pueden transformarse hasta el grado de la parodia. Corona concluye que en la narración, la retórica es "vehículo pragmático y epistemológico" porque en "aquellos textos que despliegan una representación explícita de la 'esfera política' hay siempre una tensión entre su dimensión pragmática", es decir, la intención y la acción comunicativa, "las estrategias retóricas […] y el marco epistemológico empleado".

Aunque Corona no especifique ningún código cultural en particular, sus aseveraciones nos iluminan para asegurar que en las novelas sobre la guerrilla mexicana, el código predominante es el izquierdista (inclusive escogimos solo narraciones con este punto de vista); sin embargo, la *afinidad ideológico-política del código no entraña retóricas semejantes porque las diferencias generacionales son más decisivas* para seleccionar "dispositivos narrativos" y léxico. En los dos grupos en que están repartidas las novelas que examinaremos son manifiestos diferentes estilos (Cabrera López 2010: 95-96).

§

Los diferentes matices ideológico-políticos de izquierda (acaso sería más pertinente llamar 'formación ideológica' al izquierdismo en el siglo XXI) repercuten en las diferentes retóricas de las novelas examinadas, lo que nos obliga a aclarar el concepto de ideología. Al respecto, nos sumamos a las caracterizaciones de Teun van Dijk (2003: 50-57), quien asienta que se trata de un discurso cuya función social principal es la de distinguirnos dentro del conglomerado social, de otros que tienen una ideología contraria, mediante argumentaciones para establecer la autoidentidad, la autoimagen, las acciones y objetivos típicos, las normas y valores, y los métodos para alcanzarlos; la posición frente a grupos contrarios y los recursos pertenecientes al propio grupo, sus sistemas de creencias y evaluativos. Así que una formación ideológica sistematizaría *representaciones mentales compartidas grupalmente*. En la formación ideológica izquierdista

hay principios en los que no todos coinciden, por ejemplo, la lucha armada como vía revolucionaria para transformar el sistema imperante. Sin embargo, la coincidencia sí ocurre en torno a la necesidad de aquella transformación, dada la evidencia de los problemas sociales, culturales, políticos y económicos provocados por las desigualdades y contrastes socio-económicos, las injusticias en materia de salarios, seguridad social y derechos humanos conculcados, la corrupción, el abuso del poder, el autoritarismo, el lucrar con las necesidades y la pobreza de grandes sectores de la población mexicana, el racismo, etc.

En el análisis literario, discernir la ideología entraña el riesgo del reduccionismo, sea porque solo examinemos el texto para ese propósito, sea porque solo nos percatemos de una posición única, soslayando acaso el conflicto de varias ideologías dentro de un solo texto. Macherey (1971: 220-225) advierte que aun cuando observemos que el proyecto del escritor es representar a esa determinada ideología en su texto novelesco, al no poder sustraerse a los imperativos de los modelos literarios, él tiene que limitar esa representación ideológica y expresarla narrativamente a través de la ficción; en tal proceso puede *perderse la congruencia absoluta entre su claridad ideológica y el resultado literario completo*.

La autonomía novelesca proclama su completud, genera la ilusión de unidad coherente interna; ilusión derivada de que el escritor ha tenido que depurar, seleccionar contenidos y lenguajes, disponer el orden de elementos procedentes del desorden real. Al hacerlo aflora también el conflicto ideológico porque en el proceso de figuración que es el acto de invención del escritor, él tiene que ubicarse en una posición relativamente precisa dentro del inmenso debate entre imperativos ideológicos y texto literario (Macherey 1971: 180, 223-225). La tensión entre estos dos extremos nos lleva a indagar tanto cuestiones de la formación ideológica izquierdista como las tendencias novelescas de moda o dominantes, en coordenadas históricas y sociales bien definidas; asimismo las coyunturas políticas y culturales del momento en que es concebida la novela, el capital cultural de su autor y su posicionamiento dentro del campo literario nacional.

§

Aunque el izquierdismo como formación ideológica se ha venido transformando desde el siglo XIX hasta el presente, su código mantiene

algunos elementos lexicales y cognitivos básicos. A partir de los años noventa del siglo XX, de ese código desapareció la Guerra Fría, por ejemplo; sin embargo, como los grupos guerrilleros referidos directa o indirectamente en las novelas del *corpus* de nuestra investigación sí corresponden a los años de esa *guerra*, hallamos en los textos una gran cantidad de *ideologemas,* tal como conceptualizó Fredric Jameson (1982: 87-88) a las unidades mínimas inteligibles de los *discursos colectivos, esencialmente antagónicos, de las clases sociales*. Estructuralmente los ideologemas *no tienen una forma estable*, pueden manifestarse al modo de opiniones, ideas abstractas o prejuicios derivados de una ideología dada; también al modo de protonarraciones o fantasías sobre clases sociales diferentes de la clase del sujeto que los emite. Puntualizamos el concepto porque lo emplearemos con la misma frecuencia de la aparición de consignas, tópicos, frases hechas, 'preconstruidos', etc. en las novelas que examinaremos.

Finalmente, advertimos que para los análisis parciales y sucintos de las novelas nos apoyamos en unas cuantas categorías principalmente de la narratología, como mundo posible, historia narrada, discurso novelesco, perspectivas, focalizaciones, narrador o instancia narradora, psiconarración, personaje o actor narrativo, tematización, *tempo,* instructivo de lectura, metaficción, intertextualidad, etc.; o del estructuralismo, como eje actancial, función…

La novela de la guerrilla en la crítica y la historia literarias

△

Por ser la narrativa sobre las guerrillas modernas de México una producción que surge a partir de los años setenta del siglo XX, y porque la mayoría de sus autores no alcanza el rango de cánones, su mención en los estudios históricos de la literatura mexicana elaborados desde los últimos quince años de este siglo, se reduce a dos o tres nombres de escritores. No existe un registro temático profundo[1] como el que nosotras estamos presentando y que es nuestro fundamento principal para asegurar que en México existe una *novelística* sobre la guerrilla moderna del siglo XX.

Hay abundante crítica literaria en México y otros países sobre ciertos títulos que aparecen en nuestro *corpus* de investigación; por ejemplo, *¿Por qué no dijiste todo?, La guerra de Galio* y *Guerra en El Paraíso* fueron objeto de reseñas y de estudios profundos. Pero lo que no abunda es el abordaje general de esta novelística.

En su defensa del testimonio, John Beverley (1991: 145-146, 158, 164) explica que aquella exclusión u omisión se debe a que seguimos "mirando la literatura como si fuera el discurso crucialmente formador de la identidad y posibilidad latinoamericanas". Esta idea fue muy difundida a raíz del fenómeno del Boom en concomitancia con "la efervescencia política y cultural generada por la revolución cubana en los 60", cuando la idealización de la literatura llevó a concebirla como "instrumento de liberación nacional". Por eso no atendemos otras formas literarias "al margen" del canon. La docencia misma impide la apertura a estas porque enseñamos a reproducir la concepción de la literatura reificada; la consideramos expresión privilegiada y eludimos las con-

[1] Posiblemente existan listas insertas en *reseñas* literarias de tipo periodístico; un ejemplo es la de José Luis Martínez Canizález (2009). Sin embargo, él hace depender las novelas de los grupos guerrilleros a los que estas se refieren y prácticamente no observa aspectos de configuración literaria.

diciones históricas de su producción y que el canon ha sido cómplice de la formación de estamentos sociales, coloniales y neocoloniales en Latinoamérica. El corolario de los severos cuestionamientos de Beverley es "problematizar la literatura en el mismo acto de enseñarla dentro de su estamento". Aunque no reducimos toda la producción literaria al canon ni compartimos la generalización de Beverley, sí suscribimos su propuesta de problematizar lo que enseñamos como "literatura".

No es difícil, sin embargo, hallar en los estudios críticos e históricos de la literatura la reificación desaprobada por Beverley, tal como lo veremos más adelante.

En la historia literaria mexicana la novela sobre la guerrilla se estudia como parte de la narrativa política surgida tras el movimiento estudiantil de 1968. Gracias a que este sucedió en la capital de México, se le reconoce como el momento climático del descontento acumulado en la era del "desarrollismo";[2] como el estallido social encabezado por las nuevas generaciones letradas contra el autoritarismo del régimen del PRI. Por lo tanto la narrativa sobre la guerrilla no goza de un enfoque exclusivo —salvo de unos cuantos críticos— sino que se la asimila a la llamada "saga del 68".

En esta tendencia se inscribe la sociología de la literatura; por ejemplo, Sara Sefchovich (1987: 204-230) denomina a la etapa que comienza desde mediados de los años sesenta y pervive hasta la escritura de su libro *México: país de ideas, país de novelas,* como "La hora de la pesadumbre". Por supuesto, la estudiosa observa que la producción literaria de esta etapa no es uniforme. De ahí que a la par con una prestigiada producción de vanguardia, de rechazo al "compromiso político o social", que busca "obsesivamente lo individual" en un mundo de masas y corrupto, hace eclosión otra novelística alternativa al virtuosismo escritural y la autorreferencialidad, que sí revive la "tradición crítica, política y totalizadora de la novela mexicana". Los autores del segundo grupo reciben la etiqueta de "generación del 68". Varias de las novelas que ella examina, nosotras las denominamos provisionalmente como "narraciones de izquierdas".[3] De modo generalizante Sefchovich las caracteriza como el regreso a la preocupación social y a la búsqueda de la totalidad, por lo que se ocupan también de la guerrilla y las organi-

[2] Véase la nota 3 del capítulo "El movimiento armado mexicano en la segunda mitad del siglo XX: contexto y narrativa".

[3] Véase la plataforma <www.literaturaypolitica.info>.

zaciones de lucha política. Esta se incorpora en la narrativa a partir de la capacidad observadora de las novelas, de modo que para los años ochenta Sefchovich registra que ya abunda una novelística atenta a la realidad, decepcionada de las instituciones y extremadamente politizada. *¿Por qué no dijiste todo?* es el único título de los que nosotras examinamos, mencionado por Sefchovich.

En el controvertido libro *La literatura mexicana del siglo XX* de José Luis Martínez y Christopher Domínguez Michael (1995: 224-225), la aparición de novelas sobre la guerrilla forma parte de la "saga del 68", la cual —según ellos— madura para llegar a nutrirse de la guerra "semiclandestina" entre las "guerrillas urbanas" y "las fuerzas de seguridad del Estado". Afirman que esta guerra se prolongó hasta 1978 y mezclan en una sola tendencia —izquierdista, aunque aquellos lo reconozcan sesgadamente— novelas de Salvador Castañeda, Carlos Montemayor y Héctor Aguilar Camín que sí se refieren a la guerrilla, con otras narraciones políticas de autores como Gerardo de la Torre, Agustín Ramos y Paco Ignacio Taibo II. Los juicios de Martínez y Domínguez Michael son muy generales; ellos interpretan el sentido de las novelas que enumeran como derrota política, decepción de la utopía, defensa de esta como construcción cotidiana, reflexión generacional, y sobre Montemayor se limitan a informar que su obra *La guerra del paraíso* (*sic*) se refiere a la guerrilla rural que actuó en el sureste (*sic*) del país. Semejantes errores desorientan a los lectores.

Luis Mario Schneider (1997: 93-94) también reconoció el movimiento estudiantil de 1968 como parteaguas, por lo que en una de sus últimas publicaciones, asegura que a finales del siglo XX las grandes tendencias temáticas de la novela mexicana son el petróleo, la homosexualidad y la política. Él organiza la narrativa política alrededor de los hitos históricos. El primero es la revolución mexicana y el segundo, el 68, en cuya novelística predomina una estructura más bien de crónica, de reportaje, de testimonio pero "escasamente creativa en la ficción". En cambio después de 1980 —según este crítico— la característica de las *novelas* políticas es su distanciamiento de los hitos históricos anteriores, construyen universos autónomos independientemente de lo histórico oficial o de la biografía, pueden estar localizadas en México o en provincia, y desde el punto de vista imaginativo muchas veces son metafóricas o simbólicas; lo que enfatizan más es el avasallamiento por parte del sistema dominante sobre los individuos y la sociedad; son obras estéticas de narradores profesionales, que tienen una estructura

literaria cuidadosa, un reflexionado estilo, experimentan con modalidades narrativas.

Paulatinamente la novelística sobre la guerrilla fue adquiriendo reconocimiento de su existencia. El *Diccionario de literatura mexicana. Siglo xx* (2000: 243-244) incluye la entrada "Narrativa de la guerrilla" explicando que a causa de que desde el sexenio de Gustavo Díaz Ordaz (1964-1970) surgieron grupos guerrilleros en México y aumentaron en el sexenio siguiente, emergió desde los años setenta "una serie de novelas" al respecto, paralela a la "literatura del 68" y también ligada a las clasificaciones "novela política", "narrativa de la revolución", "narrativa de la posrevolución", "narrativa cristera" y "literatura de contenido social". El tema adquiere dimensiones "épicas y literarias". Entre los autores mencionados en el diccionario figura la mayoría de los que consideramos nosotras; pero también aquellos cuyas novelas no están enunciadas desde la perspectiva de izquierda, o que no tematizan narrativa y descriptivamente la guerrilla o a los guerrilleros, sino la aluden sesgadamente. De cualquier modo resulta notable que ya figure la novela sobre la guerrilla con su especificidad dentro de la literatura mexicana.

Por su parte, la tesis *Naciones intelectuales: la modernidad literaria mexicana de la Constitución a la frontera (1917-2000)* de Ignacio Sánchez Prado, propone el concepto de "nación intelectual" para referirse principalmente a las producciones literarias "que imaginan, dentro del marco de la cultura nacional hegemónica, proyectos alternativos de nación", los cuales emergen en momentos "de transformación particular de la práctica literaria en México" y en relación con el nacionalismo del estado y los cambios literarios e intelectuales (Sánchez Prado 2006: 1 y ss.). Esas naciones intelectuales se fundan en obras canónicas (las de José Revueltas, Fernando del Paso, Carlos Monsiváis y José Agustín). La actitud política y literaria del primero marca el fin del marxismo en México, mientras el segundo junto con la obra de José Agustín, detona "la dispersión estética del campo literario finisecular". Esta ocurre desde los años setenta y se manifiesta en "la integración al discurso literario de elementos marginalizados por el discurso hegemónico", concomitante con la fragmentación de las identidades nacionales, la emergencia de subjetividades políticas o la revisión crítica de la historia nacional. Por tanto las "naciones intelectuales" a partir de los años ochenta "son espacios de identidad más reducidos, que no aspiran a la inclusión de todos los sectores de una sociedad, sino a la articulación específica de

un sector o una geografía a un espacio utópico" (Sánchez Prado 2006: 1, 323, 324). Este autor se lamenta de que la "dispersión multitudinaria" de la literatura mexicana no coadyuve a que en el siglo XXI —así lo inferimos— esta pueda seguir siendo "el espacio de pensamiento alterno que ayudó a encaminar al país a la transición política"; de ahí que si la literatura mexicana no se reinventara, acaso no sería relevante para las "esferas públicas". Las aseveraciones del estudioso Sánchez Prado son halagadoras y grandilocuentes, pero adjudicarle a la literatura mexicana el encaminamiento a la transición política, desvinculándola del resto de acciones colectivas que después de 1968 han incidido simultánea y abundantemente en todos los campos sociales, es decir, el político, el cultural, el literario, etc. evidencia la idealización de los efectos literarios criticada por Beverley. Además, resultan ambiguos los términos "relevancia" y "esferas públicas".

Es excluyente que Sánchez Prado solo etiquete como espacios de "pensamiento alterno" a obras canónicas. La narrativa literaria sobre la guerrilla pertenece mayoritariamente a escritores omitidos en los compendios canonizantes, mas no por ello deja de ser espacio del pensamiento crítico con objetivos políticos.

Los ejemplos de crítica e historia literarias que expusimos solamente coinciden en reconocer al 68 como el hito que prohíja el advenimiento de transformaciones literarias en México y la multiplicación de escritores y de otros agentes del campo literario en las décadas siguientes. Ante la multiplicación de tendencias literarias, algunos de los críticos mencionados proponen taxonomías o etiquetas, pero ninguna de estas ha llegado a ser paradigma teórico. Probablemente el crecimiento numérico de las producciones literarias en México es causa de omisiones y de que carezcamos de argumentos y otros instrumentos cognitivos para estudiarlas en el ámbito académico. Casi podríamos asegurar que la variedad de propuestas literarias parece haber rebasado a la crítica local. Por eso la razón más importante de la omisión se halla tanto en la reificación de la literatura por el mundo académico, como en la insuficiencia epistemológica de las disciplinas que se ocupan de esa.

En medio de esas insuficiencias resulta esclarecedora y motivante la posición teórica de Ignacio Corona (2005), quien propone la categoría de "heterodiscursos" para entender las transformaciones de la narrativa mexicana a partir de la segunda mitad del siglo XX. La categoría se deriva de la noción de heterogeneidad (tal como la concibió Antonio

Cornejo Polar)[4] y se refiere a que el producto literario amalgama a veces conflictivamente, diferentes discursos; puede ser translingüístico y transtextual y por ello tiene potencialidad de diferentes contextualizaciones: "…desestabiliza significados y rechaza cánones estéticos, así como formas narrativas tradicionales"; sus modos de textualizar son diversos, por lo que la producción literaria llega a abarcar testimonios, crónicas socio-políticas, narraciones breves también políticas o la novela histórica; se apropia con fines literarios del periodismo y de la historiografía, problematizando las dicotomías de la tradición literaria; cuestiona los mecanismos del consenso político con fundamento en la crisis de legitimidad del régimen. Y todo esto sin renunciar al carácter ficcional propio de la literatura. Comparte con los discursos políticos y periodísticos la finalidad de interpretar la realidad y comunicar dicha interpretación. Según Corona, la discursividad heterogénea es la prueba de la pluralidad cultural en la sociedad mexicana, que desafía la formación discursiva dominante y amenaza "las viejas estructuras de nuestra tradición literaria".

§

Fuera del caso mexicano sí existen estudios concentrados en un objeto (categoría teórica, país, acontecimiento histórico específico o región) de la narrativa sobre la *guerrilla*, toda vez que este fenómeno sociohistórico por haber alcanzado niveles altos de confrontación y de incidencia en las condiciones sociopolíticas de varios países latinoamericanos, ingresó en la poesía, la narrativa, el drama, el ensayo, el cine, etc. por lo cual no merece la exclusión de la historia literaria y cultural.

Por ejemplo, ya es clásico el libro de John Beverley y Marc Zimmerman (1990), *Literature and Politics in the Central American Revolutions*, que registra prácticamente toda la producción literaria de Guatemala, El Salvador y Nicaragua durante el largo periodo del siglo XX en que diferentes sectores de las clases sociales —incluyendo a intelectuales y artistas— lucharon por la vía armada y con la literatura, contra las dictaduras militares y las oligarquías regionales, para alcanzar el so-

[4] Pierre Bourdieu explotó, asimismo, la significación genérica de la palabra, cuando hizo de la heterogeneidad una característica sustantiva del campo literario, gracias a la cual este *no* se reduce a la nomenclatura canónica ni a una sola posición; también abarca las posiciones subalternas.

cialismo y combatir las condiciones de depauperación acentuadas por decenios de políticas sometidas a los designios de Estados Unidos y de la mundialización capitalista. Obviamente, la Revolución cubana había contribuido a la multiplicación de tales manifestaciones, y la política cultural del gobierno del Frente Sandinista de Liberación en Nicaragua estimuló la reflexión en torno al papel de la literatura en la transformación revolucionaria. Este contexto histórico es el marco de aquel libro.

Como ejemplo de abordaje académico de la literatura política, nos interesa subrayar que las fuentes conceptuales e históricas de Beverley y Zimmerman se hallan en el pensamiento marxista de la segunda mitad del siglo XX, especialmente en las categorías básicas de Louis Althusser (ideología) y de Antonio Gramsci (hegemonía, intelectuales orgánicos), así como en la teoría dependentista para explicar las condiciones históricas, sociales y políticas determinantes de las desigualdades, el autoritarismo, la corrupción, la miseria de la mayoría de los habitantes de Centroamérica. Sobre tales bases, los autores mencionados entrecruzan las ponderaciones teóricas con la historia de la actuación política de la intelectualidad regional y los efectos del Boom de la literatura latinoamericana en la producción narrativa en Centroamérica. Beverley y Zimmerman (1990: 24-25) plantean que en las diferentes etapas de los procesos insurreccionales, la literatura se volvió el medio de producción cultural-ideológica más susceptible de ser la voz de sectores medios, marginales o desplazados por las clases dominantes; si bien la literatura misma se insertara contradictoriamente entre el consumo de la cultura metropolitana (especialmente de Miami) y el analfabetismo (o las lenguas indígenas) de la población trabajadora explotada. De ahí que la tarea de construir la cultura nacional haya sido asumida por la izquierda y los sectores populares, en la medida de su sensibilidad a las circunstancias locales y su compromiso con la denuncia.

Otra lección importante que nos ha legado el multicitado estudio de Beverley y Zimmerman es el abordaje *interdisciplinario*, por cuanto ellos no deslindan la historia intelectual de Guatemala, El Salvador y Nicaragua de los hitos históricos en la organización de la disidencia ni de ciertas circunstancias económicas que van generando problemas socio-políticos que a su vez, detonan o aumentan el descontento social. Por eso no se centran en los géneros literarios tradicionales, sino parten del testimonio como categoría central, y de esta desprenden las variantes de narrativa testimonial y prototestimonial. Son tantas las obras narrativas —aparte de la poesía, también abordada— registradas por

Beverley y Zimmerman, que en su libro apenas alcanzan a resumir las temáticas principales, las cuales en su conjunto, van armando el mural imaginario de la crítica social, las manifestaciones de descontento y la represión consecuente en cada uno de los países enumerados. Aunque en la perspectiva del siglo XXI la experiencia centroamericana se considere agotada y/o decepcionante (lo que podría medirse cuantificando las abjuraciones, las emigraciones, las negociaciones de exrebeldes con el poder político, las *maras*…), *Literature and Politics in the Central American Revolutions* marcó un hito en el abordaje interdisciplinario de la literatura y la política.

§

Otro hito lo constituye Lancelot Cowie, el primer académico en realizar una compilación bibliográfica sistemática y amplia de la guerrilla en la literatura latinoamericana; no se circunscribe a la narrativa literaria sino abarca también ensayo y poesía. En los años noventa del siglo XX, Cowie publicó la valoración general de esta narrativa estableciendo que su característica principal es que la historia y la ficción marchen por senderos comunes. Puesto que algunos de los autores de tal narrativa fueron ellos mismos guerrilleros, no es sorprendente que proyecten los sucesos desde sus diferentes puntos de vista, que sus posiciones oscilen entre un "mesianismo utópico" y un "derrotismo patético" y que a veces la muerte aparezca como una opción purificadora (Cowie 1996: 18). Él ubica esta narrativa en el género de ficción testimonial, emparentado con aquella idea de literatura comprometida que circuló en los años sesenta y setenta, particularmente impulsada desde Cuba; por lo tanto las narraciones reivindican a los oprimidos sin escatimar los valores estéticos de la prosa, condenan las lacras del sistema capitalista, las torturas y la falta de justicia social, aunque tampoco proponen soluciones factibles. En síntesis, la literatura sobre la guerrilla entraña una crítica profunda de la realidad social latinoamericana y subvierte la idea cómoda y tranquila del mundo latinoamericano.

Posteriormente Cowie dio continuidad a su acucioso trabajo de compilación bibliográfica en un libro de crítica literaria, *Fuegos de resistencia,* publicado en 2000; su *corpus* es la novelística sobre la guerrilla venezolana que operó en los años sesenta y setenta. Parte de la tesis de que la guerrilla venezolana fracasó rotundamente por sus propios

errores, no solo estratégicos sino básicos, de logística; es un hecho agotado que no tiene proyección; fue producto de un vanguardismo y un izquierdismo exacerbados. Los guerrilleros actuaron precipitadamente y no tomaron en cuenta las condiciones políticas propiciadas por el estado venezolano del momento, el cual no se limitó a la represión contra aquellos ya que simultáneamente instrumentó ciertas políticas sociales para minar el apoyo de la población a los guerrilleros. Por lo anterior el crítico concluye que las novelas incorporan el desencanto, la frustración y la derrota en concomitancia con la derrota del movimiento guerrillero en sí, y el balance hecho por sus actores.

Para sustentar su tesis Cowie es metódico tanto en su taxonomía de recursos literarios, como en la sistematización de datos históricos básicos de Venezuela y del izquierdismo en este país; inclusive rescata algunas corrientes intelectuales y culturales de los años sesenta en Venezuela, que son el contexto favorable a esta narrativa política. También se detiene en la caracterización de la ideología, la praxis, la disciplina y todas las discusiones políticas en el interior de la izquierda, cuando algunos de sus militantes optaron por la lucha armada. Clasifica las diferentes estrategias narrativas poniendo énfasis en las dimensiones social y psicológica de los personajes que coexisten en un grupo guerrillero, en las categorías estilísticas y en la perspectiva de enunciación de narradores y de personajes, para entresacar las posiciones ideológicas particulares.

Hay aspectos importantes de *Fuegos de resistencia* que merecen nuestra atención porque también llegamos a observarlos en las novelas de nuestro *corpus;* por ejemplo, la ideología izquierdista de los personajes no es pura ni clara; en realidad se basa en demandas sociales de justicia más que en el discurso izquierdista de los clásicos del marxismo. Cowie correlaciona esto con la circunstancia histórica de que la guerrilla en Venezuela surgió de las confrontaciones tanto internas del Partido Comunista de Venezuela, como de este con otros grupos izquierdistas. Asimismo el crítico valora que las novelas, gracias a la configuración ficticia de los personajes, favorezcan la denuncia de las torturas sufridas por los guerrilleros. En su balance general Cowie separa los escritores cuyas obras denotan lo que él llama "esmerada calidad estética" —entre los que figuran profesionales como Salvador Garmendia, Miguel Otero Silva, Adriano González de León, Luis Britto García—, de los que sucumben "a la prosa de prisa y al deseo de compartir lo vivencial con el lector", cuyos nombres no reitera (Cowie 2000: 176).

§

Otro texto imprescindible en la revisión de estudios que ambicionan entender más de una novela sobre la guerrilla en un país latinoamericano es *La guerrilla narrada* de Juan Duchesne Winter, quien aborda con diferencias conceptuales tres *corpus*: la prosa del Che Guevara, novelas de Guatemala y novelas de Argentina. Esta selección implica que solamente examine obra narrativa de *exguerrilleros*, nunca de simpatizantes o de sujetos cercanos a los primeros. Por eso nos han interesado exclusivamente sus análisis de novelas de Guatemala y de Argentina. En cada caso opta por hipótesis y conceptos diferentes, completados con la información histórica y cronológica de los grupos guerrilleros, y con el análisis de la formación ideológica favorable a la lucha armada en cada país.

Respecto de Guatemala, Duchesne Winter (2010: 128) opta por clasificar las novelas sobre la base de los juicios apologéticos o críticos de la guerrilla; así forma tres grupos: normativos, heteronormativos y mixtos. Los primeros enaltecen la experiencia guerrillera sin subrayar sus defectos o sus fracasos; el caso exactamente opuesto es el heteronormativo que destaca con recursos de ironía o satíricos, estos tropiezos y los errores; los textos mixtos combinan los dos aspectos, tanto las valoraciones positivas como las negativas.

En cambio para abordar varias novelas sobre la guerrilla argentina, Duchesne Winter (2010: 272) propone las categorías de acontecimiento, sujeto y acción; la primera se refiere a la militancia revolucionaria, el sujeto es el militante, alguien que haya vivido directamente la experiencia guerrillera, y la acción es la trama encadenada que constituye el relato. Plantea que las narraciones de la militancia guerrillera son enunciados constitutivos de un modelo matricial del sujeto revolucionario, el cual está constituido por individuos o colectividades; es una construcción ideal en la que confluyen formas y contenidos de la experiencia política. El acontecimiento revolucionario es político y su propósito es transformar una situación histórica, enfrentarse al *statu quo*. La experiencia política tiene sustento histórico, cultural y geográfico, y por eso siempre figura en todos los estudios acerca de la novelística sobre la guerrilla. En cuanto a la acción-narración, Duchesne Winter (2010: 285-286) asegura que en Argentina la novelística sobre las guerrillas ha seguido tres modelos de acción-narración provistos por igual número de eventos históricos: el Che Guevara, su ejemplo, su personalidad; la resistencia peronista y la teología de la liberación. El caso del Che Guevara en particular

articula el sujeto —que es el militante revolucionario— con la noción de *hombre nuevo* creada por él mismo, quien se propuso ilustrarla con su propia vida; al hacerlo se invistió de autoridad moral para exigir a los revolucionarios que fueran hombres nuevos.

Una diferencia importante que nota Duchesne entre las novelas sobre la guerrilla en Guatemala y las de Argentina, es que en el primer país se orientan a debatir si fue pertinente o no lo la lucha armada, y el resultado predominante es la conclusión negativa. En el caso de Argentina las novelas se orientan sobre todo a mantener la memoria; a no interpretar la derrota como fracaso; a no olvidar que la lucha armada todavía tiene proyección en el futuro. Sin embargo, hay algunos personajes típicos que sí son comunes en las novelas de ambos países, por ejemplo, el del "traidor".

Una idea común a Cowie y a Duchesne Winter es que la causa de su interés no se reduce al aspecto literario ni es independiente de la parte ideológico-afectiva de cada crítico. Los dos advierten que la lucha guerrillera de los años pasados si bien fue derrotada, no tiene por qué despreciarse:

> Las obras constituyen una proyección que refleja el corazón, el valor y el compromiso de una juventud que retaba el sistema político en aras de imponer una concepción de la justicia social.
> Aquel desahogo violento obedecía a la necesidad urgente de denunciar las asimetrías del orden imperante o la marcada desigualdad económica. (Cowie 2000: 176).

Por su parte Duchesne Winter (2010: 9) aclara que emprende sus estudios sobre las novelas de la guerrilla con espíritu de admiración, amor y respeto, evitando "atribuir la derrota de la lucha armada latinoamericana en el siglo XX a una especie de maleficio esencial o congénito de esta forma de lucha" y con el propósito de "repensar el tema sin los prejuicios del fracaso y la moralización". Informa que decidió escribir *La guerrilla narrada* al escuchar la conferencia de John Beverley en el congreso de 2007 de la Latino American Studies Asociation (LASA), ocasión en que ese propuso reexaminar la lucha armada trascendiendo la actitud de arrepentimiento, recuperar su herencia de una manera histórica y crítica, con respeto, sin idealizarla o repitiendo formulas anticuadas.[5]

[5] En la "Introducción" citamos el artículo "El balance de la lucha armada, cincuenta años después", basado en su intervención en aquel congreso de LASA.

§

Finalmente, un caso más reciente de sistematización de la prosa sobre la guerrilla en un país latinoamericano es el de Mark R. Cox (2004: 69, 71), quien ha comenzado por el registro cuantitativo y geo-cultural de la narrativa sobre Sendero Luminoso en Perú, que comenzó a actuar en los años ochenta. Las aseveraciones de Cox acerca del aislamiento de esa narrativa, que prevaleció en el siglo XX, son precisas; por ejemplo, él critica negativamente que las listas de escritores, realizadas desde Lima, no tomen en cuenta la producción de las provincias. Por eso en las publicaciones capitalinas no se mencionaba el tema de la violencia. Cox afirma que este abarcaba más de 200 cuentos y 46 novelas, y que fue difícil su publicación, por el peligro de las acusaciones de complicidad. En los años ochenta pocas casas editoriales aceptaban textos sobre la violencia política; solamente lo hacían editoriales pequeñas o ediciones de autor. Lluvia, entre 1986 y 1992 publicó diez títulos; otras fueron Mosca Azul, Colmillo Blanco, Arteidea. Tras la captura de Abimael Guzmán (el fundador de Sendero Luminoso) en 1992, se incorporaron al giro de publicar narrativa sobre la guerrilla, editoriales más grandes: Jaime Campodónico, Peisa y San Marcos.

También precisa Cox (2004: 73) que los escritores preocupados por la violencia política, nacieron entre 1942 y 1964; hasta inicios del siglo XXI eran 65% del total de narradores sobre el tema; provienen del centro y sur de Perú, y menos del norte. Esto se explica porque en las dos primeras zonas se sintió más la violencia y porque en el norte hay menos escritores dentro de la población total. De los 104 escritores registrados por Cox, 13 son mujeres. Empero, algunos narradores que publicaron entre 1990 y 1992, no han vuelto a ocuparse del tema.

§

Después de esta reseña sucinta del estado del conocimiento sobre dominios de estudio semejantes al nuestro, admitimos que son variados los derroteros y los potenciales objetos de conocimiento para estudiar la novelística sobre la guerrilla en cualquier lugar de Latinoamérica. Desde lo que logramos avanzar, aspiramos a contribuir a la historia literaria de México desde la interdisciplina, inspirándonos en las líneas

de pensamiento de los colegas que nos preceden y adhiriéndonos a su planteamiento de que la vocación por repensar la lucha armada latinoamericana de los años sesenta a ochenta del siglo pasado, se asuma con una visión crítica —no de elogio gratuito ni de apología simplista— y respetuosa.

Parte II

Invención idealizante

△

Agrupamos en esta sección las novelas cuyo referente histórico es impreciso, más bien recurren al imaginario social de la guerrilla y/o del guerrillero para configurar historias y personajes. Estrictamente no cumplen funciones testimoniales ni de rememoración pues se inspiran en saberes que circulan oralmente. La oralidad en todas las sociedades, incluye un acervo extraordinario de saberes; una constelación de rumores, relatos, leyendas, chismes, mitos y mistificaciones sobre todo lo que no alcanza a ser registrado por escrito debido a múltiples causas, sean o no institucionales. Los hechos protagonizados por la guerrilla en México no eran difundidos por toda la prensa nacional; cuando mucho por ciertos medios. Lo que sí mereció una amplísima difusión internacional fue la muerte del Che Guevara, en concomitancia con la propaganda en favor de la guerrilla como táctica de lucha por parte del gobierno cubano, especialmente a través de la revista *Casa de las Américas*.

Desde antes de su muerte, el revolucionario argentino ya era alguien carismático y definitivamente vinculado al imaginario del guerrillero. Sus obras sobre la guerrilla y sus postulados se potenciaron a partir de su separación del estado cubano para participar en procesos revolucionarios de otras partes del mundo, donde actuaba clandestinamente. En ese contexto, su mensaje a la "Tricontinental", en abril de 1967, se volvió el repertorio de consignas de la juventud izquierdista seguidora de la lucha armada y opuesta a la "coexistencia pacífica" predicada por la antigua Unión Soviética. Puesto que su empresa preveía la posibilidad de la muerte, pero también la pervivencia de otros que tomarían el fusil, para sus seguidores la muerte del "Che" en Bolivia, en octubre de 1967, no significó el fracaso sino el acicate para continuar su ejemplo hasta la victoria, tal como rezaba la consigna de aquel mismo.

Por eso el Che Guevara se volvió el *arquetipo* del guerrillero de la segunda mitad del siglo XX, imaginario que abarcó un repertorio

de actitudes vitales: aspiración a ser *hombres nuevos,* rechazo a las vías fáciles y conformistas, ética del sacrificio directo e indirecto, prioridad a los imperativos revolucionarios por encima de los individuales, entrega a la consolidación y desarrollo del foco revolucionario, influencia con el ejemplo en nuevos cuadros, etc. Su consigna de crear muchos Vietnam se entendió como la misión de emprender guerras contra los opresores aun a costa de la propia vida. En México el arquetipo se completó con las acciones más frecuentes de los guerrilleros a finales de los años sesenta y principios de los setenta: asaltos bancarios y secuestros de individuos de alto rango social a fin de hacerse de recursos económicos o lograr la liberación de guerrilleros presos.[1] En la prensa nacional estos hechos fueron objeto de una satanización orquestada desde el estado, aunque sí se los correlacionó con el imaginario de la guerrilla. En la misma medida la tortura hasta grados indecibles pasó a formar parte de ese imaginario en toda América Latina; así como la desavenencia de los guerrilleros con los partidos comunistas de los cuales se escindían.

Mencionamos todo lo anterior porque las cinco novelas de este apartado parecen haber resultado de la combinación del arquetipo del guerrillero con información de carácter oral, sumados a estereotipos de la militancia izquierdista, en momentos en que no existían datos precisos, que no fueran los de nombres, sobre composición social y acciones específicas de los diferentes grupos guerrilleros activos en el país. Solo se conocían mejor los grupos del estado de Guerrero, especialmente el que duró más: el Partido de los Pobres dirigido por Lucio Cabañas. De ahí que la guerrilla rural haya sido considerada el paradigma, el grupo al que los demás querían igualar, y que los escritores cubrieran con su imaginación las historias narradas que hicieran verosímiles a los arquetipos, los estereotipos y las acciones.

Las novelas de Juan Miguel de Mora

Juan Miguel de Mora es escritor, periodista y académico universitario especializado en literatura sánscrita; aparentemente comenzó a publicar libros desde los años cuarenta del siglo XX, aparte de abundantes colabo-

[1] Por supuesto que otros grupos guerrilleros de América Latina pueden haber realizado acciones semejantes.

raciones periodísticas. Es controvertido[2] porque da la impresión de ser francotirador —en el sentido de que aparenta actuar de manera independiente, sin respeto, apego o disciplina partidista alguna— que vierte sus opiniones sin considerar quizás la llamada 'corrección política'.

La lectura de sus libros publicados hasta mediados de los años setenta deja entrever que De Mora conoce los tópicos izquierdistas y sus ideologemas, y que el sustento ideológico de sus opiniones también es izquierdista. Hasta la época mencionada publicó varias novelas realistas que pueden ser leídas como alegorías del régimen político mexicano desde una perspectiva crítica. Sus libros periodísticos son del mismo tenor. Después publicó textos que atacan a diversos movimientos universitarios, excepto el de 1968. Por otra parte está registrado como brigadista internacional en la guerra civil española (Centro de Estudios y Documentación de las Brigadas Internacionales [CEDOBI] [2006]), lo que resulta lógico cuando se lee en diversos resúmenes biográficos que su madre era española.

• *La fórmula*

La fórmula, publicada en 1971, es una novela de trama, de *collages*, saturada de relatos particulares de cada uno de los personajes principales, con varios planos espacio-temporales, instancias narradoras y voces que expresan puntos de vista político-sociales opuestos. Estos resumen la confrontación del izquierdismo contra el *statu quo*, tanto en el plano factual como en el ideológico. La mayor parte de los relatos tiene su desenlace respectivo, pero el único que tomaremos en cuenta en este estudio es el de Alonso; los otros se conectan indirectamente con este personaje y refrendan el tema general de la novela, que es en sentido estricto, el combate desigual y permanente contra la explotación del hombre por el hombre y sus secuelas de injusticia, desigualdad, miseria, hambre y sufrimiento en todo el mundo, impuestos por el capitalismo,

[2] En 1972, demandó por difamación y calumnia al ya notable escritor y periodista cultural Fernando Benítez, quien, a su vez, lo contrademandó. De Mora había descrito a Benítez como "saltimbanqui" acomodaticio a los designios del presidente de la República, toda vez que el segundo apoyaba al titular del poder ejecutivo esgrimiendo la disyuntiva "Echeverría o el fascismo". Benítez respondió a De Mora llamándolo "enfermo sexual" y "oscuro aventurero" (citados por Rodríguez Ledesma 2001: 126-127).

la intervención de Estados Unidos en Latinoamérica, las dictaduras que promueven la tortura a los opositores políticos, el fascismo europeo, etc. En *La fórmula* Alonso aparece solamente a los 17 años y en su combate final, presumiblemente a los 49 años; la etapa en que no lucha se resume en un periodo de buena posición social, matrimonio convencional, nacimiento de su único hijo y divorcio. La novela se inicia y termina con la misma escena: Alonso resiste desde un cerro, el cerco del ejército de un país latinoamericano; de ahí que la arquitectura novelesca aparezca experimental: permite la intervención alternada —tendiente a la polifonía— de muchísimas voces a través de yuxtaponer fragmentos de los diversos relatos que ilustran el tema general.

La única edición de *La fórmula* es descuidada, no corresponde a las necesidades de tal arquitectura pues prácticamente carece de señales tipográficas orientadoras. Por si fuera poco, se yuxtaponen a lo largo del texto notas periodísticas que aportan el sustento objetivo de los sendos denuestos del narrador y del personaje central, Alonso. Si bien el tema de la guerrilla como experiencia o aspiración que da sentido a la vida está suficientemente expresado a través del personaje multicitado y de otras instancias narradoras, queda subsumido bajo la trama tan complicada y la importancia que en esta adquieren *mister* Power —antagonista de Alonso— y Draupadi, mujer compartida por ambos pero coadyuvante del segundo. El primero sintetiza los rasgos estereotipados del enemigo: es estadounidense, negociante, inversor y agente de la CIA.[3]

§

El primer combate en el que Alonso participa tiene lugar en la sierra de Pàndols, durante la guerra civil española en 1938.[4] El personaje tiene 17 años y pelea al lado de los republicanos. El lugar especial focalizado por el narrador externo es un cerro donde Alonso resiste la embestida de los militares falangistas y el bombardeo de su aviación. A partir de esta escena se inicia su retrospección acerca de su participación en el frente, su convivencia con los otros milicianos, sus amores, algunas anécdotas ilustrativas de la crueldad de la guerra y las divisiones entre comunistas y anarquistas, así como las repercusiones negativas de estas para el curso

[3] Central Intelligence Agency del gobierno de EUA.

[4] Es uno de los episodios de la batalla del Ebro.

de la guerra (LF: 34).[5] Esta etapa de la vida de Alonso se halla abundantemente descrita, con largas escenas, diálogos, psiconarraciones.

El combate final en cambio, carece de la precisión espacio-temporal del primero. Solamente sabemos que el Comandante Alonso, jefe del Ejército de Liberación Nacional, está en Teoponte, en el continente llamado "Latinuria". Teoponte es la palabra clave que permite ubicar —recurriendo al correlato histórico— las coordenadas: Bolivia, 1970. La llamada "guerrilla de Teoponte" formó parte de la campaña cubana de enviar grupos de combatientes internacionales a Bolivia, que no se terminó con la muerte del Che Guevara en 1967. En julio de 1970 se internó el segundo grupo pero tras unos cien días de acción, fue aniquilado por el ejército regular precisamente en Teoponte, localidad al norte de La Paz. En el siglo XXI este episodio histórico ya fue establecido con claridad, tras la desclasificación de documentos del Departamento de Estado de EUA (Cartagena 2010); sin embargo, en su tiempo no fue muy publicitado y el gobierno boliviano lo explicó a su conveniencia.[6]

Es verosímil suponer que Juan Miguel de Mora, en su calidad de periodista y merced a sus estadías fuera de México, supiera de aquel suceso guerrillero, y acaso para rescatarlo del olvido, hubiera trasladado por lo menos el topónimo a su ficción; máxime que algunas tribulaciones de Alonso poco antes de ser capturado y muerto, imitan las del Che Guevara en condiciones parecidas y en el mismo país. Decimos que el narrador de *La fórmula* solo empleó el topónimo porque no recrea, mucho menos reconstruye, los hechos de Teoponte.

La selección de lugares externos a México para la composición de *La fórmula*, podría habernos llevado a excluir la novela de nuestro estudio. Nos lo impidió el hecho de constatar su simultaneidad con el surgimiento en nuestro país, de varios grupos guerrilleros inspirados en el ejemplo de Guevara, y con circunstancias políticas de México que favorecían la sensibilidad social a la confrontación armada con el estado mexicano. A ello se agrega la pervivencia de la dictadura franquista en España, con frecuencia condenada en el discurso izquierdista de Occidente hasta 1975. Además, *La fórmula* contiene las estrategias narrativas

[5] A partir de aquí las citas son de la única edición.

[6] Este episodio es recreado en la novela de Renato Prada Oropeza *Larga hora: la vigilia,* publicada en México en 1979, donde el escritor se exilió. Según esta, los guerrilleros no murieron en combate (la versión oficial) sino masacrados tras haberse rendido, lo cual constituía una violación a las leyes internacionales de guerra.

que servirán como patrón para las dos novelas siguientes de De Mora —esas sí referidas a México— que examinaremos más adelante.

Alonso justifica la vinculación entre dos historias separadas por decenios y por el Atlántico, al modo de una revolución sempiterna, internacional:

> *La de España fue la primera guerra revolucionaria* de nuestro tiempo […] en ella se encuentran todos los elementos del esquema: *la burguesía más reaccionaria y el ejército* levantados en armas *contra el pueblo*, negándose a aceptar el triunfo democrático popular electoral. *El apoyo del nazismo alemán y del fascismo italiano, sustituido, después de la segunda guerra mundial, por* […] *Estados Unidos*. La dictadura represiva y la penetración extranjera. (LF: 41, itálicas nuestras)

§

La mayor parte de las perspectivas en *La fórmula* son izquierdistas. La del relato, por el tema general que mencionamos en párrafos anteriores; la del narrador externo que es también la de Alonso; la de un profesor universitario que habla a sus alumnos sobre la guerra civil española, el capitalismo, la intervención de EUA en Latinoamérica, etc.; la de las notas periodísticas procedentes de la agencia de prensa AFP, referidas a guerrillas en países latinoamericanos, a torturas, a estadísticas del hambre en el mundo; la de algunos obreros, milicianos, etc. Estas notas son los únicos fragmentos con tipografía diferente en el libro: el texto está totalmente en mayúsculas, rasgo que hace recordar los "cables" enviados por las agencias internacionales de prensa a través de telefaxes. Desde luego que no podemos asegurar que todos los cables contenidos en *La fórmula* hayan sido auténticos; probablemente algunos sí.

Los otros personajes tienen una perspectiva diametralmente opuesta (por ejemplo, Power, algunos militares) o carecen de ideología como Draupadi, cuya sensibilidad política depende de su admiración por Alonso.

En tales condiciones observamos una *saturación ideológica* que convierte a esta novela de De Mora en una pieza doctrinaria de izquierda. Sin embargo, el narrador busca equilibrar la presencia del discurso izquierdista con la importancia del antagonista Power, quien además de ser la contraparte ideológica de Alonso, acumula varias funciones y es determinante para la trama de la novela completa. Cuando estos se

confrontan, sus respectivos argumentos consisten en ideologemas típicos de los tiempos de la Guerra Fría, tanto de un bando como del otro:

> [Power dice] —Lo que interesa que precisemos es si toda esa guerra desesperada en el Continente, si esos jóvenes, muchachos y muchachas, empeñados en una lucha que conduce a la cárcel, a la tortura y a la muerte, combaten por algo que verdaderamente valga la pena. No me refiero a su ideal. Los ideales son siempre bellos. Pero si triunfan, ¿impondrán algo verdaderamente mejor que lo que ahora combaten? ¿No será un cambio de autoridades, un cambio de torturadores y de torturados simplemente? (171)
> [Alonso dice] —[…] En ninguna parte del mundo […] existe un régimen perfecto […] en el que los hombres vivan todos felices, un sistema en el cual sean simultáneas la justicia social y la libertad, en el que no haya ni un solo abuso, ni un solo error, ni una sola injusticia, y esto se refiere también a todos y cada uno de los países socialistas. […] Pero […] a pesar de los gobiernos socialistas que pretenden imponer sus ideas como moldes, no obstante la falta de libertad que hay en ciertos países socialistas para los escritores y artistas, pese al hecho de que algunos dirigentes hacen condenar a cárcel a quienes están en su contra, rebajando así la pureza y la dignidad de la revolución, […] cualquier régimen socialista es, para los más pobres, para los humildes, para los explotados, mejor que la opresión capitalista y la falsa libertad —libertad para los ricos y los cómplices— del mal llamado "mundo libre". (LF: 184)

La trama novelesca favorece que Alonso despliegue su papel de ideólogo. Por ejemplo, poco antes de su reaprehensión definitiva por los soldados y asegurado fusilamiento, en una radioemisora él se autodefine como un luchador por la democracia, la independencia, la justicia social, la plena libertad en pos de que la humanidad goce de una vida "verdaderamente feliz". Para alcanzar el régimen político que posibilite esos valores, Alonso propone "seguir luchando", combatir "en el campo, en cada fábrica, en cada taller, en cada escuela", crear periódicos clandestinos (LF: 182-183,185). Y no descuida el ámbito simbólico:

> …hay que combatir también todas las superestructuras burguesas, […] su concepto del honor, su sentido, utilitario de la familia, su moral, sus prejuicios, *su concepto de la estética* en lo que toca a la moral o a las razas, sus creencias, mágicas o de otras clases, sus supersticiones, sus costumbres, sus sistemas educativos y sus formas de vida. (LF: 186, itálicas nuestras)

Precisamente al definir el objeto de su búsqueda, Alonso renuncia a la terminología típica de los programas izquierdistas y opta por palabras comunes:

> He dedicado toda mi vida a buscar un sistema en el que haya justicia social y plena libertad, un régimen en el que la humanidad conozca y goce una vida verdaderamente feliz. [...] a luchar en busca de *esa fórmula para la felicidad humana*, y por ella he combatido aquí en mi patria y también en España, en Guatemala, en Santo Domingo y en otras naciones de nuestra América Latina. (LF: 182- 183, itálicas nuestras).

Reducir el objeto a una "fórmula" inalcanzable aparte de proporcionar el título vago de la novela, atenúa la saturación de ideologemas, comentada en párrafos anteriores.

Otros factores que abonan al imaginario del guerrillero que produce *La fórmula*, son la renuncia a las comodidades del origen social privilegiado para entregarse a la lucha armada, es decir, la ética del sacrificio, y la depresión permanente en la que Alonso vive por estar convencido de que la derrota fue y es su destino (en España y en Latinuria):

> No le molestaba saber que miraba por última vez un paisaje, ni la certeza de no volver a sentir jamás el grato calor del sol, ni siquiera el hecho de no poder despedirse de aquellos que amaba. Lo que Alonso sentía profundamente*, lo que le llenaba de tristeza, era haber vivido*. (LF: 5, 198, itálicas nuestras)

§

En *La fórmula,* a diferencia de la mayor parte de las novelas examinadas en este volumen, el narrador sí figura con descripciones detalladas y focalización interna prolongada al personaje femenino. La figuración de Draupadi refuncionaliza en la novela los rasgos femeninos conductuales del erotismo femenino en la religión hindú, según la cual esta mujer es —excepcionalmente— poliándrica.[7] Recordemos que los personajes son un "*efecto de sentido*", y aquellos cuyo nombre es el

[7] Draupadi en la religión hindú es avatar de varias deidades, personaje que logra triunfar de tribulaciones y peripecias en los relatos míticos. Entre las situaciones que ponen a prueba su supervivencia figura la poliandria. A pesar de lo anterior, es un personaje triunfador (*Wikipedia*).

de un referente histórico, cultural o preexistente en algún texto, ya están determinados por los atributos de ese (Pimentel 2005: 59, 64). Así pues, bajo el pretexto de la connotación de su nombre, Draupadi también es, a su manera y dentro de su género, anticonvencional, complementaria simbólicamente de Alonso. Las cartas de ella misma son el recurso del narrador para que la personaje desnude su alma, su mente y sus sentidos corporales restándole importancia a la contradicción entre amar con gran sentimiento a Alonso y relatar paso a paso, centímetro a centímetro desde su cuerpo, sus relaciones sexuales con Power. De hecho él ocupa la mayor parte del espacio en sus misivas pues Draupadi no escatima ni los detalles más mínimos de su vida como amante de él; aunque en la trama funcione como una suerte de infiltración del Ejército de Liberación Nacional en el ámbito del agente de la CIA, a través de la voz de Draupadi, el personaje que aumenta en poder es Power (valga la redundancia), mientras Alonso se ve reducido a un amor ideal, respetable por su entrega a la causa. En las últimas líneas de la novela, Draupadi aparece junto a otros combatientes que sobreviven a Alonso y planean secuestros espectaculares; empero, ella no está incluida en los planes por lo que su destino no queda abierto, sino termina con la novela.

De ahí que la libertad sexual de la personaje dentro del universo espacio-temporal y cultural de la novela pueda ser leída como producto de la perspectiva sexista del narrador, lo que se confirma en el pasaje de *La fórmula* relativo a la actuación de Alonso en la guerra civil española, donde aparece otra mujer, apodada Estrella —al igual que Stella, la destinataria de las epístolas de Draupadi—. La función de Estrella es constituir el primer amor del miliciano de 17 años, quien, desde el presente novelesco acaba recordando "…que en la cama era magnífica […] Como belleza no era nada y como militante menos" (LF: 26). Definitivamente, el narrador de *La fórmula* niega a cualquier personaje femenino el atributo de combatiente.

§

Todo lo expuesto sobre el Comandante Alonso confirma que el personaje está inspirado en el Che Guevara, en su concepción del guerrillero y del hombre nuevo. Es tan positivo que resulta plano, sin grandes contradicciones internas ni acciones que lo muestren en otra vida que

no sea la de combatiente; hasta su amor casi platónico por Draupadi resulta ingenuo.

Los patrones narrativos derivados de *La fórmula* que De Mora empleará en obras posteriores son la figura ideal, depresiva, plana y condenada a morir del guerrillero; la focalización predominante de un solo actor, cuya acción es producto —en primer lugar— de decisiones subjetivas, y en segundo, de un plan colectivo; el papel femenino intrínsecamente despolitizado pero que entra en acción por amor al guerrillero; las interpolaciones periodísticas en el texto novelesco. Asimismo, la sobrevivencia de compañeros que continuarán la lucha; la confrontación de argumentos en favor de y contra el socialismo, para concluir en el triunfo moral del izquierdismo; la reivindicación de la utopía de un mundo superior al capitalismo y la metaficción, expresada a través de frecuentes interpelaciones del narrador a los lectores para que estos vinculen la información narrativa de la novela con los postulados ideológico-políticos del "autor".

El narrador pone en la voz de Alonso, imprecaciones que dentro de la novela carecen de sentido, por ejemplo:

> …si bien la revolución en el poder debe combatir y suprimir físicamente a sus enemigos armados y activos, debe en cambio *convencer, derrotar con las ideas o despreciar, según el nivel de que se trate, a sus enemigos literarios, artísticos, filosóficos o simplemente verbales*. (LF: 187, itálicas nuestras)

Solo podrían entenderse como la participación en una polémica implícita, cuyo oponente se encuentra *fuera del texto*, ¿en el campo literario mexicano de los años setenta del siglo XX?, ¿en las filas del anticomunismo?

Al leer críticamente su escritura y compararla con las producciones narrativas canónicas de aquellos años, tenemos que admitir que las novelas de De Mora se antojan un tanto anacrónicas a causa de las opiniones ideológicas del narrador externo o de algún personaje importante, que saturan la narración. Este rasgo es francamente un vehículo doctrinario que para los años setenta había caído en desuso, arrastrado por el desprestigio del realismo socialista. Entendemos pues, la actitud a la defensiva del narrador.

Ahora bien, las cartas de Draupadi a Stella de ninguna manera entran en los modelos del realismo socialista. Por ello podría suponerse que *La fórmula* incorpora las novedades de los años sesenta del siglo XX

(p. e., la tematización descriptiva del erotismo) en la narrativa latinoamericana. Tal vez su propósito era demostrar que el autor empírico Juan Miguel de Mora dominaba los tópicos de moda; máxime que al final de la novela leemos "París, 1970". Sin embargo, las cartas están yuxtapuestas en la trama de *La fórmula;* son episodios íntimos que abonan a las personalidades: dependiente la de Draupadi y sojuzgante la de Power; son ejemplos de la feminidad y la masculinidad que reproducen valores tradicionales hetero-patriarcales. La ética subyacente en aquellas es contradictoria con el tema general de la novela, o podría ilustrar —paradójicamente— la enorme potencialidad del imperialismo de Estados Unidos, hasta el grado de provocar adicción a sus dominados.

§

En la primera novela sobre la guerrilla firmada por un escritor mexicano, la justedad de la lucha armada se sustenta en una concepción internacionalista que planea por encima de identidades nacionales. En *La fórmula s*e transluce la axiología del *Manifiesto comunista,* de los brigadistas internacionales que participaron en la guerra civil del lado de la República, y del Che Guevara; esto es, que la lucha contra el capitalismo se justifica en cualquier parte del mundo, que su objetivo es la fórmula de la felicidad humana tras el fin de la explotación y de la miseria provocadas por la codicia del capital. Por eso Alonso, el guerrillero ideal, ejerce funciones ideológicas y militares. En territorio latinoamericano la confrontación tiene además, otro actor: el imperialismo de Estados Unidos que nutre la superioridad militar de los ejércitos nacionales. El desenlace de la lucha es mortal pero previsible para el guerrillero, quien se sabe predestinado a morir en combate. Su muerte no significa el fin de la lucha porque quedan otros personajes secundarios anónimos, comprometidos a continuarla. Los cables de agencias internacionales de prensa introducen otro imaginario, de índole documental, que sustenta con datos objetivos la justedad de la lucha encabezada por Alonso en alguna parte de Latinoamérica.

• *Si tienes miedo (novela con apéndice)*

En 1973 Juan Miguel de Mora publicó *Si tienes miedo (novela con apéndice),* que narra la persecución, captura y muerte de dos guerrilleros urbanos

(Martín, estudiante de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, y Pedro, trabajador de taller mecánico). Son guerrilleros porque no creen en la vía electoral puesto que el aparato estatal es absolutamente insensible a las demandas de democracia y porque el golpe de estado en Chile demostró que la oligarquía no cederá nunca el poder por la vía pacífica. Ambos participan en un asalto bancario para obtener recursos que serán enviados al grupo de Lucio Cabañas —él sí está mencionado con su nombre—.

El entorno social de los dos personajes es de diferente clase. El estudiante procede de un nivel social acomodado mientras que el trabajador por obvias razones, no. Finalmente ambos mueren: Martín, abatido cuando intenta secuestrar un avión para llevarlo a Cuba y Pedro, bajo la tortura. Sin embargo, sobrevive a Martín su novia Flora que lo acompaña; ella es quien consuma el secuestro del avión. En cuanto al asalto bancario, este es realizado por tres guerrilleros urbanos. Además de los mencionados está José Chozas que es el único que sobrevive a la respuesta de la policía, logra huir y llevar el dinero a su destino. Todo esto se narra de manera resumida.

Una peculiaridad de *Si tienes miedo* es que presenta al principio un *instructivo de lectura* donde advierte al lector que la historia que leerá es ficción y lo *real* se encuentra en el "Apéndice", formado de notas periodísticas. Esta advertencia exhibe el descuido del editor y del escritor pues las notas periodísticas no se ubican exclusivamente en el "Apéndice", también están insertas en el texto novelesco.

§

La trama de esta novela está constituida por dos relatos simultáneos pero en diferentes espacios: el protagonista del relato de persecución exterior es Martín, el estudiante, y el del relato de tortura es Pedro. Estos dos espacios contrastan; el escenario del exterior es el centro histórico de la ciudad de México, y el de la tortura es en un escenario interior, es decir, una cárcel clandestina.

El relato protagonizado por Martín tiene mucho movimiento, es dinámico, con desplazamientos físicos y con varios actores secundarios que vienen a ser paradigmas de un entorno social que no entiende a la guerrilla. El relato sobre Pedro resulta angustiante porque lógicamente,

este no tiene a dónde huir; muere junto con su hermana Antonia que —ajena a la guerrilla— es secuestrada por la policía para presionar a Pedro y hacerlo confesar.

Lo que desconcierta en la trama es que el asalto no sea narrado sino objeto de una elipsis temporal. El narrador lo menciona porque es la causa eficiente del relato. Su exclusión parece refrendar la idea de la reticencia de todas las novelas de De Mora a tematizar literariamente las acciones guerrilleras como acciones colectivas.

La experiencia del asalto adquiere importancia más bien existencial pero *exclusivamente* en el caso de Martín. Aunque el narrador de *Si tienes miedo* sea omnisciente, su focalización interna favorece cuantitativamente al estudiante universitario; cuando también focaliza internamente a Pedro es para la reflexiones ideológicas que gozan de la simpatía del narrador. Fuera de estos momentos, las psiconarraciones desplegadas por el narrador pertenecen a Martín, acaso porque su situación de perseguido hace lógico su monólogo interno. Además el narrador con frecuencia relata *desde* la perspectiva de Martín. Esto es más notable en los pasajes acerca de las torturas a que son sometidos el mecánico y su hermana.

Si bien el narrador no logra configurar dos perspectivas que equilibren la importancia de dos personajes diferentes por su origen social, pero igualados por su coincidencia en la lucha armada, tampoco puede prescindir de Pedro porque su presencia sirve en esta construcción novelesca para mostrar otra faceta del guerrillero urbano, la del torturado, es decir, la de víctima de la más terrible de las represiones por parte del estado. Al fin y al cabo la tortura también es parte del imaginario social del guerrillero.

Al respecto el narrador la tematiza con tal minuciosidad descriptiva, que cae en una suerte de naturalismo positivista. Desde que Pedro es atrapado por la policía, en *Si tienes miedo* se inician las escenas de palizas hasta el desmayo, del dolor inefable por las uñas arrancadas, de inmersiones en el agua hasta el borde de la asfixia, de golpes y toques eléctricos en los testículos, de quemaduras provocadas por puros encendidos, del cuerpo plegado en posiciones dolorosas y pendiendo del techo para facilitar más torturas… en fin el cuerpo es prenda del vencedor, objeto manipulado por el Poder para probar su dominación.

La narración es exterior a Pedro, cuya voz solo se expresa para advertir que él está soportando sin confesar porque la consigna de su

grupo es aguantar 24 horas. El estribillo que Pedro repite es: "Veinticuatro horas, veinticuatro horas…" (STM: 43).[8]

A pesar de la probidad de Pedro, el narrador lo configura como personaje ingenuo pues da información sobre su hermana Antonia a la policía. Por ello la joven de veinte años termina muriendo por una causa que desconoce. Respecto de la tortura de Antonia, no podemos dejar de notar nuevamente que el narrador en estas novelas de De Mora, vuelve a su distinción de género. La enumeración natural-positivista correspondiente abarca la violación tumultuaria por parte de los policías, y lastimar los genitales y senos de Antonia. En general toda esta parte de *Si tienes miedo* obliga al lector a volverse voyerista.

La última escena de Pedro vivo, lo muestra como un ser que ya hizo la separación entre su cuerpo y su identidad subjetiva; es decir, como escribió Peris Blanes (2008: 65), que "el dolor llega a ser de tal magnitud que la voluntad subjetiva se desvincula del funcionamiento del cuerpo".

En el desenlace el narrador describe a los policías arrojando los cadáveres de Pedro y Antonia en un baldío. De este modo para el lector queda absolutamente claro cuál es el otro destino de los guerrilleros urbanos.

§

La arquitectura novelesca de *Si tienes miedo* es relativamente más sencilla que la de *La fórmula*, porque el narrador omnisciente desarrolla el relato principal de modo progresivo y lo alterna con diálogos.

También el correlato histórico es más claro porque las notas periodísticas tienen más indicios de veracidad y son exclusivamente de México. Inclusive la novela contiene un manifiesto firmado por profesores de la UNAM reclamando la desaparición de alguien. La mayor parte de las notas son de la sección policiaca; relatan la arbitrariedad y criminalidad de la policía (maltrato verbal, robo, agresiones físicas, asesinato impune, etc.) hacia toda la población no solo hacia los guerrilleros; asimismo hay notas sobre acciones de Lucio Cabañas y activistas secuestrados y desaparecidos o muertos; varias incluyen los nombres de funcionarios de diversas jerarquías del gobierno de Luis Echeverría (1970-1976).

[8] A partir de aquí todas las citas textuales fueron tomadas de la 3ª edición de *Si tienes miedo*.

§

La perspectiva general del relato es un tanto maniquea porque están muy bien separados los personajes positivos de los negativos. Entre estos el narrador incluye a la gente que no comprende la lucha de los guerrilleros. Por ejemplo, refiriéndose a una "criadita", el narrador la describe lamiendo una paleta como si estuviera haciendo una felación. Semejantes comentarios denotan un punto de vista clasista y sexista bajo el pretexto de criticar la despolitización.

No obstante el cuidado del narrador en advertir que su novela es ficticia, los argumentos de Martín y Pedro —militantes de la misma célula— remiten a caracterizaciones del estado mexicano relativamente comunes entre los universitarios de los años setenta, habida cuenta de que el movimiento estudiantil de 1968 proyectó su sombra en aquella década. Por ejemplo, en las discusiones entre Martín y Pedro se entremezclan ideologemas tanto del marxismo como de la concepción izquierdista del estado mexicano:

> —Yo no acepto tiranías […] Debo ser como aquellos dirigentes bolcheviques que combatieron la tiranía zarista y *después se negaron a someterse a la de Stalin […] Si estar contra la dictadura y querer la justicia social es ser revolucionario, entonces soy revolucionario* (STM: 89, itálicas nuestras)
> Si hubiera libertad para constituir auténticos partidos de oposición, si se pudieran editar libremente periódicos criticando al gobierno, si se respetase la Constitución, si hubiera libertad para manifestarse en contra del gobierno y no sólo en pro, yo estaría radicalmente contra toda violencia. Pero *si las autoridades inician la violencia […] entonces soy yo revolucionario y me decido por la lucha armada.* Y por si fuera poco, ¿Quién en América Latina cree en el triunfo democrático de la izquierda después de lo de Allende en Chile? (STM: 89- 90, itálicas nuestras).

La argumentación de Martín es bastante simple, no se basa en ningún cálculo político ni en la ponderación de las condiciones objetivas; su perspectiva es muy espontaneísta. Sin embargo, logra convencer a Pedro, a pesar de que este prevé el peligro mortal de las acciones armadas:

> —Dijo Pedro, ¿A poco crees que van a tumbar al gobierno con las guerrillas?

> —Yo sé que probablemente no; pero *se crea conciencia*, *se politiza al país*. […] se suple el desahogo legal, que en la práctica está prohibido, con el clandestino.
> […]
> [Dice Martín] —La lucha guerrillera es la respuesta al abuso del poder.
> […]
> —Pero será un *suicidio inútil*.
> […]
> —Nunca es inútil la lucha. *No alcanzan la victoria los que comienzan, pero siempre se triunfa en la causa de la justicia social*. (STM: 90, itálicas nuestras)

La figuración de los personajes connota la intención de mostrar al guerrillero urbano como un ser de conducta edificante; espontáneo en sus acciones pero con solidez ética e ideológica. Las mismas virtudes se reproducen en las parejas sentimentales, si las hay. Por ejemplo, Flora, la novia de Martín —a pesar de que ella no era militante y lo conminaba a alejarse de las armas—, cuando este cae abatido al intentar secuestrar un avión, demuestra que sabe manejar una metralleta y asume la acción que su pareja había dejado inconclusa. El súbito cambio de Flora se antoja ilógico dentro de la composición novelesca, pero es significativo de la continuidad de la lucha por la que Martín murió.

§

La metaficción en *Si tienes miedo* sirve para explicitar la posición estética del autor empírico de la novela y también sus argumentos políticos. Veamos un ejemplo a propósito de los deberes del escritor:

> ¿Debe contar la historia en forma clara, para que todos los lectores la entiendan? ¿O debe unirse a la corriente de *genios oficiales obsesos por el vanguardismo* […]? (STM: 16)
> Después de leer varios textos de escritores en venta, el autor acepta la responsabilidad de escribir *para que la gente lo entienda*… (STM: 17)
> ¿Debe tratar de hechos que reflejen la vida real o, como en las novelas "muy literarias" rehuir la "vulgaridad" de lo cotidiano […]? […] el autor piensa que actualmente lo "novelesco" es lo más alejado de la realidad, porque la realidad es agitada, confusa, difícil y no admite componendas… (STM: 18, itálicas nuestras)

Este fragmento condensa la profesión de fe literaria del narrador, que incluye la claridad didáctica, el reflejo y el realismo.

Por otra parte los paratextos (epígrafe y post–scriptum) son denotativos de la reivindicación de los cánones indiscutibles: Cervantes y Julio Cortázar. El título de la novela proviene de *Don Quijote,* y una cita del *Libro de Manuel* de Julio Cortázar, cierra *Si tienes miedo,* sugiriendo que esa obra del franco–argentino fue su paradigma justificante de la inclusión de notas periodísticas. La invocación de estos cánones, leída en el contexto del debate literario de De Mora con escritores locales, funciona como escudo, demostración de que este escritor sí reconoce los valores estético–literarios de la lengua española, pero entre estos no figuran los escritores coetáneos.

En cuanto al posicionamiento político, el autor implícito previene la desaprobación de los lectores y los interpela:

> —¡UN MOMENTO, SEÑOR AUTOR! […] Usted está presentando a la policía como torturadora, sanguinaria y cruel, como si pretendiera que el lector pierda la fe en las instituciones. Eso es la voz disolvente y subversiva. ¡Son las tácticas de los agitadores!
> —Muchas gracias, lector […] Soy respetuoso de la ley, del orden *ino pertenezco a ningún grupo político, partido, sindicato, ni camarilla-literaria!* […] *soy apolítico militante* […] *pero no indiferente al destino de México* […]" (STM: 33, itálicas nuestras)
> Mi novela es, naturalmente *un reflejo de la realidad* […] para evitar que se me atribuya una inventiva malévola […] al final de este libro incluyo un modesto apéndice con algunas informaciones periodísticas sobre hechos en los que intervino la policía. (STM: 34, itálicas nuestras)

Después de ejemplificar el contenido de la metaficción, opinamos que a fin de cuentas, esta opera como instructivo de lectura.

§

La contextualización explícita de *Si tienes miedo* en la ciudad de México apunta a justificar la lucha armada en el propio país del escritor. Las discusiones entre Martín y Pedro sirven para sustentar que la decisión resulta de haber hallado en la revolución bolchevique, la enseñanza de que solamente por la lucha armada se puede alcanzar la justicia social; asimismo, de deliberar y argumentar en torno al autoritarismo guber-

namental, afincado en la ilegalidad que se deriva del incumplimiento de la Constitución. El estado mexicano aparece como dictatorial porque no tolera la oposición política ni las críticas. La crueldad de la tortura de Pedro y su hermana ilustran del modo más visual e impactante el grado de crueldad al que han llegado los aparatos represores de aquel, y las notas periodísticas interpoladas en el texto novelesco o agregadas en el "Apéndice" redundan en el mismo propósito y llevan nuevamente a concluir que se trata de una lucha desigual, mas no por ello efímera. El que Flora —aunque ilógicamente— tome la metralleta de Martín simboliza la continuidad de la lucha.

• *Gallo rojo*

> *Porque estás (Ventura), estoy (Juan Miguel), estamos (lector) en un mundo que nos golpea, que me agrede y sacude y me quiere formar y conformar a su manera.*
> *Resistirse a ello puede parecer soledad, pero no es soledad verdadera.*
>
> Juan Miguel de Mora, *Gallo rojo*[9]

La última novela del ciclo guerrillero de Juan Miguel de Mora es *Gallo rojo* publicada en 1975, y que retoma varias de las estrategias narrativas ya examinadas.

El argumento de esta novela es la confrontación de dos visiones de México y la relaciones sociales de explotación; confrontación que resulta del encuentro cercano del guerrillero Ventura Ruiz y del empresario Luis Rosencrantz. Esta cercanía se debe a que el segundo está secuestrado por el primero, y lo que dura la confrontación corresponde al tiempo que el gobierno mexicano se tarda en satisfacer la demanda de Ruiz, que es la liberación de 15 guerrilleros presos —a quienes él no conoce— a cambio de la vida del empresario. Finalmente la petición es satisfecha, el empresario es liberado y el guerrillero muere en un acto suicida (con los explosivos pegados al cuerpo), los expresos llegan a Argelia (lugar donde se iban a exiliar) y ahí denuncian cuáles fueron las condiciones para su liberación.

[9] A partir de aquí las citas de *Gallo rojo* fueron tomadas de la única edición.

La liberación de guerrilleros presos a cambio de un individuo de rango social alto secuestrado, tiene su correlato histórico en varios secuestros realizados en México, entre 1971 y 1974 por diversos grupos guerrilleros. Por las características de Rosencrantz (es ingeniero, culto, conversa y polemiza con los guerrilleros, es conocido como filántropo, su secuestro provoca manifestaciones colectivas exigiendo su liberación, etc.), deducimos que el personaje sintetiza rasgos de varios secuestros ocurridos en la realidad extratextual, en aquel lapso.[10]

Lo nuevo de esta novela, en relación con las dos que la precedieron, es que aborda el hecho mismo del secuestro; no los momentos posteriores. El argumento está centrado en una acción guerrillera, a diferencia de las anteriores novelas.

La arquitectura novelesca no ofrece tampoco dificultades porque la mayor parte del espacio que prevalece en el relato es del búnker —el lugar donde ocurre el encierro— del propio Rosencrantz, quien es secuestrado cuando se dirigía precisamente a lo que era el antiguo Hotel de México.[11] La elección de este espacio permite evitar que en el relato novelesco intervengan otras historias, como había sido el caso de las novelas anteriores, u otros relatos subordinados. Solamente hay dos personajes. También el tiempo progresivo y condensado favorece que las acciones sean más lógicas. Hasta el tiempo de escritura parece estar delimitado por dos fechas: el 14 de febrero de 1974 (día del asesinato de Efraín Calderón Lara, dirigente social maya de 25 años, que antes había sido dirigente estudiantil y fundador de sindicatos, pasante de derecho)[12]

[10] Entre los casos figuran el de Jaime Castrejón Díez, rector de la Universidad Autónoma de Guerrero, representante de la empresa Coca-Cola en México y autor de libros sobre pedagogía, fue canjeado por varios presos políticos y campesinos, quienes fueron llevados a Cuba en un avión militar; Julio Hirschfeld Almada, empresario, quien discutía sobre el socialismo y las injusticias del capitalismo con Paquita Calvo Zapata, la guerrillera que lo cuidaba; Terrance G. Leonhardy, cónsul de Estados Unidos en Guadalajara, liberado a cambio de treinta guerrilleros que hallarían asilo político en Cuba; José Guadalupe Zuno Hernández, suegro del presidente de la República Luis Echeverría, abogado, humanista y cuyo secuestro provocó manifestaciones públicas pidiendo su liberación; Rubén Figueroa Figueroa, ingeniero, senador y cacique del estado de Guerrero. Ninguno de los mencionados murió por causa del secuestro (Robles Garnica 1996: 79-80, Cuevas Guinto 2010, Alonso Vargas 2008: 139).

[11] Está situado en la ciudad de México y en su interior está el Polyforum Siqueiros, último mural de este pintor. En el siglo XXI el edificio ya no se llama Hotel de México, sino World Trade Center.

[12] En 1990 Hernán Lara Zavala publicó su novela *Charras* (el apodo de Calderón Lara), también compuesta con notas periodísticas contemporáneas a sus acciones sociales y a su asesinato.

y el 12 noviembre del mismo año, fecha del post scriptum, en el mes anterior a la muerte del guerrillero Lucio Cabañas.

Otro indicio del correlato histórico en la novela es la inserción de notas a pie de página, que informan sobre el movimiento estudiantil de 1968, el guerrillero Lucio Cabañas, Pablo Alvarado Barrera (exguerrillero asesinado en prisión), el Partido de los Pobres, las Fuerzas Armadas Revolucionarias del Pueblo, la Liga Comunista 23 de Septiembre, los Lacandones, la Liga Leninista Espartaco, el Frente Urbano Zapatista, el Movimiento de Acción Revolucionaria, el secuestro de José Guadalupe Zuno, etc.[13]

§

En esta novela el narrador emplea frecuentemente la segunda persona —más que en las dos novelas anteriores de Juan Miguel de Mora— con la función de ser la voz de la conciencia de Ruiz, que le habla al mismo.

La mención de Efraín Calderón Lara, aunque breve en la novela, es muy importante porque, según lo informa el narrador, el atroz asesinato de aquel fue lo que llevó a Ruiz a pasar a la lucha armada. El recuerdo del amigo lo lastima y es una de las causas de su tristeza permanente (la depresión del guerrillero).

La novela comienza con el secuestro que está relatado de una manera rápida, a pinceladas básicas, en el que participa no solo Ruiz sino otros compañeros —unos tres o cinco más—. Pero todos son muertos en la acción y solamente sobrevive Ruiz. El propósito del secuestro era pedir el rescate monetario para entregarlo a la guerrilla de Lucio Cabañas. Sin embargo, ya en el interior del búnker, Ruiz cambia ese plan por el de canjear al secuestrado por la liberación y exilio de 15 guerrilleros presos.

La perspectiva del narrador en *Gallo rojo* está mucho más orientada a entender a los personajes desde su interior y su origen social. El narrador focaliza los respectivos pensamientos de Ruiz y Rosencrantz, y además los figura dialogando con mucha frecuencia. No obstante tales estrategias narrativas, la voz del narrador externo a ellos es apa-

[13] Para los lectores del siglo XXI, sobre todo gracias a que ya existe una 'masa crítica' abocada a investigar las guerrillas en México desde los años sesenta, esos nombres ya son conocidos, por lo cual *Gallo rojo* no nos aporta novedades. Sin embargo, si ubicamos a la novela en su contexto, hay que reconocerle que dio a conocer saberes nuevos sobre ese tema.

bullante, de manera que lo que dicen los personajes viene a refrendar las opiniones del narrador.

Ruiz es el personaje que más aparece en la novela, en términos cuantitativos. Solamente lo vemos en su dimensión de militante que se vuelve guerrillero; el recuerdo más lejano que tiene es una anécdota con Calderón Lara, de lo que se infiere que era su amigo. El más inmediato es el del acto del secuestro, en el que mueren varios de sus compañeros. También hay una mujer casi intangible llamada Sita.[14] El personaje principal de *Gallo rojo* corresponde perfectamente al izquierdista ideal: es un obrero-tornero que devino guerrillero urbano; aunque sea respetuoso de los clásicos izquierdistas, no admite ser dogmático: "Pensar que Lenin lo sabía todo y que no podía equivocarse sería negar el materialismo dialéctico y el histórico. Los que canonizan a Lenin y lo consideran infalible son antimarxistas, no importa cómo se llamen a sí mismos" (GR: 121). También es cultísimo porque ha leído mucho, es autodidacto con vocación por las humanidades —por lo tanto los clásicos no solo del marxismo sino de la literatura forman parte de su acervo cultural— y en este sentido se equilibra con Rosencrantz que es ingeniero, ministro de estado y empresario cultivado, al que obviamente le resulta inesperada la cultura letrada de Ruiz.

Por todo lo anterior la figuración de Ruiz corresponde al ideal del *hombre nuevo* dibujado por el Che Guevara (1965): es un individuo que se autoeducó, consciente de que sus acciones abonarán el futuro; sin embargo, es solitario y sus acciones también son iniciativas individuales, pero alcanza a darse cuenta de que solo adquieren sentido en relación con la sociedad. Es un vanguardista revolucionario, motor de la sociedad, cuya recompensa no será inmediata sino futura: "la sociedad del hombre comunista".

Esta figuración denota la intención —de la perspectiva del relato— de equilibrar dos personalidades confrontadas por la lucha de clases (GR:109-110), de modo que *Gallo rojo* no reproduzca la antinomia típica del malo y del bueno. El prolongado encierro de Ruiz con su antagonista de clase favorece que ambos personajes simpaticen mutuamente, pues comparten su gusto común por Cervantes, Shakespeare y el ideal femenino. Ruiz sufre una crisis moral al pensar en que, si el gobierno no acepta liberar a los guerrilleros, deberá matar a Rosencrantz. Por

[14] Sita, esposa del dios Rama, "es el estándar de vida que toda esposa hindú debe seguir" (*Wikipedia*).

tanto en los momentos en que *la voz de la conciencia política de Ruiz* se percata de que él está haciendo concesiones a Rosencrantz, atiza una suerte de moral vengativa atajando su simpatía por este, y le recuerda a Ruiz la muerte de Calderón Lara, los sufrimientos de los trabajadores explotados y la muerte de sus cinco compañeros (GR: 97). Así habla la conciencia política del primero:

> Hay muchos en este momento que piensan en ti, […] que sufren por ti, que te desean éxito en tu operación. Y si no pueden decírtelo, si no pueden ayudarte, […] no por eso se sienten menos hermanos tuyos, aun sin conocerte, sin haberte visto nunca. Quién quita y a esta misma hora estén haciendo algo en otra parte, otra acción guerrillera para reforzar la tuya, en algún lugar de este inmenso México. Y por eso, porque ésta es una lucha solidaria, no es tan definitivo que aquellos por quienes luchas sean la mayoría indiferentes o enemigos. […] Si llegas al sentido profundo de la historia —y tú sabes que puedes llegar, que tienes cultura para eso— sabes que ellos no son culpables de ser como son. Son seres unidimensionales, que dijo Marcuse. (GR: 63)
>
> Tú *nunca serás como los asesinos de Efraín*, pero tienes que ser duro, firme para no dudar ni un solo instante. Ellos son los creadores de la violencia oficial […] Ellos tienen el poder, la fuerza, las armas, los autómatas uniformados *que luchan, matan y mueren por un pinche sueldo*. […] Lo hiciste y tienes que seguir adelante. Adelante, Ventura, hasta siempre. (GR: 105 y 106, itálicas nuestras)

En este ejemplo observamos que según el narrador, los imperativos ideológicos deben prevalecer sobre los morales. Y esta característica es extensiva a todos los guerrilleros mencionados en la novela. Por ejemplo, para presionar a Ruiz a fin de que libere a Rosencrantz, los policías le hacen escuchar a Luisa Treviño, una compañera torturada:

> Primero se oyeron quejidos, lamentos, suspiros, alguien quería recuperar el aliento, para poder hablar. Y después las palabras de la joven mujer torturada.
>
> —Camarada, por favor, camarada… escúcheme bien… —*de pronto la voz se elevó, sacó fuerzas de alguna parte y se irguió, más allá de la tortura y del dolor— ¡camarada, no cedas! ¡No te dejes vencer! No importa lo que me hagan, no…* (GR: 99, itálicas nuestras)

En esta breve intervención observamos varios rasgos usuales del discurso izquierdista, como el apelativo "camarada". Además, el que se

trate de un personaje femenino significa reconocer que también entre las guerrilleras existe una convicción a toda prueba, tal como había sido el caso de Luz María, alias Gala, quien muere en el intento de secuestro (GR: 16-35). La aparición de esta personaje es muy breve pero llama la atención que el narrador la figure pensando en que está enamorada de Ruiz, y no de otro de sus numerosos compañeros. Otra vez pues, la actuación de los personajes femeninos está condicionada —aunque no absolutamente en este caso— a sus sentimientos.

§

La conciencia de Ruiz —si bien respeta los tópicos del discurso izquierdista— alcanza a darse cuenta de que un factor negativo de su acción es haberla decidido de modo absolutamente individual,[15] y por ello podría ser equivocada, aunque las condiciones "objetivas" no dejen otra opción. Así lo político es subjetivado, y el individuo asume la responsabilidad completa de sus acciones justificándolas en razón de los beneficios para otros compañeros de lucha. La situación de Ruiz mientras dura el secuestro es ambivalente; por un lado muchos que no lo conocen son solidarios con su acción; por el otro, empíricamente él está absolutamente solo:

> ¿De qué te sirve esta soledad total si el hombre no es un ser solitario? Estás fuera de la condición humana natural, que es la sociedad con otros hombres. *Estás fuera y eso te resta objetividad y claridad de pensamiento*. ¿Cuáles son las condiciones objetivas? *Las que crea la represión y a la represión no se puede responder dentro de la ley*. […] ¿Por qué luchas, Ventura, qué es lo que quieres al final de todo? *Un mundo tranquilo, donde no haya niños vendiendo diarios en las calles y durmiendo en ellas* […] Y todo eso, Ventura, lo sabes muy bien, *no puede lograrse más que en el socialismo*. Pero, *¿y si te equivocas, Ventura*? (GR: 141, itálicas nuestras).

La percepción de la soledad por parte de Ruiz lleva al narrador a considerarla como el único estado anímico de aquel; por ejemplo, el

[15] Desde luego que para una comprensión total de este posicionamiento del escritor Juan Miguel de Mora ante la guerrilla de los años sesenta y setenta sería necesario comparar cómo abordó el asunto en sus respectivos libros sobre Genaro Vázquez Rojas y Lucio Cabañas. Sin embargo, como el objeto de este libro son estrictamente las novelas, no dedicamos tiempo a esa comparación del discurso.

narrador-conciencia-política le dice: "...tienes que construir tu propia soledad, una soledad que sea tuya y de nadie más, una soledad que [...] sea [...] tu baluarte desde el cual mantener tu combate con el mundo, con *este* mundo mierda" (GR: 144, itálicas de original). De esta manera el patrón conductual de Alonso en *La fórmula*, termina imponiéndose en otro personaje de las novelas de De Mora.

El hecho mismo de haber escogido la guerrilla es otro rasgo que abona a la depresión: "…yo escogí la guerrilla, que es como escoger muerte, más tarde o más temprano" (GR: 112), confiesa Ruiz a Rosencrantz cuando intercambian confidencias.

Otro patrón de *La fórmula* retomado en *Gallo rojo,* es la confrontación propia del discurso de la Guerra Fría, consistente en argüir que los regímenes socialistas son totalitarios, etc., y la respuesta de que no obstante ello, son superiores al capitalismo. Con semejante lógica Rosencrantz provoca a Ruiz y este le replica (GR: 52).

§

En su objetivo de incorporar en el imaginario de la guerrilla el caso específico de México, la última novela de Juan Miguel de Mora se centra en modelar la personalidad del guerrillero que comete un secuestro, bajo los principios del hombre nuevo formulados por el Che Guevara. Ventura Ruiz es personaje *perfecto* en las tres dimensiones indicadas por los manuales teatrales: la social, la física y la moral. Su triunfo reside en que logra liberar a otros correligionarios aunque él mismo pierda la vida. Debate sobre la validez del socialismo como meta de su lucha en dos frentes: con el secuestrado, quien esgrime los tópicos de la Guerra Fría contra el socialismo; y consigo mismo, porque requiere asegurarse de que el socialismo amerite entregarle la vida. Así el imaginario del guerrillero mexicano incorpora la importancia de la subjetividad como asidero de decisiones cruciales. Por último, las notas a pie de página que informan datos verídicos vuelven a apuntalar por la vía de la objetividad, la base referencial y coyuntural de la historia narrada de *Gallo rojo*.

Los patrones configurativos del imaginario del guerrillero en *La fórmula*, *Si tienes miedo* y *Gallo rojo* repiten los rasgos de depresión, individualismo, ingenuidad, espontaneísmo, improvisación, convicción ideológica, utopismo y amor platónico. Desde la perspectiva del siglo

xxi, podríamos tipificar a los protagonistas como "perdedores éticos" (Amar Sánchez 2010: 9). Asimismo la imprecisión o la ausencia de tematización narrativa de las organizaciones guerrilleras a las que pertenecen Alonso, Martín, Pedro o Ruiz, sugiere que el narrador adopta como límite cognitivo de sus novelas, el código de clandestinidad que rige a los grupos políticos armados. Por eso el sujeto de la lucha se reduce al individuo, y lo que se tematiza narrativamente es su reflexión existencial. Admitimos que el escritor no logró eludir la configuración plana de los guerrilleros, de idealizarlos casi en los términos del temido realismo socialista; pero también que logró subrayar la congruencia entre la ideología política y las acciones de aquellos. Aunque los figure como hombres sin futuro vital, sus muertes no resultan inútiles porque sirven para que sus compañeros sobrevivan y continúen la lucha.

§

La intervención en el debate tanto literario como político por Juan Miguel de Mora en la primera mitad de los años setenta del siglo xx fue intensa, pues a esa época corresponden *Tlatelolco 1968: por fin toda la verdad* (novela) y dos textos de corte periodístico: *Las guerrillas en México y Jenaro Vázquez Rojas. Su personalidad, su vida y su muerte,* y *Lucio Cabañas: su vida y su muerte*. Cabe hacer notar que el escritor parece empeñado en establecer la distinción clara entre textos de índole periodística, "no ficticios", y textos novelescos. Sin embargo, tal distinción se ve opacada en la medida en que aun sus novelas son heterodiscursos —al igual que buena parte de la producción narrativa coetánea, pues el movimiento estudiantil de 1968 era materia ficcionalizada con frecuencia—.

Desde un punto de vista estrictamente literario, las tres novelas examinadas pecan del anacronismo que percibimos desde *La fórmula*. Solamente *Si tienes miedo* despierta más interés porque las acciones de los dos personajes principales ocurren en espacios perfectamente diferenciados. En *Gallo rojo* también hay cierto suspenso en cuanto al desenlace, acaso porque el antagonista de Ruiz se llama Rosencrantz, como el personaje de Shakespeare, que termina muerto. A pesar de que en la novela hay fragmentos interpolados de *Hamlet,* en la figuración del Rosencrantz de *Gallo rojo* no parece haber otras reminiscencias del personaje clásico. Al examinar el recurso de la metaficción en las tres novelas, colegimos que en aquella se desliza la posición de Juan Miguel

de Mora en el debate con posiciones opuestas a la suya dentro del campo literario mexicano.

§

En el plano político sí es más destacable el significado de la obra de De Mora como toma de posición clara. Las novelas multicitadas corresponden al sexenio presidencial de Luis Echeverría, el periodo más sangriento de la lucha del estado mexicano contra los guerrilleros. Empero, a causa de que los asesores intelectuales de este presidente lo aconsejaban no reprimir las manifestaciones simbólicas de la clase media, porque esto la empujaría al radicalismo (Cabrera López 2007: 201-205), bajo su gobierno empezó la publicación intensa de literatura política izquierdista como no se había visto antes, en otros gobiernos del Partido Revolucionario Institucional. Esta situación podría explicar que las novelas de De Mora hayan sido publicadas, al igual que otros libros sobre el movimiento estudiantil de 1968.[16] Otro posicionamiento político más sutil de De Mora lo hallamos en el epígrafe de *Gallo rojo,* que es fragmento de un poema de Chicho Sánchez Ferlosio —poeta español que produjo su obra crítica bajo la dictadura franquista—. De ahí sale también la denominación "gallo rojo", que en la novela homónima se evidencia como puente simbólico entre las luchas de España y de México.

§

En el siglo xxi han aparecido estudios académicos sobre el golpeteo sistemático de la prensa para configurar negativamente el imaginario social del guerrillero. Por ejemplo, Jorge Mendoza García (2001) conceptualiza que la estrategia de la prensa consistió en una saturación de información mediática con epítetos como "terrorista" o "conjura roja

[16] Según Sara Sefchovich (1983: 605), en el sexenio de Echeverria se desató la publicación en cascada de libros que denunciaban con sensacionalismo y desde la posición derechista, todos los males del sistema; su señuelo era que darían a conocer secretos gubernamentales. En esta tendencia cayó también la izquierda, aunque en menor medida que la derecha; por eso esta autora incluyó a De Mora entre los autores "apocalípticos".

internacional, subversivos, apátridas", descalificando a los guerrilleros no por sus ideas, sino por sus acciones. Así el imaginario social que se va haciendo de ellos es el de personas anormales, carentes de valores éticos, enajenados, desadaptados sociales, extraviados mentales, fanáticos, etc.[17] Esta prensa sobre todo busca separar a los guerrilleros de la identidad de los obreros y de los campesinos.

Por su parte Rodolfo Gamiño Muñoz (2008: 106) establece que en general todos los diarios de circulación nacional propagaban esa imagen; desde *Excélsior, El Universal, El Sol de México, Novedades, El Heraldo, El Nacional* hasta *La Prensa*; tanto este como el muy recordado semanario *Alarma* cubrían extensamente los acontecimientos protagonizados por la guerrilla. Adela Cedillo (2010a: 2-3) hace notar que del amarillismo característico de *La Prensa* y de *Alarma* no se libró ni siquiera la revista *Por qué?,* la cual aunque favorable a la guerrilla, también incurrió en el sensacionalismo.

Al respecto, Gamiño (2008: 179) registra que *La Prensa* era el periódico de circulación nacional con mayor tiraje en los años setenta, sobre todo en la primera mitad. Por eso hasta el secretario de Gobernación Mario Moya Palencia llegó a escribir ahí; con el seudónimo de "Sembrador" firmaba las columnas "Reflexiones políticas", "Granero político" y "Política en las rocas". Estas tres columnas y obviamente los boletines de prensa emitidos por la Secretaría de Gobernación, armaban el golpeteo frecuente para formar un imaginario social denigratorio de los guerrilleros. Moya Palencia los definía como criminales de pretendida actitud revolucionaria, sedicentes guerrilleros, que utilizaban el dinero robado no para llevar adelante sus "pensamientos y actitudes revolucionarias", sino para darse una vida rodeada de comodidades; en otro artículo Moya Palencia (citado por Gamiño 2008: 120) define a los secuestradores, a los que atentaron contra la vida de Eugenio Garza Sada, a los de la Liga Comunista 23 de Septiembre, como "minoría de eternos inconformes que todo lo quieren resolver por la violencia, incapacitados como están para usar la razón".

Otro intelectual orgánico del estado mexicano, Jesús Reyes Heroles, también atacó frontalmente a los guerrilleros desde el periódico *La Prensa* (Gamiño 2008: 120); los llamó "bandoleros urbanos", "drogadictos ideológicos" que daban saltos epilépticos en sus acciones, eran individualistas exagerados en el sentido de que propugnaban una revolución que

[17] También Cedillo (2011) abunda sobre este asunto.

era exclusivamente la que ellos concebían, no porque tuviera un sentido social. Además, las notas periodísticas de los periódicos mencionados tenían la misma tónica, de igual manera que los discursos del presidente de la República, quien también se dedicaba a atacar a los guerrilleros y al Partido Comunista, al que vinculaba con la Liga Comunista 23 de Septiembre. En semejante campaña mediática participaron asimismo los medios electrónicos.

El papel de la prensa en la configuración del enemigo del estado no era nuevo ni había comenzado en los años setenta, porque provenía de la segunda posguerra; formaba parte de las estrategias de la Guerra Fría, como lo demuestra el estudio de Elisa Servín (2004) que resume varios casos particulares. Ella constata que se trató de una estrategia diseñada por la CIA. Para los años setenta del siglo XX, al "enemigo" Comunismo se le agregó la palabra "terrorista".

De todo lo anterior inferimos que las acciones guerrilleras más propagadas por los medios, eran asaltos bancarios y secuestros de individuos de alto rango social. De ahí que resulten comprensibles los argumentos y los personajes de las novelas de Juan Miguel de Mora. A través de su perspectiva ideológica izquierdista, estas polemizan con el imaginario del guerrillero generado por los medios; ofrecen un imaginario *alternativo* al del periodismo. La inclusión de notas periodísticas en las novelas multicitadas apunta a evidenciar que sí existe un periodismo que informa lo que está ocurriendo en México y en el mundo, a contracorriente del periodismo venal, dominante en la realidad extratextual.

§

Juan Miguel de Mora fue el primer escritor mexicano que abordó en sus novelas un asunto referido a hechos verídicos contemporáneos a la escritura de esas. Por tanto no había otros documentos más que los periodísticos (distorsionantes, como ya se expuso), y presumimos que la figuración idealizada de los guerrilleros que acabamos de examinar, se debió a la ausencia de documentación y a que la única fuente disponible era la oralidad. No dudamos de que el también periodista haya aprovechado los rumores sobre la guerrilla y su atroz aniquilación, que circulaban entre los universitarios de los años setenta del siglo XX, y la información reservada, casi secreta que los periodistas saben pero los diarios no publican.

El infierno de todos tan temido de Luis Carrión Beltrán

El infierno de todos tan temido fue la primera novela de Luis Carrión Beltrán y se publicó en 1975. El argumento está enunciado y anunciado en el título; es la narración densa y angustiante de Jacinto Chontal, individuo adicto e interno de hospital psiquiátrico. Esta vida se caracteriza por la violencia, la marginación y un permanente sufrimiento. El infierno tiene varios planos espacio–temporales: el periplo inestable manicomio–vida social e íntima–manicomio; la violencia física y simbólica desde y hacia el loco, la violencia del sistema capitalista especialmente sobre el Tercer Mundo y la memoria de ancestros endogámicos.

Aunque la arquitectura novelesca sea circular —o cónica (Gabriel Binzhá 2008)—, contiene un relato exclusivo sobre un grupo guerrillero, que no es circular sino progresivo. El inicio y el final de ese están perfectamente diferenciados, pero el relato completo está segmentado en concomitancia con el discurso novelesco entrecortado por la superposición de tiempos, historias, actores y lugares. La circularidad de la novela está determinada por la dimensión espacial: el hospital psiquiátrico, donde Chontal se ubica al comenzar y al terminar su narración. Los acontecimientos y episodios son reiterativos; entre algunos puede haber relaciones de causa y efecto pero a fin de cuentas, en el relato no ocurren transformaciones cualitativas. El discurso doxal que conjuga ideologemas de izquierda con información contemporánea extratextual, nos remite al correlato histórico: del postmovimiento estudiantil de 1968 a las dictaduras militares en Uruguay y en Chile, pasando por la guerra de Vietnam. Este discurso se alterna con el delirio de la voz narradora, al modo de un vaivén entre la percepción de lo real extratextual y el discurso obsesivo de la locura. A pesar de este rasgo, la novela *no es incoherente* sino densa; se ahorra la trama y pone el énfasis en que el sistema capitalista, la historia colonial de despojos, la intervención estadounidense en Latinoamérica, etc. son los causantes de las desgracias de la mayoría de la población. Así la vida aparece como un perenne sufrimiento, como un sinsentido solo tolerable por los breves momentos de placer que procuran el sexo y las drogas o la escritura. Es una narración que si bien se distribuye en tres instancias —un narrador externo; un narrador en primera persona que en ocasiones llega a ser plural, pero que es de todas maneras la voz de Chontal, y un narrador en segunda persona que interpela a varios personajes, incluido Chontal—, tiene una sola perspectiva, la de Chontal. Cualquier

instancia ve y narra el mundo desde él. Ello condujo a sus primeros críticos (Castañón y López Acuña 1975: IX) a considerar que se trata de una escritura autista.

El izquierdismo bajo su forma de ideologemas (tópicos, frases hechas o consignas) que rematan opiniones y juicios de valor del narrador de *El infierno…*, es un componente de la retórica de esta novela. De ahí que con frecuencia el narrador acuda a aquellos aun expresando angustia, sentimientos de culpa, obsesiones, autoviolencia, baja autoestima, etc. El correlato histórico referido en la novela lo propicia, y la locura y la ebriedad de Chontal son el pretexto para que la retórica sea violenta hasta la injuria.

En un discurso narrativo que sin transiciones cambia de planos espacio–temporales, cognitivos y afectivos parece difícil aceptar la hipótesis de que tiene una sola perspectiva ideológico–política, la izquierdista. Al respecto, tuvimos en cuenta que si la perspectiva es la categoría narratológica para designar el punto de vista sobre el mundo que rige la selección de espacio, tiempo, información, percepción, ideologías, ética y estilo, entonces al leer en aquella narrativa, cierto léxico, lugares precisos, acontecimientos histórico–sociales, información coyuntural, nóminas, axiología y argumentos ideológicos, etc., resulta lógica nuestra hipótesis (Cabrera López 2010a: 94-95).

La puntualización anterior no había sido necesaria para las novelas anteriores porque sobre estas no abunda la crítica literaria. En cambio, la obra de Luis Carrión Beltrán, desde el siglo XXI despertó el interés de nuevos lectores jóvenes o animó a críticos más cercanos a su generación, a profundizar como nunca lo habían hecho cuando el escritor vivía. La consecuencia de todo esto ha sido la productividad crítica de esa obra y por ende, la necesidad de ubicarnos frente a las valoraciones o los enfoques epistemológicos de otros críticos.

§

Con frecuencia los críticos vinculan sus comentarios sobre la narrativa de Carrión Beltrán, con la información acerca de la vida de este; vida marcada por las relaciones intrafamiliares, el izquierdismo, las estadías en hospitales psiquiátricos, las adicciones, los intentos de suicidio y el logro final de la muerte por esta vía. De ahí que en la crítica prevalezca

la simpatía por el escritor y la mención de su locura.[18] Empero, en 1975 José Agustín fue de los primeros en percatarse de la intencionalidad revolucionaria de *El infierno…*, por el camino simbólico de la configuración del manicomio:

> Cargada hasta los límites de la vida interna, la novela desenvuelve el tema de la revolución en dos niveles: la revolución interna, la lucidez de la locura […] y la revolución externa: la lucha irreversible contra las miserias de los manicomios y, por supuesto, contra el sistema de explotación que obliga a esa deshumanización… (José Agustín citado por Maldonado López 2010: 122)

En otro estudio sobre *El infierno de todos tan temido* (Cabrera López 2004),[19] *s*in negar que la figuración del manicomio se mimetice con las experiencias de Carrión Beltrán, asentamos que es indiscutible su función alegórica. En la novela es el lugar donde se gestan los guerrilleros y donde los internos amigos de Chontal evocan a intelectuales universitarios de izquierda como Narciso Bassols, Alonso Aguilar, Fernando Carmona, etc.[20] Las discusiones en el manicomio se refieren al sistema político, social y económico, y cuando suben de volumen, los locos son reprimidos con brutalidad y sin concesiones por los enfermeros. Estas escenas de *El infierno…* pueden leerse como "la alegoría más grotesca que se haya escrito sobre la izquierda mexicana…" (Cabrera López 2004: 278).

Francisco Gabriel Binzhá (2008), por su parte, establece que las tres instancias narradoras son necesarias para instaurar una suerte de multiplicidad de planos y de personalidades que tiene Chontal en los diversos momentos relatados en la novela; momentos que transcurren bajo las torturas de los tratamientos psiquiátricos que hacen perder a Chontal la consciencia; momentos en que él sale al mundo a trabajar

[18] Desde luego que cuando apareció la novela porque la había premiado el Fondo de Cultura Económica, en 1975, hubo críticas virulentas, como la de D. Torres Fierro.

[19] En aquella ocasión reparamos exclusivamente en la estructura organizativa y espacial del *círculo vicioso* que esta novela comparte con otras novelas políticas de la misma época, publicadas en México.

[20] Los últimos dos fundaron la revista *Estrategia,* donde colaboraron Luis Carrión Beltrán y su padre, Jorge Carrión. Él también fue intelectual izquierdista; antes de colaborar en *Estrategia,* había sido directivo de la revista *Política*, la cual fue reprimida por el gobierno mexicano, y desapareció en 1967. *Estrategia* se publicó de 1974 a 1993.

como guionista; momentos en que se deja invadir por los recuerdos obsesivos de su pasado, los cuales obviamente están en conexión con sus desdichas del presente, y momentos (los más positivos) en los que hace proyectos. En cuanto a la organización del relato, Gabriel Binzhá (2008: 313) propone una estructura cónica que él combina con las varias instancias narradoras en que se desdobla la perspectiva de Chontal. De ahí que desprenda tres perspectivas correspondientes a tres niveles: la conciencia, la inconciencia y la supra conciencia.

Ezequiel Maldonado López (2010: 119, 126-131) plantea la hipótesis de que en *El infierno…* el vínculo entre la vida real y la literatura se demuestra a través de obsesiones, pasiones y vicios compartidos por Chontal y Carrión Beltrán. Los temas (generales a toda la narrativa de este) que Maldonado López destaca son la "muerte–vida" en hospitales psiquiátricos, la violencia revolucionaria, el incesto que marca a su familia y la soledad. Propone entender la estructura de la novela como una composición basada en "parejas estructurantes": Narrador/protagonista; Impulsos negativos/impulsos positivos; Raciocinio/pulsión; Esperanza/desesperación, y Creación/esterilidad.

En resumen, observamos que los últimos críticos de *El infierno de todos tan temido* han insistido en vincular al autor empírico y sus novelas.

§

Retomando las opiniones de Castañón y López Acuña (1975: IX), ellos también habían advertido que el relato sobre el grupo guerrillero es el único que despierta interés en el desenlace, puesto que va avanzando inserto en el discurso novelesco. Es significativo el contraste entre la linealidad del relato subordinado y la circularidad del dominante. La linealidad se explica porque la acción y el desenlace del grupo guerrillero constituyen un relato sobre el ideal revolucionario que por su misma naturaleza imaginaria, logra cierta autonomía; en contraste, la vida de Chontal —el sujeto imaginante de la guerrilla ideal— es un eterno círculo vicioso.

Chontal, en su calidad de personaje–narrador de su propia historia, se ocupa de la narración de aquella experiencia en primera persona singular o plural, puesto que él organiza la guerrilla junto con su

amigo Octavio, poeta alcohólico.[21] Desde el inicio del plan se desnuda la índole ficticia del grupo guerrillero: este se forma con fugitivos del hospital psiquiátrico que se sumarán a personajes externos; los escritores fungen como enlaces de unos con otros. Aunque el relato sobre el grupo incorpore preceptos disciplinarios (se prohíben la marihuana y el alcohol) comunes a situaciones de militancia en condiciones de preparar una acción armada crucial, Chontal los infringe porque para él la guerrilla es…

> …un juego, un ir más allá de esta vida en aras de un beneficio para *los auténticos luchadores* por la transformación de este país, *este país de mierda que aborreces pero que no puedes dejar, pues te encuentras atado a él con cadenas opresoras*… (107-108, itálicas nuestras)

Así pues, desde el inicio el narrador establece sus distancias del grupo guerrillero; distancias que son las de la ficción, las de un mundo posible en el que Chontal realiza su sueño de revolucionario, nutriéndose acaso de la información oral que circulaba en los años setenta.[22]

En el grupo guerrillero están bien diferenciados los sujetos de los objetos. Los primeros son los que la conciben, Jacinto y Octavio, tras participar en una reunión "plenaria" del "Círculo" (este es el léxico de la militancia de izquierda), donde se planean los cinco asaltos de "los próximos meses" (69). De los diez integrantes, siete son exinternos del hospital psiquiátrico. La narración avanza de modo tradicional; abarca la planeación de la fuga, la acción misma de fugarse del hospital psiquiátrico San Sebastián y el resumen de varias semanas de entrenamiento. El narrador presenta a los exinternos devenidos guerrilleros como objetos, por ejemplo:

> ...hay que pensar en cómo podemos *aprovechar a estos muchachos* para realizar cuando menos tres de los secuestros que tenemos pendientes. *Utilizarlos positivamente, después de convencerlos, inducirlos íntegramente* a hacer la Revolución, a jugarse la vida en aras de otro mundo menos ajeno a los principios humanos; un mundo social verdadero... (70, itálicas nuestras)

[21] En la inserción de un poema atribuido a Octavio, se notifica que el poeta Mario Sánchez es el autor (139N). A partir de aquí las páginas indicadas son las de la primera edición (1975) de *El infierno de todos tan temido*.

[22] Véase el inicio del capítulo "Invención idealizante".

La tónica del relato sobre la guerrilla es siempre una visión ideal de los liberados del hospital psiquiátrico: ellos tendrán que ser guerrilleros como Chontal se imagina que era Zapata, alguien que sepa situarse…

> …en los puntos más estratégicos [...] los que permiten atacar y huir; picar, morder y perderse en las tinieblas [...] o entre las sombras de una vegetación que está con él siempre, como lo están los pueblos, como lo están las clases trabajadoras de los países hermanos del Tercer Mundo. (93)

El mismo Chontal arguye por qué se tienen que hacer los secuestros:

> ...secuestrar a un hombre es fácil, y pedir una cantidad de dinero a cambio es fácil de hacer, siempre y cuando tenga algún valor positivo el secuestro, como puede ser destinando un dinero a la compra de armas para los revolucionarios y combatientes que hay en la sierras de las ciudades de todo el país; o exigiendo la libertad de ciertos presos políticos, regados y secuestrados en casi todas las cárceles de la República... (64)

De los ejemplos anteriores se desprende que los guerrilleros exinternos del psiquiátrico no funcionan como personajes novelescos; el narrador apenas nos informa sus datos básicos y su actuación durante el asalto. Quienes sí gozan de mayor descripción y potencialidad de acciones son los externos; en ellos el narrador subraya ciertas características de perfección, propias de personajes edificantes e ideales. Rulo es "maestro, economista, *guerrillero profesional*, excombatiente de la sierra de Durango, Sonora y Guerrero, especializado ahora en táctica y estrategia urbana..." (109, itálicas nuestras) y el instructor militar, Alfonso:

> …catedrático en Filosofía, guerrillero profesional, discípulo de Marighella, colaborador de los Tupamaros en Uruguay, se dedica a adiestrar jóvenes revolucionarios tanto en el aspecto teórico como en el práctico... (109).
> …misterioso y transparente al mismo tiempo porque si en alguien se puede confiar es en él, de fidelidad intachable a la revolución, al cambio de estructuras; el experto en teoría económica, marxismo–leninismo y tiro de velocidad con pistola y metralleta… (132)

Alfonso y Rulo son los que dirigen y planean con mucha precisión, el asalto que se efectúa en una sucursal bancaria ubicada en el cruce de

las calles Félix Cuevas y Coyoacán de la ciudad de México; estas calles existen en la realidad extratextual y la zona está densamente poblada. El resultado es exitoso aun cuando muere un empleado bancario, porque los guerrilleros logran llevar el botín a lo que siempre aparece en la novela bajo el nombre de "las Trincheras de Zapata", una cabaña ubicada en las faldas del monte Ajusco (una de las zonas boscosas de la capital de México).

El desenlace de esta acción guerrillera es la parte mejor trabajada, tanto en su aspecto temporal como en la figuración de personajes. El motivo principal del acontecimiento en las Trincheras de Zapata es la llegada de Enrique, el enviado por la "Dirección General" (130), de mayor jerarquía que Alfonso y Rulo. El primero llega para disolver el grupo y llevarse el botín. En este momento es importante observar cómo figura Chontal al personaje: "...Enrique, tez blanca, pelo negro, rizado, abundante, músculos prominentes; fuerte y tenso, preciso, calculador veloz de decisiones audaces y gran teórico–práctico en estrategia urbana" (133).

Ante sus ordenes de suspender cualquier actividad del grupo y los contactos con otras células, si bien este deberá seguir reuniéndose en sesiones de estudio y preparación, Chontal se insubordina; le resulta difícil aceptar que solamente los hayan usado para realizar el asalto y después los hagan a un lado, pero Octavio razona: "La Revolución no se puede poner en manos de un mariguano y un borracho como tú y yo, Jacinto. Eso lo tenemos que aceptar" (137). La resignación abona el permanente autocuestionamiento de Chontal (rasgo de su punto de vista sobre él mismo) y funciona como la demostración de que por más que desee ser un buen revolucionario, se lo impiden sus adicciones y las secuelas de los tratamientos (torturas) psiquiátricos.

Antes de que Enrique parta con el botín, ocurre un último acontecimiento que aporta gran emoción al relato pues abre la posibilidad de que el desenlace sea fatal. El tiempo de esta escena es pausado, tal como lo requiere el suspenso. Cuando Rulo, Alfonso, Enrique, Octavio y Chontal acaban de contar el dinero, escuchan un auto de donde supuestamente, descienden "agentes de la federal de seguridad" (135);[23] estos rodean la cabaña durante dos minutos y 42 segundos y cortan cartucho pero no atacan. Desde un punto de vista mimético–realista, el

[23] Se refiere a la Dirección Federal de Seguridad, organismo policiaco de México que se encargó de aniquilar a los guerrilleros.

acontecimiento tal vez no resulte lógico;[24] su desenlace más bien propicia una interpretación irónica por parte del narrador, y metafórica por la nuestra. Lo significativo es el optimismo de Enrique y el dejo irónico del narrador al describir al personaje:

> —Creyeron que éramos un chingo —dice Enrique, seguro de haber presenciado uno de los momentos más intensos que puede vivir un *revolucionario auténtico*, de los que, como él, *exponen continuamente su vida* (¡las veinticuatro horas de todos los días del mundo!), en una *empresa que a veces se torna inalcanzable, angustiosa y árida*, en la que casi siempre se está solo aunque la transmutación de los hechos ensanche el sentimiento de hermandad y solidaridad con los pueblos explotados que luchan en todos los frentes […] contra la dominación del imperialismo blanco. (136, itálicas nuestras)

Creyeron que éramos un chingo… ¡cuando apenas somos unos cuantos! debió haber sido la exclamación completa de Enrique. Este personaje —estereotipo acaso, de los 'militantes profesionales' de cierta izquierda mexicana— y la escena de la policía rodeando "las Trincheras de Zapata" sin atacarlas, pueden leerse como la metáfora de algún grupo activo, jerarquizado y clandestino de los años del correlato histórico de *El infierno*… Víctimas del acoso cotidiano, las organizaciones izquierdistas se protegían con el silencio y la dispersión.

La pausa temporal tan larga en este último acontecimiento permite que Chontal retome sus permanentes psiconarraciones sobre sus temores, su mundo, lo que quiere, tratando de trasladarse imaginariamente a otro lugar que no sea en el que se encuentra, donde debe prepararse a fin de usar unas granadas…

> …para distraer al enemigo mientras *Enrique–el–importante–elemento–de–la–cabeza–direccional logra ponerse a salvo* […] Y pensar que *su importancia* […] *le salvará la vida*, lo cubrirá de glorias mejores a las que nosotros no estamos sometidos pero que en este momento debemos padecer como parte de esta *pinche cuota de sacrificio*… (135, itálicas nuestras)

El sarcasmo de esta cita deja entrever que el narrador no estima demasiado su condición de militante de base. La tensión entre su iz-

[24] Si recordamos que en las novelas hasta ahora examinadas, la policía se muestra especialmente cruel, parece increíble que los policías no hayan atacado a los ocupantes de "las Trincheras de Zapata".

quierdismo y, sin embargo, el reconocimiento de su condición de adicto se expresa a través de la abundancia de ideologemas de izquierda —sobre todo referidos a escritores y compositores latinoamericanos— que se alternan con largas escenas de consumo de marihuana, alcohol, autorreflexión egocéntrica, etc., como la siguiente confirmación de que el relato sobre la guerrilla es obra de la imaginación de Jacinto y de Octavio:

> —Vamos a jugar a la imaginación por la imaginación misma —sugiere Octavio.
> La imaginación por la imaginación en una mente alcoholizada como la de Jacinto, el borracho–hablador que parlotea:
> —Imaginación como la fantasía de estar creando figuras distintas, aunque quizá de vidas paralelas, en una prefiguración de imágenes que no sirven para una pura chingada, como no sirves tú, Octavio, ni yo mismo […] invención de un parloteo estéril como el que podemos sostener nosotros mismos en incansables preocupaciones o caprichos, inspiraciones ardientes que revelan suposiciones mucho más creativas de lo que se piensa […] suposiciones creadas con imaginación ardiente… (139)

§

Los personajes femeninos aparecen en *El infierno…* con varias funciones: las parejas de Chontal son objetos del deseo o del enamoramiento, y la tía monstruosa, prueba de la endogamia y gene consustancial de él; viven ajenas a la ideología política de Chontal. Solamente la Calandria, interna del psiquiátrico Nuestra Señora de la Soledad, envejecida por la enfermedad y devenida un desecho humano, reflexiona y vocifera contra el sistema capitalista, el racismo, la ineptitud gubernamental, etc., casi como narradora delegada que reitera las opiniones de Chontal. Empero, este no la incluye en el grupo guerrillero.

§

La dualidad de Chontal, adicto–guerrillero, también puede leerse como el imaginario del posmovimiento estudiantil de 1968. Fritz Glockner (2008: 314) plantea —sobre la base de opiniones de varios intelectuales mexicanos— que *el 68 no es el detonador de la guerrilla en México* puesto que,

como lo había afirmado Carlos Montemayor en *La guerrilla recurrente,* antes de julio de 1968 ya habían surgido cinco movimientos guerrilleros. Sin embargo, Glocker termina reconociendo que entre estudiantes universitarios sí se despertó la inquietud por la lucha armada luego de la masacre de Tlatelolco.[25]

Si evitáramos reducir a Carrión Beltrán al papel de recreador de su locura y de su infierno individual, no sería descartable la conjetura de que el narrador de su *opera prima* novelesca se hubiera propuesto sintetizar en Jacinto Chontal, las dos opciones que siguieron algunos exparticipantes en el movimiento estudiantil de 1968: las adicciones o la lucha armada.

§

La guerrilla es imaginada como un grupo jerarquizado y provisional, de ningún modo permanente. En su interior los integrantes se dividen en dos subgrupos; en el primero están los militantes y guerrilleros profesionales, revolucionarios de tiempo completo, poseedores de una formación intelectual marxista y destrezas militares; son perfectos física e intelectualmente. Los segundos son accesorios y eventuales, pierden importancia tras la acción específica, están más obligados que los primeros al sacrificio según los comentarios irónicos del narrador. El segundo subgrupo está formado por exinternos de hospital psiquiátrico, alegoría del mundo y simultáneamente de las bases izquierdistas. No obstante todo lo anterior, el buen resultado del asalto bancario realizado por el grupo y la suposición —que en la novela queda abierta— de que el botín se destinará a comprar armas para revolucionarios que combaten en la sierra demuestran que la guerrilla posee validez estratégica. Este imaginario positivo, sin embargo, es opacado por el fracaso permanente en el que está hundido el narrador y protagonista absoluto de *El infierno…* El contraste se vuelve metafórico de la antinomia acción *vs.* pasión; la primera está figurada por la actividad guerrillera y la segunda por la vida completa de Jacinto Chontal. En cuanto a la función del *manicomio* en el

[25] En varias novelas sobre el 68, los exparticipantes en este movimiento que no habían caído presos terminan volviéndose guerrilleros urbanos, drogadictos, internos de hospital psiquiátrico o autoexiliados (Cabrera López, 2011a). Por ello aunque *El infierno…* no tematice literariamente al 68, sí alude al imaginario creado en la narrativa.

imaginario, consideramos destacar su carácter alegórico de la violencia del estado contra los más débiles del sistema, incluidos los disidentes de izquierda. La narración desestructurante de todo el conjunto hace que el imaginario de la guerrilla se supedite al discurso de la locura, y se llegue a la conclusión de que esa constituye el estado de lucidez ideal para criticar al sistema y emprender activamente su destrucción.

La revolución invisible de Alejandro Íñigo

Bajo el título de *La revolución invisible,* tercera novela del periodista y novelista mexicano Alejandro Íñigo, se condensa el ambiente rebelde e insurreccional del *inicio* de los años ochenta en Latinoamérica. El volumen de la novela resulta excesivo. Está dividida en tres partes muy desiguales en cuanto al número respectivo de capítulos. La arquitectura es la de mural social, prolijamente descrito (hasta el grado del naturalismo positivista), con escenas y pormenores que terminan saturando a la novela de información narrativa.

La historia narrada completa de *La revolución invisible* abarca todo el proceso de conspiración revolucionaria en un ambiente de efervescencia social, golpe de estado y lucha armada clandestina contra la dictadura militar subsecuente al golpe. Este proceso queda abierto en la novela, aunque los protagonistas mueran violentamente; es comunicado por un narrador externo, omnisciente que acapara la mayor parte del relato novelesco dejando poco espacio a los diálogos. Su presencia es casi absoluta, satura a la novela de epítetos, adjetivaciones, juicios de valor que no dejan lugar a dudas sobre la perspectiva ideológico–política del narrador. Al respecto, viene al caso recordar que en varias novelas de José Revueltas, aparece también "el narrador que manipula" y comete "excesos de omnisciencia" porque "...el recurso de narrar los hechos prevalece sobre el de mostrarlos a través de la acción directa de los personajes" (Negrín 1995: 30, 36). Mencionamos esto porque confirma la influencia de aquel en otros escritores izquierdistas más jóvenes.[26]

[26] Por supuesto, aunque fueron varios los que conscientemente establecieron relaciones intertextuales con las obras de Revueltas, cada uno las formaliza bajo su propia estética, tal como lo veremos al examinar las novelas de Salvador Castañeda, otro de quienes hallaron inspiraciones en el autor de *Los errores*.

Los personajes individualizados se distribuyen en varios grupos: los guerrilleros, los militares de diferentes rangos, otros izquierdistas que no participan en la lucha armada, los habitantes de Pueblo Nuevo; los oligarcas y sus familias, etc., etc. Cada grupo tiene el espacio geográfico propio de su condición social (por eso hasta Europa aparece en *La revolución invisible*). Entre los acontecimientos destacan las biografías de los personajes Ramón[27] Flores Contreras, Juana Alvarado y Chano.

El tiempo del discurso novelesco se prolonga por las pausas descriptivas; no es del todo lineal–progresivo porque en el inicio, el narrador combina la circularidad de la escena del desenlace con la alternancia de pasajes referidos a acontecimientos del pasado remoto y del inmediato, sumándoles anécdotas y episodios prescindibles.

El relato principal sobre el proceso político comentado en párrafos anteriores es el eje más importante de la novela porque su trama está hecha de tópicos inspirados acaso, en el anecdotario de las guerrillas latinoamericanas de los años sesenta y setenta, de las historias de oligarcas, de la novelística sobre dictaduras o del realismo social, etc. En este recurso podemos observar que el imaginario de la novela recurre a los imaginarios preexistentes sobre el tema; esta es un ejemplo de heterodiscurso bien disimulado al amparo del borramiento de nóminas, topónimos y fechas que señalen los referentes en la realidad extratextual. La ideología internacionalista termina imponiéndose sobre la forma compositiva de la novela pero no logra un registro lingüístico variado pues el habla de los personajes y del narrador es uniforme y correcta, carece de regionalismos y lexicalmente corresponde a México.

Para los objetivos de nuestra investigación preferimos centrar nuestra lectura en los personajes guerrilleros; los dos primeros funcionan además como agentes coadyuvantes de la trama novelesca. Con sus desplazamientos espaciales ellos van conectando diferentes relatos subordinados, escenas que están ocurriendo simultáneamente en casi lugares diferentes, así como las acciones de Chano.

Como en las novelas realistas decimonónicas, el narrador introduce a esos personajes relatando ciertos datos biográficos de cada uno. Ramón es de origen urbano, miserable en extremo. Al narrar su etapa infantil se tematiza descriptivamente la miseria mediante una masa gelatinosa

[27] Ramón fue uno de los dos nombres de pila falsos que usó el Che Guevara en su pasaporte y otros documentos, para entrar a Bolivia cuando fue a organizar la guerrilla. Chano lo era de I. A. Salas Obregón, dirigente de la LC23S.

de piojos blancos que mueren y se reproducen al infinito cobijados por el entorno sucio (39-40).[28] Semejantes detalles parecen simbolizar que un medio tan repugnante solo empuja al personaje a dejarlo atrás y a condenar el sistema que lo prohíja; la infancia no es digna de entrar en la memoria idílica.

Por otra parte dicha tematización nos lleva a establecer una relación intertextual de *La revolución invisible* con *¿Por qué no dijiste todo?* de Salvador Castañeda, publicada poco antes que la novela de Íñigo. El recurso compartido por ambas es el de la parasitosis asociada a la miseria económica y configurante de las condiciones materiales que caracterizan el origen social de los guerrilleros.

En *¿Por qué no dijiste todo?,* a partir de una escena motivada por unos niños presumiblemente sobrinos del narrador Joaquín, este despliega la tematización descriptiva de la parasitosis asociada a la pobreza, cuando aquellos avisan al abuelo que las lombrices les están saliendo (PNDT: 164-165). El detalle de la suciedad de la cama y el movimiento de los parásitos son signos no solo de la miseria; también anuncian la escena siguiente: la detención de Joaquín por la policía.

Tras una elipsis temporal de varios años, volvemos a encontrar a Ramón pero ya como obrero de una fábrica de loza, que lee y estudia *El Capital* en una célula; es aplicado, como lo demuestra su comprensión de la obra clásica, y militante del Partido Comunista. De nueva cuenta (recordando las novelas hasta ahora examinadas) encontramos el estereotipo del *hombre nuevo* concebido por el Che Guevara, el que se autoeduca y gracias a ello se convierte en vanguardista de la revolución.

§

En su huida de los militares que van persiguiéndolo, Ramón va a dar a Pueblo Nuevo (topónimo que puede hallarse en cualquier parte de la América hispana), lugar serrano alejado de la ciudad y un tanto sustraído a las leyes del mercado. Ahí se vive al margen de las determinaciones del estado. Como buen conocedor que es del marxismo, a Ramón lo impacta la aldea:

> El joven revolucionario se sintió atraído no sólo por la belleza natural del lugar sino por la forma en que el pueblo, *sin ayuda de los grandes teóricos*

[28] A partir de aquí las citas pertenecen a la primera edición impresa del libro.

> *del materialismo dialéctico, sin el apoyo de las leyes económicas en las relaciones de producción, sin la teoría revolucionaria del marxismo–leninismo*, había dado el salto del feudalismo colonial del siglo XVII al comunismo más puro sin pasar por los periodos de transición del capitalismo y del socialismo… (52, itálicas nuestras)

Su nombre se debe a que fue formado por una suerte de desplazamiento forzado de los habitantes, indígenas y mestizos que huyeron de la dominación española hasta la serranía para ser libres:

> ¿Cómo [...] pudo este pueblo [...] adelantarse a otras comunidades *sin tener clase obrera, sin campesinos, sin burguesía, echando por los suelos todo el aparato del materialismo dialéctico y del materialismo histórico? […] ¿Quién les enseñó el axioma de que para llegar a la fase del comunismo en la sociedad primero debería ser abolida la propiedad privada sobre los bienes de producción y eliminar el sistema de cambio monetario en las relaciones económicas?*
> Ramón se negaba a aceptar lo que iba en *contra de su formación marxista porque resultaba antidialéctico*. Finalmente *tuvo que aceptar la realidad aun cuando estuviera fundada en bases antihistóricas: el pueblo no había dado un paso hacia adelante sino para atrás, en un proceso histórico reversible hasta llegar a […] el comunismo primitivo*… (53, itálicas nuestras)

La sorpresa de Ramón reside en que halla una realidad objetiva —según los términos de su marxismo—, en la cual coexisten dentro de un mismo estado–nación, zonas capitalistas–urbanas y zonas rurales incomunicadas y por ende, marginales, donde dominan relaciones precapitalistas. En la configuración de estos contrastes resuenan los debates universitarios marxistas de los años sesenta y setenta del siglo XX en Latinoamérica; ocupados en discernir el origen del capitalismo en la región así como en verificar la supervivencia de formaciones económico–sociales previas, no obstante el predominio de la economía de mercado.

Para la trama de la novela, Pueblo Nuevo es importante por varias razones; la primera es que da pie a la teorización mencionada en el párrafo anterior; la segunda es que ahí Ramón encuentra a Juana. Otra razón es una de las tesis que el discurso doxal del narrador reitera; trata de convencernos de que el "atraso" de Pueblo Nuevo es en realidad, signo de su adelanto porque la sencillez de su vida evidencia que no se requieren cosas superfluas para vivir. De ahí que muchos objetos tengan función metafórica; por ejemplo, las "mariposas negras de la

fatalidad" (82) indican los límites de Pueblo Nuevo: quien los traspasa hallará pronto la muerte. El reloj de Ramón se detiene cuando él está allí porque no sirve para un lugar mágico, ajeno al tiempo convencional del mundo del que Ramón procede (78).

Pueblo Nuevo parece inspirado en Macondo, el *locus amenus* más famoso del realismo mágico. La estrategia del narrador correlaciona hábilmente el canon de la literatura latinoamericana con el propósito ideológico–político de la novela: Pueblo Nuevo es la utopía realizada y a través de su escritura, Íñigo homenajea a García Márquez; en el interior de la novela este espacio utópico da pie al narrador para que explicite con patetismo retórico los sentimientos contradictorios del guerrillero ideal:

> ¿Sería tan egoísta como para quedarse a vivir en aquel pedazo de *mundo utópico donde veía su ideal realizado*? ¿Y el resto de su pueblo, de los pueblos sometidos a la esclavitud oligárquica de explotación disfrazada de democracia, con los títeres del imperialismo en el poder? ¿Hasta dónde sería capaz de borrar de su mente los gritos de terror de los campesinos asándose como salchichas entre las llamas de la sede de la embajada de España en Guatemala? A los jovencitos salvadoreños que dejaron los libros para tomar las armas... O a la niña del M-19 [...] *Pero en su lucha interna, el guerrillero urbano, el político–militar, le gritaba que su lugar estaba en las calles de la gran ciudad con una metralleta en la mano.* (71, itálicas nuestras)

Este dilema que el narrador atribuye a Ramón es también el del escritor atraído por los extremos del realismo mágico y del realismo de corte periodístico.

§

Juana corresponde al ideal femenino de los revolucionarios, es receptiva, consecuente, dispuesta a seguir a su pareja y a compartir el sacrificio. Gracias al aislamiento en que ha vivido siempre (aunque sí tenga noticias del otro mundo, el moderno), resulta una discípula dócil, objeto ideal para el adoctrinamiento que ejerce Ramón. Congruente con su adhesión al realismo mágico, el narrador describe minuciosamente a Juana como encarnación del animismo y el cristianismo de Pueblo Nuevo, así como depositaria del mito del origen mestizo de sus habitantes. Ella es un ente que encuentra en animales y plantas su complemento, su *alter ego*;

una especie de Remedios la Bella que desaparece de su pueblo cuando decide seguir a su amado.

A pesar de que Juana desempeñe una función coadyuvante muy cercana a Ramón, hasta el grado del sacrificio por la causa, el narrador la mantiene alejada de los roles masculinos; y si se esmera en su figuración es por su personalidad mágica. Aunque se involucre en la lucha armada aprendiendo a manejar armas de fuego y a fabricar bombas molotov, aquella nunca llega a entender la ideología política de sus compañeros porque su lógica es la de "Lo de los ricos debe ser de los pobres" (265) y su móvil íntimo es la predestinación mítica de su estirpe.

El desinterés del narrador de *La revolución invisible* en la perspectiva de género se confirma en la figuración de otras mujeres. Sandra, una guerrillera urbana en la novela, al principio de esta no merece un tratamiento positivo por parte del narrador: la juzga superflua, frívola y tonta (85); pero tras un juicio (de los guerrilleros) porque ella había gastado parte del botín de un asalto, Sandra se arrepiente y se transforma en mujer de vida austera (110); finalmente acaba como prostituta y loca (140-141). Toña, una guerrillera rural, es presentada como una "niña" ansiosa de vengar la muerte de su padre (213).

§

La irrupción de Chano en *La revolución invisible* ocurre cuando Ramón va al campo para establecer contacto con la guerrilla rural, cuyo dirigente es el primero. Este, a pesar de su origen campesino, había llegado a ser médico; tras haber sido reprimido en una manifestación, decide tomar las armas. Nuevamente el tono patético de la retórica del narrador confirma su consonancia con el campesino–guerrillero:

> Como Ramón, Chano era un hombre sin rostro, producto de la tierra cansada, estéril, lacerada. [...] El otro, un hijo del asfalto, alimento despreciado por las ratas en los basureros municipales... Los dos, el urbano y el serrano, perseguidos por atentar contra el orden del sistema establecido... (168-169)
>
> Había que cambiar la bata blanca por el uniforme de campaña. Hacer la revolución en el único lugar donde se sentía seguro: en el monte. [...] *No tuvo, como Ramón, crisis internas de orden filosófico. No sabía nada de cuestiones dialécticas y teorías sobre la dictadura del proletariado* [...] Sólo sabía que

> correspondía al pueblo tomar el poder y establecer un gobierno de los pobres… (197, itálicas nuestras)

Al igual que los otros personajes, Chano muere combatiendo; aunque no pertenezca a la estirpe mítica de Juana, comparte su ideología pobrista y el origen rural.

§

El relato estrictamente sobre las acciones guerrilleras abarca numerosos pasajes cuya singularidad se pierde, subsumida bajo descripciones largas, diálogos, anécdotas adyacentes, relatos parásitos… Ramón es el personaje más importante porque la lógica de su actuación es congruente con lo que está sucediendo en su país posible; sus primeras acciones son subsecuentes al golpe de estado; luego participa con los guerrilleros rurales; finalmente retorna a la capital de su país para reorganizar la lucha armada urbana, pues la ausencia de Ramón había provocado la dispersión de los activistas.

Pero el narrador también expone su desarrollo ideológico–político. Al respecto es interesante observar que las experiencias de Ramón remiten de modo indirecto, a los debates intraizquierdistas de los años setenta en México. Por ejemplo, el motivo por el cual se aleja del Partido Comunista y opta por la lucha armada es la decepción:

> ...su desencanto con los "camaradas" dirigentes que se limitaban a cuestionar al régimen en turno mientras vivían como burgueses y canalizaban a hijos y parientes cercanos las invitaciones […] a congresos internacionales y festivales de la juventud en las naciones socialistas, así como el aprovechamiento de becas para que estudiaran en universidades. (60)

Las confrontaciones de Ramón contra el PC incorporan el discurso de diferentes militantes que se separaron del PCM desde finales de los años sesenta, para sumarse a la lucha armada. Por ejemplo, Carlos Armendáriz (citado por Armendáriz Ponce 2001: 81) del Grupo Popular Guerrillero Arturo Gámiz, renunció a la Juventud Comunista de México en 1967 porque:

> Cuando ingresé en la J. C. M. yo buscaba una actitud revolucionaria que planteara con claridad y decisión la lucha del pueblo en sus formas más

> elevadas y combativas. Y no encontré sino favoritismos, oportunismos, servilismo, calumnias y todo lo que se puede encontrar en una organización reaccionaría formada por lo más selecto de la pequeña burguesía.

Pero no todos los miembros del partido son como los aludidos en el párrafo anterior. Don Polo es un viejo comunista que se muestra paternal con Ramón y esgrime los argumentos típicos de la izquierda que rechazaba la lucha armada antes del golpe militar:

> — [...] El partido sabe que la *única forma de llegar al poder aquí es por la vía electoral*, tratar de colocar a sus mejores hombres en posiciones claves para propiciar un *cambio paulatino en la estructura política del país* […] y hacer una intensiva labor de propaganda para crear conciencia en el pueblo. [...] cualquier otra actitud al plan establecido sería suicida porque *provocaría una situación de crisis en el país y daría la pauta para justificar la toma del poder por parte de los militares*. (61-62, itálicas nuestras)

§

Pero si para los comunistas es inadmisible la lucha armada, para el resto de la población es inimaginable. Ni siquiera la masacre en la "Plaza de la Paz" logra despertar su descontento:

> Era el momento, la chispa que prendería la revolución armada, pensaba. Y se imaginaba a los obreros tomando las fábricas […] Y a los campesinos dejando los arados a la ignominia y sacando de detrás de la puerta de sus jacales las viejas escopetas […] Al día siguiente localizaría a sus compañeros activistas para tomar posiciones dentro del movimiento. Ellos eran la vanguardia. Pero al llegar a la plazoleta del Mercado Viejo […] Ramón vio cómo *la vida seguía su curso normal. [...] La mayoría de la gente nada sabía de lo ocurrido. Algunos escucharon sólo rumores*. (66, itálicas nuestras)

Tras el golpe de estado, entre los compañeros de Ramón tampoco existe el convencimiento absoluto de enfrentarse a los militares porque conciben que la lucha armada debe ser generalizada, no de un pequeño grupo, tal como es el caso de la guerrilla:

> [Tomás] —O les hacemos frente con las armas o mejor ahí le paramos. No es posible irnos a clavar a lo idiota en las puntas de las bayonetas.

Ramón le replicaba.
— No se trata de que nos suicidemos. Tenemos que armar un comando de guerrilla urbana y lanzarnos a la lucha en acciones que tomen por sorpresa al enemigo. Golpear y huir.
— Suena bien, Ramón; pero ¿tenemos armas? ¿El pueblo está preparado para la lucha? No. ¿Estamos preparados nosotros? Tampoco. Entonces no tenemos nada que hacer. (66)

La alternativa a semejante debacle, el narrador y Ramón la encuentran en otras formas de organización, espontáneas y con gente sin las experiencias de la izquierda histórica:

...fueron surgiendo otros líderes, menos preparados; pero con mayores agallas; más silenciosos, pero con mejores dispositivos de organización. Grupos que sabían que ahora sí la lucha en las calles no era un juego de niños, sino una lucha a muerte contra el sistema [...] Desde entonces lucharían organizados en grupos de guerrilla urbana. (88)

Los guerrilleros urbanos del comando de Ramón son dispares. Carlos, por ejemplo, apenas había cursado la escuela elemental; su motivación para luchar era vengar el asesinato de su hermano durante una manifestación, y detestaba los planteamientos teóricos (83). A pesar de ello no se sale del grupo y muere tras el fallido asalto bancario (294). En cambio Alfonso, egresado de la Facultad de Filosofía y Letras, era erudito pero "incapaz de aplicar sus conocimientos […] a las necesidades revolucionarias" (84). Pablo, exobrero de la industria automotriz, se une a la guerrilla tras haber atestiguado la represión de una huelga laboral (241-242).

Pero también se suman delincuentes comunes, simplemente interesados en beneficiarse de los asaltos bancarios o a empresas, y se va creando un clima de descomposición que ni los mismos guerrilleros alcanzan a controlar.

El último diálogo entre don Polo y Ramón, resume la ambigüedad y la incertidumbre de las circunstancias:

—Ellos creen que la revolución se hace matando ricos. [...] Recuerda el principio de conquistar los medios de producción en favor de las fuerzas productivas, no destruirlos.
—No sé, don Polo. Pero al menos hay una actitud de rebeldía, un deseo de transformar el estado de cosas. [...] *es más efectivo un disparo de libertad en la sierra que cien discursos de ustedes los comunistas ortodoxos* que profesan el marxismo como si pertenecieran a una secta... (104, itálicas nuestras)

§

Esta indefinición e incertidumbre sobre el destino de la rebelión es la que justifica que el imaginario de *La revolución invisible* sea: "una revolución de rostros sin nombre, células aisladas que no llegaban a configurar un todo conjunto" (106). La rebelión social en Latinoamérica se abre paso en el campo y en las ciudades, especialmente donde hay dictaduras militares; es un proceso invisible de acumulación de fuerzas entre los oprimidos. Una izquierda informe, sin cabeza, reparte volantes y pone bombas molotov, mientras la mayoría de la población se acostumbra y trata de sobrevivir adaptándose a las nuevas condiciones, al igual que los "representantes de la oligarquía" que también entablan una nueva red de relaciones con los militares. Solamente los campesinos, basados en una ideología pobrista y ajenos a la teoría marxista, se entregan incondicionalmente a la lucha. El espacio novelesco induce a imaginar más de un país de la región (México, Colombia, Uruguay, El Salvador…). Ramón y Chano son guerrilleros ideales, *líderes* casi imprescindibles, estereotipos del *hombre nuevo*, capaces de iniciar la rebelión, aunque mueran en el proceso y se desilusionen a causa de la débil respuesta positiva de la gente a la rebelión. Las concepciones guevaristas se asoman en el vanguardismo de estos personajes y en el espacio latinoamericano de la novela. El complemento idóneo de la amplitud geográfica de este espacio es la intertextualidad con los tópicos del realismo mágico, considerado por algunos como parte de la identidad literaria de la región. Sumada a lo anterior, la estrategia que más denota la intención literaria del narrador es la abundancia de tropos. Con la retórica comúnmente asociada a la poesía, el imaginario de la guerrilla pretende persuadir a los lectores de que la lucha armada se justifica, y la instancia narradora omnisciente junto con su discurso doxal buscan comunicar los argumentos ideológicos.

El imaginario de la guerrilla es positivo pero la extensión de *La revolución invisible* provoca que los personajes ilustrativos se pierdan en la maraña de anécdotas y de escenas. Este fue el costo de pretender una visión totalizante de Latinoamérica a través de la acumulación positivista de tipos y estereotipos; aunque estos puedan parecer 'representativos' de la sociedad, distraen la atención sobre los personajes principales.

§

Alejandro Íñigo fue novelista escasamente apreciado y mencionado en los círculos literarios mexicanos del último cuarto del siglo XX; más bien fue reconocido como un miembro con dotes literarias en el gremio periodista. Por lo tanto es difícil rastrear la hemerografía sobre la recepción crítica de su obra, a pesar de que llegó a publicar más de cinco novelas y otros textos, entre los cuales nos interesa el de *Periodismo literario* (1988), orientado a impartir recomendaciones para periodistas, enfatizando la distinción entre reportaje y literatura, y animando a aquellos a deslizarse a la ficción. Según Íñigo, en el "reportaje de fondo" (opuesto al tradicional, cuya estructura se basa "en la propia realidad") el realismo se transforma en ficción y por ahí se conecta con la subjetividad. La información factual se vuelve apoyo de la ficción ya que el escritor *inventa* la realidad, por ejemplo, García Márquez. En este punto ocurre el deslizamiento del periodismo a la literatura, donde reina la "libertad de estilo" —contrariamente a lo que postula el "periodismo ortodoxo"—, la cual a su vez se supedita a la técnica literaria. Al respecto —en congruencia con las detalladas descripciones que observamos en *La revolución invisible—,* Íñigo defiende la mezcla de crónica, narración y descripción; mezclarlas es lograr un alto dominio de la prosa. Entre sus preceptos nos llamó la atención el siguiente comentario: "En ocasiones el periodista–escritor se deja llevar por la cronología de la historia y, en un temor por no dejar aspectos fuera de la trama, acaba por describir una a una las escenas de los hechos" (Íñigo 1988: 69-70, 85-86, 101-103, 114). Al menos en *La revolución invisible,* Íñigo terminó haciendo lo que teóricamente no le gustaba.

En los preceptos de Íñigo se trasluce su aislamiento literario; sus bases son los clásicos de la literatura y la filosofía occidentales o los cánones del Boom latinoamericano, pero ningún escritor contemporáneo. Concibió su "re–creación" de la realidad y su concepto de "realismo ficción" a la medida de las prácticas de la profesión periodística, exhortando a los reporteros a "inventar" sus imágenes mediante las palabras para "sumergirse en el fondo de la realidad misma, más allá de sus formas aparentes" (Íñigo 1988: 123, 124, 133). Por lo anterior es imposible evitar la sensación de anacronismo al leer *La revolución invisible,* y se comprende por qué la novela no comparte rasgos estéticos de la narrativa coetánea mexicana.

§

En cuanto al posicionamiento político de la novela ante sus circunstancias, resulta lógico tipificarla como manifestación literaria de varias inquietudes izquierdistas subyacentes en aquellos años en que la reforma política estaba provocando cambios ideológicos y estratégicos en las organizaciones de oposición al PRI en México. La tendencia dominante era la "reformista" que estigmatizaba la lucha armada, mientras la guerra sucia continuaba en su fase más atroz. Ante esto, *La revolución invisible* expresa el ímpetu ideológico–político que había encontrado en el Che Guevara su paradigma supremo, y recupera la idea de José Revueltas acerca del "proletariado sin cabeza".

El internacionalismo de la novela se ve favorecido por la coyuntura de los años de su publicación. A pesar de que en algunos países varios grupos guerrilleros ya habían sido derrotados (los Tupamaros en Uruguay; el Partido Revolucionario de los Trabajadores y Montoneros en Argentina; las Fuerzas de Liberación Nacional, el Partido de los Pobres, la Liga Comunista 23 de Septiembre y otros grupos menos numerosos y conocidos en México), en otros países de la región continuaba la lucha armada contra gobiernos militares y dictatoriales y/o oligárquicos, autoritarios, ejecutores de la "guerra de baja intensidad" diseñada desde EUA.[29] A unos cuantos kilómetros al sur de México, entre 1978 y 1980 el movimiento guerrillero en Guatemala había alcanzado gran influencia entre la población del país, y los diferentes grupos se unieron en una sola organización. En El Salvador también ocurrió algo parecido en el mismo periodo. Unos años antes había triunfado en Nicaragua el Frente Sandinista de Liberación Nacional, si bien en los ochenta libraba la guerra desgastante de la *contra*. En Perú acababa de darse a conocer Sendero Luminoso. En Colombia seguían operando las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia y el M-19.

La Guerra Fría seguía operando pues aún no se iniciaba la Perestroika en la antigua Unión Soviética ni habían desaparecido los estados

[29] La guerra de baja intensidad (GBI) es una confrontación político militar entre estados o grupos, por debajo de la guerra convencional y por encima de la competencia pacífica entre naciones. La GBI involucra a menudo luchas prolongadas de principios e ideologías y se desarrolla a través de una combinación de medios políticos, económicos, de información y militares. Este tipo de confrontación se ubica generalmente en el tercer mundo, pero contiene implicaciones de seguridad regional y global (*Wikipedia*).

socialistas de Europa del Este. De ahí que para 1982, año en que presumiblemente, Íñigo concluyó *La revolución invisible,* él no se imaginó tal vez, que el advenimiento de la Perestroika y en consecuencia, el abandono de la Guerra Fría por parte de EUA, conducirían a la caída del socialismo real y al desprestigio del izquierdismo, lo cual ocurriría a mediados de los años ochenta.

Esta situación sumada a aquel contexto regional de efervescencia y a la profesión periodística de Íñigo, explica pues, el contenido de *La revolución invisible* y que la novela proponga la invención de guerrilleros ideales, no obstante que ya habían aparecido en México narraciones referidas a grupos guerrilleros verídicos como *Guerra y sueño* y *¿Por qué no dijiste todo?,* las cuales examinaremos en el capítulo siguiente de este libro.

Memoria y admiración

△

Desde finales del siglo XX se comenzó en las ciencias humanas, a reflexionar en torno a la memoria y a la categoría correspondiente. Resultaba necesaria esta conceptualización a partir de la oleada que se ha presentado en el pensamiento latinoamericano principalmente (pero quizás en otras partes del mundo también), de recuperación del pasado inmediato; pasado que no está absolutamente historizado porque todavía sobreviven algunos de sus actores.

La memoria había estado subsumida en otras categorías, pero desde la última década del siglo XX, ha adquirido relevancia y singularidad que vale la pena incorporar en los estudios literarios y culturales. Por ejemplo, Amaya Llebot Cazalis (1998: 244) había observado que utilizar la memoria como recurso literario responde a la necesidad de definir la identidad y compromiso del escritor respecto de su tiempo, su obra y de sí mismo; es decir, el escritor, al objetivar el rescate de la memoria en sus obras literarias, se presenta a sí mismo como un yo individual inserto en la memoria colectiva, y esto conlleva también su ubicación en tiempo y espacio determinados, y en acontecimientos pertenecientes a estas coordenadas. El escritor, al recuperar unos hechos sí y descartar otros, al seleccionar los recuerdos, está expresando el sistema de valores que posee. En este momento *la ideología se presenta en la relación entre la ficción y lo real evocado.*

Posteriormente vienen los estudios que no son literarios sino sociales y culturales, de Elizabeth Jelin, quien a través de sus obras ha ido precisando cómo entender la memoria. Elizabeth Jelin (2001: 10) ha definido a los productos culturales que materializan sentidos del pasado como "vehículos de la memoria", producidos por agentes sociales que intentan "materializar los sentidos del pasado"; para tales agentes esta acción tiene sentido en tanto que ellos son parte de una comunidad cultural y política.

Esas empresas de construcción del sentido del pasado no se dan aleatoriamente en cualquier momento de la historia, sino en momentos de crisis, porque es entonces cuando la gente intenta reinterpretar la memoria, dado que esta reinterpretación se relaciona con el cuestionamiento de su identidad grupal. La identificación grupal es lo que encuadra las memorias.

Profundizando en el asunto de la identidad grupal y el sentido de pertenencia, Jelin (2005) afirma que el mecanismo cultural de pertenencia es muy importante para grupos oprimidos, silenciados y discriminados, pues la conmemoración y el recuerdo se tornan cruciales cuando están anclados en acontecimientos catastróficos de carácter político: represión, aniquilación, desastres sociales y sufrimiento colectivo.

Hay dos aspectos de la reflexión sobre la memoria hecha por Jelin (2005: 19) que vale la pena mencionar. Uno, todas las representaciones y narraciones construidas sobre el pasado cobran sentido en relación con el presente:

> En todos los casos, se trata de luchas ancladas en el presente y ligadas a escenarios políticos del momento. Algunos actores pueden plantearlas como continuación de las mismas luchas políticas del pasado, pero en verdad, en escenarios cambiados y con otros actores, la transformación del sentido de ese pasado es inevitable. Aun mantener las mismas banderas implica dar nuevos sentidos a ese pasado que se quiere "conservar".

Profundizando en esto mismo, Jelin (2005: 20) concluye que la memoria es un espacio también de lucha política, puesto que siempre habrá diferentes tipos de memorias que tengan proposiciones y sentidos opuestos.

El pasado ya no puede ser cambiado; el futuro tampoco se puede pronosticar, es incierto, indeterminado; lo que sí puede cambiar es el sentido de ese pasado porque está sujeto a interpretaciones, a intencionalidades y a expectativas. El sentido del pasado está dado por agentes sociales ubicados en escenarios de confrontación frente a otros sentidos, olvidos o silencios afirma Jelin (2005: 20). Esto nos lleva a concluir que las memorias desde la perspectiva izquierdista, tienen la intención de que no vuelva a repetirse la impunidad.

Cuando Jelin cita a Tzvetan Todorov (por su célebre estudio sobre usos y abusos de la memoria), ella recupera la división hecha por él en-

tre memoria literal y memoria ejemplar. La primera simplemente sirve para identificar, entender causas y consecuencias del acontecimiento, mas no para guiar comportamientos futuros ni para superar el trauma social. La memoria ejemplar implica la doble tarea de superar el dolor causado por el recuerdo y aprender de él convirtiéndolo en un principio de acción para el presente.

En este contexto ocurre lo que Jelin (2005: 36) denomina "las luchas por las memorias". Ella plantea que estas luchas comienzan desde el momento en que se arguye que quienes gozan del derecho a reivindicar la memoria tienen que haber sido víctimas directas, actores de primera mano presenciales, y se quiere excluir a quienes no vivieron esta experiencia. Los que reivindican que solo tienen derecho a suscribir la memoria quienes vivieron las experiencias directamente, cultivarían lo que se llama "memorial literal". Pero si concluimos que no se necesita haber sido víctima directa para participar en el proceso histórico de construcción de la memoria colectiva, entonces admitimos que los "emprendedores de la memoria" que no fueron víctimas, son quienes pueden con más facilidad, convertir la memoria literaria en memoria ejemplar. Para cultivar la memoria ejemplar lo que importa es que esta contribuya a ampliar el horizonte de expectativas en otros individuos que no sufrieron el acontecimiento traumático. Por lo anterior consideramos que las novelas que examinaremos a continuación son artefactos de memoria ejemplar, aun cuando uno de los escritores, Salvador Castañeda, fue guerrillero. Sus novelas son ficciones testimoniales, no testimonios literales.

En resumen, la cuestión de poseer autoridad sobre la memoria no reside en "poseer la verdad", fijarla y postular que las memorias legítimas son solamente las enunciadas en primera persona. La autoridad de los emprendedores de la memoria se debe a que la incluyen en nuevos proyectos, nuevos espacios y, por lo tanto, le abren más posibilidades futuras. Creemos que eso han hecho los autores de las novelas que examinaremos a continuación. Las nueve novelas de este capítulo se correlacionan intencionalmente con su referente histórico. En el caso de *Guerra y sueño* tal correlación podría haber sido peligrosa para el autor empírico puesto que apareció en los años setenta, cuando todavía no se hablaba abiertamente y en público sobre la "guerra sucia" de México. Para las otras novelas el contexto social, especialmente en la ciudad de México, fue más favorable en la medida que se hizo visible la organización de los parientes de los guerrilleros muertos y desaparecidos, y los avances

de la reforma política de 1977 comenzaron a dar frutos, por ejemplo, la amnistía y la incorporación de algunos exguerrilleros en partidos políticos opositores al PRI, pero no clandestinos.

Guerra y sueño de Salvador Mendiola

> *…entonces era como para ponerse muy belicoso y fúrico […] intransigente y agresivo […] despanzurrador de gramáticas, retóricas y altares […] dispuesto a entrarle luego luego a los fregadazos […] ni quien quisiera ponerse a dudar metódicamente para saber si es cierto que la lucha […] no puede detenerse hasta que no veamos llegar el triunfo, hasta la victoria final…"*[1]
>
> Salvador Mendiola, *Guerra y sueño*

Guerra y sueño apareció hace 35 años, nunca volvió a editarse y es difícil hallarla en bibliotecas públicas; fue la segunda novela de su autor, quien después ha publicado otro tipo de textos y es profesor universitario.

Se trata de una composición novelesca muy voluminosa con aliento lírico, filosófico y simultáneamente izquierdista, lo que nos lleva a reconocer que también se trata de una exploración de la escritura por senderos que transitan de la figuración realista a la fantástica; de la narración al ensayo y a la poesía, y que no se sujeta a límites de extensión ni de coherencia. Tal extensión permite al lector sumergirse en la memoria de la felicidad y del dolor que están en el origen de que el narrador protagónico haya concluido la novela.[2]

Se forma de dos grandes relatos. El eje de uno de estos es la relación entre el personaje femenino Dení y el narrador en primera persona, quien también protagoniza el relato simultáneo que es el de un escritor en ciernes. El amor entre Dení y el narrador está profundamente arraigado tanto en la satisfacción de sus relaciones eróticas cuanto en su afinidad rotunda en los planos intelectual, político, existencial, estético. Aunque el relato tiene el aspecto de ser una retrospectiva (desde el inicio de *Guerra y sueño* ya sabemos que Dení está muerta, porque así lo reporta la nota periodística del 15 de febrero de 1974 en el diario *Excélsior*, que

[1] A partir de aquí las citas de *Guerra y sueño* son tomadas de la única edición de la novela.

[2] Algunas de estas consideraciones fueron trabajadas en una ponencia de P. Cabrera López (2011b).

el narrador transcribe parcialmente: fue asesinada el día anterior[3] junto con otros de sus compañeros en Nepantla), es más bien una anamnesis de la primera juventud y del espíritu (sin visos religiosos) libertario de los protagonistas, de la época en que ellos vivieron la encrucijada de decidir por cuál vía llegar a la transformación revolucionaria.

El correlato histórico preciso de este acontecimiento fue un ataque militar a las Fuerzas de Liberación Nacional (FLN) que tenían una casa de seguridad en Nepantla, Estado de México (Cedillo Cedillo 2008: 478).[4] Entre los jóvenes guerrilleros muertos en tal ocasión, estuvo Dení Prieto Stock, mujer méxico–estadounidense de 19 años (Cedillo Cedillo 2007), quien es la fuente del personaje novelesco.

El otro relato —arduamente alegórico— complementa al primero en el sentido de que en su alternancia y entrecruzamiento, ambos pueden ser leídos como la educación sentimental de la generación del narrador. Aparecen otras mujeres además de Dení, y dos amigos del narrador, todos escritores. Del segundo relato se deriva una novela de caballería escrita por los tres amigos: "…un relajo que comenzó siendo una novela de caballeros andantes, dragones y desiertos…" (15). Fuera del "relajo", la dimensión espacial de ambos relatos es muy precisa: las colonias Cuauhtémoc y Condesa de la ciudad de México; la metaficción también los invade pues uno y otro refieren las influencias que pesaron en el incipiente escritor: la literatura española, los intelectuales del exilio español y las discusiones sobre estética.

§

Solamente examinaremos el relato en torno a Dení. Su irrupción en la vida del narrador y en la novela está modelada literariamente conforme al canon: Dení y aquel se conocen en la calle bajo el pretexto de un debate sobre estética con un tercero. Este motivo es reescritura del encuentro entre *Nadja* y el narrador de la novela homónima de André Breton.

[3] La fecha de su muerte es la misma en que fue asesinado Efraín Calderón Lara (véase el apartado "*Gallo rojo*").

[4] Según Adela Cedillo Cedillo (2008: 478, 2010a: 82-83), las FLN existieron de 1969 a 1992, aunque desde 1975 prácticamente optaron por la invisibilidad. Varios de los dirigentes que sobrevivieron fueron los precursores del Ejército Zapatista de Liberación Nacional que se dio a conocer en 1994. Véase el apartado "La izquierda social".

En los pasajes sobre Dení, el narrador y la célula izquierdista donde ella milita, predominan los diálogos que dan oportunidad a los personajes de autodefinirse por su propia voz. Así Dení va exhibiendo su personalidad anarquizante, libre de todas las determinaciones, inclusive de las políticas:

> Yo soy marxista, el marxismo suele ser muy cruel con todas las formas de arte, pero no soy una amargada, creo que los marxistas necesitamos de la ayuda de la risa para hacer la revolución. Como que *hace falta un poco de locura dentro de nuestra solemne seriedad de revolucionarios*, ¿no crees? La seriedad y la solemnidad son inventos burgueses.
> — Y esa locura de la que hablas la deben aportar los artistas, ¿no? —dijo Luis.
> — Sí, pero no vayas a pensar que estoy pidiéndoles que se conviertan en los bufones del reino de la revolución. El papel del artista, o del loco, es el de *mantener viva la duda*. Es necesario que alguien esté negando constantemente la posibilidad de alcanzar el método cerrado, completo y exacto en que es posible atrapar la diversidad de los datos que la realidad nos ofrece […] La risa de los artistas hace que el río revolucionario desborde los estrechos cauces de los caudales de riego burgueses. (160, itálicas nuestras)

La mayor parte de los diálogos exclusivamente entre el narrador y Dení, y sus escenas son eróticas. La relación íntima cotidiana es textualizada pausadamente. En cambio las escenas de la célula permiten la intervención del narrador también como testigo que caracteriza sociológicamente a los militantes. Rosa, Adolfo, Santiago, Alejandro, Esteban, además de Dení y el narrador son jóvenes clasemedieros instruidos, "niñitos pequeño–burgueses" (403), militantes con un nivel educativo muy por encima del promedio en México, que rompen con todos los valores tradicionalistas, se independizan y de ahí pasan a la organización política: la célula. Impugnan al sistema no porque sean sus víctimas sino porque hacer algo contra la "tarántula" podría dar sentido a sus vidas; es decir, para ellos luchar es una opción existencial, no resultado del determinismo social. Los diálogos dentro de la célula son evidentemente de carácter político; giran en torno a decisiones que los jóvenes deben tomar para "transformar el mundo *lo más pronto posible*" (404, itálicas nuestras). Ahí, aunque el narrador hubiera reconocido previamente la lógica que mueve a los militantes ("Yo sólo sé que me voy a morir y que el comunismo es lo que está por venir…" [162]), es percibido por estos

como "intelectual" y "romántico" que se niega a ver la realidad; lo que da pie a que aquel se autodefina como "anarquista" o "marxista libertario", escéptico ante la propuesta de que la dirección de un partido de corte leninista sea la única solución organizativa, toda vez que "…la única clase revolucionaria es el proletariado, ellos son los únicos que pueden dirigir la revolución, inventar[la]" (408-409-410, 413). La prolongada escena de la reunión donde el narrador —no obstante las reconvenciones y los reproches de la mayoría de los militantes— no accede a incorporarse en el partido, termina con una suerte de duelo entre el ideologema definidor de la revolución ("Hacer la revolución es imponer la dictadura del proletariado y la propiedad social de los medios de producción" [415]) y las respectivas definiciones anarquizantes y antisolemnes del narrador y de Dení; definiciones que confirman la hipótesis de que la segunda personaje funciona como narrador delegado del primero:

> …hacer la revolución consiste […] en hacer que desaparezca este soberano desmadre en el que estamos atrapados.
> […] Hay que hacer algo […] *lo primero que se nos ocurra* para hacer que todo este desmadre se vaya al carajo de una vez por todas. (415, itálicas nuestras)

Sin embargo, terminan reconociendo que por encima de sus diferencias, todos los reunidos luchan contra la *tarántula*, cada uno en su papel; que el narrador es el encargado "…de poner por escrito lo que nosotros vivimos…" (416), y respeta las decisiones más radicales como las de Dení, quien se va a Nepantla para hacer trabajo entre campesinos.[5]

Recordando las novelas examinadas en el capítulo "Invención idealizante", nos llama la atención que el tenor de sus discusiones difiera de debates semejantes que aparecen en la obra de Mendiola, donde rara vez son invocados las categorías típicas del marxismo y sus tópicos, incluidos los ideologemas. El narrador ensaya nuevas denominaciones, y acaso defendiendo que el rock es parte de la educación sentimental de las generaciones nacidas desde los años cuarenta, no omite mencionarlo como componente anímico e inspirador de la iconoclastia:

> *La juventud es la época en la que la tarántula permite que sus futuros esclavos digan lo que quieran*, a condición de que nunca dejen de pensar en los fantasmas de la realidad. (199, itálicas nuestras)

[5] Esto ocurrió en la realidad extratextual en octubre de 1973 (Cedillo Cedillo 2008: 272).

> …decíamos que la revolución triunfaría antes de que termináramos de estudiar la carrera. *Ahora aseguramos que sucederá antes de que nos quedemos calvos*.
> …nos enfrascábamos *en interminables y caóticas discusiones* acerca de qué tan posible era organizar una guerrilla urbana o un partido proletario. Al final no llegábamos a ninguna conclusión, pero nos íbamos felices a escuchar el último disco de Led Zeppelin. (200, itálicas nuestras)
> …creíamos que nada más por haber leído el Manifiesto Comunista […] ya teníamos la antorcha de Prometeo en las manos. No nos dimos cuenta de que ellos, los normales, *los esclavos de la tarántula, nos daban su consentimiento para que nos burláramos de su forma de vida; pues sabían que tarde o temprano terminaríamos haciendo lo mismo que ellos*… (205- 206, itálicas nuestras)

Otro ejemplo es la denominación del sistema capitalista: "…'tarántula' es un eufemismo, una licencia poética, una forma menos congelante de decir 'modo de producción capitalista'" (12).[6] Y cuando él y Dení se refieren a la utopía, la llaman Lucca, lugar que existe realmente en Italia y que en el siglo XII era de aquellas ciudades–estado de carácter medieval, una de las primeras comunas libres, es decir, una sociedad local organizada según principios equitativos. Este correlato histórico no está referido como tal en la novela; la mención del topónimo, o sea el espacio al que aspiran el narrador y Dení, basta para significar la utopía:

> …nuestro posible encuentro en Lucca, no será otra cosa más que una oportunidad para abrir una puerta más. No importa si del otro lado nos esperan la desilusión y el asco, *lo importante es no quedarnos con los brazos cruzados, soñando con lo que no tenemos y no nos atrevemos a buscar. Tal vez del otro lado nos espera la muerte*, pero ¿vamos a dejar esa puerta cerrada? (302, itálicas nuestras)
> …lo que yo entiendo por revolución, será algo así como la construcción de un *Lucca para todos*… (344, itálicas nuestras)

En el empleo de estos metaforizantes apreciamos el esfuerzo de renovación del lenguaje, coherente con el proyecto estético literario de la novela, pero también la parodia del marxismo–leninismo, que en la novela ocupa algunos pasajes antistalinistas, prescindibles para la

[6] Los escritores del mismo grupo generacional de Salvador Mendiola también emplearon esta palabra con el mismo sentido, por ejemplo, Alberto Huerta en su cuento titulado precisamente "Tarántula".

trama pero importantes para la autoidentidad del narrador: trotskista, anarquista mas no comunista–stalinista.

§

La separación del narrador y Dení es inevitable pues ella parte para cumplir con el gran amor de la revolución; la prueba de ese amor es el clímax de la novela: el ataque del ejército en Nepantla (441-453). Ese sí es relatado al modo tradicional: con narrador externo y calificativos; de ahí que tenga el aspecto de yuxtaposición en el discurso novelesco. Los seis militantes mencionados líneas arriba, viajan "de pueblo en pueblo" comprobando sus *intuiciones políticas*:

> …la mayoría de los campesinos, al igual que los obreros, sentían que la única verdadera solución para sus problemas era […] una *revolución comunista*.
> …la historia no se equivocaba, nadie puede escapar de *la necesidad de hacer desaparecer, a como dé lugar, el sistema capitalista*. […] Los campesinos se alegraban mucho cuando veían que alguien se encontraba trabajando para hacer que las cosas cambiaran. […] muchos hasta pidieron *su afiliación al partido*. (442-443, itálicas nuestras)

El efecto de yuxtaposición se acentúa con la mención nominal de uno de los jefes policiacos que encabezaron la "guerra sucia" en México, en los años setenta, [Jorge] Obregón Lima, y de la Liga Comunista 23 de Septiembre; asimismo, con la referencia del asalto al tren México–Puebla en febrero de 1974, por guerrilleros y que, se supone, fue el pretexto del ataque por parte del ejército a las FLN en Nepantla. La precisión de referentes probados en la realidad extratextual, favorece que en la novela aflore la perspectiva perceptual de los represores, el imaginario de estos acerca de los 'otros':

> …el comandante Obregón Lima ya había anunciado […] que en cualquier momento los atraparía […] *No era bueno que la opinión pública pensara que los malhechores habían logrado burlar la ley* […] que había descontento en el país, así que era indispensable encontrar alguien a quién echarle la culpa del asalto…
> "Por ahí andan unos muchachos comunistas hablando con la gente del campo […] diremos que eran miembros de la Liga Comunista 23 de

> Septiembre, *guerrilleros desalmados dirigidos desde el exterior […] enemigos de la nación y drogadictos*". (445, itálicas nuestras)

No obstante que según este relato, al saberse cercados, los militantes habían acordado entregarse a los soldados, la decisión de estos es implacable: "¡Que no quede *ni un pinche comunista vivo*! Gritó el teniente" (452, itálicas nuestras).

Aun admitiendo que el relato sobre Nepantla en *Guerra y sueño* es una recreación de los hechos probados, más que una reconstrucción documentada,[7] es justo reconocerle que fue *la primera narración no periodística*[8] que figuró el suceso, enmarcándolo en sus condiciones históricas inmediatas.

§

Las perspectivas ideológicas del relato y del narrador son estéticas y subjetivo–izquierdistas, mientras que la de Dení es predominantemente estética.

Desde que Dení irrumpe en la trama, el narrador delega en ella también, la reflexión estética (otra forma de metaficción de *Guerra y sueño*) que puede sintetizarse (aunque de modo muy apresurado, lo reconocemos) en la tensión entre por un lado, cuestionar las ideas convencionales sobre la belleza y el arte, y por el otro, proponer que la imagen, la visión o la representación artística es de origen subjetivo, a pesar de la ilusión de orden interno y de control por parte del artista o del canon. La tensión entre ambos extremos expresa el movimiento, el cambio, la incertidumbre, el caos… de un mundo que la mayor parte de la gente se niega a ver, tal como es el pintor callejero a quien Dení reconviene:

> …pintando cosas bonitas sólo logramos anestesiarnos para no sentir la vida, aparentando que el mundo […] está muy bien […] no debe cambiar.

[7] Según los testimonios de los sobrevivientes, recabados por Adela Cedillo Cedillo (2008: 298-303), los guerrilleros no estaban en "una cabaña abandonada", como se dice en *Guerra y sueño,* sino en una casa de mampostería; asimismo, que no ofrecieron rendirse desde adentro, sino que dos de sus compañeros usados por los soldados como 'escudo humano', lo propusieron. Empero, a grandes rasgos, la recreación es más fiel que distorsionante.

[8] Las versiones de periódicos mexicanos acerca de enfrentamientos entre soldados y guerrilleros solían satanizar a estos y distorsionar los hechos (Gamiño 2008, Cedillo 2011a); véase el apartado "*Gallo rojo*".

> *El arte debe servir para recordarnos que todo está cambiando* […] ¡A la chingada con la belleza y el optimismo! El movimiento es el nombre secreto del juego infinito de las contradicciones […] nos permite mantenernos en la incertidumbre, a pesar de la facilidad con que nos aferramos a los espejismos del saber y la belleza. (127, itálicas nuestras)

El cuestionamiento radical de Dení repercute en el propio narrador–escritor–personaje:

> Creía que el universo entero no guardaba ningún secreto para mí, mi mentalidad científica de joven economista […] poseedor de *la sabiduría marxista–leninista, me impedía ver con claridad el dichoso caos*…
> […]
> A partir de ese día me propuse averiguar cuáles eran los pretextos, los silencios, que me hacían escribir…
> …no hay respuestas para tales preguntas […] Tú me enseñaste que *las preguntas sin respuesta son las únicas que pueden ser tomadas en serio*, así es como he aprendido que todo lo que decimos habla solamente de nosotros mismos… (129-131, itálicas nuestras)

Estas reflexiones al inicio de la novela son los presupuestos de la estética literaria del narrador de *Guerra y sueño*, resultantes del influjo de Dení, pero también del refugiado español que funciona como consejero del narrador y define los alcances políticos de la literatura:

> — […] tú puedes hacer una revolución en la escritura, pero *no puedes hacer la revolución con la escritura. La revolución tiene que venir por los caminos de la política*. Pero tal vez la literatura […] *puede ayudar un poco a que la gente decida cambiar*; y si logras hacer que cambien, aunque sea un poco, también podrán cambiar en lo importante, en su posición política… (256, itálicas nuestras)

Esta aseveración es el indicio para entender que la imagen apocalíptica de la huelga general al final de la novela es alegoría de la intervención literaria.

§

Al final del discurso narrativo se fusionan los desenlaces de los dos grandes relatos constitutivos de la arquitectura de *Guerra y sueño*: el de

los caballeros de novela de caballería y el relato del narrador sin Dení. Se funden la alegoría sangrienta del México de los años setenta y la imagen congelada de las manifestaciones políticas de su ciudad capital, con la utopía izquierdista de la huelga general revolucionaria:

> Un río de sangre corre por todas las calles y todas las carreteras, se mete debajo de las puertas […] mancha las pantallas de los cines, inunda las estaciones del metro, moja las rotativas de los periódicos, cubre los parques y jardines, llega hasta el mar, escurre por las gradas del estadio Azteca […] echa a perder las cosechas, cubre Televicentro, llega hasta el Zócalo, entra a Palacio Nacional, escurre por los altares de oro de la Catedral…
> […]
> Fadrique de Hircania, Rodrigo de Esplandia y Garci López de Lobera, montados en sus briosos corceles, recorren los pasos a desnivel del Circuito Interior de la Ciudad de México…
> […]
> La manifestación en apoyo a la Huelga General avanza por el Paseo de la Reforma…
> Banderas rojas, estandartes y pancartas.
> Obreros, campesinos, estudiantes, intelectuales, […] marchan con los brazos entrelazados.
> "La huelga inicia la lucha socialista".
> […] "El poder para los que trabajan".
> "Abajo el PRI gobierno".
> "Por un México libre y comunista".
> "Hasta la victoria final".
> …la tarántula corre a esconderse dentro de la caja fuerte del Banco de México… (486- 488)

§

Los numerosos fragmentos ensayísticos de la novela expresan la dimensión reflexiva, imprescindible en una escritura que prefiere optar por la alegoría en lugar de la reconstrucción mimética de hechos coetáneos y la reproducción literal del discurso izquierdista. Las reflexiones abarcan no tanto el discurso marxista, sino por ejemplo, el existencialismo, el surrealismo, ideas de Foucault, de la anti–psiquiatría; abarcan también canciones de rock. En resumen, el marco epistémico de los años setenta del siglo XX en Occidente.

Es muy relevante la figuración de Dení porque la novela apareció en 1977, tres años después del asesinato de ella y sus compañeros, así como del denuesto correspondiente en la prensa. Inclusive, el dialogismo característico de sus apariciones en *Guerra y sueño*, es un recurso para delegar en Dení el discurso izquierdista que en boca del personaje–narrador, habría resultado monótono. El que ambos personajes lo compartan y lo discutan aligera la carga doctrinaria de ese discurso, abre la puerta a la duda y conjura el dogmatismo.

Dení es figurada como el súmmum de la inteligencia crítica, la cultura moderna, la irreverencia, la liberación sexual, la iconoclastia, la radicalidad, la postura permanente en posición de ataque y, a la vez, la consecuencia de muchos jóvenes citadinos de los años setenta que se volvieron guerrilleros. El narrador la considera el factor narrativo más importante para su aventura novelesca, que no armada:

> …la muerte de Dení no fue tan en balde […] ella […] grabó en alguna parte de mi mente lo que servirá para poder continuar caminando en la niebla: hay que tener la plena confianza de que *la muerte nada puede contra los que (sin medir el peligro o los riesgos) se dejan ir de frente* (sin cerrar los ojos) *contra las murallas de la lógica y el sentido común*… (209, itálicas nuestras)

Esta configuración novelesca evidencia un arduo trabajo de escritura por parte de Mendiola, para subsumir en la alegoría, las fórmulas y lugares comunes del discurso izquierdista… excepto cuando se vuelven imprescindibles (en el clímax y en el desenlace).

§

En concomitancia con la naturaleza clandestina de la guerrilla, esta no es figurada ampliamente en *Guerra y sueño,* sino se la muestra en sus prolegómenos: el pensamiento y el sentimiento iconoclastas y de rechazo al sistema imperante que caracteriza a estudiantes de carreras superiores de la ciudad de México, después de 1968, y la célula de militantes letrados que discuten en torno a las estrategias de su lucha revolucionaria. En la encrucijada de decidir *apresuradamente* el paso a otro nivel de acción, se bifurcan claramente los caminos. Una de quienes optan por la acción es Dení, la cual deviene causa y efecto de la escritura de *Guerra y sueño,* es su motivo y objeto de admiración. Ella ni siquiera protagoniza ofensivas guerrilleras pero su personalidad rebelde

y transgresora traspasa los límites de las buenas intenciones ideológicas; es congruente hasta la muerte sin necesidad de predicarlo. Más bien encabeza los diálogos sobre estética y utopía, temas torales para quienes no luchan contra la explotación, el autoritarismo y la pobreza porque sean sus víctimas; lo hacen por convicción ideológica y por su fe en la utopía de un mundo justo.

Lo más cercano a la lucha social es el relato de la experiencia de la célula en Nepantla, orientado a focalizar el entusiasmo despertado entre campesinos por el adoctrinamiento izquierdista, y a pormenorizar la muerte de Dení y otros más, por obra del ejército mexicano. El narrador, al sortear los lugares comunes del discurso izquierdista (los ideologemas, las categorías marxistas, el estereotipo del *hombre nuevo*) y al no precisar un nombre propio convencional, sustituyéndolo por el sobrenombre de "pinche sapo feo", se libra del didactismo y la seriedad a través de la ironía. Asimismo es un perdedor ético que aun reconociendo la derrota de su proyecto, sigue enarbolando la utopía, y admirándola en la personalidad especial de alguien del *género femenino*.[9]

§

Guerra y sueño es muestra afortunada de un posicionamiento tanto estético–literario como político, muy oportuno para la época en que apareció. En el plano literario no reitera los tópicos realistas e ideológicos de las novelas examinadas en el capítulo anterior. En el plano político se torna en defensa de la subjetividad como potenciadora de la acción revolucionaria, y del valor de la utopía.

Las novelas de Salvador Castañeda

En 1980 apareció el primer texto literario de ficción testimonial escrito por un exguerrillero, Salvador Castañeda del Movimiento de Acción

[9] En 2000 el director teatral Ignacio Retes publicó su novela *Por supuesto*, cuyo contenido se centra en "Denisse" y otras guerrilleras de las FLN. Aunque le cambió el nombre a Dení, Retes sí había tenido acceso a los papeles de la joven conservados por la familia: sus cartas, su diario. Su intención fue más reconstructiva que estética, lo cual se prueba por la arquitectura y las limitaciones compositivas de esa novela. Sin embargo, *Por supuesto* fue reeditada mientras *Guerra y sueño* es prácticamente desconocida. La examinaremos en el volumen II de este libro.

Revolucionaria (MAR),[10] preso político durante siete años. En aquel año él publicó su primera novela, *¿Por qué no dijiste todo?,* la cual tuvo una importante recepción entre los sectores de crítica porque existía entre muchos lectores de México, interés en la lucha de los guerrilleros y en condenar la represión contra ellos. La sensibilidad de la clase media letrada a las manifestaciones artísticas que critican el sistema social imperante, siempre ha existido como parte de su formación ideológica.

La novela había resultado ganadora de un concurso *literario* de la editorial Grijalbo. El jurado correspondiente estuvo integrado por escritores profesionales, aunque de diferentes posiciones políticas: Jaime Labastida, Juan Rulfo, Carlos Solórzano, Luis Spota y Eraclio Zepeda. En tales condiciones la *opera prima* de Castañeda ingresó en el campo literario, arropada por escritores canónicos y Grijalbo, una institución editorial con tradición izquierdista. Así que *¿Por qué no dijiste todo?* no sufrió marginación y aseguró tener lectores.

§

Aurelia Gómez Unamuno (2008: 26 y ss.) clasifica a *¿Por qué no dijiste todo?* como una muestra de "literatura carcelaria", sentida y concebida desde la marginalidad, puesto que Castañeda, al haber sido preso político y hecho de la cárcel su lugar de escritura, de enclave para mirar el mundo, sufría una suerte de estigma que separaba a su novela de lo común o dominante en el resto de la producción literaria coetánea. Ella insiste en que el costo a pagar por Castañeda para lograr insertar su obra en el horizonte de lectura asegurada, fue adoptar el estatuto ficcional en lugar del estrictamente testimonial y autobiográfico,[11] e informa que Castañeda no había tenido contacto académico o profesional con la escritura; cuando estuvo encarcelado participó en un taller literario, y el mismo escritor relata en su primera novela que conoció a José Revueltas en la cárcel.

[10] El MAR fue de los primeros grupos surgidos poco después de la aniquilación del GPG (el 23 de septiembre de 1965), y la primera guerrilla urbana de México; existió de 1965 a 1979. Véase el apartado "La izquierda social" en este libro.

[11] Por ello Gómez Unamuno coteja *¿Por qué no dijiste todo?* con *Los diques del tiempo.* (*Diario desde la cárcel)* que fue una obra de Castañeda publicada diez años después, en 1990. Esta segunda obra tiene un desarrollo cronológico progresivo, sus coordenadas espaciotemporales son muy precisas (los diferentes diques "son las cárceles por las que van pasando los guerrilleros") y su escritura busca mimetizarse con su referente que es la vida en esas cárceles, y con la autobiografía del escritor.

La mención elogiosa de este pensador en *¿Por qué no dijiste todo?* constituye una pista intertextual de la estética literaria de Castañeda, toda vez que la novela *El apando,* publicada por Revueltas cuando aún estaba en la cárcel —antes del ingreso de Castañeda—, es una muestra patente de la narrativa carcelaria, como la llama Gómez Unamuno. Aunque *El apando* ignore por completo el testimonio de la represión contra los presos políticos, deja su impronta en la novela del escritor más joven a través de la incorporación del lumpen como sujeto que amerita ser figurado con sensibilidad y pausas descriptivas escatológicas.

Como lo había observado Carlos Monsiváis (1974: 77-79), la persecución y satanización de la izquierda en la época de Revueltas la arrojan a la convivencia con el lumpen y su mundo subterráneo. En *¿Por qué no dijiste todo?,* los guerrilleros en el ámbito urbano se asemejan a los comunistas de la primera mitad del siglo XX. Su inopia y el acoso por los burócratas del partido comunista o por la misteriosa dirección del grupo armado producen la misma angustia en los personajes. De ahí que el motivo de las ratas en *Los errores* de Revueltas, con su carga simbólica de depredación persistente, molesta y parcialmente destructiva haya sido refuncionalizado por el narrador de *¿Por qué no dijiste todo?*

Así como al personaje Olegario Chávez, las ratas lo atacan en el significativo espacio del drenaje (alegoría del Partido Comunista Mexicano) del centro histórico de la ciudad de México, cuando escapa de la cárcel (Revueltas 2001: 105-107), a *Cananeo* aquellas le comen la cara cuando está dormido tras una golpiza por la policía, y yace tumbado en un "sanitario" (PNDT: 85 y ss.). Los roedores simbolizan un enemigo menos visible —agazapado en el subsuelo y en el desaguadero pestilente— que los representantes del estado para militantes que asumen su disciplina al modo de una fe, lo que no les impide la insoportable incomodidad de sentirse ajenos a los dirigentes.

Edith Negrín (2004: 243) sí valora la intertextualidad de *¿Por qué no dijiste todo?* con *El apando,* sobre todo porque el universo carcelario uniforma o acerca a los presos políticos con los comunes en una espiral de degradación. Habría que añadir el énfasis de ambas novelas en tematizar los desfogues eróticos insólitos de los presos, lo cual da cuenta de un dialogo muy profundo entre aquellas.

La imposibilidad de reconstruir un relato claro y ordenado acerca de la experiencia guerrillera en esta novela, llevó a algunos críticos vinculados con la izquierda mexicana del siglo XX a reprochar que *¿Por qué no dijiste todo?* careciera de "profundidad ideológica" o de valor tes-

timonial o humano a causa de su redacción "pobre, enredada, confusa", según Marco Antonio Campos y Sergio de la Peña, respectivamente (citados por Negrín 2004: 241N). Estas opiniones por venir de quienes vienen, ilustran las expectativas que despierta entre lectores con afinidad ideológico–política, un libro firmado por un exguerrillero. Los críticos mencionados juzgan desde ideas preconcebidas: la novela debería poseer claridad ideológica y función testimonial; por tanto, como no cumplía con tales expectativas, perdía valor.

• *¿Por qué no dijiste todo?* y *La patria celestial*

> *…la cárcel no perdona [...] es necesario tener verdaderamente claro lo que se quiere y nunca perder la perspectiva para poder vencerla.*
> *[…]*
> *…más de seis años encerrado en una crujía de castigo transformaron hasta tus sueños.*
>
> Salvador Castañeda, *¿Por qué no dijiste todo?*[12]

A pesar de que *¿Por qué no dijiste todo?* se deja leer por sí misma, como novela carcelaria, decidimos examinar simultáneamente la obra siguiente de Castañeda publicada en 1992, *La patria celestial*. Esta ha sido poco atendida por la crítica, no obstante que su arquitectura y su composición dan la impresión de ser partes depuradas de la primera novela, a fin de que esta basara su cohesión principalmente en el espacio carcelario.

¿Por qué no dijiste todo? abarca desde 1971 (el año de la aprehensión de los integrantes del MAR) hasta 1977. En esta novela se sabe que los personajes son exguerrilleros a causa de que los presos comunes y los carceleros los llaman "guerrillas" o "activistas"; asimismo, que la mayoría de ellos se reunía en la Universidad Patricio Lumumba de Moscú, pasó por Berlín oriental y estuvo entrenándose en Corea del Norte. La información básica es mínima.

Gracias a *La patria celestial* sabemos que el nombre oficial del grupo fue Movimiento de Acción Revolucionaria; asimismo otros datos previos y posteriores a la cárcel; por ejemplo, que los preámbulos del grupo ocurrieron antes de 1967, si bien en este año se decidió su nombre y su

[12] A partir de aquí todas las citas proceden de la primera edición, de 1980.

plan de acción. Por último, que tras la salida de la cárcel sobreviene la imposible inserción social; es decir, el desempleo o entregar la propia sangre para paliar la inopia (alegoría también del vampirismo del sistema), tal como lo hace Rito–*Querubín*. La segunda novela extiende el tiempo del correlato histórico hasta 1978; al igual que su antecesora, está dividida en relatos *autónomos pero sin título*;[13] por lo tanto su información narrativa aparece más densa.

Las dos novelas comparten algunos personajes y lugares. El personaje principal de *La patria celestial* que no aparece para nada en la primera es Rito–*Querubín*, cuya configuración será muy importante para sostener varias hipótesis de interpretación de las dos novelas. Empero, en una y otra cada relato autónomo contiene una gran cantidad de información narrativa, y el estilo de la voz del narrador es el mismo. Los episodios protagonizados por los amigos de los exguerrilleros, aunque pueden resultar prescindibles para la trama de estos, intensifican la atmósfera lumpenesca de la cárcel.

§

Sintetizar en un argumento las historias narradas de *¿Por qué no dijiste todo?* y de *La patria celestial* exige un narratario consciente de mucha información extratextual que no viene estrictamente denotada en la novela. Como en cualquier historia narrada, "hay un proceso de selección de ciertos acontecimientos en detrimento de otros y con miras a un entramado de *orden lógico más que cronológico*…" (Pimentel 2005: 21, itálicas nuestras). Los relatos casi autónomos que las componen y el tiempo espiral del discurso novelesco (escenas del pasado remoto se insertan en los pensamientos obsesivos de los personajes y alternan con el presente carcelario) dificultan aquella síntesis.

El narratario tiene que captar bien lo que Aurelia Gómez Unamuno y Edith Negrín ya lograron sintetizar como súmmum del argumento: en el momento en que seis presos políticos (Joaquín–*Jaime, Changungas, Cananeo, Ejidatario, Niñodios y Perkins*) están a punto de dejar la prisión, el primero lleva ocultos los papeles donde anotó los recuerdos de la cárcel; pero pierde algunos de esos en el forcejeo con la policía. Los recuerdos serán los principales contenidos de *¿Por qué no dijiste todo?*,

[13] En *La patria celestial* varios fragmentos están dedicados a críticos literarios.

distribuidos en varios temas descriptivos. Tal información narrativa funciona como instructivo de lectura para enfatizar que el narrador será uno de los personajes.

Los temas descriptivos que nos interesan (omitimos muchos más) se pueden resumir en planeación de estrategias y de tácticas en la clandestinidad, prácticas militares, anécdotas de encuentros con campesinos, captura, convivencia conflictiva con policías, torturadores y carceleros; incertidumbre, paranoia, desfogues de erotismo contenido, tortura psicológica (incluye la amenaza de desaparición) y física especial para exguerrilleros; origen rural, miserable y marcado por la violencia intrafamiliar de estos, y en general, lumpenización y transformación en sentido negativo dentro de la prisión. Se alternan con episodios acerca de otros exguerrilleros o de presos comunes (el Gato, el Pato, el Rarotonga, etc.). Para la poética novelesca estos temas resultan más eficaces que la trama en la operación de configurar el sórdido mundo carcelario. Son una suerte de viñetas que ilustran acontecimientos y episodios pero sin imponer relaciones de causa–efecto en todos los casos. Son descritos a partir de las individualidades de los seis presos a punto de ser liberados; de ahí que en la mayor parte de los relatos autónomos, el título se refiera a cada uno de los seis personajes o a sus amigos presos comunes.

La fragmentación se traduce en *densidad*, permite economizar las extensiones respectivas de ambos relatos novelescos, lograr la máxima concisión; imposibilita explicitar la trama, obligando al lector a imaginarla por la vía de interconectar lógicamente personajes y acontecimientos. La densidad hace que prácticamente ninguna línea de las novelas sea digresiva; de modo que un análisis detallado no podría excluir nada.

§

Los variados ángulos de lectura para estas dos novelas abren posibilidades de profundizar en sus ponderaciones éticas, más que ideológico–políticas. Por una parte los títulos de las novelas se derivan de experiencias cruciales de los guerrilleros; arrojan información recurriendo a una ironía amarga, seria y dolorosa que es como el pegamento que va a unir las diferentes semblanzas de los siete guerrilleros con sus motivaciones profundas.

El primer título, *¿Por qué no dijiste todo?*, parece advertir que no habrá información completa sobre el MAR. La construcción fragmentaria

de las dos novelas manifiesta toda una concepción de los límites de los saberes sobre la guerrilla que uno de sus integrantes puede dar a conocer a los lectores. A pesar de la tortura y a contracorriente de la paranoia y la desconfianza de algunos personajes, Joaquín *no dice todo*. Cotejando la información narrativa de las novelas con la información periodística —por más distorsionante que esta hubiera sido—, se deduce que hay lagunas, omisión de detalles sobre la logística, de las interconexiones institucionales a través de varios países, etcétera.

Esta parquedad en la información no equivale a la reticencia retórica, sino implica un código de clandestinidad que es llevado por Joaquín hasta sus últimas consecuencias. Este código aparece desde que los personajes no son presentados por su nombre y apellido sino por sus apodos. Hasta el nombre doble de Joaquín–*Jaime* expresa la diferencia entre el narrador y el guerrillero.

El código impone discreción no solamente en los nombres, sino en lo que puede o no saberse acerca de la organización en general. No obstante que la reconstrucción de la vida carcelaria resulta creíble en la novela, la configuración narrativa no es del todo mimética pues los modelos de figuración literaria de las novelas de Castañeda están en la iconografía del tema de la guerrilla en el siglo XX. Por ejemplo, al iniciar el relato de un acontecimiento en la cárcel, el narrador precisa: "Lo acomodan en una silla que siente extraña y recuerda *La batalla de Argel*, los interrogatorios salvajes de los franceses"[14] (PNDT: 50). Este rápido recuerdo de una de las escenas de la película emblemática de Gillo Pontecorvo —que forma parte del episteme cultural de los izquierdistas de la segunda mitad del siglo XX— explica la concepción de la célula y por qué Joaquín, el narrador, no es exhaustivo en su descripción, en su registro de todos los integrantes del grupo guerrillero.

En la mencionada película, el oficial francés que está planeando la aniquilación de los revolucionarios argelinos, dibuja en el pizarrón un diagrama básico que va conectado con otros diagramas idénticos —formados por tres puntos—; de estos, solo uno tiene conexión vertical superior con el resto de los diagramas hasta llegar a la cabeza de la red. Cada conjunto de tres puntos es la representación sinóptica de

[14] Película de 1965. También el exguerrillero Alberto Ulloa Bornemann (2004: 27) menciona que la iconografía de esta película contribuyó sustantivamente al imaginario que los guerrilleros mismos emplearon para autorrepresentarse, tanto en los momentos de vivir experiencias de violencia extrema como en la escritura de estas. Él convivió con Castañeda en la prisión.

una célula, de modo que el oficial arguye que el objetivo es hallar al que tenga la conexión porque los demás conocen exclusivamente a los de su misma célula.

Bajo esta misma lógica, Joaquín solamente abarca con su mirada —aun siendo narrador cuasi omnisciente— a cinco guerrilleros, o a seis sumando a Rito–*Querubín*, y el mismo narrador es el séptimo; sólo en ellos focaliza su relato.

Al igual que un torturado por la policía francesa que en la película no puede decir todo, Joaquín no informa acerca de otros miembros del MAR. Esta peculiaridad de la red de la organización revolucionaria se llega a trasladar a la caracterización de los personajes, de su ánimo, de sus angustias, de sus incertidumbres.[15]

§

El mundo social de México con sus manifestaciones de miseria, marginación y violencia siempre es figurado en el imaginario de la narrativa "social" de nuestro país, asociado a la estética realista. Las dos primeras novelas de Castañeda no se alejan de este paradigma y ofrecen descripciones que Aurelia Gómez Unamuno (2008: 118-122) denomina "subsuelo social", abarcante de evidencias de miseria tanto urbanas como rurales. Ella interpreta estos temas descriptivos dentro de la novela como la corroboración del fracaso del llamado "milagro mexicano", por cuanto las escenas de *¿Por qué no dijiste todo?* que ocurren en el barrio de la Merced y las del campesino don Jesús funcionan dentro de la argumentación novelesca, como las pruebas de que la "modernidad" del país se afinca en la depredación del campo, su vaciamiento, humillación y la sempiterna falta de condiciones de vida básicas. Sin embargo, en el barrio de la Merced de la ciudad de México, los niños de la calle, las prostitutas, los vagabundos, los desempleados que ahí pululan, también están marginados de la modernidad.

[15] La regla de velar los saberes sobre la organización abarca inclusive la participación de Joaquín en el movimiento estudiantil de 1968. Oscilante entre el hermetismo obligado del clandestinaje y, sin embargo, el orgullo político de haber participado en hitos históricos, Joaquín narra lacónicamente que en 1971 (año de la aprehensión de los integrantes del MAR), un carcelero lo reconoce como "reincidente" del 68 (PNDT: 161). En *La patria celestial* (17-19), la masacre del 2 de octubre de 1968 es narrada de modo condensado y metafórico: se focaliza a la multitud, y se relatan sucintamente las señales del inicio de la agresión por parte de los soldados y cómo estos van sembrando la muerte alrededor de la iglesia de Santiago Tlatelolco.

Compartimos las ponderaciones de Gómez Unamuno, mas para nuestro propósito de comprender el imaginario de la guerrilla subrayamos que en la escena urbana, los personajes son pasivos, prácticamente forman parte del "paisaje" —o sea de la dimensión espacial de relato— porque no interactúan con los guerrilleros. En cambio don Jesús sí lo hace dándoles información acerca de los soldados que persiguen a aquellos. El capítulo "13. Insurgentes y regulares" de *¿Por qué no dijiste todo?* se refiere a una escaramuza entre estos dos bandos, pero el narrador focaliza especialmente a don Jesús y al último de sus hijos. Ellos dos viven alejados del resto de la aldea a causa de ese hijo sin nombre, "algo intermedio entre hombre y animal", con las extremidades plegadas sobre el cuerpo, que no sabe hablar y se desplaza arrastrándose sobre las nalgas (PNDT: 116-117). La pausada descripción de este ser insólito concentra el dolor moral y el sufrimiento característicos de don Jesús y de su condición campesina; padre e hijo son la metáfora del abandono y de la degeneración impuestos al mundo rural por el sistema político y social. Gómez Unamuno agrega al *Ejidatario* al repertorio de las injusticias que sufren los campesinos y los llevan a apoyar la guerrilla.

Como es la regla en la novelística mexicana sobre la guerrilla, los campesinos aparecen como los actores sociales más sensibles a la necesidad de la lucha armada.

§

En las dos novelas la figuración de los guerrilleros *desde antes de entrar a la cárcel* subraya no la duda en la adhesión ideológica, sino la incertidumbre provocada por desconocer al resto de la organización. Esta incomodidad se traduce en una sensación de desamparo, soledad y paranoia. Por ejemplo, en el caso de Rito–*Querubín*: cuando es aprehendido por la policía se siente liberado de una tensión que lo había atormentado durante mucho tiempo con una sensación de culpabilidad:

> Le resultaba ya imposible *esconderse en sí mismo*; en su conciencia, agarrarse a una *tabla de valores que ya no le pertenecía*; que jamás le perteneció pero que hizo suya como todos en la sociedad descompuesta —sostenía—, desajustada. *Sociedad que era necesario llevar a su destrucción* y sustituirla por otra realmente justa, distinta y luminosa. (LPC: 11, itálicas nuestras)
>
> Éramos extraños entre nosotros mismos; con una terrible sensación de ausencia, como si repentinamente volviéramos de una trasposición y con

> ello no quedara nada de lo que tal vez *era solamente una quimera*. (LPC: 31, itálicas nuestras)

Cananeo también es víctima de esa incertidumbre mientras espera a alguien que no se sabe quién es ni cuándo va a llegar: "...Alguien que tú no conoces, pero que te conoce... lo aberrante de esta parte de la consigna parecía una *maniobra clara de vigilancia;* como si esperar fuera sólo *un pretexto de la dirección del grupo para observar su conducta*" (PNDT: 88, itálicas nuestras).

Y es que el código de clandestinidad del MAR produce una paranoia que no distingue entre la policía y los militantes:

> [Rito–*Querubín*] …llegó a creer que sus aprehensores eran […] la vanguardia dentro de la vanguardia, alguien que […] se había propuesto acabar con los tibios y con los claudicantes; con los que jugaban a la revolución, con los pequeñoburgueses [...] era tanto el hermetismo, tantos los filtros de seguridad que esto había alcanzado ya al interior del grupo. (LPC: 12)

En el momento de la crisis, Rito–*Querubín* también se desengaña de la complejidad de la "organización":

> "...*Cada combatiente de la guerrilla* […] *vale por diez del enemigo* y debe ser capaz de echar a andar todo otra vez si la organización es desmembrada y llegara a quedar solo..." Recordó esto muchas veces con hambre, con frío, con sueño, enfermo; cansado. Sobre todo cuando era rechazado aquí y allá, dondequiera que solicitó trabajo. Llegó a creer que todo lo que le pasaba era una prueba a la que lo sometía su destino [...] A lo mejor él podía echar a andar todo nuevamente. Pero ahora, al estar ahí, desmembrado él mismo, el núcleo, la nueva organización en germen; la consigna le parecía una locura de verdad: "...echar a andar todo otra vez..." ¡Cómo no! ¡Chinguen a su madre teóricos! [...] *se hizo la luz, de pronto le pareció que Jaime y Joaquín fueron siempre una y la misma persona; y que su enlace, el de los documentos y el de más arriba (Salvador) eran una especie de Padre, Hijo y Espíritu Santo; tres misterios en uno.* Que su enlace venía desde muy arriba y que *era de vigilancia y desinformación*. (LPC: 130, itálicas nuestras)

La insubordinación última contra los ideologemas usados como oraciones de un condenado para darse fuerza invocando a Dios, es lo que permite a Rito–*Querubín* admitir que no hay tal organización, sino varios nombres para la misma persona; de modo que todo había sido ilusorio. Respecto del tamaño del MAR, no existe certeza. Con base en

una serie de entrevistas a siete exmilitantes, Peñaloza Torres (2004: 5) asienta que: "El MAR para 1971 tenía, por lo menos, 120 militantes". Sin embargo, en su introducción al balance del MAR, Castañeda y Pacheco (1992: 4,15) cuestionan que la dirección diera: "un retoque a la realidad: se magnifica el grupo, se habla de calidad y cantidad falsas; de un ejército armado en la ciudad, de una organización a nivel nacional; de otro ejército en la montaña con nombre y todo", y acusan de los errores a Fabricio Gómez S., quien ejercía una "dirección unipersonal de hecho, que regía los destinos de la organización, aunque formalmente fuera colectiva". El título mismo del ensayo de Castañeda, *La negación del número* (2006), insinúa que la organización era menor de lo que sus propios integrantes equivocadamente pensaban.

§

Otro de los ideologemas referidos en las novelas de Castañeda es el sentido del epíteto "pequeñoburgués", objeto de la ironía del narrador por cuanto está vaciado de la acepción indicada en el *Manifiesto comunista*; en la cultura izquierdista de raigambre marxista–leninista es una injuria. El narrador Joaquín lo asimila a su personalidad y actuación a modo de reforzar el peso y la potencia que entre los guerrilleros tiene el léxico de secta, especie de esquema automatizado que ellos aplican al mundo para clasificarlo; tras afirmar "Joaquín es de origen campesino y conserva todavía la mentalidad de pequeñoburgués" (PNDT: 159), agrega la autobiografía sintética de Joaquín–*Jaime* en la que enfatiza su origen rural, la imagen de su padre borracho y la de su madre maltratada, su huida en condiciones de inopia, etc. Nada qué ver con el pequeño burgués acumulador, pequeño propietario rural, del texto clásico. En *La patria celestial* (88-89), el narrador profundiza en las consecuencias lumpenescas de merecer el epíteto: "Yo soy Jaime pero estos cabrones nada más por joder me llaman *Burger–Boy* y que de guerrillero ya no tengo nada…" y a continuación describe la mímica burlona que completa el anatema. Este ejemplo es uno de los tantos en que se ridiculizan los ideologemas, pero también es el signo de la metamorfosis del guerrillero en escritor.

En conclusión, la incertidumbre, la desinformación, el desengaño y la burla hacia los ideologemas por parte de los personajes, muestran la contracara del código de clandestinidad, del léxico izquierdista y del

mito de la organización revolucionaria perfectamente estructurada. En la prisión desaparecen los miramientos; todos se vuelven enemigos de todos, todos son juzgados hasta el grado del linchamiento por sospechas de haber delatado a sus compañeros bajo la tortura. Obviamente, el asedio de los policías contribuye a lo anterior.

§

Aunque acontecimientos como la captura y las torturas sean importantes, el narrador no los relata al modo positivista; es decir, paso a paso, con varias secuencias. Prefiere centrar su mirada en escenas breves e intensas con diálogos mínimos. Las torturas son narradas al modo de un vaivén entre la focalización externa y la interna; la primera da cuenta de escenas ruidosas debidas a golpes, gritos, caídas, injurias y órdenes por parte de los policías, puertas azotadas, cerrojos que se sellan, cuerpos que ruedan por las escaleras, etc. La segunda focalización parte del cuerpo y la mente del torturado, quien intenta desviar sus pensamientos a recuerdos antiguos para atenuar por ejemplo, el dolor de haber perdido los dientes. El capítulo "15. Si el viejo no aparece…" de *¿Por qué no dijiste todo?* (127-148) y el relato de las páginas 111-118 de *La patria celestial* concentran largas sesiones de tortura debido a que el pretexto para *aplicarlas* es el secuestro de José Guadalupe Zuno,[16] suegro del presidente de la República. En estos pasajes advertimos la finalidad testimonial cuando el narrador menciona a torturadores importantes de aquellos años, por ejemplo, Miguel Nazar Haro, Luis de la Barreda padre, Jorge Obregón Lima, etcétera.

Para tematizar la tortura el narrador no se centra solamente en los seis exguerrilleros; abarca a muchos otros personajes efímeros, con o sin nombre, con o sin afiliación política. En estos relatos se advierte la intención de figurar un sujeto colectivo toda vez que los carceleros así perciben a los "guerrillas". Empero, la peor tortura no es la física sino la del temor a ser *desaparecido* tras las sesiones individuales de tortura o en ocasión de ser trasladado de una cárcel a otra: "Las mentadas de madre, los golpes y las acusaciones de traidor a México no le dolían tanto, pues le preocupaba *no saber lo que pasaría después*" (PNDT: 140, itálicas nuestras).

[16] El hecho ocurrió en 1974.

§

Varios pasajes de *La patria celestial* también suceden en la prisión, como en *¿Por qué no dijiste todo?,* y reiteran la brutalidad, la deshumanización, la lumpenización absoluta de los que ahí están, pues el espacio carcelario unifica a fin de cuentas, los instintos y la neurosis de los presos, aunque estos sean políticos:

> En cada reunión, dentro de la cárcel, al empezar *Changungas* a soltar su rollo acerca de los cuadros políticos "forjados en la dura prueba de la cárcel", el *Ejidatario* intervenía con un comentario sarcástico:
> —No seas mamón, pinche *Changungas*. Los cuadros ya valieron *gáver* [...]
> …esto molestaba demasiado a *Changungas*, que le lanzaba una perorata acusándolo de lumpen. (PNDT: 68)

La intervención del narrador en todo momento evita caer en la sensiblería o en la autocompasión, hasta el grado de que resulta demasiado irónico e implacable con sus compañeros. En general hay pocas variaciones en este tono, excepto cuando se refiere a *Perkins*, en cuyo caso el narrador hace una variación a la segunda persona, interpelándolo. Entonces la narración adquiere un tono más burlón pero de un humor ácido. El argot de la prisión y los albures aportan cierta polifonía que no obstante su agresividad, hacen sonreír al lector:

> Ridiculizándose de modo reciproco […] se señalarán la edad, la estatura, las llantas, las cara apergaminada, los hongos en la piel, los pelos parados o la calvicie prematura, las canas, las piernas delgadas o de charro montagatos, el culo grande y seco o cuadrado o de *Mejoral* (redondo o de rayita en medio […] las manos de puñetero con pelo negro invisible en la palma de la derecha, de tanto apretarle el cuello a la guajolota) o la boca de mamador. El pedo de alguno y la respuesta automática del más alburero de todos.
> —Saco, repapaloteo y retaco; embodego y empetaco, rompo tripas, cagalar y cuajo… (PNDT: 154-155)

§

La densidad de la información narrativa, la polifonía y el humor ácido de las dos novelas de Castañeda, evitan la monotonía y constituyen

una devastadora crítica a las motivaciones anímicas profundas de los exguerrilleros y presos políticos. Una de estas es la religiosidad católica subyacente en el ánimo, en la fe —que no convicción—, en la esperanza de los guerrilleros en una organización que no conocen y en un futuro incierto.

Podemos rastrear esta hipótesis en los títulos respectivos de las novelas, así como en ciertos personajes secundarios y objetos focalizados. El título de la primera es una pregunta hecha a Joaquín por un carcelero y policía, nombrado en la novela simplemente "Cristo" desde que detiene al narrador —cuando este se ocultaba con familiares—. Teniendo en una mano una metralleta y en la otra una pistola, el policía "…le ponía la metralleta sin culata en el pecho […] *y abierto de brazos como un Cristo*, apuntaba a los viejos…" (PNDT: 165, itálicas nuestras). En el penúltimo capítulo de la novela, el Cristo (que todo lo sabe, al igual que el original católico) le pregunta a Joaquín "¿Por qué no dijiste todo?" (PNDT: 177).[17]

En esta misma novela aparece también el Cristo convencional que es la imagen católica. En una vivienda rural "La llama de una veladora estremeciéndose con el silencio […] le daba un aspecto feroz a una imagen de *Cristo vengativo y sádicamente quieto, inconmovible*" (PNDT: 80, itálicas nuestras). En un rincón de la cárcel, el narrador menciona que se encuentra el "Señor de los Afligidos" una "grotesca figura […] Tenía cuajada la expresión de *conformismo* y *derrota*" (PNDT: 168, itálicas nuestras). El tono peyorativo de la descripción de las imágenes religiosas, complementa el sentido condenatorio del policía apodado Cristo.

Es tan importante Cristo que vuelve a aparecer en *La patria celestial,* en una escena que parece previa al encarcelamiento, donde solamente figuran Joaquín–*Jaime* y Rito–*Querubín*. La escena incluye un tianguis en el cual destaca la figura de Jesucristo "…del que nadie se ocupa, *tercamente redentor*, predicando entre sordos. Es de madera roñosa con alargadas brechas, de pelo alambroso […] Los despojos del redentor de la humanidad, *un charlatán* luego de ser vencido" (LPC: 106, itálicas nuestras).

Lo paradójico reside en que aun cuando la perspectiva de Joaquín sea negativa en su descripción de los cristos, las personalidades de sus

[17] Desde luego que el título de la novela también podría aludir a la escena en que Joaquín pierde algunos de sus papeles de la cárcel; lo que explicaría la incompletud de sus recuerdos. No importa resolver la ambigüedad del título porque precisamente esta es una marca netamente literaria.

compañeros guerrilleros connotan la fe ciega o cegante —semejante a la católica— como el único motivo para darle sentido al hecho de haber tomado el camino de la guerrilla.

La fe religiosa es lo que permite soportar la ignorancia, por ejemplo de *Cananeo*, cuando se encuentra esperando el mensaje de la organización; lo único que sabe es el lugar donde se lo entregarán, y por eso debe hacer guardia todo el día en la calle Santa Escuela del barrio de la Merced de la ciudad de México, lugar emblemático de concurrencia del lumpen:

> Convivir a diario en ese mundo […] era para él como una necesidad vital, un tubo unido a su conciencia a través del que recibía elementos nutrientes que le permitían seguir sosteniendo las mismas concepciones sobre la vida y el *destino luminoso de la humanidad*.
> Esto que esgrimía para consumo propio lo tomaba como todo conformista: cuadradamente, lo mismo que una *máxima sagrada que* [...] *con sólo repetirla lo podía salvar de la más leve flaqueza*, cuando […] quería evadir la realidad, una realidad que lo obligaba a verse como realmente estaba: *olvidado y sin perspectiva*. La relación esotérica con […] ese alguien que lo encontraría "...a cualquier hora de cualquier día", cada vez era una relación menos cierta, por lo que sentía que *la militancia en el grupo se le escapaba*. […] sin proponérselo se iba creando [...] algo tan raro que le provocaba un sentimiento de *mártir o de elegido*. (PNDT: 90, itálicas nuestras)

Cuando ya está en manos de la policía, esperando el peor de los destinos, Rito–*Querubín* repite para sí mismo los ideologemas radicales:

> A un ejército se le derrota enfrentándole otro ejército, porque éste es […] la columna donde se sostiene la clase dominante.
> *Cada combatiente de la guerrilla* […] *vale por diez del enemigo* y debe ser capaz de echar a andar todo otra vez si la organización es desmembrada y llegara a quedar solo... (LPC: 26, itálicas nuestras)

Esta repetición compulsiva se asemeja a la de las oraciones católicas, y por esto Joaquín halla el paralelismo con la rueda de la fortuna:

> Los juegos mecánicos estaban irremisiblemente gobernados también por el mismo *ir y regresar en círculo* [...] *como lo estaban Rito y sus camaradas*, *torturado por esas máximas* de las que también había hecho el *centro y el radio de su propia existencia*: ...para chingarse a la clase dominante hay

> que enfrentarle un ejército a su ejército, tumbarle las columnas de sostén. (LPC: 120, itálicas nuestras)

Y el momento en que la interpretación alcanza la cima de la ironía es cuando Rito–*Querubín*, desde el vehículo de la policía, observa una procesión:

> Hombres, mujeres y niños marchaban como nómadas; sin rumbo [...] en armonía dolorosa con un estribillo [...] una letanía surrealista de condenados: *Oh María / madre mía / oh consuelo / del mortal / amparadme / y guiadme / a la patria / celestial*... "...La patria celestial..." —caviló Rito, repitiendo esta frase [...] no porque nunca la hubiera escuchado, sino por las circunstancias en que lo estaba oyendo; por la profunda connotación de duda y desesperanza que contenía la frase. (LPC: 131, itálicas del original)

Se nos revela entonces que *La patria celestial* es una verdadera ironía, es la cárcel pero también es la utopía, es el destino terrible y doloroso que tendrá Rito–*Querubín* pero también es ese futuro teleológico del lugar a donde quieren llegar los guerrilleros, al igual que los hombres que cantan como condenados, un alabado común en el catolicismo popular de México. Por lo tanto los ideologemas izquierdistas funcionan como oraciones y alabados católicos para los personajes de las dos novelas mencionadas.

§

En las dos primeras novelas de Castañeda, si bien se admite la participación de mujeres como parejas de los guerrilleros, ellas nunca son verdaderos personajes. Su inclusión en los relatos es esporádica, a fin de dar relieve a alguna circunstancia traumática *para el guerrillero*. Por ejemplo, el narrador cuenta que Joaquín sufrió una paliza delante de su esposa (PNDT: 119), y fue acusado de haber entregado a dos compañeros a cambio de que no la molestaran; sin embargo, ella también está en la cárcel porque fue detenida junto con Joaquín (PNDT: 120,121).

En cambio, otras mujeres absolutamente ajenas a los guerrilleros pero que son llevadas por las autoridades de la cárcel a fin de que bailen para los presos, sí son objeto de un relato escenificado que prácticamente equivale a una violación tumultuaria en *La patria celestial* (83-98). Los

temas descriptivos a los que corresponde el episodio son desfogue del erotismo contenido y lumpenización.[18]

§

En esas mismas novelas tampoco se manifiesta una posición unívoca respecto de la izquierda. Por ejemplo, el busto del revolucionario Patricio Lumumba atestigua la fundación del MAR:

> Moscú 1967 […] Un enorme busto de Patricio Lumumba tallado en granito negro; detenido por el escultor en un esguince petrificado y la angustia inalterada de cuando las tropas belgas lo obligaron a comerse las cuartillas del discurso que pronunciaba en el momento de su aprehensión, *se alza imponente*. (LPC: 60, itálicas nuestras)

Esta descripción sin ser prolífica ni verborreica, impone respeto por todas las implicaciones del congolés para quien sepa que fue dirigente comunista, luchó contra el colonialismo de los belgas y fue asesinado por estos cuando ya se había alcanzado la independencia. Por lo tanto su inclusión en la novela metafóricamente insinúa que la voluntad del sacrificio revolucionario animó el proyecto original del MAR.

En este mismo tenor, la "ladrillera" donde *Jaime* y *Querubín* asesoran a campesinos, se antoja una alegoría del entrenamiento revolucionario orientado a la construcción de una nueva sociedad; tanto más porque los ladrillos son vistos en la cultura izquierdista, como símbolos de los elementos para construir un nuevo orden social.[19] Al focalizar los hornos donde se cuecen los ladrillos, el narrador los transfigura en volcanes que ocultan revoluciones que a su vez resucitarán:

> En la superficie del cráter ficticio los tres hornos eran volcanes de chimeneas rectangulares que miraban al cielo como enormes ojos vacíos, sin conteni-

[18] La danza de las mujeres que se aplican en aprovechar todos los ángulos ópticos de sus cuerpos para crear ilusiones eróticas, hace recordar la cópula de la pareja tatuada en el vientre de Albino, personaje de *El apando* de Revueltas. De ahí que consideremos este episodio como un ejercicio escritural del narrador, reminiscencia de la obra maestra mencionada y homenaje del discípulo al maestro.

[19] El periódico anarquista donde colaboró Ret Marut–Bruno Traven se llamaba *El Ladrillero*.

> do, ciegos. Eran volcanes construidos por el hombre, y alimentados por él mismo en un empeño inconsciente por *desenterrar revoluciones* orogénicas; estancados en el vórtice de la resurrección. (LPC: 125, itálicas nuestras)

En cuanto a "la izquierda amaestrada por la legalidad" (LPC: 47), el narrador no se manifiesta con frecuencia, y cuando lo hace su perspectiva es de desprecio y resentimiento. Esta izquierda es un adversario del que los guerrilleros, por ser "clandestinos", deben por lo menos ocultarse (PNDT: 42); es la que se queda con los recursos reunidos para ayudar a los presos políticos (PNDT: 171) y publicita su condena a las acciones de aquellos. El narrador opta por contrastar sus denuestos de aquella izquierda con la autocrítica de los exguerrilleros. Algunos ejemplos de esta:

- Todos los grupos armados *víctimas de sus propias contradicciones* e incapaces para jerarquizarlas, han tenido que sucumbir; divididos al mínimo de miembros, asesinados, perseguidos, encarcelados, *en total desarticulación* y arrinconados en repliegue inevitable.
- Conceptos erróneos sobre la lucha armada, *sin abordar el problema estratégico para la creación de una fuerza urbana* capaz de subsistir política y militarmente frente al enemigo, para luego abocarse al problema de apoyo general a otra fuerza rural en combinación con una tercera (fuerza) en medio de las dos; ésta debe ser la cuestión a resolver a mediano plazo. (LPC: 47, itálicas nuestras)

A pesar de que los argumentos meramente políticos e ideológicos sobre la izquierda y la autocrítica demuestren que el punto de vista del narrador *no es anticomunista*, aquellos se pierden de vista en la fragmentación de las novelas, quedan subsumidos bajo la descripción de los temas que hemos venido examinando hasta ahora. La expresividad en la escritura de tales temas se vuelve la *verdadera configuradora del imaginario social del guerrillero*, mientras *la argumentación política se aprecia debilitada*.

El izquierdismo como ímpetu vital, motor de supervivencia, marca de virilidad que aun bajo condiciones de violencia se manifiesta a través de reconvertir la sexualidad en "fuga del cuerpo violentado" (Gómez Unamuno 2008: 185), se hace visible en el penúltimo capítulo de *¿Por qué no dijiste todo?*

El episodio del concurso de eyaculaciones —a pesar de lo controvertido que pueda resultar para una óptica puritana, antiexhibicionista, antisexista u homofóbica— puede leerse como alegoría de que la potencia de la izquierda es superior a la de la derecha. En efecto, a Joaquín le toca "la metida del dedo" en el ano del *Zurdo* para que este se excite mejor y lance más lejos su esperma, le gane al *Derecho* y en consecuencia, beneficie a quienes apostaron por el *Zurdo*. La escena es narrada pausadamente, registrando cada detalle al modo naturalista (PNDT: 172-175), pero el episodio resulta prescindible para las interacciones de los presos porque tanto el *Zurdo* como el *Derecho* no habían figurado antes en el relato novelesco; a no ser que los apodos —demasiado obvios— sean nombres diferentes para personajes ya conocidos. Empero, tiene sentido como parte del tema narrativo de la lumpenización de los exguerrilleros, aunque simultáneamente exprese la autoafirmación izquierdista del narrador desde un punto de vista masculino–sexista, para el cual la potencia sexual es la más importante. La hipótesis se deriva de que el episodio está inserto precisamente antes del capítulo en el que ocurre la salida de la cárcel. Aurelia Gómez Unamuno (2008: 185-186) define este episodio como un acto de "…resistencia y empoderamiento…" porque "…la eyaculación arrojada al vacío […] devuelve a la vida el cuerpo del prisionero permitiéndole el control y la sensación de placer en su propia pérdida de conciencia, esta vez como contrapunto de la pérdida de la conciencia en la tortura".

§

El imaginario de las dos primeras novelas de Salvador Castañeda condensa[11] las emociones y vivencias de los guerrilleros antes de la cárcel y estando en esta, en atmósferas de zozobra y horror, de dolor inefable bajo la tortura durante los interrogatorios, del terror a la desaparición forzada, de la paranoia del perseguido, de la desconfianza en algunos compañeros, de la decepción política. Exhibiendo las prácticas represivas del estado mexicano, recrea un mundo sórdido, brutal hasta lo indecible, e insinúa la tesis de que los guerrilleros estaban preparados para la muerte mas no para la cárcel. La estrategia narrativa de fragmentar el discurso novelesco compacta los elementos imprescindibles

[20] Lo que Evodio Escalante (2004: XII) llama "taquigrafía contra el tiempo".

para configurar la degradación impuesta por los represores y alternada con la autodegradación, bajo el modelo de un movimiento interno de la realidad: circular y autófago, sin salida.

El imaginario de la guerrilla es ambivalente: se la critica desde la perspectiva de un exguerrillero pero sin caer en el anticomunismo ni en la abjuración. Deja translucir que la clandestinidad derivó en que los combatientes aceptaran —por fe, no de modo racional— la ignorancia acerca de la organización y los dirigentes; nunca se sabe quiénes y cómo decidieron las acciones más ambiciosas; asimismo, impidió la conexión política orgánica y constante con la población. En las respectivas historias narradas de las dos primeras novelas de Castañeda, ni siquiera los campesinos aparecen como personajes importantes. Finalmente la prisión libera a los guerrilleros de la incertidumbre sobre su organización y su proyecto histórico, mas al precio de hundirlos en el infierno del acoso sistemático, del peligro sempiterno de la desaparición forzada.

§

En cuanto a la concepción estético–literaria de Castañeda, en la época cercana a su debut literario él opinó que "la novela testimonial" es la "fe literaria de hechos vividos directamente". Sus reflexiones apuntaban a autojustificarse como narrador y a esbozar su autopoética conjuntando su ideología política con una concepción de la literatura enmarcada en las categorías marxistas de "estado burgués, "clases", "ideología dominante", "superestructura", y la coyuntura de las guerras en Centroamérica. Sostenía que la novela de testimonio da voz a quienes la burguesía arrebató la palabra, recoge las batallas de los hombres al margen de la sociedad contra las clases dominantes; si la escriben autores involucrados en estas batallas, tiene un carácter vivencial y visceral; es reflejo del hombre y el medio que lo condiciona, tiene un contenido de clase, está inmersa en las relaciones de producción capitalistas (Castañeda 1982: 23-24).

La propuesta de Castañeda (1982: 25-26) era escribir novelas que recogieran las experiencias de lucha en México para atestiguar que su gobierno estaba formado de "pandillas de delincuentes asociados", así como la persecución, la tortura, la desaparición, el quebrantamiento de huelgas y los asesinatos políticos. Sin embargo, el exguerrillero se lamentaba de que quienes leían no pasaran a "la transformación de esa

realidad", simplemente vociferaran, no se autocriticaran y se pelearan con otros izquierdistas. De ahí que los libros "llamados subversivos" se vendieran libremente como mercancía. Por eso en lugar de interesarse en explicar su método de escribir, lo más importante —para el Castañeda de hace treinta años— era atacar el mundo "alienado […] inhumano y tomar partido en favor del hombre".

• *El de ayer es Él*[21]

> *En el otro tiempo, que en realidad es el mismo de ahora; el tiempo circular, estaba igual, al acecho, en compás de espera, le parece nunca haber salido de ahí, y que ese par de tiempos son uno y el mismo.*
>
> Salvador Castañeda, *El de ayer es Él*[22]

Si analizamos simultáneamente las dos primeras novelas de Castañeda, en lugar de individualizarlas —como lo hacemos con el resto del *corpus* de este libro— es porque incluyendo la última, *El de ayer es Él*, observamos que la narrativa literaria del exguerrillero es un rompecabezas incompleto pero sugerente de un mundo sombrío, tanto como lo era el conocimiento parcial del movimiento guerrillero en México, en el siglo pasado. La tercera novela fue publicada en 1996; es decir, posteriormente a la novela de Carlos Montemayor, *Guerra en El Paraíso* que había aparecido en 1991, y al balance sobre el MAR, firmado por el mismo Castañeda y su compañero de lucha Candelario Pacheco (Castañeda y Pacheco 1992). En semejante contexto *El de ayer es Él* dialoga con estas obras y establece sus distancias.

Las piezas seleccionadas del rompecabezas y distribuidas en las tres novelas responden a dos lógicas. La primera —expuesta en los apartados anteriores—, cuyo eje es la prisión de algunos militantes del MAR completada con episodios anteriores y subsecuentes. La segunda

[21] Originalmente no habíamos incluido esta novela en el *corpus* —acaso por la incertidumbre de su género—, pero la observación sobre aquella hecha por Lancelot Cowie en su prólogo, nos "picó la cresta" como decimos en México, y decidimos arriesgarnos a proponer una interpretación apresurada, gracias también a la comprensión y paciencia del Departamento de Publicaciones del CEIICH.

[22] A partir de aquí las citas corresponden a la segunda edición de *El de ayer es Él* (1999, ISSSTE).

lógica es exclusiva de la tercera novela y se deriva de ciertos indicios del argumento concebido alrededor de "*Él*", quien es el único factor que permitiría llamar "novela" a *El de ayer es Él* y frenar el primer impulso de leer el libro como un conjunto de relatos autónomos.

Su arquitectura es la misma que la de las novelas precedentes, con la enorme diferencia de que no son el espacio ni el sujeto colectivo los que imponen la unidad fragmentaria (valga el oxímoron), sino *Él*, entidad abstracta, transpersonal, transtemporal, reiterada que no se concreta en un personaje porque es una presencia ubicua y hasta fantasmal; cuyas acciones no se sujetan a una trama (rasgo para nada nuevo en la narrativa de Castañeda) pues solo aparecen en momentos clave del movimiento guerrillero en México. La temporalidad es el otro rasgo novelesco que aleja a *El de ayer es Él* del testimonio literal, no obstante la inclusión de un diario.

Él inicia y cierra el discurso novelesco, en una época muy anterior a la de las guerrillas; en el espacio rural del ejido, donde una fiesta es la coyuntura favorable para raptar a una muchacha y donde es verosímil morir de cara al "…vértigo azul turquesa del cielo…" (EAEE: 132). *Él* es la memoria de los campesinos villistas del norte de México, es el padre de cuatro hijos, que paga a un fotógrafo trashumante a fin de que con su cámara antigua —sucedánea de la mujer que le falta al fotógrafo—, congele la imagen de la inocencia infantil; es el fantasma que regresa a los nichos de sus obsesiones: una casa de adobe donde muere la Reina (acaso su mujer y/o su madre), las calles del centro histórico de la ciudad de México a donde llega a estudiar, donde se encuentra en 1969 con 17 combatientes procedentes de Chihuahua, de quienes recibe nada menos que los restos del "diario de campaña" de Óscar González Eguiarte, fundador del Grupo Popular Guerrillero Arturo Gámiz y fusilado por militares el año anterior. *Él* está en el mitin del 18 de mayo de 1967 en Atoyac de Álvarez (cuando se decide que Lucio Cabañas encabece la rebelión campesina), participa en emboscadas del Partido de los Pobres al ejército mexicano, describe la muerte de Cabañas, forma parte del MAR y relata la cotidianidad de la vida de sus miembros en Moscú… En México *Él* retorna a los mismos lugares para constatar que se quedó anclado en estos: "…todo no es más que *regresar siempre*; huir de sí y *volver*, sin escapatoria" (EAEE: 114, itálicas nuestras).

§

Castañeda como escritor profesional, no corresponde al estándar derivado del *habitus* del campo literario mexicano, toda vez que el referente general de su obra publicada hasta ahora, independientemente de su género discursivo, siempre es el movimiento armado; de ahí que la última cita textual del párrafo anterior podría resumir simbólicamente su trabajo escritural. Al leer sus textos literarios —inevitablemente en el umbral entre la ficción y la realidad extratextual—, tenemos la impresión de una selectividad precisa y calculada de las piezas de un rompecabezas que premeditadamente se queda incompleto. En medio del principio y el final del discurso novelesco de *El de ayer es Él*, se alternan episodios sin orden cronológico, que podemos leer como *botones de muestra* del movimiento guerrillero mexicano, de sus imprevisiones y de su espontaneísmo; por ejemplo, fragmentos del "diario de campaña" mencionado anteriormente, anécdotas de los miembros del MAR —incluidos algunos datos de su entrenamiento militar en Corea del Norte—, encuentros entre combatientes de ese con el Partido de los Pobres, encuentros con combatientes procedentes de Chihuahua, el momento de la muerte de Lucio Cabañas y la oficialización de esta por parte del ejército mexicano.

Esta composición aparenta yuxtaposición de fragmentos discontinuos, concebidos para un narratario que sepa la información extratextual que los une y podría acaso, aportar una trama. Pero al narrador no le importa la trama, pues la selección de los fragmentos forma parte de su estrategia crítica del movimiento armado: este actúa sin planeación militar ni política, tal como se puede observar en el "diario de campaña" de González Eguiarte, y en la decisión apresurada de formar una guerrilla liderada por Cabañas, tras la masacre del mitin del 18 de mayo de 1967, en Atoyac de Álvarez. El narrador también registra la escasa convicción de algunos de los integrantes del MAR (por ejemplo, la fuga y posterior reincorporación de un militante apodado el *Niño)* así como las intrigas internas del mismo grupo.

Unos cuantos ejemplos bastan para que el narrador (*Él)* juzgue que el movimiento guerrillero estaba destinado a la derrota. No cumplió una de las enseñanzas básicas de los entrenadores coreanos que durante ocho meses, "en español martajado", habían repetido machaconamente: "El problema de cualquier retirada es que esta se haga en orden sin perder fuerzas ni dejar rastros" (EAEE: 38). El narrador se vuelve eco de esta regla, repitiéndola a la menor provocación. Aparte de lo anterior, el movimiento

tampoco poseía bases éticas sólidas. Cuando ve a sus camaradas intrigar, *Él* se pregunta: "¿Serán ellos […] los futuros dirigentes del país? ¿Llegaremos hasta el final?" (EAEE: 40). Cuando el *Niño* se fuga, *Él* encabeza la desbandada. Pero el momento de la crítica más tajante es el mencionado mitin. En la novela *Guerra en El Paraíso* de Carlos Montemayor, ese había sido recreado con gran dinamismo, sonidos y colores como aquellos murales épicos del siglo de la fundación de los estados nacionales. En *El de ayer es Él,* la escena resulta escueta, y *Él* participa en el acto de rodear a Cabañas para ponerlo a salvo de los policías judiciales asesinos: "*Él* y sus compañeros que lo rescataron de la vociferación están *viviendo ya lo que vendría*. Al zafarlo de la multitud, sin saberlo, ellos mismos eran […] *la negación del número"* (EAEE: 35, itálicas nuestras). La última frase servirá años después a Castañeda para titular un ensayo político donde critica el menosprecio por parte de los guerrilleros, a la dimensión cuantitativa de la acción política; es decir, aquel sí considera grave que la guerrilla se separe de las multitudes. En la misma novela el narrador asienta un juicio generalizante e implacable:

> ...si una fuerza revolucionaria no tiene posibilidades de repliegue, sin retaguardia segura y si su accionar resulta de la presión de las condiciones sociales sobre las masas que *se avientan por el mero impulso; todo no será más que la acción por la acción. Un grupo de gente que sale huyendo a la montaña empujado por la represión no es una guerrilla*; la preparación de ella no puede ser coyuntural porque sus planteamientos son estratégicos, su preparación es como un adelantarse a los acontecimientos; tiene conciencia de ellos sin que aún se den. (EAEE: 35, itálicas nuestras)

Los defectos que el narrador encuentra en los ejemplos seleccionados por él mismo son irremediables. Empero, no es prolífico en sus recriminaciones porque hasta en ese aspecto de su escritura, es lacónico. Este rasgo expresivo se muestra tanto en su retórica (diametralmente opuesta a la de las novelas de Montemayor) como en la extensión de sus relatos, aunque estos sean de raigambre testimonial, tal como el "diario de campaña" de González Eguiarte. *Él* se emociona con el vestigio: "Al verlo y sentir su textura, su olor entre las páginas despertó en *Él* una mezcla de ternura y sensualidad; un arrebato que pareció ablandarlo; aquello era lo mismo que *tener frente a sí a la Historia*…" (EAEE: 28, itálicas nuestras), mas no lo reproduce fielmente porque solo selecciona la información indispensable para demostrar las tesis políticas del narrador, que expusimos en párrafos anteriores.

§

La reducción del multicitado diario de campaña nos lleva a reflexionar acerca de los usos del testimonio. Es indiscutible la autenticidad del documento reproducido en *El de ayer es Él,* pero al compararlo con la reproducción hecha por Minerva Armendáriz Ponce (2001), notamos que en el libro de ella, el texto de González Eguiarte es más extenso, incluye más detalles en sus descripciones y relatos. Para la combatiente chihuahuense el propósito de la reproducción es antes que nada, testimonial y profundamente doloroso; aun cuando ella dude de la completud del documento (dado que cayó en manos de los militares que habían asesinado al joven guerrillero), su versión es más amplia que la de la novela de Castañeda. Pero al narrador de esta no parece moverlo la fidelidad literal, porque del documento entresaca exclusivamente lo que confirme sus tesis. Las acciones del Grupo Popular Guerrillero Arturo Gámiz (GPGAG) que leemos en *El de ayer es Él* son enternecedoras: los combatientes las van concibiendo sobre la marcha, confían por completo en los campesinos que les proporcionan comida; desconocen el terreno y la ubicación geográfica, realizan la voladura de un aserradero casi espontáneamente; perdonan la vida y dejan libre al piloto del helicóptero militar que andaba tras de aquellos (el piloto que después ayuda a la captura definitiva de los guerrilleros); redactan manifiestos políticos con visos didácticos para que campesinos y militares entiendan las razones de su lucha; describen animadamente la preparación de la comida, etc. En síntesis, el diario de campaña está en la novela para confirmar los defectos innatos del movimiento guerrillero mexicano.

Si recordamos el capítulo "13. Insurgentes y regulares" de *¿Por qué no dijiste todo?,* notamos la gran diferencia entre el MAR y el GPGAG. El primero, según el capítulo mencionado, opera metódicamente sobre la base de saberes por lo menos cuantitativos, a la luz de la logística, de la planeación, el cálculo, la previsión, la información geográfica imprescindible, etc. En cambio el segundo no. Así entendemos mejor por qué el exguerrillero Castañeda dedicó toda una novela a la crítica de organizaciones afines.

§

De nueva cuenta, el género femenino carece de personajes combatientes en esta novela de Castañeda. La Reina es un personaje pasivo que

solamente aparece en los pasajes iniciales y finales, como objeto de la violencia del padre de *Él*; es fantasmal. El narrador se aplica en una retórica ardua para narrar *irónicamente* su victimización humillante.[23]

§

Los pasajes iniciales y finales de la novela (EAEE: 13-25, 118-132) forman parte de un mismo relato, reiterado porque vuelto a narrar con pocas variaciones retóricas; es el relato de un pasado lejano, escenificado en un ejido con su fiesta escasamente alegre; su entorno terroso, los sembradíos de trigo, las casas de adobe, el molino de nixtamal, los caballos, las acequias, las tortillas cociéndose en el comal, la memoria del pasado villista llevada y traída por el viento, los insectos atareados con el estiércol, el batir de las alas de las cigarras, etc. La mirada sobre ese universo visual y sonoro es la de *Él*. No obstante que el relato evoque una realidad extratextual bastante familiar (la del campo mexicano), resulta difícil ligar su historia narrada con el resto de los pasajes. Sin embargo, *Él* es la clave porque el relato es el de *su* ayer*;* un ayer de amor y violencia, de precariedad y rutina; del que huye pero al que siempre regresa o acaso, del que nunca salió.

Otra hipótesis para entender la función de estos pasajes en *El de ayer es Él,* es más simple (pero importantísima para los efectos literarios): estos son un ejercicio *lírico* para dialogar con otras novelas sobre la guerrilla, especialmente con *Guerra en El Paraíso*, cuyo narrador hace gala de una retórica exuberante, paradisiaca, cuando describe el ambiente rural del estado de Guerrero, tal como lo veremos en el apartado siguiente de este libro. En contraste, el narrador de la novela de Castañeda *mira* el mundo rural desde las entrañas de este, forma parte de él, experimenta su precariedad en su propio cuerpo, percibe sus olores, sus ruidos, sus miserias físicas y morales sin idealizarlo. Los objetos que pueblan la composición son los habituales de un poblado rural pero el narrador no los describe positivistamente, sino los hace funcionar como sujetos de los enunciados al igual que otros entes abstractos; los nombres de los

[23] "…con los huevos quebrados en la cabeza, de uno en uno, era una reina en desventura. Se le escurría por el pelo la corona de oro líquido con incrustaciones de laminillas de plata parecidas a cascarones de huevo atorados en el cristal de cuarzo traslúcido. […] el padre, tambaleante, terminó la ceremonia de coronación…" (EAEE: 24).

aperos son precisos (tanto, que resultan incomprensibles para lectores urbanos). *Él* no focaliza escenas amplias sino objetos específicos, según la dirección de sus propósitos; por ejemplo, la escena del rapto:

> El barroco del encaje blanco en su corpiño no dejó pasar la mirada más allá y, con la imaginación, a ciegas vio el andar de sus manos rasposas por encima. Se disolvieron en lo oscuro con los perros, hasta engastarse sobre la superficie pulida de los ojos del caballo que los aguardaba […] la prisa les robó el habla. Esa trama oscura a lo lejos asfixiaba la música y era un silencio como el de las estrellas y los mezquites, de los arados yacentes, de azadones y alfanjes. El mismo silencio de los adobes, de las alambradas, del trigo recluido; el mismo silencio tubular de los carrizos. […] El rechinar áspero de las correas, el ruido de los cascos y el resollar cavernoso del caballo hacían pedazos la noche. (EAEE: 14-15)

En el final de la novela, más enigmático aún que el principio, *Él* huye:

> Cabalgó durante horas por el tajo hasta encontrar el nacimiento seco de río. […] el sol iba tras *Él,* sin despegársele…
> …la polvareda que lo seguía se adelantó. El caballo chorreaba sudor desde el vientre enredado en una trama violenta de venas hinchadas. […] De los costados, del vientre y las patas le colgaban tramos de cactus con flores púrpura y amarillas enganchadas a la piel con las espinas.
> En ese punto del asedio del antes apareándose furioso con el ahora lo turbó al deducir que tal vez él mismo estaba ya muerto […] al igual que su caballo, y que sólo vagaban por encima de todas las cosas; huyendo de sí, de su pasado reciente que lo perseguía muy de cerca.
> Se apeó de la montura y el diálogo de las correas con las argollas calibró el tamaño de su peso…
> […]
> El canto de los pájaros caía desde los cantiles como puntas de cristal transparente. (EAEE: 131)

Ciertos momentos de la prosa poética de *El de ayer es Él* son alegorías arduas, como la escena en que aves carroñeras se disputan con perros los despojos del caballo:

> Las aves ruborosas en un estruendo de aspas que incitaban a la polvoreada, soberbias caían desde el cielo con todo su poder […] acomodándose en un círculo oblongo. De la suma de las fuerzas de aquella revuelta las auras

> eran como la vanguardia de un ejército, y una de entre ellas la avanzada de esa misma vanguardia.
> […]
> De improviso ese orden insurreccional se relajaba por la desesperación de la espera, los chillidos, los picotazos, los ladridos y las corretizas de perros y pájaros que abocardaban las líneas del cerco —que volvían a cerrar […] como si el animal pudiera escapar.
> La delantera de la vanguardia se adelanta cuando el equilibrio de fuerzas se rompe, […] cuando las posibilidades de engendrar terminan. El aura está quieta, atrás, como frente a la retaguardia de otro ejército. […]
> …toma impulso de nuevo y mete y saca la cabeza cubierta de sangre […] llega hasta el fondo y levanta las patas, se apalanca con ellas en la grupa del caballo […] y jala con fuerza. Regresa de la oscuridad atascosa con las entrañas en la punta. Para celebrar las demás chillan y levitan a saltos, los perros giran mordiéndose la cola; las moscas verdes zumban […] las hormigas avanzan y retroceden… (EAEE: 128-129)

Se trata de una poética filosa como una saeta, que sustantiva verbos, abunda en elipsis y con una singular prosopopeya, cede a objetos y animales las funciones de sujetos negándose a caer en el descriptivismo. Esa poética es la mayor originalidad de la obra de Castañeda. Pero la alegoría citada es críptica; demasiado visual y simultáneamente perturbadora porque el narrador elige la acepción menos común de "aura", y hace de las aves el sujeto de una vanguardia insurrecta que encabeza el ataque y la rebatiña por el botín pero lo comparte con los contendientes. En esta escritura de Castañeda —desentendida de los temas descriptivos prevalecientes en sus primeras novelas—, podríamos apreciar que la alegoría es "el trabajo de duelo" en la literatura, tal como lo plantea Idelber Avelar (2000: 19). Basándose en caracterizaciones de Benedetto Croce y de Walter Benjamin acerca de lo críptico y del duelo, Avelar (2000: 18-19, 21) afirma que en la "ficción postdictatorial", lo alegórico se instaura no como recurso de un "sentido abstracto", sino en la materialidad de una inscripción, proponiendo un *enigma que impide la lectura especular de la imagen*; asimismo, que el vínculo que "une alegoría y duelo" es irreductible porque el segundo es madre de la primera; por tanto la alegoría "vive siempre en tiempo póstumo", pues *lo críptico es la manifestación residual de la persistencia fantasmática de un duelo irresuelto*. Aun si el contexto histórico de la obra literaria de Castañeda no sea una "posdictadura", sí implica un duelo posterior a los traumas de la derrota y la prisión. Duelo irresuelto, sin embargo.

§

El imaginario es la violencia bajo varias formas —incluida la revolucionaria— como actante permanente; en la espiral donde se juntan los tiempos, si bien aquella cambia de personajes, de espacio, de motivos y pretextos, regresa aunque sea bajo formas grotescas y/o bestiales. Y la pretensión de unos —los más débiles en la correlación de fuerzas— de inclinar la balanza en su favor, apoyándose tan solo en su ánimo espontáneo y la improvisación, se revierte contra ellos mismos. Entonces los sobrevivientes no se distinguen de los fantasmas; unos y otros se confunden porque su derrota es la misma, porque el pasado pervive en el futuro.

§

Las novelas de Castañeda intervienen en el debate literario de su tiempo a la sombra de la estética de José Revueltas. Como lo señalamos en párrafos anteriores, los universos novelescos afincan su densidad semántica en la ausencia de una trama cuyos hilos se interconecten lógicamente. La fragmentación del relato, el especial cuidado en describir la lumpenización de los personajes y su origen miserable, cuando es el caso; la recurrencia obsesiva de ciertos instantes cruciales en las vidas de los guerrilleros, el erotismo, etc. tienen reminiscencias de la "máquina literaria" revueltiana, como la llamó Evodio Escalante. Según este crítico, los efectos de la degradación física o moral de los personajes de Revueltas responden al intento de captar "el movimiento interno de la realidad" en su lógica y en su devenir; no con fidelidad fotográfica, sino mostrando "que estas contradicciones se exacerban y tienden a agudizarse hasta llegar a lo insoportable, a lo insufrible". El recurso de la yuxtaposición de los recuerdos procede para trastornar el orden lineal y —por esa vía— la creencia en la evolución y el progreso. Sin embargo, los recuerdos no forman la memoria porque esta es una "verdad incompleta" que mueve a las yuxtaposiciones y por ese camino, constituye la realidad eternamente circular del sujeto; entonces la memoria se instala cuando ya no es reconocible en los recuerdos, cuando se halla en trance de extinción (Escalante 1979: 24, 110). No es abusivo emplear estas reflexiones de Escalante para entender una obra literaria derivada tal vez de la relación ideológico–política, libresca y ocasionalmente personal entre Revueltas y Castañeda. Teniendo en cuenta la teorización del primero sobre el

objeto de su literatura así como su peculiar concepción de la memoria —sintetizados por Escalante—, concluimos que es simplista e injusto imponer a las novelas de Castañeda la etiqueta de testimonios, por el hecho de que él fue efectivamente guerrillero y preso político.

§

Como al examinar cada una de las novelas de Castañeda, resaltamos sus tesis políticas, solamente nos queda por agregar una observación acerca de su interpretación del mitin multicitado que precedió a la fundación del Partido de los Pobres. Cuando el narrador define a esa guerrilla como resultado inmediato de la represión, como un impulso del momento, omite que en Guerrero, el movimiento armado tiene raíces de diferente profundidad histórica, tanto como las tiene la violencia del poder contra quienes lo cuestionan. Omite que en la memoria reciente de los participantes en aquel mitin, todavía resonaban los movimientos regionales como el anticaballerista, el encabezado por Genaro Vázquez Rojas, las protestas locales contra el autoritarismo de cualquier rango burocrático, etc. Estas condiciones históricas si no sustituyen a la logística, las armas o la ciencia aplicada a la estrategia de lucha, tampoco son desdeñables como motores éticos de las rebeliones sociales en aquel estado.

Las novelas de Carlos Montemayor

> *Existen dos grandes mitos: el de la literatura entendida como una actividad sobre lo irreal y el de la política como el reino de las acciones.*
> *Pero la literatura no es una sarta de mentiras. Es la representación de la realidad humana, moral social y política de una época.*
>
> Carlos Montemayor, entrevistado por G. Ochoa Sandy

• *Guerra en El Paraíso*

Carlos Montemayor es reconocido como el escritor más importante en materia de narrativa literaria sobre la guerrilla en México. Su novela

Guerra en El Paraíso está traducida al alemán, francés, griego e italiano; es la epopeya de los campesinos mexicanos que en los años sesenta del siglo XX, se rebelaron contra las prácticas autoritarias y criminales aplicadas por el estado mexicano a todos aquellos que quisieran organizarse contra los abusos del poder y para superar su miseria; que pensaran en la posibilidad de cambiar el estado de cosas y en la dignidad como un modo de vivir (Radilla Martínez 2008: 23). Una epopeya cantada con prosa limpia que alcanza alturas líricas es los momentos más intensos, cuando los personajes son colocados en encrucijadas sociales que serán definitorias, o se hallan en el umbral de la muerte, a la que trascenderán por la justedad de su lucha.

Gracias a la calidad de la novela, la memoria del guerrillero Lucio Cabañas y de su ideario traspasó las fronteras, mostrando al mundo otra faz de México; máxime que el espacio ficcional incluye Acapulco, el enclave turístico de mayor antigüedad en el país. Su aparición en 1991 fue un gran acontecimiento editorial porque por primera vez un texto ¡novelesco! reunía la información más importante sobre Cabañas (muerto en combate en 1974) y las acciones del estado mexicano para aniquilarlo.

§

Por su complejidad es de las novelas mexicanas sobre el tema que han sido más estudiadas por académicos de varios países; probablemente su productividad de crítica continuará. Inicialmente la primera dificultad de clasificación o de etiquetación de la novela residió en que su referente sociohistórico está denotado con absoluta claridad: la mayor parte de la nómina de personajes, los topónimos, las fechas y la plataforma ideológica del Partido de los Pobres (PdlP) son verídicos; inclusive había sido precedida por varios libros de corte periodístico, biográfico o testimonial sobre Cabañas.[24]

De ahí que uno de los primeros estudios al respecto, la tesis *Guerra en el paraíso de Carlos Montemayor: una historia alternativa*, de Angélica Prieto Inzunza (281), tenga que partir de la aclaración de que es "*novela*

[24] Algunos de los autores de esos libros son: Francisco Fierro Loza, Simón Hipólito, Jaime López, Juan Miguel de Mora, Comandante Eleazar Campos Gómez, José Natividad Rosales, Baloy Mayo, Carlos Bonilla Machorro y Luis Suárez (*Bibliografía sobre la guerra sucia y los movimientos armados actualizada*).

antes que política" y no se reduce a "llenar un vacío en la historiografía mexicana". Ella tomó en cuenta las declaraciones de Montemayor, quien reiteradamente afirmó que su técnica de escritura fue helenista y por tanto sus recursos eran los de la *Ilíada* y de las tragedias de Esquilo. Sobre esa base Prieto Inzunza realiza un análisis modal y de sus efectos de sentido pasionales; también analiza el discurso identitario de los militares. Conjuntando el análisis narratológico de *Guerra en El Paraíso* con la hipótesis de que esta obra da continuidad a la novela de la Revolución mexicana, otra estudiosa (Jonsson 1998) sostiene la similitud estilística, metodológica y temática de aquella con el género testimonial. Otros críticos se centraron en la ardua investigación de campo realizada por Montemayor y en establecer la intertextualidad metódica de la novela con algunos textos periodísticos y testimoniales, y lo sorpresivo que había resultado que Montemayor se hubiera "quitado la corbata" para emprender una obra excepcional "referente obligado no sólo para la historia de la literatura, también para la historia de México" (Rodríguez Lozano 1998). David Ochoa Solís (1999: 125-138,140) pondera lo incompleto o parcial de la información aportada por libros que habían precedido a *Guerra en El Paraíso*, así como las diferentes versiones que circulaban de ciertos hechos registrados en la narración novelesca; también opina que la figuración literaria de Lucio Cabañas es la de héroe y de protagonista de novela de aventuras.

El estudio más profundo y metódico es el de Ignacio Corona (2001: 162-215), cuya propuesta de análisis busca equilibrar el extremo hermenéutico con el pragmático, centrándose en las estrategias retóricas de la novela de Montemayor. Sus análisis abarcan prácticamente los procedimientos más importantes, utilizados por otros académicos como la narratología, la semiótica, la sociocrítica; es decir, Corona disecciona el texto novelesco para observar las múltiples perspectivas, la fragmentación temporal y espacial, la intención de equilibrar la crítica social, la correlación con su base documental, los distintos registros lingüísticos, la polifonía, la caracterización de Lucio como héroe trágico, los preconstruidos ideológicos, los paradigmas y condensaciones retóricos, etcétera.

Otros estudios sobre *Guerra en El paraíso* serán citados en la medida en que vaya siendo necesario para nuestra propuesta analítica que es parcial, limitada a problematizar la novela en función del objeto de conocimiento de esta investigación que es el imaginario de la guerrilla,

y del tema delimitado. No pretendemos superar a los análisis profundos que ya existen, sino agregar un punto de vista inclinado hacia la interdisciplina y comparar esa novela con *Las armas del alba,* bajo la hipótesis de que el narrador si bien empleó algunas estrategias de construcción novelesca similares en la segunda novela —debido a la semejanza temática y de actores sociales en ambas novelas—, diferenció los respectivos imaginarios a través de distintas intenciones comunicativas y estrategias retóricas, para decirlo en los términos de Corona (2001: 26-27).

Trataremos, pues, de no redundar en lo que ya avanzaron consistentemente otros estudios literarios.

§

Guerra en El Paraíso relata la trayectoria de Lucio Cabañas —de maestro rural a guerrillero—, y el hostigamiento militar y aniquilamiento que él y muchos campesinos de su región sufrieron por parte del estado mexicano. Asimismo, la etapa más intensa de los enfrentamientos entre guerrilleros y ejército mexicano, de 1972 a 1974, pues en el primer año citado ocurrió la muerte y el sepelio popular de Genaro Vázquez Rojas —otro dirigente guerrillero— y en el último, el secuestro del senador —y cacique regional— Rubén Figueroa Figueroa. Finalmente agrega información acerca de la continuidad de la represión contra campesinos y sobrevivientes del PdlP hasta 1976.

El autoritarismo, la tortura, la violación y la muerte como prácticas de los militares para obligar a la población rural a delatar a los guerrilleros o a no apoyarlos son tematizados con frecuencia en la novela, por lo que una de las informaciones narrativas más importantes de esta es el sufrimiento de los campesinos guerrerenses a raíz de tal episodio social e histórico de México, desde el siglo XX.

El narrador implícito —esa conciencia que organiza rigurosamente la novela para que los lectores podamos aprehender un mundo posible complejo y, simultáneamente, percibir el referente sociohistórico de la historia narrada— introduce muchísimas señales de carácter temporal (fechas) y tipográficas para orientar la comprensión.

Montemayor explicó que la inspiración estética de *Guerra en El Paraíso* es clásica por la contemporaneidad de su tema, porque la obra de Homero constituyó la fuente de los caracteres variados de los perso-

najes y de su profundo realismo, y porque estructuralmente el mismo Montemayor había empleado el coro al modo de Esquilo: como el recurso que permite la intervención de múltiples voces, aparte de las de los personajes centrales:

> El coro se convierte en mujeres, en ancianos, en muchachos, en ciudadanos [...] en guerreros [...] los coros esquilianos equivaldrían a los numerosos campesinos anónimos, soldados o pueblos arrasados a lo largo de esos años de 1971 a 1974 en la sierra de Guerrero. (Montemayor entrevistado por Solares 1991: v)

Para José Vicente Anaya (2010) no resulta sorprendente la orientación ética de la novela, toda vez que desde 1971 Montemayor ya había manifestado en sus ensayos sobre la tragedia griega que su interés era hallar en los clásicos "una ética que se preocupa por lo justo y lo injusto; así como tender el puente entre lo teórico y lo práctico buscando arribar a una praxis social a través de la obra de arte". Veinte años después, la aparición de *Guerra en El Paraíso* confirmó la coherencia entre el discurrir cognitivo y la producción estética de Montemayor.

§

La complejidad estructural y narrativa de la novela, aunada a su heterogeneidad y su carga testimonial opacan la arquitectura novelesca de *Guerra en El Paraíso*. Esa es la de una novela mural-social cuyos componentes se distribuyen en dos ejes actanciales diferenciados por su origen sociocultural y su posición ideológica y política, que se confrontan de modo irreconciliable: el estado mexicano *vs.* los guerrilleros y viceversa. Esta composición *equilibra* la confrontación y favorece mostrar la variedad de sus actores. Aunque por su abundancia de personajes, rigor geográfico y precisión temporal constituya el texto sobre Lucio Cabañas más coherente hasta 1991, año de su primera edición, en realidad no abarca toda la información sobre ese ni el PdlP; no es una novela exhaustiva sobre su referente ni pretende hacer las funciones de la historia; carece de información narrativa acerca de las etapas del PdlP y la logística de las relaciones de este con grupos guerrilleros contemporáneos en otras partes de México. Algunas veces estos son mencionados solo nominal-

mente (el FRAP, el Partido Comunista Mexicano [PCM]); otras, sus emisarios son figurados cuando dialogan con Cabañas. Tampoco abunda en los viajes que este realizó al Distrito Federal y los estados de Durango, Veracruz, Michoacán e Hidalgo —el personaje simplemente menciona los nombres en sus recuerdos— ni aborda el asunto del rescate pagado por Figueroa Figueroa a raíz de su secuestro.

En la novela, la falta de completud explícita de algunos pasajes se soluciona afincando la lógica interna de la historia narrada en la arquitectura sostenida en los dos ejes actanciales, los que se manifiestan a través de muchos personajes, sean principales o secundarios. El narrador introduce fechas en los subtítulos y otras señales tipográficas que advierten de los vaivenes temporales y los cambios de instancia narradora. Los estudiosos de *Guerra en El Paraíso* denominan estas estrategias como fragmentarismo narrativo (García Domínguez 2012: 37), caleidoscopio de perspectivas y "ejes temporales" diferentes (Negrín 2001) o perspectivas múltiples y fragmentación temporal y espacial (Corona 2001: 186). García Domínguez insiste en que los segmentos sí pueden constituir unidades semánticas y que entre ellos hay relaciones de continuación, explicación, ampliación o contraste.

§

La selección de hechos verídicos que el narrador transforma en acontecimientos de la trama, parece guiarse por el principio de la poética clásica de construir un mundo posible que imite a la realidad pero no suplante a la historia.[25] El narrador *selecciona* algunos hechos, acaso representativos de ciertas etapas, ideas, problemas de la vida de Cabañas y de los combatientes del PdlP, alternados con escenas y narraciones indirectas acerca de que el estado (encarnado en los personajes de políticos, funcionarios, militares de diversos rangos) percibe a Cabañas y a los campesinos como enemigos por destruir.

Lo seleccionado recibe un tratamiento literario diverso: mientras ciertos acontecimientos y personajes merecen descripciones detalladas,

[25] "La distinción entre el historiador y el poeta no consiste en que uno escriba en prosa y el otro en verso; se podrá trasladar al verso la obra de Herodoto, y ella seguiría siendo una clase de historia. La diferencia reside en que uno relata lo que ha sucedido, y el otro lo que podría haber acontecido" (Aristóteles: 10).

pausas temporales, escenas y —lo más admirable— figuración poética; otros solo son mencionados nominalmente, resumidos o vueltos objeto de elipsis temporales.

A pesar de que la alternancia de fechas en *Guerra en El Paraíso* no tenga orden progresivo, algunos acontecimientos de los capítulos I, VIII y IX (los dos últimos) sí coinciden con la estructura clásica del drama que exige plantear al principio el conflicto, y al final, el desenlace. Por ejemplo, el mitin de Atoyac de Álvarez, el 18 de mayo de 1967, el asesinato subrepticio y el sepelio popular de Genaro Vázquez Rojas se ubican en el primer capítulo de la novela, puesto que justifican la decisión de Cabañas de luchar con las armas, al convencerse de que el estado solamente busca matarlo, no dialogar con él ni con sus seguidores, y de que continuará la lucha de Vázquez Rojas.

Los demás acontecimientos fechados en 1967 ilustran la persecución y el acoso por parte de los judiciales contra los pobladores de la zona, la indignación de estos por sus muertos en el mitin, y su acuerdo de que Cabañas sea la cabeza de la rebelión. En consecuencia, en mayo de 1967 también comienzan las emboscadas al ejército mexicano, por parte de seguidores de Cabañas.

En el capítulo VIII, penúltimo de la novela, se incluyen dos acontecimientos torales: el secuestro de Rubén Figueroa Figueroa[26] y la escena del banquete opíparo de la jerarquía castrense, donde generales del ejército mexicano discuten la inminente aniquilación de Cabañas (GP: 338-352).[27] Esta larga escena confirma también el proyecto aristotélico de Montemayor acerca de que las acciones y los personajes pueden ser representativos de la virtud o del vicio como características humanas.[28] La discusión en boca de los militares se centra en argüir que el conflicto guerrillero podría motivar a Estados Unidos, a intervenir en México por medio de la CIA, tal como acababa de hacerlo en Chile, y deja traslucir la idea de cuán importante era para los militares atender los intereses de EUA. En este contexto la única voz discordante es la del general Escárcega, quien evalúa que la táctica guerrillera de Cabañas

[26] Suceso que en la realidad extratextual favoreció que los militares localizaran con precisión el área de Guerrero donde Cabañas se movía.

[27] A partir de aquí las citas pertenecen a *Obras reunidas I,* 2006.

[28] "Los objetos que los imitadores representan son acciones, efectuadas por agentes que son buenos o malos (las diversidades de carácter humano, casi siempre derivan de esta situación, pues la línea entre la virtud y el vicio es la que divide a toda la humanidad) y los imitan mejores o peores de lo que nosotros somos, o semejantes..." (Aristóteles: 10).

es semejante a la de los zapatistas, por lo cual es posible que el ejército mexicano esté "atacando una lucha del pueblo" y caiga en "una trampa de la historia" (GP: 346, 347). La voz de este personaje abona en favor del guerrillero y desliza la idea de que el ejército mexicano no era monolítico en materia ideológica, pero las voces del resto de los militares en la novela manifiestan las razones de estado para aniquilar a Cabañas.

Retomando el asunto de que la escena pertenece al penúltimo capítulo de la novela, consideramos que los adversarios de Cabañas aparecen en la trama novelesca como agoreros del desenlace, de la muerte del héroe. El banquete de los militares equivale a un conciliábulo, ritual secreto que prepara el sacrificio del guerrero. Resulta lógico, entonces, que el siguiente y último capítulo corresponda a la muerte de Cabañas.

§

Hay tres modos de enunciación que desde el inicio de la novela anuncian la relación del narrador con cada una de las dos entidades confrontadas mutuamente. Por ejemplo, al iniciarse el capítulo I, las figuras retóricas de carácter lírico serán exclusivas para los guerrilleros y su base social; la focalización interna de los personajes predominará en estos y solo ocurrirá eventualmente en algún personaje adversario que se encuentre pasajeramente sin poder (como el senador Rubén Figueroa Figueroa, quien también es objeto de una larga escena [GP: 259-263] cuando intenta escapar de los guerrilleros que lo tenían secuestrado). Finalmente, la focalización externa y el discurso directo predominarán en los personajes adversarios.[29]

La retórica descriptiva de la naturaleza exuberante, signo de la sensibilidad poética de Montemayor, se explaya de modo frecuente cuando el narrador compone las escenas protagonizadas por los guerrilleros. Entonces se establece una relación de antítesis entre la gravedad de los acontecimientos mortales que llevan a los campesinos a tomar las armas y el escenario colorido, perfumado y ruidoso a causa de las aves:

[29] Ignacio Corona (2001: 37) llama "estrategias persuasivas" a la articulación de esta conformación textual.

> Los primaveros y los cacahuananches floreaban; rojas y amarillas las flores se precipitaban como cosas vivas entre los cafetales, entre las hierbas. Los pericos volaban ágiles, cruzando ruidosamente el aire apacible y fresco de la sierra [...] la inmensidad verde de la sierra, la luminosidad de los montes verdes y grises, profundos e incontables, se sucedían hacia la costa. A lo lejos el cielo era más azul. (GP: 34-35)

El sonido es un componente retórico y determinante para la poética de *Guerra en El Paraíso*. En el dramático acontecimiento de la masacre del 18 de mayo de 1967 en Atoyac de Álvarez, "el tañer inmenso de los bronces" (GP: 23) de campanas de la iglesia cercana a la plaza, complementa el abigarrado conjunto de gente arremolinada en torno a Cabañas que simultáneamente intenta defenderse de los judiciales. Cuerpos convulsos, entrañas y sangre humanas, olor a sudor, ropa desgarrada, calor sofocante, desesperación, pieles morenas se alternan en la descripción bajo la mezcla de tiros de pistola y ametralladora, gritos, injurias y campanas repicando con furia. Figurativamente, el resultado es excepcional.

Dos ejemplos en el primer capítulo, prueban la expresividad del narrador como signo de afinidad ideológica con ciertos personajes. Cuando se desata la masacre en este mitin, el narrador *mira* a la multitud y enuncia la sensación de la muerte desde el cuerpo de una mujer embarazada a quien un policía judicial del estado de Guerrero acaba de balear mortalmente:

> *…se tomó el vientre con las manos oscuras sintiendo por dentro la criatura que se movía y fue cayendo suavemente, como si pensara en algo propio, íntimo […] La sangre le fue manchando la ropa con prisa, a borbotones, saliendo de su cuerpo, de su boca, junto al cuerpo amorfo que fue su marido, sin oír las detonaciones del arma que la había derribado, que la había dejado así, quieta, silenciosa, mirando con los ojos vacíos el oleaje de la multitud que trataba de huir*. (GP: 21, itálicas del original)

La escena del sepelio de Genaro Vázquez Rojas merece una prosa poética:

> Los centenares de hombres seguían fluyendo detrás del féretro gris que iba pasando de hombro en hombro, que iba retrocediendo, y avanzando, como barca libre en el mar, en el oleaje inabarcable de rostros y manos morenas.

> Y con ese rumor se mezclaban los gritos de sargentos y cabos […] La multitud siguió como un inmenso río al llegar a un delta, al extenderse como un cuerpo abriendo los brazos sobre la tierra, inundando suavemente el templo de San Luis Rey. Fue penetrando el féretro, en el templo, como buscando un lugar donde detenerse en medio del mar […] a la multitud la rodeaba el ejército también, como una franja verde y oscura deslizándose, extendiéndose permanente sobre ese mar que rodeaba al templo, que se aquietaba en su movimiento atado a su rumor sobre el que caía la luz del sol como un vaho ardiente, inclemente, inmenso. (GP: 30)

Otro ejemplo notable de focalización interna y de tropos se halla en el momento de la muerte de Cabañas:

> Lucio sintió entonces una punzada muy aguda en la espalda […] Luego estalló en su cuerpo una segunda punzada. […] sintió su cuerpo distinto, no con dolor; como si por vez primera entendiera que ahí estaba su cuerpo con él, atento, esperando algo […] Sintió otro golpe en la garganta. Era un dolor como la oscuridad que doblegaba las rocas, que perforaba la luz, como el cristal que caía suave y brutalmente con el reventar del agua cuando se estrellaba contra los peñascos o cae precipitada […] parecía estar cayendo una vez y otra, como un destino que se imponía […] como todo lo que tenía que hacer, lo que faltaba por hacer; una *prisa* gritando con el mismo calor […] gritando que falta mucho por hacer, por hacer, por hacer, por hacer (GP: 372-373, itálicas nuestras).

Esta cita basta para demostrar que el narrador alcanza un alto grado de lirismo al focalizar los tres balazos mortales que recibe Cabañas. No fue necesario que expresara con su propia voz su empatía con Cabañas y su gente; su lírica resulta más convincente, literariamente hablando, que la emisión de juicios de valor directos sobre los personajes.

Al mismo tiempo la repetición de la frase "por hacer" significa que el proyecto de Cabañas queda abierto al futuro.

§

Varios fragmentos referidos a hechos anteriores a 1972 confirman la figuración de Cabañas desde una perspectiva empática por parte del narrador. Su función es la de abonar en favor de las experiencias que marcan al guerrillero; por ejemplo, cuando siendo maestro Cabañas en una escuela de Mezcaltepec, un niño le da una pedrada sin haber tenido

la intención de hacerlo, y por eso el maestro no lo castiga (GP: 212-213). Esta actitud puede tipificarse como cristiana toda vez que puede equivaler a poner la otra mejilla. La escena tan larga y tan descriptiva se antoja prescindible porque Cabañas prácticamente no participa en ella. Sin embargo, la reiteración —por parte del narrador— de que el niño manifiesta su nerviosismo frotando sus pies descalzos en la tierra, la mención de su morral de manta, los mocos pendientes de sus narices, enfatizan la miseria de ese lugar que fue el primero donde Cabañas ejerció la docencia.[30]

Al iniciarse la etapa de guerrillero en la vida del exmaestro rural, el narrador emplea la segunda persona para el monólogo de aquel, quien cuando acepta encabezar a los campesinos que se lo piden, sabe que su destino será la muerte, no obstante el deber de cuidar por sus vidas. La suerte del héroe trágico Cabañas parece obedecer a "un destino de antemano prefigurado y con independencia de su voluntad" (García Domínguez 2012: 46). A partir de ahí el narrador implícito comienza a asociar la muerte con la prisa en confrontarse contra el estado mexicano usando las armas; prisa que resulta insensata si se compara la precariedad militar de los guerrilleros con la potencia del ejército mexicano:

> *"Los matarían", te decías, mirando que no entendían que […] tú les cerraras el camino al valor, a la lucha en ese mismo instante […] Estaban aún en Atoyac los asesinos, los muertos velándose […] Y estaban ellos* [los campesinos] *ante ti, […] queriendo […] invadir con su fuerza las calles y […] destrozarlos, triunfar en esa misma noche. […] Y la muerte era la única que […] te hacía madurar la prisa […] La muerte que acecha siempre tras la prisa, tras la confianza que provoca la prisa. La muerte de Gámiz, de Óscar, de Jaramillo.* (GP: 54, itálicas del original).

El narrador opta por la segunda persona para atribuir este monólogo a Cabañas porque se trata de una acción absolutamente decidida por el primero, no por el personaje, toda vez que ateniéndonos al año (1967) en que Cabañas vivió esta experiencia, por lo menos Óscar (Gon-

[30] Según los testimonios, fue la miseria de la población de Mezcaltepec la que motivó a Cabañas a fundir en su papel de mentor tanto la enseñanza–aprendizaje de los saberes básicos, como la organización de las familias de los alumnos, a fin de buscar soluciones a su situación precaria o de víctimas de los atropellos del poder. Aquel mismo fue reprimido por el solo hecho de orientar a los padres de familia para que rechazaran los abusos de las autoridades (Galeana Laurel 2005: 10-12).

zález) aún no había muerto.[31] La narración en segunda persona permite *delegar en el guerrillero los sentimientos del narrador*. La personalidad de Cabañas si bien resulta más positiva que negativa, no excluye la tensión anímica, la tensión entre su serenidad aparente y la sensación interna de la prisa que es la que se impone, a fin de cuentas, en su destino. El sepelio masivo de Genaro Vázquez Rojas (en 1972) es la ocasión en que el narrador expresa los pensamientos de Cabañas, quien resuelve que la muerte del primero es una señal para "no morir así nada más", sino adelantarse a la muerte:

> Fue como si lo sacudiera un súbita *prisa* por seguir […] Una *prisa* de hacer algo que no entendía bien […] que conoció desde niño, que siempre le había servido para dominar sus pensamientos […] debía quedarse quieto para mirarla ir y venir dentro de él […] Algo siempre llegaba con ella […] Era una luz *roja* […]
> —En el panteón […] [Cabañas] siguió llorando ahí, hasta que le dijo a Genaro: "Hermano, *nos veremos en la eternidad*".
> Lucio caminó unos pasos. La *prisa* seguía profunda. Cuanto más intensa era, más tranquilos y reposados se hacían sus movimientos. (GP: 33-34, itálicas nuestras)[32]

En *Guerra en El Paraíso,* el narrador nunca menciona encuentro alguno entre Cabañas y Vázquez pero tampoco divergencias.[33] Esta solución novelesca es significante de la perspectiva de la novela en general y del narrador en particular, toda vez que la bella narración del sepelio de Vázquez (GP: 29-31) y la escena de Cabañas hablándole, comunican la idea de continuidad en las respectivas luchas de ambos personajes; continuidad percibida a la luz de la historia y de la utopía por parte del narrador implícito.

[31] Aquel sería fusilado por los militares que lo capturaron en 1968.

[32] La conducta del personaje parece responder a la máxima latina *festina lente* (apresúrate lentamente) que es atribuida al emperador romano Augusto. Esta conjetura no resulta inverosímil, dada la cultura clasicista de Montemayor.

[33] Claudia Rangel Lozano y Evangelina Sánchez Serrano (2008: 517-518) afirman que aunque los respectivos grupos de estos dirigentes podrían haberse articulado pues compartían la región, el discurso y la pertenencia a la Organización Latinoamericana de Solidaridad (creada en Cuba en 1966), no lo hicieron. Ellas lo atribuyen a las diferentes procedencias político–ideológica y estudiantil de cada uno. Vázquez se inició en las filas del PRI y estudió en la Escuela Nacional de Maestros de la ciudad de México, mientras Cabañas lo había hecho en la Normal Rural de Ayotzinapa, Guerrero, semillero de los cuadros del PCM. Aseguran las académicas que Vázquez también terminó militando en el PCM.

Volviendo al sentido de la *prisa,* el narrador lo concibe como aspecto inevitable de la lucha armada; elemento sustancial del universo físico, moral y político de Cabañas. Así la *prisa* alcanza la abstracción suprema —por encima de las circunstancias del personaje— de la poesía. En el último capítulo, en momentos previos a su muerte, el narrador atribuye a Cabañas la sensación de la *prisa* convocada por el rumor profundo del viento que sube de la cañada, trayendo el estremecimiento de las aves, su dulce canto, el oleaje del río:

> Era otra vez la *prisa* del río, la fuerza de la prisa que en el mundo se siente llamando, buscando a alguien como una frontera ajena, una sombra detrás de la luz, que espera el paso del río o del viento mismo, o de las miradas que no pueden verla, que en el desconcierto que provoca desconocen el universo que frena, o que en ella se detiene, como buscando convertirse en su sombra misma, en la huella misma que será. (GP: 353)

La *prisa* como parte consustancial del cuerpo, los sentidos y las acciones de Cabañas a partir de 1967 hará que este y su historia sean la sombra detrás de la luz, la huella que acaso dejarán en el mundo. Se combina en el personaje con un rasgo conductual de arrogancia, "desmesura interior" llamado en griego *hybris*, el cual según Montemayor (citado por García Domínguez 2012: 47-48) hacía que los héroes de la literatura griega fueran seguros, ingenuos u osados pero "cegados por la abundancia de su propia luz", no escucharan las voces amigas que les recomendaban prudencia, repliegue, discreción. La prisa y la *hybris* precipitan la muerte del guerrillero.

Un recurso exclusivo de esta novela, que no volverá a repetirse, es la personalidad modelada al modo clásico, del dirigente guerrillero. Cabañas posee los atributos del héroe trágico, su conciencia es la reiterada reflexión acerca de que el sentido de su vida está solamente en la lucha contra la injusticia.

§

Al figurar a Lucio Cabañas, a su compañero Gervasio Iturio Barrientos[34] y a otros campesinos del PdlP, el narrador los inviste de una axiología consistente en el arraigo en el terruño, al que perciben como entidad

[34] Era medio hermano de Cabañas.

personificada en la naturaleza que les habla con su lenguaje propio, que los arropa, que es transmutación de sus ancestros:

> …en pleno mediodía, en la tierra ruidosa, bajo los pájaros sonoros que volaban sobre los árboles […] rumbo a la masa verde de los cafetales, entre los mosquitos insistentes que lo acosaban […] [Juan] Escupió sobre la tierra. Súbitamente *sintió que la ofendía. Que la tierra lo escuchaba y estaba viva* […] Había recorrido varias veces la zona […] La conocía ya en el aroma de ciertas pendientes, por los bejucos o los primaveros, por el ruido de las aves o los nidos sobre los amates y los cafetales, por el rumor del viento que se encajonaba en ciertos lugares como buscando las raíces o ascendiendo desde ellas al calor fulgurante de la mañana. (GP: 69, itálicas nuestras)

A orillas del río Coyuca de Benítez, desbordado e invencible en septiembre de 1973, Cabañas lo siente como el testigo impasible de la genealogía del guerrillero mismo; testigo que también es la transmutación de esta, enmarcada por la naturaleza avasallante, imponente:

> ...junto al río, sentía el horizonte de la distancia con que entendió que eso era el mundo […] Como si este inmenso río, o esta distancia de palmeras, de lluvia, de nubes, de cielo inmenso, fuera también su abuelo o su padre. […] Un río que ellos vieron y que formaba parte de lo que ahora ellos eran… (GP: 152)

El arraigo en el terruño implica también el compromiso con la historia regional de insurgencias y rebeliones contra los abusos y la muerte ejercidos desde el poder político central de México. Cuando está en la sierra, Cabañas se siente colocado en un santuario histórico, en el lugar donde sus ancestros zapatistas lucharon contra Madero, Huerta y Carranza (GP: 152-153).[35]

La axiología abarca también la identificación con la gente anónima guerrerense:

> [Cabañas] *Fue caminando a lo largo del mercado. Sentía el olor de fruta,* […] *del agua en el suelo,* […] *de una suave y acre mezcla de cestos, ceras, semillas.*

[35] El enfrentamiento de la guerrilla de Cabañas con el cacique Rubén Figueroa Figueroa se arraiga en la memoria histórica de los dos actores, en una contradicción profunda que no olvidaban. El abuelo del primero había sido un jefe zapatista, mientras el abuelo de segundo había sido general carrancista (Ramírez Salas 2008: 535).

> *Hombres casi desnudos, morenos, sudorosos, cargaban cajas, bolsas, o conversaban en grupos, comiendo fruta. Sintió que eran algo suyo; que podía mirarlos, sonreír ante todos, extender la mano hacia ellos, lejos, y tocarlos como un corazón suyo, como un secreto de la vida. Conocía los rostros de la Costa Grande, los rostros de los indios, de los vendedores, de los compradores. Sentía que ese momento en el mercado de Acapulco era como atravesar una luz que lo hacía ver con mayor claridad su sensación, su verdad de pertenecer a ellos.* (GP: 126, itálicas del original)

Y también la fuerza y la maña para resistir la tortura, la firmeza para no delatar ni traicionar. El ejemplo más contundente es el relato de la tortura de Gervasio Iturio. Las pausas descriptivas de las escenas sirven para reconstruir la brutalidad y la criminalidad del ejército mexicano,[36] pero su fragmentación en nueve pasajes intercalados en varios capítulos de la novela atenúa el horror de su lectura. Su caso resume toda la tipología de torturas: amenazas de ser arrojado vivo desde un helicóptero; asfixia por inmersión en agua, descargas eléctricas en el cuerpo, etc. Al igual que en las novelas chilenas que tematizan la tortura, los personajes torturados de *Guerra en El Paraíso* experimentan la absoluta "impropiedad del cuerpo propio", la desarticulación de este respecto de la conciencia; la destrucción e ininteligibilidad de su organicidad, en tanto que sostén de la identidad subjetiva, la cual se desconecta del funcionamiento del cuerpo (Peris Blanes 2008: 60-65):

> *Sintió las pinzas frías entrando en su boca, luego el trapo, luego el silencio, luego la fuerza del agua gasificada que entraba por su nariz destrozando su cabeza, estallando su cráneo, su dolor mismo, todo lo que podía sentir hasta el silencio, la oscuridad.* (GP: 96, itálicas del original)
>
> *-Métanlo al tanque de agua electrizada […]*
>
> *El hombre sintió que todo le cortaba la cabeza y el pecho con cuchillo, que su cuerpo se desintegraba como tierra que saltaba en pedazos.* (GP: 311, itálicas del original)
>
> *Las descargas eléctricas estremecían, convulsionaban su cuerpo como una estopa atrapada en una llama. Iba deshojándose como una rama seca en un solo grito.* (GP: 315, itálicas del original)

[36] Desde 1953, la Secretaría de la Defensa Nacional (Sedena) de México empezó a enviar oficiales a entrenarse a la Escuela de las Américas (conocida por ese nombre a partir de 1963), fundada por el ejército de Estados Unidos en 1946, como parte de la Guerra Fría. Cada nueva promoción de los enviados por la Sedena aumentaba en número. Una de las tareas de la Escuela de las Américas fue entrenar a los militares en las torturas contra cualquier tipo de disidencia; inclusive existen manuales al respecto (Castro Soto 1999).

Observamos además, nuevamente, la focalización interna desde el cuerpo del personaje, aunque el narrador sea externo.

§

Un factor de gran importancia para el imaginario de la guerrilla es el discurso estrictamente ideológico-político del guerrillero, que Cabañas comunica a los campesinos que lo siguen. No contiene fórmulas izquierdistas ortodoxas, sino razonamientos que reclaman la justicia más básica. Su propuesta organizativa consiste en la unión de todos los grupos guerrilleros de México, sin que haya un mando único. Desde aquí observamos un tinte utópico en su discurso pues sus exhortos confirman que sus deseos están planteados como imperativos a futuro:

> *…ya hemos pensado que tendríamos tarde o temprano que pelear con armas. […] no queremos hacer una revolución en Atoyac, con la gente y la policía preventiva de Atoyac, sino en todo el estado de Guerrero y en todo el país […] debemos prepararnos para una lucha que esté en todos los lugares. […] Tenemos que juntar armas. Y juntar a los pueblos para una guerra larga y que nos ayuden, que se preparen para ella.* (GP: 37, itálicas del original)

En otra asamblea (GP: 205-212) elabora una larga alocución para explicar a los campesinos el ideario de su organización y nuevamente, su visión utópica:

> …todos los que estamos aquí somos campesinos y por eso sentimos igual […] somos una sola familia en todo el país. […] quiero decirles […] por qué luchamos […] Cuál es la brecha a lo largo del monte que debemos seguir para llegar al destino que nos proponemos para todos. […]
> […]
> …estamos luchando por una revolución verdadera, para todos los que vivimos aquí, en nuestro país, para que todos podamos vivir bien, justamente en México. […] Porque nuestro partido no se llama partido socialista, sino Partido de los Pobres. […] nosotros somos ustedes […] para caminar recio por el monte y llegar a la verdadera felicidad del pueblo, a su libertad, pues, para que todos vivan como personas respetadas, bien crecidos los niños porque coman bien, porque tengan mucho cuidado con médicos, con medicinas, con hospitales, con escuelas. Somos sus piernas, pues, para caminar políticamente, para llegar al socialismo… (GP: 209)

Otro asunto de la larga alocución de Cabañas resulta francamente ecologista:

> …somos los únicos que estamos aquí, cuidando la tierra, cuidando los montes […] otros campesinos en otras partes también están cuidando tierras y sierras. […] todos se beneficiarán con nosotros, con nuestra revolución. […] los venados, las chachalacas, todo eso […] a los manantiales incluso se les va a dejar en paz […] Por eso digo que la revolución no es cosa nada más así de simple como la guerra, o guerra de los pobres. […] *nuestra vida la damos para esto*… (GP: 211-212, itálicas nuestras)

§

En *Guerra en El Paraíso* el narrador incorpora la relación del PdlP con algunos grupos afines, por ejemplo, el episodio fechado el 7 de noviembre de 1966. Se trata de una escena en la que Cabañas conversa con Lupita (conocida suya desde la época en que ambos eran estudiantes normalistas), enviada por los guerrilleros de Chihuahua para pedir ayuda al primero.[37] La ocasión se presta para que ella relate sucintamente a su anfitrión, el malogrado asalto al cuartel militar de Madera por parte del Grupo Popular Guerrillero, el 23 de septiembre de 1965.[38] Al respecto, Cabañas concluye con una pregunta: "*¿Tenían tanta prisa en morir?*" (GP: 167-168, itálicas del original). Así termina la escena, sin que aquel responda a la petición de Lupita. Lo que importa es destacar que los grupos guerrilleros mexicanos desde los años sesenta planeaban apoyarse mutuamente y unirse, y veían en Cabañas a un aliado indispensable; sin embargo, en la novela ese elude alianzas que impliquen conflictos intraizquierdistas:

> —…insisto en el problema del Partido Comunista —repitió el de Los Guajiros—. Muchos compañeros desconfían porque tratan de negociar entre los grupos armados y el gobierno.
> —Hace algunos meses me reuní con ellos —aceptó Lucio—. […] No quieren una lucha armada, así es. […] Hay algunos dentro del Partido que están de nuestra parte. Sería equivocado desconfiar de todos. (GP: 66)

[37] De acuerdo con Glockner (2008: 244-247) —según un testimonio del propio Lucio—, fue Guadalupe Jacott, del Movimiento 23 de Septiembre.

[38] Este asunto será la historia narrada de la novela *Las armas del alba*.

Según el exguerrillero Francisco Fierro Loza (1982: 7-8,169-175), Cabañas nunca rompió definitivamente con el PCM;[39] en cambio asienta que las confrontaciones de los guerrilleros de la Brigada Campesina de Ajusticiamiento y los enviados por guerrilleros de otras partes de México sí ocurrieron y fueron muy arduas. En la larga escena de la "asamblea de brigada" (GP: 130-141) donde integrantes de la Liga 23 de Septiembre son juzgados por sus opiniones negativas sobre el PdlP, Cabañas se confronta con esos en torno a las diferentes concepciones que cada organización tiene sobre la ideología, la composición de los grupos armados y otras organizaciones izquierdistas. Además de provocar suspenso —dada la posibilidad de que el PdlP decida fusilar a los de la Liga—, la escena es una oportunidad para que el narrador tematice dramáticamente las descalificaciones mutuas y las respectivas concepciones.

> [Cabañas dice]…ellos no tienen la misma experiencia que nosotros, pero creen que […] así van hacer la revolución socialista. […] han leído muchos libros y hablan con muchas palabras muy intelectuales de mucha teoría, sí dicen, en cambio, que nuestra gente no tiene teoría, y que entonces no tienen que luchar porque no debe ser así la revolución. Pero tampoco pueden impedirnos que luchemos, porque nuestra lucha es así […] dijimos […] que no podíamos debilitar a ninguna organización, porque entonces debilitaríamos la lucha entera. […] le reclaman al Partido Comunista y quieren actuar contra él. Pero no debemos luchar contra nosotros mismos, sino aprender de todas las organizaciones la forma de trabajar… (GP: 132)

Renato, el integrante de la Liga que enseña la teoría marxista a los campesinos, pronuncia las fórmulas y definiciones de "burguesía", "proletariado", "conciencia ideológica", "revolución socialista", etc. y termina fracasando; se impacienta cuando aquellos no lo entienden pero es torpe para moverse en la montaña. Replica a la declaración anterior de Cabañas en estos términos:

[39] Lo cual resulta lógico si se recuerda que el PCM poseía bases sociales muy importantes en Guerrero, además de su presencia en todas las escuelas normales rurales de México. El guerrerense Othón Salazar, del PCM, fundó el Movimiento Revolucionario del Magisterio que en los años cincuenta encabezaría una gran movilización de los docentes de educación básica por mejoras salariales y de condiciones de trabajo. Otra figura importante, no mencionada en la novela pero que podría explicar la reticencia de Cabañas a denostar del PCM, es Félix Bautista Matías, quien militaba simultáneamente en el PdlP y en el PCM (González Alarcón 2009). Véase la nota 33.

> …para nosotros sólo hay una explicación verdadera, científica de la sociedad, de la vida de todos los pueblos. Y esta explicación es el materialismo histórico. El marxismo. […] Para ser guerrillero, pues hay que estudiar también […] para ser marxista, hay que estudiar también. Y para ser revolucionarios[…] tenemos que estudiar marxismo: sólo estudiando podemos ser verdaderamente revolucionarios, porque así nos daremos cuenta de *si lo que hacemos está de acuerdo con el marxismo o no*. (GP: 137, itálicas nuestras)

El referente de esta escena fue la malograda experiencia de la Liga en 1972, cuando algunos de sus miembros trataban de consolidar la alianza con la Brigada Campesina de Ajusticiamiento, del PdlP, según lo relató el exguerrillero Mario Ramírez Salas (2008: 546-547):

> Éramos urbanos en realidad, ellos caminaban como venados, en el monte. No, jamás los íbamos a alcanzar en ese terreno. […]
> […]
> [De Oseas][40] hay una anécdota importante, cuando tira todo el rollo sobre la Liga […] a los campesinos. Me los imagino dormitando en las tardes calurosas en la sierra, y entonces pregunta: "¿entendieron qué es el estado burgués?" Y entonces un campesino se levanta, casi despertando y grita: "¡Pues sí, el estado en que nos encontramos! ¿No? ¡Todos jodidos!" Y la carcajada de muchos despertó a todos. Toda esta referencia la podemos complementar con el libro *La guerra en el paraíso*…

La corroboración del exguerrillero confirma que el escritor *seleccionó* una anécdota *negativa* de la relación del PdlP con la Liga, acaso para enfatizar las diferencias, no las convergencias.

§

No obstante que la caracterización de Cabañas es intensa y extensa (sus acciones, su discurso, sus transformaciones, etc.), el imaginario del guerrillero figurado en *Guerra en El Paraíso* no se reduce a aquel. A lo largo de toda la novela se distribuyen anécdotas ilustrativas de la diversidad de personalidades y hasta de intereses entre los miembros del PdlP, de

[40] Oseas era uno de los nombres falsos de Ignacio Salas Obregón, dirigente principal de lo que sería la Liga Comunista 23 de Septiembre, en 1973, después de su desencuentro con el PdlP. Fue detenido y desaparecido en 1974.

sus debates con Cabañas en torno al fusilamiento de los indisciplinados, de los traidores o de Rubén Figueroa Figueroa cuando lo tuvieron secuestrado. Otras anécdotas se refieren a la indisciplina y a la negligencia como coyunturas favorables a que los guerrilleros sean aprehendidos; a la incorporación indiscriminada en el PdlP de todo tipo de campesinos (incluidos los que siembran mariguana), sin ponderar los riesgos para la seguridad de los combatientes más probos; a las deserciones por desacuerdos con la línea militar de Cabañas, etc., etc.

En síntesis, desde la primera novela de Montemayor sobre la guerrilla, el imaginario del guerrillero mexicano no es idealizante; antes bien, motiva a problematizar a este actor social, máxime que la muerte de Cabañas resulta de una lógica en la que se conjuntan la persecución del ejército con los errores de aquel y del PdlP.

§

Otro de los aportes más originales de la obra de Montemayor a la novelística sobre la guerrilla en México es la configuración de los personajes femeninos, acaso desde la perspectiva de género. La cautela del narrador implícito para dar voz directa a los personajes o narrar desde sus cuerpos, en lugar de saturar la novela con el discurso doxal del narrador omnisciente, favorece que en *Guerra en El Paraíso* aparezcan figurados con dignidad varios tipos de mujeres que nunca son reducidas a objetos eróticos.

Desde el impactante relato de la mujer embarazada examinado en párrafos anteriores, observamos un punto de vista comprehensivo de las múltiples tareas desempeñadas por las mujeres en aquel aciago periodo de la historia de Guerrero; la mujer embarazada paga con su vida el haber ejecutado al asesino de su marido. Otras mujeres campesinas son esposas, madres, abuelas que entregan bastimento a sus familiares masculinos que se van al monte, con Cabañas o son golpeadas por los soldados bajo el pretexto de que la comida que compran es para los guerrilleros; comparten con los viejos y los niños las calamidades de ver llegar a los soldados a sus pobres viviendas para destruirlas y fusilar a los hombres; sufren el desplazamiento forzado por el ejército para impedir el avituallamiento de los guerrilleros; peregrinan por cuarteles militares o policiacos preguntando por sus maridos o hijos; tenazmente sostienen su palabra contra la de militares cínicos que niegan sus fechorías, etc.

Con menos frecuencia aparecen guerrilleras con o sin nombre de pila. Algunos ejemplos: Lilia critica la laxitud de Cabañas y otros de sus compañeros para castigar con la muerte las infracciones de la moral y la disciplina dentro del PdlP; inclusive llega a cuestionar la capacidad de aquel para dirigirlos: "No tienen disciplina para pensar. No se dan cuenta de lo que deben analizar. Y Lucio está enfermo. No puede estar un jefe de guerrilla tumbado en la hamaca días enteros porque no soporta la migraña…" (GP: 122). Hilda se queja con Cabañas del acoso de Elfego (GP: 146). Silvia acompaña a Renato, el de la Liga 23 de Septiembre, cuando enfrenta el juicio del PdlP (GP: 137-138). Otra guerrillera sin nombre tiene que soportar casi en silencio, por las circunstancias de la clandestinidad, la indisciplina de Carmelo[41] y Gabriel, quienes tras un asalto que acaban de realizar en Acapulco, a punta de pistola obligan a un taxista a que los lleve por marisquerías y burdeles mientras beben cerveza. Solo sabemos del enojo de ella por las preguntas de aquellos: "*¿Estas enojada, compañera, de veras*?" (GP: 82-83, itálicas del original).

Sin embargo, otras mujeres pertenecientes a los grupos armados de Chihuahua, ameritan diálogos y escenas más prolongadas, en las que participa Cabañas. La razón de su importancia es que son emisarias. El caso de Lupita ya lo examinamos en un apartado anterior. El siguiente caso es el de la cantante y compositora que acompañó a diferentes movimientos y luchas sociales de México, Judith Reyes —a quien los guerrilleros agradecen el corrido compuesto para el PdlP —. Informado de que ella viajará a Europa, Cabañas le pide que entable contacto con revolucionarios o algunos comunistas de ese continente, así como los Tupamaros y guerrilleros peruanos (GP: 192-193).[42]

Si bien la figuración de las mujeres en *Guerra en El Paraíso* no es prolija, sí es significativa de que aun sin poder de mando, ellas poseen papeles activos, con su conciencia política independiente de sujeciones sentimentales.

Para los años noventa del siglo XX, el imaginario de los guerrilleros se había complejizado, iluminado por la información factual y el avance de la lucha por los derechos de las mujeres. Tendían a debilitarse los prejuicios misóginos, el reduccionismo de aquellas a objetos eróticos y

[41] Suponemos que el referente del personaje es Carmelo Cortés, quien sería expulsado del PdlP y fundaría otro grupo, las Fuerzas Armadas Revolucionarias.

[42] Presumimos que la entrevista entre Cabañas y Judith Reyes ocurrió en 1973, año en que la segunda realizó una gira por Alemania (García Sánchez 2007: 110).

la perspectiva hetero-patriarcal observados en el capítulo "Invención idealizante" de este libro.

§

El imaginario de *Guerra en El Paraíso* se corresponde con la complejidad de la novela que concentra en sí la selección de referentes sociohistóricos documentados, la adopción de un registro lingüístico comprensible para muchos lectores, la lírica, el equilibrio entre los bandos en guerra, la modelación de Lucio Cabañas como héroe trágico que sucumbe a la prisa, su ideología pobrista desentendida de la ortodoxia izquierdista, la ficcionalización de numerosos testimonios sobre la criminalidad del estado mexicano para reprimir una rebelión campesina, a todas luces sin poderío militar; las divergencias internas entre los guerrilleros, la cohesión inestable del PdlP. De este modo el imaginario nos convence de la justedad de la lucha del Partido de los Pobres. Sus integrantes son campesinos arraigados en la tierra y en la memoria histórica local, de donde sacan fuerzas simbólicas para combatir su presente de injusticia y muerte, y aspirar a un futuro mejor, por el que vale la pena dar la vida. Su convicción emana de su experiencia vital como víctimas crónicas de la violencia del sistema, y de su memoria histórica. En cambio, para los guerrilleros citadinos la revolución es una necesidad histórica concebida a la luz de la aplicación ortodoxa de los postulados ideológicos, si bien reconocen que el PdlP es un aliado indispensable.

Semejante empresa de admiración y memoria justificó la adopción y actualización de la epopeya clásica, canon cuyo valor estético es apropiado para el heroísmo y la dimensión utópica del proyecto social de Cabañas. Todos estos componentes del imaginario literario expresan también la posición política de Montemayor, por cuanto la novela comunica con claridad el elogio de Cabañas y su crítica de los grupos guerrilleros urbanos.

§

Respecto del valor de la novela como toma de posición del escritor frente al campo literario de México a inicio de los años noventa, no tenemos la menor duda al asegurar que se ubicó a contracorriente de

las tendencias abjurantes de escritores que en los años setenta del siglo XX habían producido una abundante narrativa de izquierdas[43] o que habían hecho ficciones condenatorias de los guerrilleros.[44] Mientras muchos narradores daban la espalda a la literatura política, Montemayor, poseedor ya de capital cultural —ganado a pulso con su producción culta, clasicista, correcta, sin pretensiones experimentales—, iniciaba la segunda etapa de su carrera literaria marcada por su peculiar izquierdismo. Ni la violencia de su referente sociohistórico, ni el hecho de que para escribir *Guerra en El Paraíso* Montemayor hubiera montado toda una investigación periodística, le impidieron incorporar la poesía en su sentido más genuino de reflexión emotiva sobre el mundo, libre de las coerciones del relato. El dirigente guerrillero Lucio Cabañas funcionó como receptáculo del aliento lírico del narrador.

• *Las armas del alba*

Las armas del alba continuó la saga guerrillera de la novelística de Montemayor. Se refiere al Grupo Popular Guerrillero (GPG)[45] que el 23 de septiembre de 1965 asaltó el cuartel militar de Madera, Chihuahua, al modo de un "ataque relámpago" destinado a motivar la rebelión de "contingentes de lucha campesina y estudiantil" (LAA: 514)[46] contra el estado mexicano, represor, cómplice de los poderosos y sus abusos, que no cumplía su propia legalidad. La historia narrada abarca la génesis política del grupo, la planeación y ejecución del asalto y el desenlace que fue la matanza. El tiempo del relato es de poco más de un año y culmina unos cuantos días después de la fecha mencionada.

El escritor vuelve a seleccionar información veraz sobre los guerrilleros, el tiempo y el espacio; asimismo emplea algunas estrategias

[43] Véase nuestra plataforma <http: //telematica.politicas.unam.mx/LITEX/Litex.php>.

[44] Por ejemplo Rubén Salazar Mallén con *La sangre vacía* (de 1982) y Héctor Aguilar Camín con *La guerra de Galio* (de 1988).

[45] Aunque en la novela nunca aparezca esta denominación, la empleamos porque así aparece en la historiografía. El GPG tuvo su base en el estado de Chihuahua, operó de 1964 a 1965; llevó a cabo emboscadas a patrullas militares, sabotajes y el ajusticiamiento de algunos caciques de la región. Si bien se trató de una guerrilla rural, su base social no era exclusivamente campesina; había también maestros, un médico, estudiantes normalistas y de secundaria (Lugo Hernández 2003; Sierra Guzmán 2003; Castellanos 2007; Glockner 2007 y Cedillo Cedillo 2008).

[46] A partir de aquí las citas textuales pertenecen a *Obras reunidas I*.

narrativas semejantes a las de *Guerra en El Paraíso*. En cuanto a las causas sociopolíticas que originan la guerrilla, en *Las armas del alba* reaparece que esta es la respuesta lógica a la violencia del estado.

Arturo Gámiz[47] y Pablo Gómez[48] (los dos dirigentes del GPG) habían participado en movimientos sociales que enarbolaban gestiones legales para denunciar la expoliación por parte de negociantes madereros y de ganaderos, sus crímenes y revertir sus efectos.

La arquitectura de *Las armas del alba* es menos abarcante de la totalidad social que *Guerra en El Paraíso* porque se centra exclusivamente en el GPG, organización que duró poco más de un año. Por eso del imaginario de la guerrilla en esta novela se excluyen la tortura, las diferencias entre varios grupos guerrilleros, no así las interiores del GPC; el sufrimiento detallado y multiplicado de la población rural de la zona donde operaba la guerrilla, etc.; sobre todo resulta escasa la focalización interna de los personajes guerrilleros.

Lo anterior probablemente se deba al método de acopio informativo que Montemayor aplicó para *Las armas...* Para *Guerra en El Paraíso* había empleado varios documentos escritos y publicados aparte de las entrevistas a sobrevivientes; en cambio, para obtener información fidedigna sobre el GPG (tan cercano al escritor por ser él mismo chihuahuense y haber conocido a sus militantes) se inclinó de modo más metódico por técnicas de historia oral: "Fue acumulando testimonios con personajes de distintas procedencias: militantes políticos, funcionarios públicos, periodistas, […] Su recurso principal fue la grabación de versiones y remembranzas" (Orozco 2010: 2). El rigor de la técnica de acopio llevó a Montemayor a sujetarse a los testimonios (Orozco 2010: 2-3), lo que interpretamos como imponer a su novela límites

[47] Fue el dirigente principal, era de origen campesino, escribía en periódicos locales y trabajaba como profesor de primaria; su hermano Emilio (también militante del GPG) era poeta. Jesús Vargas Valdés (2011b) informa que Gámiz era alumno de la Prevocacional 4 del Instituto Politécnico Nacional (IPN), cuando el ejército mexicano reprimió a los estudiantes internos otro 23 de septiembre, pero de 1956; regresó a Chihuahua en 1957 y empezó a trabajar como maestro rural y a estudiar la normal, con algunas interrupciones por las tareas que el Partido Popular Socialista (PPS) le asignaba. En las fechas cercanas al asalto, aunque Gámiz aparentemente seguía trabajando como maestro rural y formando grupos de estudio con los campesinos, no hay registros de su contratación regular.

[48] Era médico y líder agrario. Según Judith Reyes (1974: 155), a sus pacientes pobres no les cobraba, por lo que su ingreso más importante provenía de su labor magisterial en la Escuela Normal Rural de Saucillo; entre los muertos de Madera, "Pablo era el mayor de los guerrilleros. Tenía treinta y cinco años; del resto ninguno rebasaba los veinticinco."

formales de carácter *reconstructivo,*[49] es decir, el narrador aporta *solamente* la información procedente de las entrevistas; con frecuencia arma escenas prolongadas para ceder la narración a personajes secundarios (sobrevivientes o testigos directos). Estas voces son el coro esquiliano que va configurando las personalidades públicas de los dirigentes, su logística, sus antecedentes político-organizativos; no lo hace el narrador externo. Abundan, pues, los diálogos con la función de tematizar ciertos acontecimientos del GPG que a su vez, compondrán la trama novelesca de *Las armas del alba*.

§

La perspectiva del narrador se manifiesta a través de toda la novela, no tanto como narración indirecta. Esto refuerza el aspecto testimonial y la polifonía de *Las armas…*, de modo que la confrontación de las entidades opuestas radicalmente (el estado *vs.* los guerrilleros y sus simpatizantes) no consiste en acciones, más bien en la oposición de versiones y juicios valorativos de los hechos.

Son evidentes a primera vista dos grandes relatos: 1) el asalto y sus secuelas inmediatas (la respuesta de los soldados, la retirada de los guerrilleros y el escape de algunos de estos que pudieron sobrevivir), simultáneamente a la reacción de los personajes representativos del estado mexicano, y 2) la génesis del sujeto colectivo que planea el asalto y lo ejecuta.

En el primer relato la trama se construye en torno a tres ejes actanciales: el descontento regional por la complicidad gubernamental con los madereros, el estado mexicano y el periodismo independiente. Los personajes del primer eje son el blanco de los represores gubernamentales, y se distribuyen ente combatientes, amigos y familiares.

En torno al segundo eje orbitan militares, gobierno local, funcionarios federales. En las voces de estos se distribuyen las versiones del ataque y las opiniones sobre sus autores *desde el punto de vista del poder*. No todos los personajes muestran la misma actitud condenatoria de los guerrilleros; inclusive los funcionarios de la Secretaría de Gobernación del gobierno federal llegan a reconocer la justedad de las causas que orillaron a los jóvenes profesionistas a la lucha armada.

[49] La acción de "reconstruir" destaca la existencia de un documento, oral o escrito, que precede a la tarea del autor; se caracteriza por su alta fidelidad al testimonio original (Rodríguez-Luis 1997: 38-42).

El tercer eje permite incorporar en el texto novelesco la participación de otras voces de la zona, que aportan información narrativa sobre la génesis del grupo, los represores, la expoliación ejercida por la empresa maderera Bosques de Chihuahua y la Unión Ganadera Cuatro Amigos, y las condiciones que orillaron a algunos a la lucha armada. Se trata de la recapitulación general sobre el GPG vertida por compañeros de lucha o por sobrevivientes. Son declaraciones periodísticas contrapuestas a la versión de los personajes del segundo eje; es decir, su propósito es absolutamente testimonial, en el sentido de discurso de la verdad de las víctimas, conscientemente elaborado para desmentir la versión de los victimarios (Prada Oropeza 2001: 18).

Los periodistas[50] son muy importantes en la trama (personajes coadyuvantes) porque a través de sus entrevistas, el narrador implícito incorpora las secuelas del malogrado asalto; entres estas, las voces de quienes no participaron en ese pero planean continuar la lucha armada, la supervivencia de los combatientes Salvador Gaytán, Ramón Mendoza y otros. Por ello el final de la novela queda abierto, aunque su núcleo semántico se haya cerrado.

En el segundo relato (capítulos VII, VIII y IX) el narrador implícito escenifica lo que personajes del otro relato habían contado indirectamente: el papel del maestro rural Francisco Luján Adame[51] en la organización política primigenia de todos los personajes de la novela; las acciones de resistencia de ellos en 1964, la información de todo esto que posee el estado y los encuentros de militantes del GPG desde inicios de 1965, cuando deciden pasar a la lucha armada, así como la planeación del asalto al cuartel militar.

En consecuencia, la extensión de *Las armas…* se debe en mucho a la temporalidad prolongada a causa de la *repetición de relatos sobre los mismos hechos* desde diferentes perspectivas.

[50] Gracias al periodista Víctor Rico Galán acompañado del fotógrafo Rodrigo Moya, el suceso de Chihuahua fue conocido rápidamente fuera de este estado. Por su parte la revista *Política* publicó la nota correspondiente, aunque sin firma (1965) a la semana siguiente. Judith Reyes (1974: 154) escribió que el director de esa revista, Manuel Marcué Pardiñas, le encomendó indagar la información. Presumimos que Rico Galán también aportó información pues él era colaborador de *Política*. En 1966, sería encarcelado porque, supuestamente, estaba organizando un grupo armado. Desde el punto de vista ideológico–político, la mención de Rico Galán en *Las armas…* puede leerse como un homenaje a la memoria de aquel periodista.

[51] Asesinado en Madera en 1959 (Vargas Valdés 2011a).

§

Los dos últimos capítulos de la novela se refieren a la planeación del asalto. En estos Arturo Gámiz es figurado como el artífice del plan, y debate permanentemente con sus compañeros sobre la factibilidad de que resulte exitoso. Lo que podemos percibir en su voz es nuevamente la *prisa* por la acción. Mientras Salomón Gaytán,[52] Pablo Gómez y Ramón Mendoza sugieren aplazar el asalto, Gámiz lo precipita: "—Nos preparamos para combatir, no para hacer planes indefinidamente —afirmó Arturo Gámiz—" (LAA: 495). Aunque aquellos argumenten con datos cuantitativos (la cantidad de soldados acuartelados), Gámiz no cede:

> —Importa la información —aceptó Arturo Gámiz—, pero en función de una acción concreta, Pablo. El ataque al cuartel de Madera es una decisión, no un plan en abstracto. […] *Las razones políticas, sociales,*[53] *para actuar en esa zona son más importantes que la información* sobre los movimientos del ejército. (LAA: 496, itálicas nuestras).

Los diálogos entre combatientes o de estos con los periodistas, aportan la información acerca del debate en el interior del GPG; debate caracterizado también por malos entendidos derivados del código de la clandestinidad, el cual prescribe que no toda la información sea del total conocimiento de todos los combatientes. Del reclamo de Salvador Gaytán a Gámiz y a Gómez, que ejemplificamos a continuación, inferimos que solo estos dos sabían del ataque directo al cuartel militar:

> —Nos dijeron que fuéramos [...] fortaleciendo nuestro movimiento. Pero *había muchas cosas que se nos tenían que aclarar*. Nosotros ya éramos un comando. Lo que sucede es que [...] *ni Ramón ni yo teníamos conocimiento* de que estuvieran preparando una acción más planificada, como esta de Madera… (LAA: 497, itálicas nuestras)

La discusión es muy ardua, y conforme se acumulan escenas breves acerca de los militantes que sí acuden a la cita, en contraste con los que

[52] Campesino y jefe militar del GPG.

[53] ¿Acaso habría querido que coincidiera con la fecha del asalto militar al internado del IPN, puesto que los dos últimos números de esta, 56, eran la inversión de los últimos de 1965? (véase la nota 47). Por su parte Fritz Glockner (2008: 182) cree que Gámiz insistía en el 23 de septiembre por ser la fecha del manifiesto, publicado por los hermanos Flores Magón en 1911, de la Junta Organizadora del Partido Liberal Mexicano.

no,[54] vamos percibiendo los factores negativos que anuncian el fracaso del asalto. Los intercambios previos al desenlace rezuman nerviosismo, irritación contenida y la obstinación de Gámiz:

> —Quizás son más de cincuenta soldados —reconoció Óscar Sandoval.
> —No son dos pelotones, como ustedes pensaban —reclamó Matías.
> —Tienes miedo —aseguró Arturo Gámiz.
> —No estoy de acuerdo —insistió Matías—. Somos pocos para sesenta soldados, date cuenta.
> —Cada guerrillero vale por diez soldados,[55] recuerda.
> —Sí, cuando el guerrillero está bien armado. No hambrientos y agotados como nosotros
> —Vienes muy negativo —señaló Salomón Gaytán
> […]
> [Matías dice] —y tenemos tres días de mal comer. […] ¿Así valemos cada uno de nosotros por diez soldados?
> —Te estás arrepintiendo por cobarde —espetó Arturo Gámiz. (LAA: 512)

La última intervención de Gámiz es la que marca el inicio de la acción, tanto al final como al principio del discurso narrativo de *Las armas*…: "—Con el primer disparo —le ordenó Arturo Gámiz [a Ramón Mendoza]—, haz blanco en el foco. Será la señal para que ataquemos" (LAA: 518).

Las citas ejemplifican tanto la *prisa* como, de nuevo, la *hybris* de los héroes del mundo clásico. En ese sentido la figuración del dirigente guerrillero Arturo Gámiz presenta cierta semejanza con la de Lucio Cabañas, pero de ninguna manera llega a ser objeto de la prosa poética, como sí lo había sido el segundo personaje. Una de las contadas focalizaciones internas de Gámiz, la expresa el narrador cuando el personaje está a punto de morir: "…sintió calor, repentinamente. Un calor que se extendía desde sus pies, su pecho, su boca; sintió que su aliento era caliente." (LAA: 518).

[54] Los refuerzos esperados consistían en dos columnas: una proveniente de la ciudad de México que se retrasó por falta de dinero y otra, comandada por Salvador Gaytán, que se vio imposibilitada de llegar a tiempo por los torrenciales aguaceros que cayeron en la sierra durante varios días (Sierra Guzmán 2003; Castellanos 2007; Cedillo 2008 y 2010a).

[55] La misma consigna repiten otros personajes guerrilleros. Véase el apartado "*¿Por qué no dijiste todo?* y *La patria celestial*". El dialogismo literal de *Las armas*... se asemeja al de *Lucio Cabañas y el Partido de los Pobres* (Campos Gómez 1987), una de las fuentes documentales de Montemayor para *Guerra en el Paraiso*.

§

El hecho de que el narrador casi nunca focalice internamente a Gámiz abona el sustento colectivo del imaginario de la guerrilla en *Las armas…* El dirigente principal del GPG más bien es narrado por sus compañeros (personajes cuyos referentes indiscutibles en la realidad extratextual son los luchadores sociales, los parientes de los guerrilleros muertos o los exguerrilleros entrevistados por Montemayor) o se expresa con su propia voz para explicar la justificación ideológica de la lucha y su utopía:

> [Gámiz dice:]…en la ciudad de México no tenemos apoyo. Los dirigentes comunistas y socialistas tienen dinero para otras cosas, no para hacer una revolución ni para tomar las armas. Ellos en una oficina hacen planes perfectos sobre la revolución. Hablan de los círculos concéntricos y una serie de técnicas conspirativas y de estructuras de organizaciones clandestinas. Hacen los esquemas en las servilletas con que se limpian la boca […] distribuyen unidades guerrilleras a granel sobre el mapa de su agenda y fijan el día y la hora en que simultáneamente las unidades guerrilleras imaginarias se levantarán en todo el país. Pero no es así de fácil organizar un movimiento revolucionario. No habrá docenas de guerrillas, ni en la mitad del país se producirán los levantamientos a la misma hora del mismo día. Se trata de iniciar la acción y *no importa si no son cinco o seis mil guerrilleros, sino quince o veinte, como nosotros*. [...] Los que dicen que hay que esperar a que se den todas las condiciones [...] están esperando tras su escritorio que las columnas rebeldes lleguen hasta su oficina para informarles que ya empezaron las operaciones regulares. Ellos pueden seguir cómodamente esperando. Nosotros [...] *Queremos cambiar el mundo.* [...] y eso nos llevará mucho tiempo. Mientras más pronto empecemos a luchar por cambiarlo, mejor". (LAA: 502, itálicas nuestras)

Esta alocución es una *reescritura* de las conclusiones de la "Vª Resolución del Encuentro en la Sierra 'Heraclio Bernal'" (Gámiz 1991), celebrada en febrero de 1965. En esas, Gámiz con cierta ironía, había escrito:

> …hacer planes minuciosos y perfectos sobre la revolución es fácil, cualquier romántico que haya leído dos o tres obras sobre clandestinidad y terrorismo nos habla de los "círculos concéntricos" y una serie de técnicas conspirativas y de estructuras de organizaciones clandestinas. En sus cuchicheos de café, hasta haciendo los esquemas en las servilletas para limpiarse la boca […] distribuyen unidades guerrilleras a granel sobre

> el mapa de su agenda […] fijan la hora, día y mes en que simultáneamente […] las unidades guerrilleras imaginarias aniquilarán el ejército […] No es así de fácil organizar un movimiento revolucionario […] ni habrá docenas de guerrillas, ni en la mitad del país se producirán los levantamientos […]
> *Se trata de iniciar la acción y no importa si no son cinco o seis mil guerrilleros, sino quince o veinte.*
> Los que dicen que hay que esperar a que se den todas las condiciones [...] están esperando tras su escritorio que las columnas rebeldes lleguen hasta su oficina para informarles que ya empezaron las operaciones regulares. (Gámiz 1991: 37, itálicas nuestras)

El manifiesto es mucho más amplio, pero en *Las armas…* solo aparecen reescritas, como la voz de Gámiz, las conclusiones. El resto de ese se refiere al balance de las acciones consumadas por el grupo hasta febrero de 1965, a críticas intraizquierdistas, a concepciones ideológicas sobre el capitalismo, el imperialismo y sus guerras, el Partido Revolucionario Institucional de México, etc. Tales tópicos realmente son ideologemas muy repetidos en los años sesenta del siglo XX por todo tipo de izquierdistas, pero solamente los grupos en pro de la lucha armada incluían llamados para organizar la rebelión independientemente del contexto inmediato.

Al comparar el manifiesto completo con la *selección* de este reescrita para *Las armas…*, tenemos la impresión de que el narrador implícito redujo el radicalismo al figurar a Arturo Gámiz y acaso, a sus seguidores. La parte meramente informativa acerca de las acciones del GPG enumeradas en el manifiesto sí está aprovechada, toda vez que constituye la materia de los relatos indirectos o escenificados en la novela; pero fueron omitidos los tópicos de la cultura izquierdista de la época (los ideologemas) y la carga utópica del futuro del movimiento guerrillero. ¿Por qué? Suponemos que pesó mucho más en el narrador implícito *la versión sobre el GPG aportada por los testimonios de los sobrevivientes*, máxime que varios de ellos estaban vivos todavía cuando la novela apareció. Álvaro Ríos, Salvador Gaytán, Ramón Mendoza, Florencio Lugo, Matías Fernández y Francisco Ornelas figuran con sus nombres reales en *Las armas…*; son personajes que dialogan y protagonizan las escenas en las que ellos mismos narran sucesos pasados, interactuando por medio de preguntas y precisiones.

La reducción es más evidente si se recuerda la elocuencia de Lucio Cabañas en *Guerra en El Paraíso.* En contraste con la escasa producción

escrita de este, la de Gámiz fue más abundante ya que él publicaba regularmente en periódicos locales de Chihuahua. Por ello es probable que el autor empírico de *Las armas...* haya dispuesto de más fuentes documentales para figurar literariamente la personalidad revolucionaria de Gámiz y su compromiso con su aspiración de transformar el sistema social y político de México (Gámiz 2003). Al comparar la figuración de uno y otro de los guerrilleros, observamos la *distancia afectiva* que el narrador de *Las armas...* establece con Gámiz.

Podría proponerse la hipótesis de que el imaginario de *Las armas...* se vuelve vehículo de la posición política asumida a finales del siglo XX por los exmilitantes del PPS y los combatientes del GPG que sobrevivieron. Por este sesgo, su narrador implícito no se reduce al novelesco, pues abarca el *colectivo* formado por Montemayor, los testigos sobrevivientes y probablemente, por periodistas e historiadores chihuahuenses.

§

Entre los luchadores sociales que no apoyaron el asalto, destaca la voz en *Las armas…* de Álvaro Ríos (de la Unión General de Obreros y Campesinos de México [UGOCM], afiliada al PPS). Él había venido organizando reclamaciones contra Bosques de Chihuahua para recuperar tierras arrebatadas por esta a sus propietarios de facto, bajo el pretexto de que ellos carecían de las escrituras. Tras la matanza de Madera, Ríos relata *su versión* de los antecedentes del fallido asalto: el plan de la UGOCM no era el de actuar a escondidas sino el de convencer a la gente de la zona de que defendiera con las armas sus posesiones; asimismo, el de constituir —de modo subrepticio— un grupo armado para el caso de que el "camino legal, pacífico" no diera resultados:

> La gente llegó al convencimiento de que no quedaba más que defenderse así, con las armas.
> [...] —Empecé con la idea de integrar un grupo para eso [...] A Salomón Gaytán y su hermano Antonio les vi muchas cualidades y los llevé a Chihuahua. Primero que estudiaran, que terminaran la primaria. [...] Rentamos un local [...] Allí empezamos a reunir materiales, documentos, mapas. A platicar sobre la capacitación militar. Pensé en mandar compañeros a otros países y hacer indagaciones, con quién conectarnos. (LAA: 461-462)

En el capítulo VI se alternan varias escenas dialogadas, donde participan tanto militantes y guerrilleros, como personajes representativos del estado mexicano. Sus voces alternadas narran que el grupo concebido por Ríos, no solo tuvo el propósito de ser autodefensa de pequeños propietarios, sino también reivindicó demandas de reparto agrario o de respeto a tierras comunales de indígenas. Tanto fue así que concitó el interés de estudiantes de escuelas normales rurales, de otros profesionistas de la región y hasta de espontáneos simpatizantes de la Revolución cubana como el capitán Lorenzo Cárdenas Barajas (sospechoso de ser un infiltrado al servicio del ejército mexicano), quien entrenaría a los guerrilleros.

La información narrativa del capítulo VI de *Las armas…* también incluye el dato de que Arturo Gámiz y Pablo Gómez, desde 1961 habían participado junto con la UGOCM, en ocupaciones de latifundios, en caravanas y mítines de campesinos demandantes de tierras. Tras la iniciativa de organizar la autodefensa mencionada, aquellos habían recorrido varias escuelas normales rurales del país para ganar seguidores. Eran tantas las actividades irradiadas por el proyecto de Ríos, ¡que hasta el gobierno llega a estar muy bien informado al respecto!

Por su parte, en su relato directo Ríos es contradictorio; afirma que había solicitado autorización para dirigir el asalto de un cuartel, aunque —para sus adentros— dudaba de que pudiera hacerse en aquella etapa del entrenamiento militar y no aceptaba que el asalto fuera necesario para "hacernos de armas", porque estas podrían conseguirse "de otra fuente" (LAA: 463).

De este capítulo tan arduo inferimos que el proselitismo de Gámiz y Gómez emprendido por cuenta y riesgo de ellos, así como su determinación tajante de realizar el asalto sin aceptar discutirla, rebasaron a Ríos, lo cual causó el distanciamiento entre este y Gámiz.

El capítulo se cierra con el larguísimo testimonio de Pedro Uranga,[56] quien aparte de agregar los pormenores inmediatamente previos al asalto, hace el balance de las consecuencias negativas del distanciamiento entre Ríos y Gámiz y agrega la información de que Óscar González Eguiarte tomaría la estafeta del último.[57]

[56] Él fue de los miembros del GPG que no alcanzaron a llegar para participar en el asalto al cuartel militar, era estudiante universitario; fundó el Movimiento Guerrillero 23 de Septiembre a finales de 1965. Este grupo fue el que enviaría a Guadalupe Jacott en 1966, a solicitar la ayuda de Lucio Cabañas (Glockner 2008: 211, 212, 244-247).

[57] González fundaría el Grupo Popular Guerrillero Arturo Gámiz (Sierra Guzmán 2003: 50; Cedillo 2010: 17), que mencionamos en el apartado "*El de ayer es Él*".

Los diálogos entre combatientes o de estos con los periodistas, aportan la información acerca del debate en el interior del GPG en torno a la lucha armada. Lo más discutido eran las nulas condiciones logísticas para el ataque. Empero, la dificultad de la lectura de las escenas estriba en que los diálogos son tan prolongados que el lector pierde de vista quién opina en favor o en contra, quién sí vivió alguna anécdota o se la contaron, etc. Consideramos que en *Las armas…* el discurso directo expresa —con mayor propiedad que en *Guerra en El Paraíso*— el propósito de Montemayor de traducir el coro de la tragedia esquiliana a las voces de campesinos anónimos, es decir, al rumor sin sujeto individual.

Y esas voces, en su prolijidad, van configurando una argumentación orientada a atribuir a Gámiz prácticamente toda la responsabilidad de que el asalto haya fracasado. La personalidad de este maestro rural aparece en *Las armas…*, borrosa, sin tercera dimensión: nunca sabemos de dónde llegó y nadie reclama sus despojos. Respecto del médico Pablo Gómez, es la voz de personajes pertenecientes al eje actancial "estado mexicano" la que aporta información:

> —[…] ¿sabe usted que Pablo Gómez y su hermano Raúl participaron el año pasado en las elecciones federales? Hicieron campaña como candidatos a diputados federales del Partido Popular Socialista[58] […]
> […]
> —Eso demuestra que aún pensaban que era posible luchar por medios legales y no sólo con las armas. Eran gente abierta.

[58] El Partido Popular fue fundado en 1948 por el intelectual izquierdista Vicente Lombardo Toledano; en su programa proponía la lucha contra la penetración del imperialismo, el control de las inversiones extranjeras, la intervención del estado en la economía; dotación de tierra, agua y crédito a los campesinos para hacer avanzar la reforma agraria; mejor distribución de la riqueza; unidad, independencia y democracia del movimiento obrero e igualdad de derechos del hombre y la mujer. Alcanzó su máxima votación en 1952. En octubre de 1959, bajo el influjo de la Revolución cubana, se transformó en Partido Popular Socialista, el cual revindica el legado de la Revolución mexicana por lo que funge como aliado del Partido Revolucionario Institucional (PRI); de ahí que su presencia electoral declinara a partir de 1973. Sin embargo, en los años cincuenta había logrado despertar grandes expectativas entre intelectuales de izquierda y entre un segmento importante de la juventud estudiosa (González Ayerdi *et al.* 1985: 251-262). El PPS había logrado una penetración importante en organizaciones campesinas (Castellanos 2007: 71; Orozco 2008); por eso la mayoría de los personajes de *Las armas...* remite a la dirigencia del PPS en Chihuahua. Arturo Gámiz y Pablo Gómez habían tenido la posibilidad de que su partido los enviara a algún país socialista, toda vez que ese acostumbraba hacerlo para formar sus cuadros políticos; sin embargo, aquellos no fueron seleccionados (Vargas Valdés 2011b).

> —[…] era un grupo difícil de entender, complejo. El doctor Pablo Gómez intentó irse el año pasado a Cuba, cuando fracasó en las elecciones. Quiso llevarse a la familia, establecerse allá como médico y profesor.
> —¿Por qué no se fue?
> —La izquierda se pelea entre sí. Alguien de su propio partido lo bloqueó. O quizás del Partido Comunista. Lo vetaron y Cuba le retiró la invitación. Se incorporó después al grupo de Gámiz, tardíamente. (LAA: 472)

En resumen, cuantitativamente se impone la versión que los hace aparecer como personajes planos. Tal solución, a fin de cuentas, deja entrever los debates internos de las izquierdas en torno a la vía armada, y que el desdibujamiento de ciertos personajes es significativo de la poca estima que pueden merecer a treinta años de su derrota.[59]

§

Otros recursos que contribuyen al imaginario de la guerrilla configurado en esta novela de Montemayor, sí se asemejan a los empleados en *Guerra en El Paraíso*. Por ejemplo, la figuración en el capítulo VII, del profesor Francisco Luján Adame, quien informa a Gámiz el memorial regional de agravios, de luchas permanentes contra los despojos, los atropellos de los latifundistas, las apropiaciones abusivas por parte de grandes capitalistas —en complicidad con los gobiernos local y federal— de los recursos naturales, así como la resistencia de los campesinos y los crímenes que estos sufrieron. Este capítulo ilustra la continuidad entre la lucha iniciada por Luján Adame y la de Gámiz, tal como había ocurrido con el binomio Genaro Vázquez Rojas-Lucio Cabañas.

Además, de nueva cuenta se incluye la memoria de los hitos históricos rebeldes en la región. Así como Cabañas reivindica a sus ancestros zapatistas, Salvador Gaytán y Ramón Mendoza se enorgullecen de su abolengo villista (LAA: 490).

Igualmente, las motivaciones ideológico-políticas están prácticamente ausentes del ánimo luchador y rebelde de algunos guerrilleros:

> —¿Qué pensabas mientras estabas en el combate? —preguntó Jesús.
> [...]

[59] Fue en los años noventa cuando Montemayor inició las investigaciones para escribir *Las armas…*

> [Ramón Mendoza:] —En el triunfo. Con los compañeros muertos siente uno más valor, más deseos de pelear y vencer. Uno va por el triunfo. Si pierde, pues ni modo, ¿verdad? Yo combatí por el triunfo.
> [...] —Cuando estabas retirándote [...] ¿sentiste miedo? [...]
> —Pues el miedo había que sentirlo antes. [...] Después [...] ya no tiene caso. [...]
> [...]
> —¿Qué sentías?
> —Ganas de pelear. (LAA: 458)

Otro combatiente lugareño, Saúl Chacón, resume la militancia:

> Leíamos manuales de la guerra de guerrillas y cosas de ese estilo, particularmente los apuntes de Arturo Gámiz sobre el guerrillero [...] Sabíamos que había más condiciones en ese entonces para desarrollarnos y crecer en el ambiente rural, pero lo importante es que ya teníamos la concepción del movimiento a un nivel nacional [...] Luego tomó forma nuestra concepción de aglutinar los futuros cuadros de la organización sobre la base de un consejo comandante [...] Discutíamos, se tomaban directrices y luego cada quién se iba a su lugar respectivo, a Guerrero, Durango o Chihuahua, y otros se quedaban en México. Analizábamos los resultados… (LAA: 469)

§

En *Las armas...* las mujeres que aparecen no son combatientes armadas sino militantes mencionadas por el coro que cuenta los antecedentes inmediatos del ataque al cuartel militar. Unos cuantos nombres se repiten: Carlota Murrieta, Judith Reyes,[60] Paquita y la más frecuente, Guadalupe Jacott. Paquita, esposa de Pedro Uranga, es relatada por él a propósito de que tras la matanza del 23 de septiembre, para despistar a los militares ella finge hallarlo entre los guerrilleros muertos.

Quien sí tiene actuación directa es Guadalupe, secretaria de la UGOCM. En el arduo capítulo VI ella y Saúl Chacón reconstruyen las tres semanas previas al asalto (LAA: 463-469). Cada uno aporta piezas del

[60] En su autobiografía ella informa de su relación muy cercana con los personajes históricos recreados en *Las armas...;* relación anterior a la fecha del asalto al cuartel militar (Reyes 1974: "Segunda parte").

rompecabezas, de modo que resulte lógica la información narrativa. Esta, debido al código de la clandestinidad, carecía de relaciones de causa y efecto. Aquellos se explican anécdotas complementarias, entrecortadas con menciones de espías infiltrados, de posiciones políticas y estratégicas orientadas a prever el futuro de la lucha total, no solo de la armada; la distribución nacional de los militantes del GPG, los topónimos y hasta los nombres de las calles donde se ubicaban los centros de reunión. Sin embargo, Chacón es quien tiene más voz porque las intervenciones de Guadalupe son breves, complementarias y en la mayor parte de los casos, sirven para *dar pie* a que el primero aporte detalles. Y ello a pesar de que Chacón refiera rápidamente que Guadalupe había estado en Guerrero,[61] y ella sea buscada por los militares a causa de su cargo en la UGOCM.

Comparando *Las armas…* con *Guerra en El Paraíso,* observamos que en la primera el papel de las mujeres se reduce aún más; no intervienen en ningún acontecimiento decisivo para la trama; cuando más son estimadas es en su papel de madres que preparan el alimento para los sobrevivientes en su huida. Es sabido que semejante reducción del papel femenino en el asalto al cuartel militar de Madera, llevó a las mujeres de la región a reclamarle a Montemayor lo que consideraron una omisión (Montaño Garfias 2010). Por eso el escritor se ocuparía exclusivamente de los testimonios femeninos de aquellos hechos, en su obra de publicación póstuma *Las mujeres del alba*.

§

En párrafos anteriores afirmamos que la argumentación del coro lleva a responsabilizar a Gámiz del fracaso del asalto. Al respecto cabe agregar que quienes cuestionan las direcciones políticas de aquel son campesinos arraigados en la región. Tal vez por eso ameritan que el narrador de *Las armas…* les asigne el papel de personajes importantes en la trama, lo que se complementa con la focalización interna y la lírica de sus sensaciones y emociones. En ellos, la axiología del apego al terruño, de la sensación de pertenencia a la naturaleza (presentes en la figuración de Lucio Cabañas y de sus paisanos) sí se realiza. Al narrar la huida de Ramón Mendoza y Guadalupe Escóbel, sobrevivien-

[61] Véase la nota 37.

tes del asalto al cuartel militar, el narrador sugiere que la naturaleza se solidariza con ellos:

> Aunque a veces hablaban, era más el esfuerzo, la respiración que debían acumular […] *El bosque entero parecía respirar como ellos*, avanzar detrás con la misma prisa, con la misma concentración. Cambió la tersura del aire cuando en el bosque empezó a oscurecer; cambiaba el aire con simpleza, como si respiraran con menos esfuerzo. […] *El viento parecía ir con ellos* formando parte de la neblina, de la fragancia del bosque, de la corpulencia del mundo. (LAA: 406, itálicas nuestras)

En el caso de los hermanos Gaytán, el narrador externo no escatima figuras retóricas para dar relieve a su profunda sensibilidad a la naturaleza. Refiriéndose a Antonio escribió:

> El ruido de las aves era ensordecedor, intenso. Los cuervos volaban en parvadas y se posaban nerviosos en los álamos y los encinos; parecían vibrar los árboles y propagarse *el eco en la tierra*. [...] El cielo *enrojecido* del atardecer parecía también generar un ruido. [...] estaba aquí, en el mundo que conocía, en la sierra que había recorrido desde niño, en *el lugar que silenciosa, profundamente, le pertenecía.* Respiró hondo, lento, como si retornara a formar parte de las cosas, de un color, un tronco, una piedra quizás. Sentía la seguridad, la certidumbre de las cosas vivas en el campo, en la hierba o el agua. Su cuerpo era diferente, distinto e idéntico a él, humano y al mismo tiempo *palpable como tronco, ramas, tierra* […] La sierra era la certidumbre [...] su cuerpo entendía la vida de la sierra, o *sentía que en la sierra una cosa viva lo entendía a él* como formando parte de la tierra misma que respira y se humedece en los cuerpos. (LAA: 505-506, itálicas nuestras)

Y respecto de Salvador, el narrador presenta un relato insólito, sugerente del paralelismo del esfuerzo supremo que aquel realizó llevando armas (que no serían usadas, por fallas en la coordinación del GPG) para el asalto, con la energía del venado, parte de la naturaleza boscosa de Chihuahua, como el mismo Salvador Gaytán.[62] El acto de

[62] Véase la nota 54. Salvador Gaytán fue luchador social de toda la vida. Tras la desaparición del GPG participó o colaboró con otros grupos guerrilleros de México hasta 1975. Después continuó su acción política en organizaciones civiles en torno a problemáticas ejidales, despojos y abusos de compañías mineras, etc. En el siglo XXI participó en colectivos de exguerrilleros, así como en nuevas organizaciones campesinas de México y en otras de índole internacionalista. Falleció en 2011 (Alonso Vargas 2011).

beber su sangre, ejecutado por el personaje, configura a este casi como oficiante de un ritual animista:

> Centró la mira del fusil en el pecho del venado más grande.
> [...] Vio el cuerpo caído, [...] la fina cabeza, los ojos grandes con una hermosura de agua, brillantes, atentos. Del pecho destrozado *manaba sangre* [...] sintió el olor caliente del animal, [...] una suave pelambre, el olor a hierba, a persona, a humedad, a tierra, y juntó la cara al pecho del animal [...] y *sintió fluir la sangre* caliente por su rostro, en la boca, en la lengua. Empezó a beber el liquido caliente [...] que *parecía hacerlo revivir, despertar, penetrar en una seguridad del mundo, en una fraternidad con las cosas vivas de la tierra [...] la sangre salada y caliente que parecía sustraer como una meditación, como un recuerdo profundo de lo que había sido* a lo largo de [...] muchas jornadas de caminatas, de lo que *faltaba por hacer*, de lo que faltaba por conocer y recorrer. Como si [...] *al sorber la sangre salada regresara a un remoto lugar*… (LAA: 503-504, itálicas nuestras)

El paralelismo más impactante de los guerrilleros con la naturaleza, se halla en la descripción de los cadáveres de estos sobre la tarima de un camión maderero:

> Los cadáveres se movían en la tarima como delgados troncos que fueran chocando unos con otros, blandamente […] sucios de tierra y de lodo como los árboles reales, ensangrentados y serenos… (LAA: 400)
> La lluvia sobre los cadáveres sonaba diferente en la ropa, en los cabellos, en la cara, en los brazos rígidos, en los cuellos todavía tensos […] los cuerpos parecían crecer bajo la lluvia […] sonar como un follaje de jóvenes troncos secretos. Iban desprendiéndose, con los cabellos abundantes por la lluvia, casi voluntariamente, de lodo […] la sangre reseca […] Con un leve rumor grave, seco, la sangre mezclada con tierra […] con los restos de cortezas de troncos, caía desde el camión… (LAA: 409)

La belleza de esta tematización descriptiva reside en que a partir de los elementos visuales más sobresalientes (los troncos y los cadáveres)[63] aquel 23 de septiembre de 1965 en el centro de Madera, el narrador concibe una dupla alegórica hecha de los guerrilleros muertos y los

[63] La escena tiene tantos detalles que prácticamente corresponde a la descripción de una fotografía, sin duda tomada por Jolly Bustos. El que este fotógrafo de prensa esté incluido en la novela, significa una suerte de homenaje de Montemayor a los primeros guardianes de la memoria del asalto al cuartel militar.

productos que enriquecen a los adversarios de los campesinos: unos y otros son víctimas mortales de la misma codicia y depredación.

Cuando las breves intervenciones del narrador externo describen la peculiaridad de la naturaleza boscosa de Chihuahua, notamos que la descripción pausada de aquella es magnificente, tiende a contrapesar el dolor de la tragedia; a acentuar la potencia superior de la naturaleza, su permanencia casi eterna en calidad de testigo imperturbable de la historia y del sufrimiento humano (este rasgo expresivo también estaba presente en *Guerra en El Paraíso*).

La descripción del paisaje matutino del momento en que comienza el enfrentamiento entre guerrilleros y soldados, ilustra lo anterior; pero también destaca el *enrojecimiento,* acaso insinuación de una atmósfera que adopta el color emblemático de la izquierda:

> En la oscuridad, la cadena de montañas elevaba su peso de sombra. Un profundo azul cobalto pugnaba por abrirse paso en el horizonte. […] Poco a poco la luz parecía surgir como un puñado de arena que manchara la negrura y la fuera aclarando. […]
> Ramón Mendoza […] Volvió a mirar la laguna. Se veía quieta, desocupada. El cielo estaba iluminado y *enrojecido*, el sol comenzaba a despuntar.
> […]
> […] Matías miró hacia el oeste […] La luz rosácea, violeta, anaranjada, ocre, se expandía en el cielo desde el oriente; al llegar a la cuesta de la sierra caía solamente como una línea de luz fría […] *como un ser vivo*. (LAA: 380-382, itálicas nuestras)

En cuanto a la sensibilidad de Gámiz, leemos apenas una breve descripción del paisaje por parte del narrador externo pero en la perspectiva situacional de aquel: "El cielo comenzaba a *enrojecerse*. La luz era intensa, limpia, fría. El atardecer iniciaba; una tinta naranja y *roja* empezaba a asomarse en el firmamento. […] el agua de la laguna se extendía quieta, oscura" (LAA: 512, itálicas nuestras).

Las citas confirman pues, la hipótesis de que en las obras de Montemayor, la focalización interna y la lírica son estrategias narrativas reservadas a los personajes por los cuales el narrador expresa simpatía, apoyo, consonancia de pensamiento y de moral, no precisamente de ideología política. En las novelas hasta ahora examinadas, tanto Cabañas como Mendoza y los hermanos Gaytán son campesinos que siempre han vivido en sus respectivas zonas de acción guerrillera.

§

Si en *Guerra en El Paraíso,* no parece haber ningún signo de que el narrador dude de la pertinencia de la lucha armada, en *Las armas…*, el que tanto el inicio como el final del texto novelesco consistan en la misma escena,[64] insinúa —más allá de la veracidad del referente extratextual— el fracaso del "foquismo" como táctica de lucha.

La homonimia del nombre coloquial mexicano de la bombilla eléctrica y el término empleado por el Che Guevara para denominar al núcleo revolucionario conocido como guerrilla, no puede haber pasado inadvertida para alguien tan consciente de las ambivalencias semánticas del léxico, como el escritor profesional y Académico de la Lengua que fue Montemayor.

La hipótesis anterior se refuerza con el hecho de que tanto en *Guerra en El Paraíso* como en *Las armas…* personajes *diametralmente opuestos* consideran el asalto al cuartel de Madera como *una acción para morir pronto*. En la primera novela Cabañas pregunta "*¿Tenían tanta prisa en morir?*" (GP: 168, itálicas del original); en la segunda, el coronel del ejército mexicano, García Abauza hace prácticamente lo mismo: "¿Les urgía morir?" (LAA: 390).

§

El Grupo Popular Guerrillero fue resultado de un movimiento social campesino amplio que se ve reducido al *foco*, encabezado por Arturo Gámiz, y que sufre una derrota sustancial por haber asaltado el cuartel militar de Madera sin tomar en cuenta las condiciones básicas de logística ni el debate entre todos los integrantes. Así podemos resumir la tesis central del imaginario de *Las armas del alba*. El resto de los componentes narrativos cuyas nóminas, topónimos y fechas remiten a la realidad extratextual con precisión, están ahí para rescatar la memoria del proceso antes y después del asalto, incluyendo a los dos bandos en conflicto: el estado mexicano y los campesinos organizados, así como la valentía y determinación de los sobrevivientes que a pesar de las condiciones logísticas negativas, acompañaron a Gámiz. La lírica con

[64] "—Con el primer disparo —le ordenó Arturo Gámiz [a Ramón Mendoza]— *haz blanco en el foco*. Será la señal para que ataquemos" (LAA: 379, 518, itálicas nuestras).

que la naturaleza es descrita funciona como el sustento telúrico de los guerrilleros campesinos. Los prolongados diálogos y los debates ilustran la tensión desatada por la decisión de Gámiz, la percepción de sus simpatizantes y los nuevos proyectos armados que surgen a partir de la derrota en Madera.

En contraste con la primera novela de la saga guerrillera de Montemayor, la segunda peca de información factual reiterada, acaso fiel y veraz pero que lleva a suponer que *Las armas…* pretende también funcionar como la historia novelada del GPG. En esta segunda novela de Montemayor, tiende a imponerse la función histórica. Estamos pues, ante un narrador que decide supeditar las convenciones novelescas a la memoria de los sobrevivientes que conservan el recuerdo del amplio movimiento social que precedió al GPG, y a *su* versión de las causas que hicieron fallar el asalto al cuartel militar de Madera.

• *La fuga*

> *Se preguntará que por qué estoy aquí en Estados Unidos […] sobreviví a algunos de los compañeros y por seguir luchando por mi libertad tuve que huir de la sierra. Después para recobrar mi libertad tuve que huir de las Islas Marías. Y para seguir siendo libre tuve más tarde que refugiarme acá.*
>
> Carlos Montemayor, *La fuga*[65]

En esta novela volvemos a encontrar a Ramón Mendoza como personaje literario. Es un texto susceptible de dos lecturas: para los lectores de Montemayor, la trama es continuación de la vida libertaria del personaje; para otros lectores simplemente podría ser una novela de aventuras que hace recordar ciertos acontecimientos y motivos de *Relato de un náufrago* de Gabriel García Márquez.

El argumento de *La fuga* es el escape de Ramón Mendoza y Jarocho-Mono blanco de las Islas Marías, donde ambos estaban presos. La huida abarca las tribulaciones de los personajes durante la travesía del Océano Pacífico y luego de los estados de Nayarit, Sinaloa, Durango y

[65] A partir de aquí las citas textuales corresponden a la primera reimpresión, 2008.

Chihuahua, desde donde Mendoza ingresará en Estados Unidos para ponerse a salvo de la persecución.

Nosotras, si bien aceptamos que en *La fuga* el tema narrativo principal es el instinto y la maña de los fugitivos para ocultarse de persecutores que poseen recursos superiores, no olvidamos que en Mendoza perviven rasgos del guerrillero que había encontrado en la lucha el sentido de su existencia. Leemos pues, esta novela como un afluente de *Las armas del alba*.

La novela mantiene el suspenso y la expectativa en el desenlace; atrapa el interés, tanto por la trama hecha de aventuras y acciones audaces como por la concisión de lo que nos informa, y porque las personalidades respectivas de Ramón y Jarocho-Mono Blanco, si bien no son descritas exhaustivamente, condensan los valores de determinación, arrojo, firmeza, tenacidad, confianza en sí mismos, valentía…

En esta ocasión el narrador en primera persona (Mendoza) cuenta su relato a un interlocutor (el testimonialista), de modo que en la novela predomina el aspecto oral y marcadamente testimonial. Por su parte el narrador implícito interviene por medio de escenas dialogadas yuxtapuestas. Estas significan que el episodio pertenece a un pasado externo a la novela, pero que el lector avezado puede explicárselo recurriendo a *Las armas del alba*. Sin embargo, la intertextualidad de las novelas no es tan simple porque en la mencionada solamente sabemos que Mendoza sobrevive a la matanza y huye a través del bosque. En *La fuga* nos enteramos de que tras el suceso de Madera, Mendoza participó en la planeación del "segundo alzamiento en la sierra"[66] y fue aprehendido por la policía a raíz de un ataque espontáneo —no planeado—, lo que finalmente explica por qué estaba en las Islas Marías.

El relato contado al testimonialista permite que las reflexiones del personaje sean las que figuren su propia conciencia política, no con ideologemas sino con una axiología básica, en la que predomina la firmeza de las convicciones, el rechazo a la abjuración, la concepción de la vida misma como una eterna lucha por la libertad: "*Yo quería ser libre en mi propia tierra. Todos mis compañeros combatieron porque estaban decididos a ser libres ahí mismo, donde todos vivíamos. Eso es lo que importa, ¿me entiende? Por eso luché*" (LF: 103, itálicas del original).

[66] Tras la derrota del asalto al cuartel de Madera, Ramón Mendoza se unió al Grupo Popular Guerrillero Arturo Gámiz, el cual operó de 1965 a 1968 (véase la nota 57); cayó preso en 1966; en 1973 se fugó de las Islas Marías (Glockner 2008: 212; Sierra Guzmán 2008: 50).

Lo que se destaca en el imaginario de la guerrilla son los valores mencionados. Al igual que ocurre con los 13 militantes —que esperaban ser más numerosos— que realizan el asalto al cuartel militar en *Las armas del alba*, Mendoza y Jarocho-Mono Blanco deben asumir solos la realización del plan de fuga, cuando otros presos renuncian a este en la víspera.

El compañerismo y las pruebas correspondientes, no la ideología política, explican la afinidad de esos dos personajes:

> *El jarocho no tenía idea social, aunque de entrada su disposición a la amistad y a compartir riesgos fue inmediata. […] era tan cabal como lo fueron en la sierra los que murieron en la lucha. Entendí que tenía compañeros en otros frentes, que los compañeros pueden surgir en todas partes. […] no tiene que ver con ideas, sino con lo que vive la gente*". (LF: 28, itálicas del original)

Respecto de aquella ideología, Mendoza elabora explicaciones muy simples:

> "[Mono Blanco] —Y tú, ¿por qué te levantaste en armas? […]
> [Ramón] —La gente que tiene mucho dinero siempre cree que necesita más. Si tienen muchas tierras, quieren las de los otros. Cuando los débiles se defienden dicen ellos entonces que la violencia empieza. No, la violencia ya había comenzado con tanta desigualdad. […] (LF: 107)
> *Cuatro familias robaban en la sierra a todos los demás. […] Pedían a los campesinos que mostraran los títulos de propiedad; en caso contrario, que desalojaran las tierras o las pagaran. Pero en esas tierras habían vivido durante varias generaciones los campesinos. ¿Cómo de la noche a la mañana iban a dejarlas? Pues no, las defendieron.* (LF: 112, itálicas del original)

Solamente cuando traduce las enseñanzas de Gámiz, emplea una terminología utopista:

> *Podemos tratar de ser libres aceptando el mundo como es. O podemos querer cambiar el mundo para aceptarnos como pensamos que debemos ser.* (LF: 103, itálicas del original)
> *Arturo Gámiz lo decía muy claramente. No podemos cambiar ninguna circunstancia del mundo en que nacemos. La sociedad ya está organizada de una manera cuando nosotros llegamos. Pero eso no significa que la sociedad esté bien organizada o que el mundo esté correcto. Así que no quisimos el mundo como lo habíamos recibido, sino mejor*. (LF: 112, itálicas del original)

En la vida real Ramón Mendoza había cautivado a Montemayor no solo por la información y los testimonios que le proporcionó, sino también por su peculiar personalidad. Parecía fascinarle al escritor que gracias a sus dotes de excelente tirador, Mendoza hubiera sido el encargado de hacer blanco en el foco del cuartel militar (al iniciarse el multicitado asalto) (Montemayor 2008). Además, el escritor parece haber hallado en aquel a alguien con rasgos suficientes para una novela de acción, de aventuras; una personalidad valiente y capaz de vencer el miedo, tal como aparece desde *Las armas del alba*.

§

Siendo *La fuga* una novela corta con solo dos personajes, la aparición de mujeres es breve, como parte del escenario de solidaridad previsible entre campesinos: gracias a ellas los fugitivos sacian su hambre, tal como había sucedido también en *Las armas*...

§

La fuga es un homenaje, una muestra de admiración y afecto al sobreviviente de la guerrilla nacida en el estado de Chihuahua. Y el modo narrativo que halló el escritor fue el del testimonio, género que no deja dudas acerca de que los individuos y las acciones referidos existieron realmente. Esta novela breve fortalece el imaginario del guerrillero como alguien poseedor de las virtudes de integridad ética, tenacidad, valentía e intrepidez, que nunca deja de luchar por la libertad y establece sus amistades y alianzas sobre la base de la afinidad en torno a estos valores.

§

Tras examinar las novelas de Montemayor acerca del tema de la participación en la guerrilla o la aspiración a aquella, como experiencia que da sentido a la vida, llegamos a concluir que su poética del imaginario de la guerrilla se fue alejando del proyecto estético clasicista

para ceder la prevalencia al discurso testimonial. Prefirió la estrategia narrativa de dar la voz al coro para documentar el trauma social de las comunidades sociales afectadas directamente por la represión, pero también para *enjuiciar la lucha armada*. En la primera novela el narrador distribuye la trama entre la figura del dirigente y el coro; en cambio para la segunda, el narrador delega en el coro el relato sobre la planeación de la lucha armada, y el dirigente de esta se vuelve *objeto* narrado por el coro.

Las dos primeras novelas de Montemayor aportan un imaginario de la guerrilla complejo y hasta problemático, positivo y negativo. La militancia disciplinada, basada en la planeación racional coexiste con la obstinación y la improvisación. No obstante que los liderazgos están aceptados en el interior de los grupos guerrilleros, siempre hay posiciones opuestas —abierta o discretamente— que debaten la pertinencia de las tácticas y por esta vía, van insinuando en las novelas que las derrotas militares se deben a decisiones equivocadas de los dirigentes. En el plano ético-político, pero con recursos narrativos diferenciados, los imaginarios de las dos primeras novelas de Montemayor generan una recapitulación *indirecta* de tipo reflexivo acerca del movimiento armado en México.

Tales recapitulaciones habían comenzado desde los años ochenta. Al respecto Héctor Aguilar Camín había publicado *La guerra de Galio*, novela que de forma explícita hace el balance del movimiento armado de los años setenta y ochenta del siglo XX mexicano. De ahí que podamos asegurar que desde antes de que se diera a conocer el Ejército Zapatista de Liberación Nacional (en 1994), *en la literatura mexicana* el imaginario de la guerrilla ya había comenzado a expresarse, no solo bajo el aspecto de denuncia de la guerra sucia o memoria del movimiento armado, sino también de balance de este desde la perspectiva de la derrota. En el caso de Montemayor esta perspectiva no lleva a la abjuración como en la novela de Aguilar Camín. Recordemos que reivindicar la derrota es un triunfo moral.[67]

[67] "Ser un antihéroe perdedor, formar parte de los derrotados, garantiza pertenecer a un grupo superior de triunfadores: el de los que han resistido y fundan su victoria en la orgullosa aceptación de la derrota […] por medio de esas figuras ficcionales, héroes o antihéroes que asumen el camino de la pérdida como actitud ética y como única postura política con que enfrentar la derrota […] esta aceptación de la pérdida no consiste en una vocación por el fracaso, por el contrario, estar entre los perdedores, no ceder, será alcanzar otra dimensión del triunfo" (Amar Sánchez 2010: 25-26).

Al ir profundizando en las guerrillas mexicanas, Montemayor fue prefiriendo el testimonio literal en lugar de la composición novelesca compleja. El ejemplo más contundente sería *Las mujeres del alba,* cuya arquitectura aspira a suprimir la ficción novelesca, razón por la que no lo examinamos en este capítulo "Memoria y admiración".[68]

Consideramos que la novela exige una configuración de personajes imaginativa y comprometedora —con los riesgos de equivocación política que la estetización verbal implica—. El testimonio, en cambio, permite figurar a los exguerrilleros o a su entorno humano de un modo que solamente destaque su axiología, no sus errores políticos.

§

Con motivo de una mesa redonda sobre el tema "¿Qué es la izquierda ahora?", realizada el 13 de octubre de 2009, en la Novena Feria Internacional del Libro del Zócalo de la Ciudad de México,[69] Montemayor puntualizó su caracterización de esta ideología y corriente políticas; caracterización que arroja luz sobre el contenido ético de las novelas examinadas aquí. Él propuso que en el siglo XXI había que comprender la izquierda sobre la base de su multiplicidad (las izquierdas) y del vector social llamado estado.

Él explicó entonces que la multiplicidad era expresión de los muchos grupos izquierdistas, de sus confrontaciones entre ellos mismos, de sus abjuraciones, de sus traiciones, de sus alianzas con fuerzas políticas opuestas. Simultáneamente, las condiciones mundiales del capitalismo que habían presionado para acabar con el *estado benefactor*, habían provocado —en sentido opuesto— que la simple reivindicación

[68] Al llegar al final del examen de las novelas de Montemayor, formulamos la hipótesis de que la observación de la secuencia de los cuatro libros mencionados crea la impresión de que la diferencia entre los imaginarios respectivos se debe a la apertura angular de la mirada simbólica del escritor. Apertura que comenzó siendo grande, abarcante de muchos elementos y de su exuberancia (*Guerra en El Paraíso*) y se fue cerrando hasta captar solo rostros únicos, subjetividades casi independientes unas de otras (*Las mujeres del alba*). Sin embargo, no trabajamos más con la hipótesis porque la otra categoría que guió nuestro análisis fue la de ficción, excluyente de textos que carecen de intención novelesca aunque sí puedan ser "acciones de memoria".

[69] Patricia Cabrera López asistió al evento y grabó parcialmente las intervenciones de Montemayor, quien intercambió comentarios con el escritor colombiano Mario Mendoza, también participante de la mesa redonda.

de las funciones sociales del estado y su aplicación en países como Cuba, Nicaragua, Venezuela, Ecuador, Uruguay, Chile (en 2009), Argentina, Brasil y Bolivia repercutieran en el concepto de lo que era la izquierda a inicios del siglo XXI.

Ese concepto ya no era —precisó Montemayor— el de los escritos de Marx, Engels, Gramsci, Mariátegui ni de José Revueltas, porque en cada uno de los países mencionados, la izquierda significaba la inclinación del estado al compromiso con la sociedad, con el bienestar social del pueblo, con la distribución de la riqueza. Por tal compromiso se justificaba llamarlos "estados de izquierda".

En cuanto a la posición política desde la cual Montemayor había escrito, él fue claro:

> …escribo desde algo que no es la derecha, pero tampoco estoy escribiendo desde la perspectiva panfletaria o […] del rigor teórico, que permitieron durante los siglos XIX y XX matarse a tantos hombres y mujeres de izquierda […] entre sí por diferencia de opiniones […]
> Todo escritor que hable de esta violencia institucionalizada […] que confundimos con la paz y la estabilidad social, […] todo pintor que describa esta violencia social, todos cineasta o todo dramaturgo que describa esta violencia social, está escribiendo desde una parte de nuestro planeta que se debe llamar la izquierda.

Este izquierdismo de Montemayor que se identifica con el estado benefactor, puede ayudarnos a entender por qué los narradores respectivos de *Guerra en El Paraíso* y *Las armas del alba* no expresan empatía por personajes como Renato (el de la Liga 23 de Septiembre) y Arturo Gámiz (dirigente del GPG). El narrador implícito de las dos novelas no parece apoyar las razones de la acción violenta de los guerrilleros urbanos porque ellos parten de razones ideológicas y teóricas, a diferencia de los combatientes campesinos, cuya acción es una respuesta a agravios ancestrales e injusticias derivadas de la violencia estructural, frente a la que se justifica una respuesta armada.

Veinte de cobre. Memoria de la clandestinidad de Fritz Glockner

> *…convive con los fantasmas como mejor puedas, juega sus cartas y recrea su historia, colocando, de manera terrible, cada pieza del rompecabezas.*
> *Quizás eso sea la vida.*
>
> Fritz Glockner, *Veinte de cobre*[70]

Esta novela corresponde a la época en que se multiplica notablemente en México la publicación de testimonios o memorias de exguerrilleros y algunas novelas sobre el tema —aparentemente con el apoyo moral y/o el estímulo escritural de Carlos Montemayor, a raíz de la extraordinaria recepción y aprobación de *Guerra en El Paraíso*—. Una de esas fue *Veinte de cobre. Memoria de la clandestinidad*, aparecida en 1996. El autor, Fritz Glockner,[71] no era exguerrillero pero tampoco solo un simpatizante; su padre, Napoleón, y la media hermana de este, Julieta, habían sido integrantes de las Fuerzas de Liberación Nacional (FLN), grupo que operó de 1969 a 1993 (Cedillo Cedillo 2008: 478). Sin embargo, el título que vamos a examinar no es un tratado histórico, sino una novela cuyo narrador es Federico (uno de los hijos del guerrillero); su voz se reparte entre la primera persona y la interpelación (obviamente en segunda persona) a varios personajes: él mismo, su hermano menor Irving y Miguel Ángel, el padre muerto.[72] El inicio de la historia narrada es el abandono de Miguel Ángel (médico de buena posición económica y abolengo, poseedor de su propio negocio, educado en un colegio jesuita) a su familia poblana. Tres años después él reaparece en la televisión y en la prensa, acusado de ser guerrillero.

La familia se reencuentra con el padre mientras él permanece en la cárcel, pero cuando es liberado ya no puede reinsertarse en aquella; finalmente muere asesinado en una calle de la ciudad de México.

El tema de la participación en la guerrilla o aspiración a esa como experiencia que da sentido a la vida solo pertenece a Miguel Ángel,

[70] A partir de aquí las citas son tomadas de la segunda edición, de 2004.

[71] Es historiador especializado en la "guerra de baja intensidad", y ha publicado estudios sobre el movimiento armado mexicano y otras novelas políticas. Véase la plataforma <http://telematica.politicas.unam.mx/LITEX/Litex.php>

[72] Deducimos que el relato abarca de 1971 a 1976, desde que Napoleón Glockner se incorpora en la lucha armada hasta su muerte (Glockner 2008: 8; Cedillo Cedillo 2008). El único año mencionado en la novela es 1974, de la aprehensión y de la liberación del padre del narrador.

por lo que se subsume en el tema más general de *Veinte de cobre*: las consecuencias para la familia de que el padre haya optado por la lucha armada. Este es su rasgo más original, pues no reduce el texto a ser la biografía del padre.

§

La característica literaria de la novela —no obstante que su información pertenece a la *memoria familiar* (el *lugar* desde donde el narrador enuncia)— se manifiesta a través de los cambios de persona gramatical del narrador, la alternancia de planos espacio-temporales, la difícil comprensión del progreso cronológico, las elipsis temporales y ciertos vaivenes entre la oralidad y la escritura. Su arquitectura novelesca aparece experimental debido a las alternancias mencionadas. Por estas vías el narrador *evita motivar una lectura historicista*.

Siendo la familia el lugar principal de enunciación del narrador, aquella protagoniza las escenas de una vida desahogada y placentera anteriores a la partida del padre; tras esta la vida familiar se trastorna. En cuanto al padre, la figuración que el narrador va desplegando a lo largo de la novela apunta a la intención de comprenderlo, de justificarlo ante los hermanos y ante sí mismo. Se trata pues, de un acto de memoria que implica el afecto de Federico, el perdón de la familia, la aceptación de los ideales del padre y la renuncia a juzgarlo.

> Comprendimos [...] las razones de su abandono [...] *nos había cambiado por sus ideales* [...] *participar en un movimiento armado era el motivo*. Al descubrir la fotografía con su cara desfigurada *nos olvidamos* [...] *de los resentimientos*. (30, itálicas nuestras)

Empero, aceptación no es complacencia ni incondicionalidad. En *Veinte de cobre* el imaginario del guerrillero se construye al modo de la unidad de dos componentes opuestos que se repelen mutuamente pero aceptan permanecer juntos. La causa primigenia de esta dualidad reside en el origen social de Miguel Ángel, que para nada resulta lógico en relación con su papel de guerrillero. Además repercutirá también en la percepción que de él tiene la familia. Cuando Federico y su hermana Adriana descubren en el periódico la foto del padre con el rostro desfigurado por las torturas, la impresión que el narrador registra es muy significativa:

> Esa foto tenía que mentir, ese *no era papá*, imposible que fuera el mismo que *guardábamos en la memoria,* no existía comparación con el busto de madera que se encontraba en el tocador de la recámara de mamá, aquel que una vez se te vino encima y te hizo balbucear: "*Pinche papá.*" (31, itálicas nuestras)

Aquí observamos la defenestración: de haber sido un icono, Miguel Ángel desciende a la condición de desconocido, del Otro. Y el remate con la grosería para interpelarlo anuncia la *actitud* de Federico en el resto de la novela.

El título de la novela, por su lado, no aclara nada; al contrario. En el texto de esta aparece cuando Miguel Ángel y otros 19 detenidos ("Hasta entonces conociste el nombre de aquellos *con los que habías compartido ideales* [...] la identidad de *los fantasmas con los que habías vivido*" [55-56, itálicas nuestras]) son exhibidos a la prensa. Uno de quienes apuntan las declaraciones de los detenidos, afirma enigmáticamente: "Son veinte, parecen de cobre; por el aspecto puede que se hayan doblado..." (56). ¿Cómo entender metafóricamente la adjetivación "de cobre" y por qué el *desconocido* supone que se doblaron? En la trama novelesca, ¿la enigmática afirmación equivale a la sentencia de muerte de Miguel Ángel? Por otra parte, precisamente hasta los años setenta del siglo XX, en México circularon monedas de cobre con valor nominal de 20 centavos.[73] Recordarlas lleva a la evocación de una época terminada definitivamente, acaso como el pasado que Federico relata.

§

Federico figura a su padre como un individuo cuyo conflicto se deriva de hallarse dividido entre las determinaciones de su pasado y la intención de construir un futuro que beneficie a los desposeídos. Miguel Ángel es el nudo en medio de una cuerda tensa, por eso el narrador lo admira con cierta ironía:

> Tu caso era excepcional: pocas personas con una posición relativamente cómoda, con familia y de esa edad, tomaban este tipo de decisiones. *Po-*

[73] El diseño de la portada de la segunda edición impresa de la novela incluye esas monedas, y sobre ellas se proyecta la sombra de la mira telescópica de un rifle.

> *cos se atreven a poner por encima los ideales y dejarlo todo*: amistades, familia, negocios. (18, itálicas nuestras)
> Te acomodaste entre pollos, canastas, costales, sombreros, juguetes […] *nunca antes en tu vida habías viajado de esa manera* a la ciudad de México: ante ti estaba el pueblo, *los oprimidos por los cuales cambiabas tu forma de vida*.
> […]
> Decidiste *esconder las sensaciones* que te había provocado viajar en un camión de segunda… (20-21, itálicas nuestras)

El primer motivo de admiración hacia el padre es pues, el valor de este para renunciar a su pasado, otro motivo es reconocer su esfuerzo para insertarse gradualmente en el grupo guerrillero, en la medida que la utopía exige renunciar al individualismo y someterse a una disciplina orquestada por desconocidos. Empieza con donativos económicos y culmina en la ruptura con su pasado:

> —*No* es una *caridad cristiana* el *compromiso con los desposeídos*, con el *pueblo de México*, es un *deber de* conciencia, de *ideología*; usted es un guerrillero pasivo, pero que está igualmente comprometido con nuestra causa. Luego vino la decisión de entrar activamente [...] nadie te obligó a tomar esa determinación. Cumpliste muy bien las pruebas de adiestramiento, tenías el valor suficiente para enfrentarte a la muerte [...] Te parecía ridículo que a tu edad anduvieras detrás de las ferias para poder practicar tiro al blanco, pero era la mejor manera de tener puntería sin que costara tanto...
> […]
> […] Muchas veces te habías preguntado *hasta dónde se podían llevar las utopías*.
> […]
> […] El juego que estabas a punto de iniciar tenía como *premio la vida o la muerte* […]
> Estaba por *nacer una persona decidida a modificar las estructuras injustas de este país por medio de las armas*. (17-18, itálicas nuestras)

La siguiente prueba para Miguel Ángel es la más difícil: someterse al código de la clandestinidad que prescribe ignorar casi todo acerca de la organización a la que se pertenece, renunciar a la personalidad propia, cambiar de nombre, no registrar por escrito su cotidianidad y no hablar de su pasado con sus compañeros:

> …nuevamente se entabló *la lucha contra ese pasado que tenías que borrar*.
> Varias imágenes ocuparon tu mente, los sentimientos de angustia, in-

> seguridad, miedo, remordimiento [...] hubo instantes en que te sentiste avergonzado de ese tipo de aflicciones [...] pero el silencio y ese dejo de soledad a pesar de estar acompañado, sumado al desconocimiento de lo que te esperaba, consciente incluso de que había sido tu libre decisión, te hacía caer en la cuenta de que *por encima de la ideología*, de los güevos que tuvieras o no, *eras un pinche humano más*… (23, itálicas nuestras)

El consuelo para Miguel Ángel, sin embargo, es que también sus compañeros carecían de historia personal y buscaban ideales semejantes a los de él (46).

Como se puede observar en las citas, Federico presenta las pruebas a las que su padre se somete, casi al modo de pruebas de fe católica para alcanzar la Gracia Divina. La educación religiosa de Miguel Ángel parece estar en el origen de su conducta: "*Militia est vita.* Te vino a la mente aquella consigna de la escuela de jesuitas donde habías estudiado..." (24).[74]

Empero, en el plano ideológico-político, Miguel Ángel —según el diario que llega a manos de la familia pero cuyas transcripciones *selecciona* Federico— parece lamentarse de que por causa del temor de ser visto por un conocido o por la policía, su "trabajo de bases" sea limitado en las zonas urbanas. Le impacienta la falta de dinero, pero respecto de los secuestros y asaltos realizados por otros grupos, le preocupa "cómo la sociedad asimila estas acciones" toda vez que la propaganda del estado las califica de terroristas, y se pregunta retóricamente: "¿Hasta cuándo podremos apoderarnos de la razón colectiva?" (35).

§

El imaginario de la guerrilla en *Veinte de cobre,* en concomitancia con otras novelas o cuentos acerca de las guerrillas mexicanas, también incluye las escenas de la violencia con que son aprehendidos por la policía los guerrilleros y las torturas como rasgos imprescindibles. Curiosamente, la tortura es continuación de la des-identidad impuesta por el código de la clandestinidad: "…se te olvidó tu nombre, tu edad, tu sexo, tu

[74] La obediencia jesuita significa "...un respeto sincero tal por la autoridad como para aceptar sus decisiones y cumplirlas, no meramente mediante el comportamiento externo sino con toda sinceridad, con la convicción de que el cumplimiento es lo mejor, y de que la orden expresa en el tiempo la voluntad de Dios..." (*Enciclopedia católica*).

origen, no sabías nada acerca de tu vida" (48), "…no pudiste identificar dónde comenzaba tu identidad clandestina, a qué hora habías dejado de ser Miguel Ángel y cuándo Jaime…" (53).

Sin embargo, la conciencia del cuerpo torturado hasta grados monstruosos de crueldad se mantiene en Miguel Ángel por medio del narrador que focaliza internamente, en segunda persona, las sensaciones de dolor extremo, las secuelas inacabables del maltrato físico aun después de la "sesión". El personaje llega a objetivarse como un "títere" manejado por los verdugos, su mente va y viene entre momentos de autoconciencia y la deseable condición de *no saber lo que él mismo hace*, si bien asegura que no delató a nadie (49, 51).

Sería redundante citar el repertorio de torturas que *Veinte de cobre* incluye —es parte de su dimensión testimonial—, pues a estas alturas del desarrollo de nuestra investigación ya hemos comprobado que la tortura es tópico del imaginario de la guerrilla. La única particularidad del capítulo es que el narrador sí menciona los topónimos y la duración de las sesiones respectivas: dos semanas en México, D. F. y cuatro días en Monterrey, Nuevo León.

§

En cuanto a la información narrativa de *Veinte de cobre* acerca de la organización a la que pertenece Miguel Ángel, esa no existe porque —ya lo mencionamos en párrafos anteriores— la guerrilla *no* es el tema general de la novela. Por eso tras la presentación pública de los guerrilleros y el restablecimiento de la relación entre Miguel Ángel y su familia, lo que el narrador escenifica son visitas y anécdotas en la cárcel de Lecumberri. En este espacio de tanta productividad simbólica es donde Federico reúne información fragmentaria del movimiento armado en México a principios de los años setenta, y Miguel Ángel reflexiona —lo que resulta más verosímil, pues él había sido guerrillero— acerca de que las diferencias son fuente de conflicto entre los exguerrilleros:

> La susceptibilidad es la madre de los pleitos [...] sobre todo cuando reúnes en una misma prisión a varios guerrilleros de diferentes organizaciones. Contigo, aparte de Morón, había otros tres de la 23 de Septiembre, otro de tu grupo, uno de Lucio y uno más de los Comandos Armados Revolucionarios del Pueblo, o sea que el debate, las formulaciones ideológicas,

> los conceptos, las tácticas, los mecanismos y las estrategias para alcanzar el poder, eran constantemente un motivo de disgusto, *incluso compartiendo la desolación de la cárcel*. Pocas veces se ponían de acuerdo… (66, itálicas nuestras)

Esta breve opinión de Miguel Ángel reitera la idea tematizada con abundancia en *¿Por qué no dijiste todo?* de Salvador Castañeda. La tesis es que en prisión las diferencias intraizquierdistas se exacerban a resultas de la neurosis causada por el encierro y por el terror a la desaparición forzada. Esta es la que ocurre al mencionado Morón y causa dolor profundo y sensación de impotencia a Miguel Ángel, quien se siente amenazado por un adversario omnipresente pero sin rostro: "A partir de entonces, junto con las comidas, también tragabas nuevamente la impotencia, la amargura, el desaliento, la incapacidad; poco a poco comenzaste a entender que la vida sí tenía *un dueño extraño*…" (69, itálicas nuestras).

§

Desde este acontecimiento, el narrador va agregando a la personalidad de su padre, los presentimientos, las sensaciones ilógicas, la paranoia... elementos que constituirán un infierno interior, una muerte gradual de su ánimo, augurio de su muerte física. La muerte de su hermana Julia en Tabasco (119),[75] provoca que Miguel Ángel recuerde que su libertad no le garantiza la vida:

> —¿Cuántas veces has visto de cerca a la muerte? —me preguntó uno de mis hijos […] no supe contarlas: cuando me detuvieron, la interminable ronda de torturas, cuando las balas me zumbaban aquel día que me llevaron de escudo para aprehender a los otros compañeros en Nepantla;[76] durante la cárcel. ¿Cuántas veces? ¿Sirve de algo contarlas? (120)

Todos los pasajes en los que se narra la paranoia de Miguel Ángel así como su imposible reincorporación en la familia van acumulándose

[75] Julieta Glockner murió en 1975 (Cedillo Cedillo 2010a: 239).

[76] El acontecimiento está recreado en *Guerra y sueño* de Salvador Mendiola. Véase el apartado homónimo, en este libro.

progresivamente para funcionar como etapas del avance hacia la fatalidad. Por eso en la tercera parte de *Veinte de cobre* se reúnen las escenas en las que el exguerrillero se muestra desadaptado, paranoico, temeroso, inseguro. En contraste, el narrador Federico crece: interpela a su padre que se automargina, narra en segunda persona su desazón cuando el segundo se siente ajeno a la familia ampliada. La escritura se vuelve la expresión de la debilidad de Miguel Ángel, de sus limitaciones para funcionar como sujeto de sus actos. La escena en que interrumpe la partida de ajedrez con sus hijos al escuchar ruidos fuera de la casa en Puebla, preso de la paranoia, es un ejemplo del manejo performativo del personaje, ejecutado por Federico:

> Volver a prisión era una angustia permanente.
> Quisiste controlarte […] La tercera vez que se escuchó algo raro […] con pánico en el rostro te dirigiste a revisar cada uno de los cuartos […]
> La insistencia del ruido te sacó de control, sentías en la boca del estómago una opresión. (114-115)

La escena es muy larga, narrada pausadamente, con muchos detalles. Logra figurar al exguerrillero como *prisionero eterno de sus terrores*, hasta el grado de no poder desempeñar el papel protector que se espera de un padre:

> …te sentías desesperado, tus hijos te estorbaban, imaginabas lo que podría pasar si los perseguidores daban contigo.
> […]
> […] sentiste que *la calle no era segura*." (116, itálicas nuestras)
> Tal vez habían sido tus fantasmas los que te alertaban, te devolvían a la pesadilla; era difícil aceptarlo: vivías con ellos. (117)

§

Las mujeres aparecen con mucha frecuencia en *Veinte de cobre* puesto que siendo la familia el lugar desde donde Federico narra, no puede omitir a su mamá, sus tías y sus hermanas. También figuran con sus nombres otras mujeres (Gamucita y Aurorita) merecedoras de la simpatía de aquel porque recibe de ellas solidaridad en torno a su padre. La primera forma parte de los familiares de los presos; la segunda atestigua el asesinato de Miguel Ángel. Por lo tanto no se trata de guerrilleras.

Estas aparecen en el diario de Miguel Ángel o en los relatos protagonizados por él, especialmente el referido a la aprehensión y la tortura. Su actuación como personajes es meramente anecdótica para ilustrar las agresiones físicas y verbales por parte de la policía. Julia, la hermana de Miguel Ángel, merece su respeto por haber muerto en combate en Tabasco: "Julia, fuiste tan valiente (119-120)"; Dora, su pareja, es aprehendida y torturada en la misma ocasión que Miguel Ángel.

Aunque este haya roto absolutamente con su vida anterior, no rechaza la ayuda de su familia mientras está encarcelado; ayuda encabezada por la mamá de Federico. De ahí que ella aparezca con mucha frecuencia como parte del relato sobre las tribulaciones económicas para ayudar al exguerrillero preso y pagar su liberación. Al respecto, si bien la narración es concisa y precisa (el narrador rara vez focaliza internamente a la mamá ni informa su nombre), Federico subraya la constancia y el compromiso de ella, máxime que ya sabe que Miguel Ángel tenía otra pareja. En cuanto a este, las dos mujeres son representativas de sus dos vidas sucesivas, por lo que decide quedarse con la segunda, correspondiente a su vida de guerrillero.

En los términos interesantes para el enfoque de género en el imaginario literario de la guerrilla, *Veinte de cobre* marca un hito pues refiere sin sentimentalismo ni moralina el papel activo de la exesposa de un exguerrillero y madre de sus hijos. Ella es pieza fundamental para la liberación de este y para que los hijos no pierdan la conexión, aunque sea mínima, con él. A esto agregamos que el escritor Glockner ya pertenece a una generación que creció escuchando el discurso feminista.

§

La culminación lógica de la paranoia de Miguel Ángel es su asesinato.[77] El narrador no precisa quién es el asesino y termina decidiendo que no lo odiará; antes bien, cierra el balance del reencuentro volviendo a dirigirse a su hermano Irving:

[77] Según lo registra Adela Cedillo Cedillo (2010a: 86-89), la muerte de N. Glockner fue ejecutada por las FLN bajo la acusación de que este y su pareja habían proporcionado información cuando eran torturados. Aquella escribió: "Las FLN no consideraron como circunstancias atenuantes el hecho de que Glockner y Rivera hubieran sido brutalmente torturados y que hubieran pasado 34 horas entre su detención en Monterrey y el asalto a la casa de Nepantla, ni fueron autocríticas hacia sus inadecuadas medidas de seguridad, que facilitaron la caída en cadena de los tres lugares."

> Cuando *das por terminado el viaje a la memoria* y las pupilas pretenden acostumbrarse a la luminosidad, quedas cara a cara con quien supuestamente invitó a tu papá a participar en la guerrilla; te crees el derecho de recriminarle, de hacerlo responsable de lo que te ha sucedido, *tal y como si papá hubiese sido un pequeño al cual se le obligó a hacer lo que hizo, restarle incluso responsabilidad a su abandono*. (151, itálicas nuestras)

Esta despedida del recuerdo y del rencor configura además, al narrador Federico. Él resuelve que el camino de la lucha armada y sus consecuencias en el entorno amoroso-familiar de los combatientes, no fueron culpas atribuibles a las organizaciones políticas; también fueron decisiones morales de los individuos. Asimismo esta conclusión emana del diario de Miguel Ángel, quien recordando a su vez, que su padre se sentía responsable de que dos de sus hijos se hubieran vuelto guerrilleros, le responde diferidamente: "…las decisiones de esta vida son independientes, tal vez irresponsables, […] *el único que las toma es uno*" (120, itálicas nuestras).

El diario de Miguel Ángel es el puente simbólico que lo une a su hijo Federico, condensa el poder catártico de la escritura: "…estaba prohibido escribir, dejar testimonio de tus actos, *pero el consuelo que te brindaba aquella actividad era irreemplazable*. Lo escondiste muy bien, hasta que algún día alguien lo encontró" (33, itálicas nuestras).

La combinación de los dos relatos en *Veinte de cobre* nos lleva a conjeturar la superposición de dos imaginarios, el del padre y el del hijo, siendo el segundo —por supuesto— el que determina cuánto del primero puede servirle para su propósito de configurar el imaginario de la guerrilla. Por ser un diario, el texto de Miguel Ángel no consiste en una bitácora del grupo sino en reflexiones íntimas; en opiniones acerca de las tácticas de la lucha, la composición generacional de este o en quejas por la lentitud del avance en el trabajo político con la población y por la muerte de Genaro Vázquez Rojas (33-35).[78] Lo que Federico aprovecha del diario no consiste en testimonios sino en la reflexividad de Miguel Ángel. El recurso de citarlo textualmente puede interpretarse como un lance escritural del narrador con varios propósitos: investir a Miguel Ángel del papel de sujeto para compensar su tratamiento como objeto a quien se interpela en segunda persona, demostrar que la subjetividad de Federico tiene sustento objetivo y acaso adherirse a la tradición novelesca de construir la ficción basándose en un texto hallado al azar.

[78] Este último dato nos permite fechar el diario en 1972.

§

A través del misterio que rodea la militancia del padre, sus silencios obligados por ignorancia o por disciplina, la violencia de que es objeto por parte del estado, el desaliento y la paranoia tras dejar la prisión, su imposible retorno al papel paternal y su inexplicable asesinato, se configura el imaginario de la guerrilla urbana de los años setenta en México. En la personalidad del guerrillero se destacan su origen social desahogado y, sin embargo, su convicción de dejar a la familia en pos de la utopía, cuyo medio para alcanzarla es la lucha armada contra el sistema económico responsable de la pobreza y la injusticia social que sufren los desposeídos. Empero, desde la perspectiva del hijo que sufre el abandono, la guerrilla se reduce a las incertidumbres íntimas del padre, su breve encarcelamiento y su personalidad debilitada. Nunca entran en el imaginario de *Veinte de cobre* acciones que no sean defensivas ni los actores sociales por los que el guerrillero lucha.

Septiembre de Francisco Pérez Arce

> *Mi papá era guerrillero, desapareció, quizá lo mató una bala disparada por un soldado […] o quizá le dispararon y no lo hirieron y anda trepado en el monte […] o quizá lo agarraron y le formaron el cuadro, o quizá se les pasó la mano en la tortura y lo soltaron hecho una piltrafa, inconsciente y loco, o quizá lo arrojaron al océano…*
>
> Francisco Pérez Arce, *Septiembre*[1]

En México el mes de septiembre convoca la memoria de varios acontecimientos torales, nacionales unos, de ciertas comunidades sociales, otros. Es el mes de la fiesta nacional (el "grito de independencia" en 1810), del asalto militar al internado estudiantil del Instituto Politécnico Nacional en 1956, del asalto al cuartel militar de Madera por el Grupo Popular Guerrillero en 1965, de la ocupación de Ciudad Universitaria por el ejército mexicano en 1968, del festival de rock en Avándaro en 1971, del terremoto de 1985 en la capital del país, etc.

[79] A partir de aquí todas las citas pertenecen a la primera edición.

Septiembre apareció en 2010 y afinca su correlación con la realidad extratextual en dos acontecimientos: el conflicto inicial de la historia narrada que ocurre en septiembre de 1975, cuando el guerrillero Misael Bravo-José Minera de la Liga Armada Socialista y otros compañeros son aprehendidos por la policía en la ciudad de México, y el terremoto de 1985. En concomitancia con tales sucesos, el epílogo de la historia narrada ocurre en septiembre de 2000. El tema general es el de la desaparición forzada y las secuelas de sufrimiento en la familia causadas por la *incertidumbre*, tal como el epígrafe lo ilustra.

La novela está narrada principalmente por una voz externa en estilo indirecto, y su personaje central es Juan Minera —hijo del guerrillero—, quien tenía tres años cuando ocurre el encarcelamiento de su padre. Aquel tiene relación directa con todos los personajes de la novela; sus diferentes etapas y percepciones de los acontecimientos familiares y sociales que le toca vivir y de los otros personajes, motivan los acontecimientos de la trama. En esta suceden varias desapariciones en el entorno inmediato de Juan, incluida la de su padre, que ocurre en 1980, dos años después de haber salido de la cárcel. Pero como es habitual en la narrativa de Pérez Arce, en la historia narrada el asunto de la guerrilla no es el principal.[80] La trama de *Septiembre* está hecha de las peripecias y tribulaciones que ocurren a Juan y los demás personajes. Sin embargo, para discernir el imaginario de la guerrilla basta centrarnos en los dos Minera. Para Juan la falta de la figura paterna es fuente de tristeza y después, de una gran incertidumbre (el padre *desaparece* sin dejar rastro) que lo lleva a elegir la profesión de historiador para hurgar en los archivos. Así llega a saber, finalmente, que en aquel *septiembre* de 1980, su padre fue detenido por la policía.

Desde el punto de vista literario, la arquitectura y la composición novelescas de *Septiembre* dejan entrever la tensión entre los contenidos que el narrador desea comunicar y el sesgo experimental de su escritura —acaso para no caer en una narración lineal de tipo realista (socialista)—.[81]

[80] Su otra novela, *Hotel Balmori,* tiene esta misma disposición de los asuntos narrados.

[81] Tenemos la impresión de que tantos objetos culturales que hay en las escenas, tantos relatos parásitos, tantas historias de amor (incluida la de Juan con Maga) enunciadas en una perspectiva edulcorada, tienden a un objetivo que es más amplio que el tema de la desaparición forzada. Objetivo que podría ser el de actualizar la "novela de aprendizaje" en un mundo posible que remita a las condiciones en que crecen los hijos de izquierdistas nacidos (los hijos) en los años setenta del siglo xx. Mundo hecho de las experiencias domésticas más básicas, los sentimientos filiales y amistosos positivos, la belleza moral concordante con la física, el erotismo convencional, etcétera.

§

No obstante lo anterior, es muy sintomático que el motivo detonador del conflicto en el relato ocupe el primer capítulo de la novela, el cual se inicia con una cita —clandestina— de guerrilleros en algún lugar provinciano, donde se enteran de que otros compañeros fueron aprehendidos, por lo que es necesario alertar a los de la ciudad de México para que huyan. De forma intermitente a lo largo de ese primer y denso capítulo, el narrador despliega una larga psiconarración de Misael Bravo-José Minera acerca de sus temores a la policía, de su joven esposa (Maye) y el hijo de ambos, de la razón de ser de la organización armada, de cómo va a soportar la tortura durante las primeras veinticuatro horas, etc. Ya en el D. F., Misael es detenido y sus compañeros mueren, en una larga escena contada siempre por el narrador externo. El nombre exacto del grupo y las fechas no ayudan a identificar el referente de esta novela, porque la palabra "Liga" es común en las agrupaciones izquierdistas, y en 1975 eran frecuentes las acciones represivas contra los guerrilleros. Un dato que podría llevarnos a relacionar la "Liga Armada Socialista" con la Liga Comunista 23 de Septiembre (LC23S) es la mención de Culiacán en la novela, toda vez que allí la LC23S (donde confluyeron diversas agrupaciones) organizó en enero de 1974 "un ensayo de insurrección general" (Sierra Guzmán 2008: 387). Sin embargo, al narrador no le interesa ese tipo de precisiones y su objetivo más bien es el de condensar en Misael Bravo las personalidades de los guerrilleros urbanos y la atmósfera represiva de aquella década. Volviendo a la historia narrada de *Septiembre*, tras la detención de Misael Bravo, sobrevienen la tortura, la cárcel y las gestiones de la madre de Juan para liberar al padre. Ese primer capítulo constituye la primera figuración de Misael Bravo. Desde ese momento sobresale su peculiar "lógica", el fatalismo para explicar la detención de los miembros de la Liga Armada Socialista, a quienes acusa de haber cometido "errores imbéciles". La focalización interna del personaje abarca momentos en que, como si rezara, Misael invoca las palabras mágicas que le darán fuerza para resistir la tortura que se avecina:

> Busca agarrarse de una idea para conservar la cordura, para que no explote el mecanismo del cerebro. Trata de acomodar palabras […] *clase obrera, revolución, martirio, justicia, clandestino, Che, hombre nuevo, futuro, patria, socialismo, guerrilla, consigna, violencia, sacrificio*. (22, itálicas nuestras)

También recapitula sobre lo que había hecho su organización hasta ese momento y lo que se proponía alcanzar dos días más tarde, a través de cuatro asaltos simultáneos en igual número de ciudades:

> El efecto de esos cuatro asaltos sería clamoroso. La organización haría acto de presencia en la escena nacional. El gobierno no podría seguir ocultando la existencia de una guerra revolucionaria. Sería el sonoro toque de diana para el pueblo. […] ya no podrían hablar […] de "grupos de robavacas" o "abigeos", tendrían que llamar a las cosas por su nombre: "guerra de guerrillas". (25)

Misael Bravo es sordo a las objeciones de sus otros compañeros a semejante plan, aferrado a la idea de "entrar en la escena nacional por la puerta grande", dar a conocer en México a la Liga Armada por el Socialismo (25-26), cuyo manifiesto "Por una nueva revolución" (a repartirse el día de los cuatro asaltos) había sido redactado por el mismo Misael Bravo, y empezaba de manera incendiaria: "Es la hora del México bronco y justiciero. Las armas no son una vocación sino una necesidad histórica. Nuestra vocación es la paz pero el estado oligárquico no nos deja otro camino…" (26). Pero los planes no se realizaron y Misael pierde hasta su identidad y su humanidad:

> Lo desnudaron, lo sentaron y le amarraron los brazos […] Volvieron los policías […] Uno de ellos se puso detrás y le jaló la cabeza por la frente. El otro le acercó los alambres a los testículos. Todo era muy técnico. Muy silencioso. Hasta que los alaridos de José o Misael llenaron la sala. […] Se sentía desecho por dentro y por fuera. Ya no era un hombre. Ya no era nada. (32, 33)

Una peripecia favorece la presentación pública del exguerrillero, que ocurre en la televisión, casi en términos semejantes a la del personaje Miguel Ángel de *Veinte de cobre*.

§

Hasta acá *Septiembre* reitera un patrón del imaginario de la guerrilla: la figuración individual de la subjetividad del guerrillero, sus conflictos con otros correligionarios que no apoyan del todo su línea de acción militar, el trato especialmente violento y cruel que recibe de los repre-

sores, los efectos devastadores de la tortura tanto en su cuerpo como en su personalidad, el escarnio público difundido por la televisión, etc. La variación más notable de *Septiembre*, en comparación con las novelas que llevamos examinadas, es que cuando Misael Bravo-José Minera sale de la cárcel en 1978, se reincorpora en el seno familiar aunque su conducta sea inestable:

> …era conocido por sus estallidos coléricos.
> Pasaba el tiempo y no lograba tener un proyecto de vida, una idea de su futuro. […] No se hallaba satisfecho en la vida pueblerina [de Apatzingán], instalado en su pequeña familia. […] *seguía pensando en la revolución y no veía otro camino que la guerrilla.* […] como una urgencia personal, un "deber ser" que le pesaba en el cerebro y se traducía en frases lapidarias y descalificaciones incendiarias contra toda opinión política distinta. Cobarde, traidora, entreguista, alcahuete. (130, itálicas nuestras)

José hunde a su familia en un infierno doméstico. Esta secuencia termina en una larga escena del exguerrillero con dos de sus antiguos compañeros, donde atan los cabos sueltos de lo sucedido en aquel septiembre de 1975, en los diferentes enclaves de la Liga (Pátzcuaro, Pachuca y Morelia, aparte del D. F.),[82] y hacen el balance de los muertos, los desaparecidos, los encarcelados, los exiliados y los que no tuvieron ninguno de estos destinos. Así fue como la Liga desapareció en unos cuantos días, al igual que el mismo José cuando iba a una entrevista de empleo, concertada por uno de sus excompañeros.[83] Este acontecimiento en la novela también remite a la represión sistemática contra la LC23S, pues "el rastreo y asesinato de sus miembros" continuó hasta 1982; entre 1978 y 1980 fue intensa la práctica del ejército mexicano de fusilarlos y cremar sus cadáveres (Argüello Cabrera 2010: 51).

La desaparición de Misael Bravo-José Minera hace que Maye se incorpore en la lucha de los familiares de desaparecidos políticos. La perspectiva del narrador al relatar los dos años que aquel pasa con su familia, no incluye la del hijo, solamente *la de la madre*. Tal estrategia

[82] Otros lugares mencionados son Rancho Nuevo, Taretán, Cajones.

[83] El narrador no aclara si Juan sospecha francamente que el Ronco (uno de los antiguos camaradas de su padre, el que le arregla la entrevista de empleo) o el "director de administración, otro exmilitante de la Liga" o ambos, son los traidores que *ponen* a Misael Bravo-José Minera al alcance de la policía, en el camino de su casa a la empresa. En el texto novelesco, aquel solo informa que el Ronco no sufre ni cárcel ni exilio, a diferencia de la mayoría de los guerrilleros de la Liga.

narrativa simboliza que Juan crece protegido e iluminado por *la figura materna*, no por la paterna. Hasta aquí el imaginario del guerrillero no es muy positivo, pues el narrador destaca su carácter obstinado y el permanente sin–sentido de su vida tras haber salido de la cárcel.

§

La importancia de Maye es refrendada por la configuración novelesca en la medida en que el narrador la describe con pausas, le atribuye discursos directos y alcanza a modelar su personalidad y sus transformaciones en concomitancia con las calamidades que le toca afrontar. No podríamos decir que llega a ser un personaje complejo, pero es indiscutible que en contraste con el escaso relieve de los personajes femeninos configurados en las novelas examinadas hasta ahora, los lectores sí percibimos la dimensión de género, de sentimientos y de sexualidad en "la maestra Maye".

Como ya lo habíamos mencionado, gracias a la protección de aquella, Juan Minera *crece*. Desde los primeros capítulos el narrador reitera la tematización descriptiva de la belleza física y moral de Maye. Cuando José Minera-Misael Bravo está en prisión, ella encabeza las gestiones para liberarlo; cuando este se reincorpora al hogar y termina la fiesta por su liberación, la felicidad de Maye se ve opacada por el desempleo de su pareja, sus celos, su violencia; cuando él desaparece, ella cae presa de la incertidumbre: tanto se le ocurre que la policía lo asesinó, tanto que su compañero volvió a la guerrilla. Finalmente, como si la personaje llegara a la saturación simbólica de evocarlo y —por esa vía— guardarle fidelidad, Maye acepta tener otra pareja sin retirar el retrato de José Minera-Misael Bravo, y se incorpora en la lucha colectiva de esposas y madres de desaparecidos, haciendo gestiones legales e inclusive instalándose en un campamento en el atrio de la Catedral Metropolitana de México.[84]

De ahí que Maye funcione como guardiana de la memoria en relación con el imaginario de la guerrilla; ella muere en 1992. Aparte de que, como lo afirmamos en la nota 81, la personaje resulte importante en la arquitectura de novela de aprendizaje, que es la de *Septiembre,* le

[84] El correlato histórico de esta acción de Maye es el plantón del Frente Nacional Contra la Represión, en 1982 (Argüello Cabrera 2010: 80).

sirve al narrador como el sesgo que conecta la historia narrada con el correlato histórico y cultural de México. A través de anécdotas y detalles de su vida social e independiente de sus labores políticas, nos enteramos de costumbres, imaginarios orales sobre el amor y la mujer y hasta de la devastadora crisis económica de los años ochenta en el México del siglo XX.

En resumen, a pesar de lo edulcorado y plagado de tópicos que nos parezca el estilo del narrador cuando describe a Maye y a otras mujeres amadas por su hijo Juan, es innegable que adopta la perspectiva de género en la medida en que sin esta personaje, Juan no habría llegado a volverse el luchador que con las armas de la historia, rescata la memoria de su padre.

§

A partir de su orfandad total, a los 19 años, Juan se hace cargo de su vida, de la imagen de su padre y de su comprensión del país. Al conversar con capitalinos que atestiguaron el terremoto de 1985, escucha que el gobierno se mostró inepto para responder a los reclamos de los damnificados; que la catástrofe evidenció aún más la desatención a los problemas sociales, la corrupción de los gobernantes, la necesidad de un "gobierno popular" pero también la voluntad autorganizativa de la gente, etc. (123-124). Descubre que hay otro tipo de desaparecidos —no sólo por causas políticas— y que la incertidumbre de sus deudos es la misma que Juan sufre.

En la cantina La Preciosa (¿será una metáfora?) conoce al contador Toño y al poeta Moroleón, y se entera de que por su parte, ellos habían conocido a Misael Bravo-José Minera en la cárcel, lo que es una oportunidad para Juan de saber los ideales de su padre:

> —¿Por qué se lanzaban a la guerra con todo en contra? ¿Patria o muerte? […] ¿Por qué resultaba tan tremendamente importante?
> —*Tremendamente importante.* —Repite el contador Toño acentuando su sonrisa irónica— […] ¿Por qué era tan tremendamente importante hacer la revolución para muchos jóvenes de entonces? […] no era necesario explicarlo, era algo que flotaba en el aire. Simplemente debíamos cambiar al mundo para hacerlo mejor […] ¿A quién no le fascina la idea de cambiar el mundo? […] no pensábamos que fuera imposible ni que estuviera tan lejano. […] éramos parte de una fuerza histórica… (202, itálicas del original)

Son otro tipo de izquierdistas que no estaban en la acción directa y de vanguardia como el padre de Juan, pero sí compartían sus ideales. Estos sobrevivientes conservan la memoria de la vida en la cárcel, del tratamiento diferenciado que se daba a los presos comunes y a los políticos, de la masacre del 10 de junio de 1971, en el D. F., etc.; en fin, *la memoria de los izquierdistas que eran jóvenes en los años setenta*, y la trasmiten en La Preciosa a Juan. Inclusive crean la ilusión de que Misael podría haber desaparecido para regresar a la guerrilla, y que forma parte del EZLN.

Si para Juan, por su edad, "…todo empezó con el terremoto del 85, que no sólo sacudió la tierra […] también catalizó procesos sociales muy profundos, […] la sociedad se vio a sí misma y no le gustó lo que veía, y se propuso cambiar" (245-246), para los viejos izquierdistas los cambios se inician desde los años setenta:

> Dice Chema que el país empezó a cambiar mucho antes del 85. Que los guerrilleros encarcelados y los que murieron, y los que fueron al exilio, y los que se salvaron de las tres cosas, cárcel, muerte y exilio, aportaron lo suyo, un impulso al cambio, una ruptura […] *su locura* […] *no era de ellos solos sino de todo el país y que esas nunca son locuras individuales*. (246, itálicas nuestras)

§

La ilusión de la supervivencia de Misael Bravo-José Minera se desvanece en septiembre de 2000 ("Epílogo"), cuando Juan, al hacer búsquedas en el Archivo General de la Nación para su tesis doctoral, halla un recorte del periódico *El Universal* que registra la detención de su padre el 12 de septiembre de 1980, y su presentación en la Dirección Federal de Seguridad.[85] El epílogo de la novela realmente es su desenlace, porque es entonces cuando se resuelven en definitiva varios conflictos de Juan (incluido su amor por Maga). El narrador proyecta en este una ética historicista y

[85] La Dirección Federal de Seguridad fue una agencia de inteligencia del gobierno mexicano creada en 1947, cuya función era recabar información de actividades subversivas o terroristas en el territorio nacional. A lo largo de su historia fue acusada de ser un instrumento del gobierno mexicano para espiar a políticos de oposición y de llevar a cabo prácticas violatorias de los derechos humanos. En 1985 desapareció (*Wikipedia; Dirección General de Seguridad [México] Security Reports, 1970-1977*).

filial simultáneamente. El hallazgo de archivo hemerográfico, si no le cambia a Juan…

> …los años vividos en la incertidumbre […] al menos puede *corregir la memoria*, ponerla en limpio, señalar a los asesinos confesos, exigir que se haga justicia, lo que ya de alguna manera empezó a suceder […] *al sacar a la luz la verdad histórica*. No es suficiente pero tampoco es poca cosa. […] Cuando tuvo esos documentos ante sus ojos perdió toda esperanza de encontrarlo vivo […] Lloró de rabia tardía. Le duele la imagen de su padre torturado y muerto. […] también las noches de miedo que pasó la maestra Maye […] la impunidad, las caras de los asesinos de sonrisas grotescas. (255, itálicas nuestras)

En aquel año además, Juan ya es adulto por lo que entiende finalmente a su padre y se reconcilia con él, "lo admira como *hombre de su tiempo* que eligió una vida radical" (255, itálicas nuestras).

Desde el punto de vista literario observamos que la polifonía del narrador, no obstante su focalización omnisciente, es la que permite variaciones de perspectiva en función de la naturaleza social, de género, de edad de los personajes. Acaso por esta razón la imagen de Misael Bravo-José Minera mientras Juan no pasa de los ocho años de edad, es la de un individuo obstinado, utopista hasta la irracionalidad, aferrado a sus proyectos armados, incapaz de conformarse con la vida familiar y de asumirla. La imagen cambia en la perspectiva de los izquierdistas de La Preciosa, y entonces se transforma la percepción que Juan tiene de su padre. Finalmente al reconocerlo como "hombre de su tiempo", los lectores entendemos que Juan también lo es, y su misión de investigar la verdad histórica sobre las desapariciones forzadas —aunque sea insuficiente para castigar a los responsables— constituye simbólicamente, continuar en el mismo camino del padre.

§

El imaginario literario de la guerrilla en *Septiembre* es ambivalente. Los pasajes dedicados estrictamente a José Minera-Misael Bravo muestran sus actitudes voluntaristas, casi irracionales, con una gran improvisación y con una aspiración utópica desmedida. Sin embargo, el imaginario posterior de los izquierdistas que sobreviven a la cárcel y el que ellos elaboran de José subrayan la justificación y la comprensión de su lucha,

lo que también valida el rescate de su memoria. Crece entonces en el imaginario de *Septiembre* la figura de Juan, en la medida en que al final se comprende cabalmente por qué el relato novelesco abundó en su biografía: al descendiente del guerrillero le toca cumplir una nueva lucha, la de investigar la verdad histórica sobre la guerra sucia de los años setenta y ochenta en México.

§

En cuanto al debate literario, cabe recordar que Francisco Pérez Arce también produce textos históricos,[86] y no separa sus facetas de historiador y novelista: "Como el historiador, el novelista también es un investigador de la sociedad, por lo menos en el tipo de novela que yo escribo: hay una atmósfera y hechos identificables: es un relato de ficción mezclado con pedazos de la realidad" (Pérez Arce entrevistado por García Hernández 2010). Por ello inferimos que no le interesa ubicarse en una posición purista como narrador novelesco. El hecho de que haya vinculado su profesión con el tema de "la guerra sucia de los años 70" es denotativo de su postura política:

> ...sigue habiendo una gran deuda, no sólo del gobierno criminal sino de la sociedad: con el pretexto de que se trataba de erradicar algo que atentaba contra el Estado, el gobierno se dedicó a erradicar la guerrilla rural y urbana con métodos ilegales que incluían la desaparición física. (Pérez Arce entrevistado por García Hernández 2010)

Tanto es así que *Septiembre* es la segunda novela de una trilogía que comenzó con *Hotel Balmori.*[87]

[86] Entre sus publicaciones históricas se encuentran *Movimientos sociales y cambio político, 1968-2000* y *1994: el año que nos persigue*.

[87] La examinaremos en el siguiente volumen de *Con las armas de la ficción*.

Conclusiones

△

Al hacer el balance del imaginario de la guerrilla en las catorce novelas examinadas, comenzaremos con la dimensión literaria, toda vez que fue gracias a las estrategias narrativas que pudimos desprender ese imaginario que contiene un rasgo común y diversas variantes o matices. El rasgo común es la conciencia de la justedad de la lucha de algunos mexicanos por transformar el sistema social, económico y político imperante, a través de la lucha armada. La justedad se sustenta en la percepción pragmática del sistema político y económico mexicano en los años sesenta del siglo pasado. La voluntad de los escritores por apoyar la transformación revolucionaria los llevó a incorporar en ese imaginario a los guerrilleros, como personajes dispuestos a entregar su vida en esa lucha.

El otro rasgo es la utopía bajo formas verosímiles en el tiempo presente de las novelas, que es el tiempo de México y de Latinoamérica. Los componentes de la utopía incorporada en el imaginario novelesco son: una sociedad sin explotación ni miseria que conduzca a la felicidad humana, donde no haya desigualdades sociales ni oligarcas o capitalistas de Estados Unidos que dispongan de la región latinoamericana, mientras generaciones de niños desnutridos carezcan de futuro; un estado mexicano ideal que respete su propia Constitución cumpliendo sus preceptos y tolerando la oposición política y la crítica; campesinos que decidan su trabajo en la tierra sin las coerciones del estado depredador, aliado con empresarios poderosos o caciques que mediante subterfugios legales, despojan a los más débiles; trabajadores que participen de la construcción de su destino social; niños con educación, alimento y salud; recursos naturales protegidos de la explotación abusiva; dignidad como valor supremo, independiente de la condición social modesta; autoridades respetuosas de esa dignidad; derecho de organizarse para exigir condiciones mínimas de bienestar, o para proponer otro orden sociopolítico y económico.

Aunque la enumeración de estas aspiraciones ideales parezca prontuario de un programa político, sostenemos que constituyen en su imbricación, una utopía, en la medida en que el estado mexicano no las cumplía. Admitimos que el concepto de utopía se asocia con frecuencia a lo inalcanzable, casi a la ensoñación. Pero en la novelística sobre la guerrilla en México, dadas las aberrantes condiciones impuestas por el autoritarismo del estado, hasta reivindicaciones tan básicas y elementales se vuelven utópicas. Por ello, se percibe que el imaginario utópico de los guerrilleros está más cerca de una aspiración democrática que de una sociedad socialista.

§

El imaginario incluye también la conciencia anticipada de la derrota, la imposibilidad —o el sufrimiento— de seguir viviendo en condiciones de represión abierta o subrepticia tras haber osado luchar por la dignidad. La derrota es propiciada en primer lugar, por la desigualdad de fuerzas entre el estado y los guerrilleros, y en segundo, por la prisa de estos en iniciar acciones sin esperar mejores condiciones objetivas. Por eso la mayoría de los personajes principales muere físicamente, y los sobrevivientes quedan marcados para siempre por la experiencia. La muerte siempre es provocada por el adversario, y en algunos casos la depresión la antecede. El contrapeso a esta visión pesimista es la apertura al futuro en la mayoría de las novelas. Los sobrevivientes simbolizan la ilusión de que la lucha no termina con la muerte de algunos.

Mientras el imaginario se nutrió principalmente de la percepción pragmática y circunstancial del México inmediatamente posterior al movimiento estudiantil de 1968, y de fuentes ideológicas, se impuso la idealización de los guerrilleros; aunque independiente de postulados programáticos de las organizaciones izquierdistas, tal como sucede en el primer grupo de novelas. La idealización tuvo su sustento en el paradigma del "hombre nuevo", en la reelaboración del "internacionalismo proletario" del Che Guevara y en el foquismo que la Revolución cubana y otros países socialistas se encargaron de difundir y apoyar, combinados con la escasa información testimonial-literal de los grupos guerrilleros de México, la existencia y cierta influencia preponderante de los partidos comunistas en Occidente, y las reminiscencias tanto del marxismo-leninismo en el discurso ideológico, cuanto del realismo

social en la literatura. Como ya lo habíamos constatado en el curso de nuestros análisis específicos, la "invención idealizante" propone un imaginario de la guerrilla alternativo al dominante, como si quisiera construir verbalmente la imagen de una experiencia cercana, para que no sea relegada al olvido.

En cambio en el segundo grupo, cuyo imaginario se basa en referentes extratextuales precisos, entran en juego otros componentes culturales, psicológicos, éticos en la configuración de los personajes guerrilleros, para adecuarlos a su papel transgresor mas no exento de contradicciones internas profundas que afloran en momentos críticos. Entonces no hay idealización sino reconocimiento de que la prisa, la improvisación, el espontaneísmo, la desinformación, la ingenuidad y la ilusión de alcanzar la utopía en breve plazo llevan a la muerte, si bien la memoria conservará el respeto hacia el heroísmo de los guerrilleros. En estos casos el discurso testimonial tiene mayor peso que en las novelas anteriores, aunque en términos de estética literaria las soluciones incorporen en sus formas las tendencias experimentales, polifónicas o de transgresión de géneros, propias de la segunda mitad del siglo XX latinoamericano. Empero, en ninguna de las catorce novelas hallamos la abjuración absoluta del pasado; en todo caso, reticencia a exaltar el foquismo como táctica eficaz de lucha.

§

Un ángulo toral para observar las diferencias entre las novelas del primer grupo y las del segundo es el papel del narrador. En aquellas el narrador por ser omnisciente, también se muestra adoctrinante y busca clarificar hasta en los detalles, la justificación de que los guerrilleros tomen las armas. En el segundo grupo, el narrador es uno de los personajes o bien se repliega discretamente detrás de escenas dialogadas; comparte la perspectiva político-ideológica con uno o varios personajes, o emplea dispositivos de afinidad política indirectos como la tematización descriptiva del entorno natural, la focalización interna y la lírica.

Las nueve novelas del segundo grupo presentan más diferencias de imaginarios específicos entre sí que las anteriores, acaso porque fueron publicadas en un lapso que abarca más de treinta años, contra los doce años del lapso correspondiente al primer bloque. Esta condición

cultural de producción influye pues, en mayor variedad formal y de sustento referencial.

Entre las catorce novelas que examinamos no parece haber existido interacción ni intertextualidad por lo menos hasta 1980, año de la aparición de la obra literaria de Salvador Castañeda. Por supuesto, su trascendencia no se debe exclusivamente a la naturaleza del escritor; reside más bien en la desmitificación de la figura romántica del guerrillero, que hasta antes de Castañeda había dominado en el imaginario literario de la guerrilla mexicana. Las obras subsecuentes de este escritor (hasta 1996) profundizaron en esa crítica certera, mas no destructiva ni abjurante. De ahí que planteemos la hipótesis de que influyó en la narrativa posterior sobre el tema así como en la orientación ética de testimonios afines. Podríamos suponer que el cambio notable entre la figuración literaria de los dirigentes guerrilleros (Lucio Cabañas y Arturo Gámiz) que ocurre en la obra de Carlos Montemayor, se relaciona con la variación en la manera de percibir las consecuencias de la improvisación, el espontaneísmo y la incomunicación (propiciada por el código de la clandestinidad), en las acciones guerrilleras. Sostenemos lo anterior por el año respectivo (1991 y 2003) de publicación de las dos primeras novelas de Montemayor sobre la guerrilla. A partir de la obra de Castañeda, el heroísmo guerrillero se matizará con la sombra de las debilidades humanas.

§

El balance del movimiento armado y de los saldos políticos de la izquierda aún está por hacerse. Algo han avanzado sus propios actores en trabajos de recuperación de la memoria y en ejercicios críticos y autocríticos; sin embargo, es mucho lo que falta aún por entender en torno a los años sesenta del siglo XX mexicano. Los actos y actores de ese tiempo no pueden ser juzgados desde las circunstancias del presente. Es necesario situarse en perspectiva histórica para hablar de los sujetos desde su coyuntura, verlos en términos generacionales y dimensionar las transformaciones e impulsos históricos que los caracterizaron.

Desde el punto de vista político, se trata de un periodo caracterizado por el agotamiento del régimen autoritario mexicano, las presiones desde abajo y el endurecimiento de la defensa del capitalismo como sistema global. Después de dos ciclos de protesta continuados, hacia

finales de los años setenta, el régimen político en México mostraba signos de agotamiento y falta de legitimidad: la coyuntura del país exigía una solución de continuidad. El régimen político requería una refundación, y el sistema capitalista, una transformación. La polarización del contexto mundial favoreció el ascenso de los sectores duros en los escenarios internacional, nacional y local para enfrentar los vientos de cambio impulsados por presiones desde abajo y demandas de ciudadanía y derechos. La consigna de los duros era cortar de tajo cualquier impulso revolucionario en América Latina, sin reparar en los costos humanos y en el grado de violencia requerido para ello. Estos sectores duros, en sintonía con el aparato de seguridad estadounidense, tenían sus principales cuadros entre los cuerpos militares de los distintos países de Sur y Centro América.

"Lo que resiste, apoya", decía el artífice de la reforma política de 1977, Jesús Reyes Heroles. La respuesta del estado mexicano a los movimientos armados le permitió al primero sustentar su refundación e implementar soluciones que posibilitaban su continuidad. Al reducir el conflicto a un problema de naturaleza militar, en el que todo se dirimía con una victoria o una derrota, el estado se fortalecía porque podía desplegar sin atenuantes, sus recursos de fuerza y justificar su reforzamiento, en lugar de enfrentar las presiones populares que cíclicamente se producían o abrirse a la democracia. El estado mexicano pudo así, dirimir en el terreno de la violencia armada una confrontación que *tenía una raíz política y respondía a un auténtico reclamo popular*. Al no poder expresarse por canales institucionales inexistentes y al enfrentar el riesgo de la represión y de la muerte, algunos actores de la sociedad civil fueron radicalizando sus posiciones; optaron por la vía armada y colocaron así, a la izquierda en un dilema. Su impaciencia es comprensible, sobre todo tratándose de jóvenes de entre 20 y 30 años de edad.

Para financiar su lucha y hacer visible su desafío al poder político, los grupos insurgentes tuvieron que concentrar sus esfuerzos en el plano militar. Situados en ese terreno y aislados sus núcleos armados de cualquier posible apoyo popular, la confrontación fue dirimida entre dos contendientes en absoluta desigualdad: sin proporción en cuanto a capacidades bélicas, efectivos armados, disponiblidad de recursos y coordinación estratégica. La clandestinidad y la falta de apoyos dificultaron el crecimiento y articulación de las guerrillas, además de factores de índole cultural. Las posibilidades de una insurrección general, a su vez, permanecieron remotas sin que pudieran coordinarse políticamente los

esfuerzos locales y regionales para darles visos de realidad. La izquierda radical no pudo urdir el tejido social ni construir las estructuras para vincular al foco con la base, en parte por falta de claridad, militarismo e improvisación; en parte porque la acción militar consumía la energía y el tiempo de la organización y de sus miembros; en parte por la escala de recursos desplegados por el estado y la magnitud de la violencia represiva desatada, no solo contra los combatientes armados, sino contra cualquier expresión de disidencia política o protesta popular.

La polarización pudo haber sido un efecto buscado y calculado; un efecto intencional favorecido por el clima político y la ideología. Propiciado también por las agencias estadounidenses, el ejército y la policía política del estado mexicano, con el fin de llevar a sus adversarios al terreno donde las ventajas de ese eran mayores: el de la violencia y la confrontación armada, en vez de lidiar con la sociedad en la arena política de la agitación, la movilización y la organización popular, donde el régimen autoritario se debilitaba y socavaba a su propia legitimidad cada vez que mostraba su rostro autoritario. La estrategia del estado mexicano contra la guerrilla tuvo varias facetas: ante la sociedad se negaba la existencia de esa;[1] mas cuando la espectacularidad de las acciones guerrilleras no permitía al estado ocultarlas, este las deformaba. En relación con la guerrilla, manipulación e invisibilidad mediática fueron parte de una política de estado que mereció especial atención del gabinete de seguridad y de los órganos de inteligencia del régimen. Al trasladar la confrontación del terreno político al militar, se favoreció la estrategia de extirpación de los núcleos armados, en la medida en que el estado pudo aislarlos y limitar su campo de acción a la clandestinidad; ello le permitió replegar a la disidencia al terreno militar y evitar su desbordamiento hacia los conflictos y agrupaciones sociales o laborales.

El estado pudo descabezar y aniquilar en el plazo de una década, la resistencia armada socialista. El costo fue el sacrificio de una generación entera cuyo sueño fue ahogado en un baño de sangre, y cuyas consecuencias estamos tal vez viviendo hoy. Insistimos en que la generación que fue segada por la represión del estado mexicano estaba preparada

[1] El secretario de la Defensa Nacional Hermenegildo Cuenca Díaz, en mayo de 1971 declaró que en México "no existen guerrillas y si apareciera alguna tendríamos que combatirla inmediatamente. Ni en el estado de Guerrero ni en ninguna parte de la República existen guerrillas" (Sierra 2003:74).

para el relevo generacional. Muy poco de la generosidad, el talento y la inteligencia de esta generación se aprovechó en la reforma del régimen; muy pocos miembros de esa se incorporaron a la vida institucional remozada. Los más valerosos, decididos e impacientes sucumbieron; muchas de las y los más valiosos también. La utopía fue una utopía armada que solo al finalizar el siglo —cuando aparentemente nada sobrevivía de los proyectos armados— pudo germinar como utopía social en los pueblos neozapatistas de Chiapas.

§

La presencia de las mujeres, con todo y ser innegable en los grupos armados, sobre todo en la guerrilla urbana, no dejó su impronta en la visión de los problemas, en la caracterización del momento histórico, de la coyuntura; en la construcción de relaciones políticas y en el diseño de las alternativas de lucha. Para algunos líderes guerrilleros como Carmelo Cortés, era inadmisible que una mujer pudiera pensar y decidir mejor que él (Ramírez Salas 2008). En general, en las organizaciones prevaleció una perspectiva de género masculina, un pensamiento lógico causal, una visión de inevitabilidad y determinismo de las leyes históricas; el militarismo, la fuerza y el heroísmo como rasgos deseables de todo combatiente.

§

La lucha armada no cumplió sus sueños, pero la generación que creyó en ellos y puso su vida como garante en esa apuesta merece nuestro respeto. En un intento de comprender la opción por la lucha armada de los jóvenes de esa generación, admitimos que en su elección está presente un cálculo racional de aspiración al poder y proyección del yo futuro (Hirschman 1977, Pizzorno 1989). Sin embargo, no se puede negar que en la decisión de esos jóvenes hay también una gran dosis de entrega desinteresada y sacrificio, ya que hacen una apuesta arriesgadísima en la que va de por medio su propia vida. Para aquilatar el valor de su generosidad, entrega y sacrificio necesitamos conocerlos mejor a ellos y a su circunstancia, situarlos en el contexto y en el momento que dan sentido a su decisión. Al igual que en las trayectorias de vida

individuales, en las historias de pueblos y naciones hay puntos cruciales, momentos y circunstancias a partir de los cuales las trayectorias cambian de dirección

Tenemos mucho que aprender y admirar de esa generación que se atrevió a perseguir un sueño y luchar por él. Expresó ideales de justicia y libertad, y de formar parte de una misma comunidad política imaginaria: la vanguardia revolucionaria que fungirá como partera del hombre nuevo y la nueva sociedad. El suyo fue un capítulo de nuestra historia que merece escribirse. Vivió tiempos de cambio, de rebeldía y transformación.

§

Sobre la base de la memoria, los ideologemas y el imaginario, las novelas construyen y comparten una identidad política de izquierda. La perspectiva de izquierda está anclada en una realidad social frente a la que se asume una postura crítica y de malestar, el reconocimiento de que se requiere mejorarla y el compromiso de participar en su transformación. Puede remitir a un correlato histórico muy elaborado y sustentado en datos verídicos (Montemayor), a la autobiografía (Castañeda) o a eventos que acontecen en mundos posibles verbalizados subjetivamente en la literatura. Pero aun así, la expresión de la subjetividad está referida a una realidad social que se desea trasformar. Frente a ella no hay una actitud de conformismo o aceptación, mucho menos de complacencia. La búsqueda del bien común justifica los medios. La salida de Pueblo Nuevo de Ramón, quien abandona la concreción de Utopía para encarar un destino de lucha y muerte (Íñigo 1982), connota que la salvación propia, la felicidad y el bienestar individual no son el objetivo que mueve a los personajes novelados: no hay redención posible si los demás no se salvan también. Aun cuando los escritores no se hayan decantado por la lucha armada, al ocuparse de escribir central o incidentalmente sobre guerrilla y guerrilleros; al esforzarse por descifrar el significado de los actos de esos —figurados críticamente pero sin descalificación ni desvalorización—, al preocuparse por comprender y dar sentido a sus acciones a través de la ficción, los escritores que asumen una perspectiva de izquierda comparten esta identidad.

El caso particular del PdlP y Lucio Cabañas es tan importante, denso y prolongado; intenso y dramático, lleno de antecedentes, anécdotas y

significados, que son comprensibles las limitaciones mostradas por las ciencias sociales y la historiografía al reconstruir y analizar la guerrilla cabañista. Ha sido la novela de Carlos Montemayor, *Guerra en El Paraíso*, el trabajo que mejor ha logrado reconstruir y dimensionar la historia de esta guerrilla, la subjetividad de su líder, su relación con los actores regionales y con la exuberante naturaleza de la zona; su interacción con el régimen autoritario y el sufrimiento de los pobladores debido al trato cruel e inhumano al que fueron sometidos por el terrorismo de estado. Este texto es un ejemplo de la capacidad de la literatura para superar, a través de la ficción, los límites del adentro y el afuera. Sustentado en una vasta investigación documental y de fuentes orales, que le permite crear un sólido efecto de realismo, el relato de Montemayor es un hito en la narrativa sobre este tema. Con justicia puede ser calificada como la gran novela de la guerrilla mexicana. No hay obra que iguale a *Guerra en El Paraíso* como relato total. Frente a la memoria fragmentada por la represión y desgarrada por la magnitud del dolor y del horror; frente al testimonio que traiciona o embellece al recuerdo, el *imaginario* de esta novela ha permitido mantener vivas a las personas y sus motivos, conferir sentido y contexto a acciones humanas que el tiempo tiende a desdibujar, sobre todo cuando esas acciones representan una forma extrema del disenso y un desafío intolerable para el poder establecido que, inevitablemente, buscará deformar, acallar, negar y tergiversar esa experiencia.

Las ciencias sociales al concebir el tiempo histórico como un espacio lineal y progresivo, ven el pasado como algo superado y desvinculado del presente, algo que en definitiva ha quedado atrás y ha dejado por ello de tener significado para el ahora. En las novelas, cada lector realiza un vuelco hacia el pasado y actualiza una temporalidad que nunca es completamente superada. Los hechos vuelven a ocurrir y los personajes vuelven a vivir en cada experiencia de lectura. Las novelas permiten por ello una actualización permanente del drama narrado y una presencia perenne de sus actores.

Al participar en los debates políticos y sociales de su tiempo, la literatura muestra su capacidad de dar voz y vida, devolver la integridad a personas que vivieron y lucharon contra fuerzas monumentales, conferir sentido a sus propósitos; revivir la trayectoria, el acto y la historia. Abre la posibilidad de despertar la empatía y suspender el juicio palmario, para desplegar y recuperar las significaciones más hondas de la gesta y lucha de los combatientes.

Referencias

△

Corpus literario

Carrión Beltrán, Luis (1975), *El infierno de todos tan temido,* México: FCE (Col. Primera novela).

Castañeda, Salvador (1980), *¿Por qué no dijiste todo?,* México: Grijalbo.

Castañeda, Salvador (1992), *La patria celestial,* México: Cal y Arena.

Castañeda, Salvador [1996] (1999), *El de ayer es Él*, 2ª ed., México: Instituto de Seguridad y Servicios Sociales de los Trabajadores del Estado (¿Ya leíssste?).

Glockner, Fritz [1996] (2004), *Veinte de cobre. Memoria de la clandestinidad,* 2ª ed., México: Ediciones B (Byblos).

Íñigo, Alejandro (1982), *La revolución invisible,* México: Grijalbo (Autores mexicanos).

Mendiola, Salvador (1977), *Guerra y sueño,* México: Sistema Plan Joven.

Montemayor, Carlos (2006), *Obras reunidas I. Guerra en El Paraíso* [1991]. *Las armas del alba* [2003], México: FCE.

Montemayor, Carlos (2007), *La fuga,* México: FCE.

Mora, Juan Miguel de (1971), *La fórmula*, México: Grijalbo.

Mora, Juan Miguel de (1975), *Gallo rojo,* México: Grijalbo.

Mora, Juan Miguel de [1973] (1980), *Si tienes miedo (novela con apéndice),* 3ª ed., México: Editores Asociados Mexicanos.

Pérez Arce, Francisco (2010), *Septiembre*, México: Ítaca.

Fuentes sobre literatura y artes

Amar Sánchez, Ana María (2010), *Instrucciones para la derrota. Narrativas éticas y políticas de perdedores*, Barcelona: Anthropos.

Anaya, José Vicente (2010), "Carlos Montemayor y los clásicos", "La Jornada Semanal", núm. 802, suplemento de *La Jornada,* 18 de julio,

México, D.F. <http://www.jornada.unam.mx/2010/07/18/sem-jose.html>, consultado el 4 de agosto de 2011.
Aristóteles, *Poética,* Escuela de Filosofía Universidad ARCIS <www.philosophia.cl >, consultado el 16 septiembre de 2010.
Avelar, Idelber (2000), *Alegorías de la derrota: La ficción postdictatorial y el trabajo de duelo*, Santiago de Chile: Cuarto Propio.
Bakhtine, Mikhail (1978), *Esthétique et théorie du roman*, París: Gallimard.
Beverley, John (1991), *¿Postliteratura? Sujeto subalterno e impasse de las humanidades* <http://es.scribd.com/doc/93443951/88325320-John-Beverly-%C2%BFPosliteratura>, consultado el 24 de julio de 2012.
Beverley, John y Marc Zimmerman (1990), *Literature and Politics in the Central American Revolutions*, Austin, TX, EUA, University of Texas Press (New Interpretations of Latin America Series).
Bogado, Fernando (2011), "Tras los pasos del hombre nuevo" <www.pagina12.com.ar>, consultado el 16 mayo de 2011.
Cabrera López, Patricia (1993), "Macherey: la literatura como conciencia de la Modernidad", *Acciones Textuales*. *Revista de teoría y análisis*, núm. 4-5, año 3, enero-julio, México, D.F.: UAM, pp. 295-305.
Cabrera López, Patricia (2002), "Reflexión sobre los estudios literarios", en Valencia, Guadalupe *et al.* (coord.), *Epistemología y sujetos: algunas contribuciones al debate,* México: UNAM/CEIICH-Plaza y Valdés (Debate y reflexión, 2) pp. 111-124.
Cabrera López, Patricia (2004), "Novelas políticas de los años setenta en México", en… (coord.), *Pensamiento, cultura y literatura en América Latina,* México: UNAM/CEIICH-Plaza y Valdés, pp. 263-290 (Debate y Reflexión, 3).
Cabrera López, Patricia [2006] (2007), *Una inquietud de amanecer. Literatura y política en México, 1962-1987,* 1ª reimp., México: UNAM/CEIICH-Plaza y Valdés (Debate y reflexión, 4).
Cabrera López, Patricia (2010), "Ficción, ciencias sociales e historia en novelas del siglo XX", en Estrada Castañón, Alba T. (coord.), *Interdisciplina. Enfoques y prácticas,* México: UNAM/CEIICH, pp. 91-99 (Debate y reflexión, 31).
Cabrera López, Patricia (2011a), "La narrativa del 68 a través de los años: debate literario y político", en *Ficción y realidad en América Latina. 2° Congreso Internacional Entrecruzamientos en la América Hispana*,

México: UAM Azcapotzalco-Universidad de Alicante-Secretaría de Hacienda y Crédito Público, pp. 31-43.

Cabrera López, Patricia (2011b), "El guerrillero en la ficción novelesca no testimonial", ponencia leída en el VII Congreso Internacional de Literatura: Memoria e Imaginación de Latinoamérica y el Caribe, Pontificia Universidad Católica del Ecuador, Quito, 24 de agosto.

Castañeda, Salvador (1982), "El conocimiento como literatura", en *Géneros novelísticos*, México: UNAM/Ediciones de la Revista *Punto de Partida* (Cuadernillo de taller y seminario, 29), pp. 23-26.

Castañón, Adolfo y Daniel López Acuña (1975), "Carrión: el fervor de una voz autista", "La Cultura en México", núm. 701, suplemento de *Siempre!*, 16 de julio, México, D.F., pp. IX-X.

Chelebourg, Christian (2000), *L'imaginaire littéraire. Des archétypes à la poétique du sujet*. París: Nathan (Littérature).

Cornejo Polar, Antonio (1994), *Escribir en el aire. Ensayo sobre la heterogeneidad socio-cultural en las literaturas andinas,* Lima: Horizonte.

Corona, Ignacio (2001), *Después de Tlatelolco: las narrativas políticas en México (1976-1990). Un estudio de sus estrategias retóricas y representacionales,* Guadalajara, México: UDG.

Corona, Ignacio (2005), "Heterodiscurso en la narrativa mexicana actual", en Gordon, Samuel (comp. y ed.), *Novela mexicana reciente: aproximaciones críticas,* México: UTEP-Eón, pp. 103-122.

Cowie, Lancelot (1996), *La guerrilla en la literatura hispanoamericana. Un aporte bibliográfico*, Caracas: USB/IAEAL.

Cowie, Lancelot (2000), *Fuegos de resistencia*: *insurrección y narrativa en Venezuela 1960-1970*, Mérida, Venezuela: Universidad de Los Andes-Ediciones Actual (Va de Ensayo).

Cox, Mark R. (2004), "Apuntes para el estudio de la narrativa peruana desde 1980 y la violencia política", en… *Pachaticray (el mundo al revés). Testimonios y ensayos sobre la violencia política y la cultura peruana desde 1980*, Perú: Editorial San Marcos-CELACP, pp 67-77.

Diccionario de literatura mexicana. Siglo XX (2000), A. Pereira (coord.), México, UNAM/Instituto de Investigaciones Filológicas/CEL.

Duchesne Winter, Juan (2010), *La guerrilla narrada: acción, acontecimiento, sujeto*, San Juan, Puerto Rico: Ediciones Callejón.

Escalante, Evodio (1979), *José Revueltas. Una literatura del "lado moridor",* México: Era (serie Claves).

Escalante, Evodio (2004), "Prólogo. Las notas de la cárcel de Salvador Castañeda", en Castañeda, S., *Diario bastardo*, Coahuila, Coah.:

Instituto Coahuilense de Cultura, pp. xi-xvi (La república de las letras).

Gabriel Binzhá, Francisco (2008), *Luis Carrión: atisbos en la vorágine del suicidio*, tesis de Licenciatura en Lengua y Literaturas Hispánicas, unam/ffl, México, D.F.

García Domínguez, Marco Antonio (2012), *Literatura, ideología y periodismo,* tesis de Licenciatura en Lengua y Literaturas Hispánicas, unam/ffl, México, D.F.

García Hernández, Arturo (2010), "El novelista, como el historiador, es un investigador de la sociedad: Pérez Arce", *La Jornada,* 23 de enero, México, D.F.

Gómez de Unamuno, Aurelia (2008), *Narrativas marginales y guerra sucia en México 1968-1994,* tesis de PhD. in Hispanic Languages and Literatures, University of Pittsburgh <http://biblioteca.universia.net/html_bura/ficha/params/title/narrativas-marginales-guerra-sucia-mexico-1968-1994/id/50879168.html>, consultado el 10 de agosto de 2010.

Gomez-Vidal, Elvire (2004), "Poder de estado, contrapoder y poderes ocultos en *Lituma de los Andes* de Mario Vargas Llosa", en Aguila, Yves (ed.) y… (coord.), *Pouvoir et écritures en Amérique latine/Poder y escrituras en América Latina*, vol. 2, Burdeos: Presses Universitaires de Bordeaux (Collection de la Maison des Pays Ibériques, 86), pp. 181-254.

Íñigo, Alejandro (1988), *Periodismo literario,* México: Gernika.

Jameson, Fredric [1981] (1982), *The Political Unconscious. Narrative as a Social Symbolic Act*, Ithaca, NY: Cornell University Press (Cornell Paperbacks).

Jonsson, Araceli Noemí (1998), *Guerra en el Paraíso de Carlos Montemayor y la literatura testimonial,* tesis de master of arts, Rice University. Digital scholarship archive, mayo <http://scholarship.rice.edu/handle/1911/17183>, consultado el 5 de agosto de 2011.

Llebot Cazalis, Amaya (1998), "La memoria: ¿Un recurso ideológico? A propósito de la novela *Santo oficio de la memoria* del escritor argentino Mempo Giardinelli", en Di Prisco, Rafael y Antonio Scocozza (coord.), *Ideología y ficción en el siglo xx. II Congreso Internacional. Literatura y Política en América latina,* Caracas: Ediciones la Casa de Bello, pp. 243-259.

Macherey, Pierre [1966] (1971), *Pour une théorie de la production littéraire*, 3ª ed., París: Maspero (Théorie iv).

Maldonado López, Ezequiel (2010), "Luis Carrión: entre el infierno y el goce futuros", en *Tema y Variaciones de Literatura. Los heterodoxos de la literatura hispanoamericana,* núm. 34, semestre I, México, D.F.: UAM Azcapotzalco/División de Ciencias Sociales y Humanidades, pp. 119- 135.

Martínez, José Luis y Christopher Domínguez Michael (1995), *La literatura mexicana del siglo XX,* México: Conaculta.

Martínez, Tomás Eloy (2006), *La otra realidad. Antología,* Buenos Aires: FCE.

Martínez Canizález, José Luis (2009), "La literatura de la guerrilla en México: un breve recuento", 25 de febrero <http://www.elgrito.org.mx/>, consultado el 27 de mayo de 2012.

Monsiváis, Carlos (1974), "Clasismo y novela en México", *Cuadernos Políticos*, núm. 1, julio-septiembre, México, D.F.: Editorial Era, pp. 66-79.

Montaño Garfias, Ericka (2010), "Montemayor cumplió al recoger las voces femeninas, dice su viuda" *La jornada,* 9 de octubre, México, D.F. <http://www.jornada.unam.mx/2010/10/09/cultura/a03n1cul>.

Montemayor, Carlos [1995] (1996), "La literatura: una dimensión humana de la historia", *Cuadernos Universitarios,* núm. 24, N. E., Ciudad Juárez, Chih.: Universidad Autónoma de Ciudad Juárez, pp. 5-12.

Montemayor, Carlos (2008), "Ramón Mendoza, amigo combatiente", *La Jornada,* 12 de enero, p. 13, México, D.F.

Negrín, Edith (1995), *Entre la paradoja y la dialéctica. Una lectura de la narrativa de José Revueltas*, México: UNAM-Colmex.

Negrín, Edith (2001), "El edén subvertido*: Guerra en El Paraíso* de Carlos Montemayor", *Anuario de Letras,* vol. XXXIX, México: UNAM/CLH/IIF, pp. 313-342.

Negrín, Edith (2004), "Tres novelas de la guerrilla en México", en Cabrera López, P. (coord.), *Pensamiento, cultura y literatura en América Latina,* México: UNAM/CEIICH-Plaza y Valdés, pp. 239-262 (Debate y reflexión, 3).

Nieto de Gregori, Luis (2004), "Ensayo sobre la ceguera", en Cox, Mark R. (coord.), *Pachaticray (el mundo al revés). Testimonios y ensayos sobre la violencia política y la cultura peruana desde 1980*, Perú: Editorial San Marcos-CELACP, pp. 19-21.

Ochoa Sandy, Gerardo (1991), "El gobierno y el PC ocultaron la verdad sobre la guerrilla de Lucio, 'Guerra en el paraíso', de Carlos Montemayor", *Proceso,* núm. 753, 8 de abril, pp. 44-46.

Ochoa-Solis, David (1999), *México, historia y novela: la guerrilla de los años setenta en La guerra del Galio y Guerra en el paraíso,* tesis de PhD., Graduate School of Arts and Ciences, Columbia University. Academic Commons <http://app.cul.columbia.edu:8080/ac/handle/10022/AC:P:3607>, consultado el 23 de junio de 2010.

Orozco, Víctor (2010), "Las armas del alba" <http//espanol.groups.yahoo/group/bloquenegro/message/793>, consultado el 9 marzo de 2010

Peris Blanes, Jaume (2008), *Historia del testimonio chileno. De las estrategias de denuncia a las políticas de memoria*, Valencia, España: Universitat de València/Facultat de Filologia, Traducció y Comunicació (Anejo núm. 64 de la Revista *Quaderns de Filologia*).

Piglia, Ricardo (1989), "Ficción y política en la literatura argentina", en Kohut, Karl, *Literatura argentina hoy. De la dictadura a la democracia*, Fráncfort: Vervuert Verlag Frankfurt am Main, pp. 97-103 (Publicación del Centro de Estudios Latinoamericanos de la Universidad Católica de Eichstät, serie A, actas, 6).

Pimentel, Luz Aurora [1998] (2005), *El relato en perspectiva. Estudio de teoría narrativa*, 3ª ed., México: Siglo XXI-UNAM (Lingüística y teoría literaria).

Prada Oropeza, Renato (2001), *El discurso-testimonio y otros ensayos*, México: UNAM/CDC (Textos de difusión cultural, serie El estudio).

Prieto Inzunza, Angélica (s.f.), "Guerra en el paraíso de Carlos Montemayor: una historia alternativa", en *Biblioteca Universia* <http://biblioteca.universia.net/html_bura/ficha/params/id/49434770.html>, consultado el 4 de agosto de 2011.

Rancière, Jacques (2000), *Le partage du sensible. Esthétique et politique*, París: La Fabrique-Éditions.

Randall, Margaret (1992), "¿Qué es y cómo se hace un testimonio?", *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana. La voz del otro: testimonio, subalternidad y verdad narrativa*, núm. 18.3, Lima, pp. 21-45.

Retes, Ignacio (2000), *Por supuesto*, México: Océano.

Revueltas, José [1961] (1982), "A propósito de *Los muros de agua*", en… *Los muros de agua*, 6ª ed., México: Era, pp. 9-20 (…Obras completas).

Revueltas, José [1964] (2001), *Los errores,* México: Ediciones Era.

Rodríguez Ledesma, Xavier (2001), *Escritores y poder. La dualidad republicana en México, 1968-1994,* México: Conaculta-Fonca-UPN (Textos, 19).

Rodríguez Lozano, Miguel G. (1998), "Entre la historia y la ficción: un acercamiento a *Guerra en el paraíso* de Carlos Montemayor", en… *Desde afuera: narrativa mexicana contemporánea,* México: Abraxas, pp. 11-21.

Rodríguez-Luis, Julio (1997), *El enfoque documental en la narrativa hispanoamericana. Estudio Taxonómico,* México: FCE.

Saer, Juan José (1999), *El concepto de ficción*, México: Planeta Mexicana.

Sánchez-Prado, Ignacio M. (2006), *Naciones intelectuales: la modernidad literaria mexicana de la Constitución a la frontera (1917-2000)*, tesis de PhD. in Hispanic Languages and Literatures, University of Pittsburgh. Archivo PDF bajado de la red.

Schneider, Luis Mario (1997), *La novela mexicana entre el petróleo, la homosexualidad y la política*, México: Nueva Imagen.

Sefchovich, Sara (1987), *México: país de ideas, país de novelas.* México: Grijalbo (Enlace).

Solares, Ignacio (1991), "Lucio Cabañas y la guerrilla inconclusa. Entrevista con Carlos Montemayor", "La Cultura en México", suplemento de *Siempre!,* México, D.F., 20 de noviembre, pp. VIII-IX.

Woldenberg, José [2009] (2010), *El desencanto*, México: Cal y Arena, 386 p.

Zandanel, Antonia (2004), *Los procesos de ficcionalización del discurso histórico en la leyenda de El Dorado*, Mendoza, Argentina: Universidad Nacional de Cuyo/Facultad de Filosofía y Letras.

Fuentes de historia, ciencias sociales y filosofía

Abric, Jean-Claude (dir.) (2001), *Prácticas sociales y representaciones*, México: IFAL-Ediciones Coyoacán (Filosofía y Cultura Contemporánea, 16).

Aguayo, Sergio (1978), "La reforma política y la izquierda mexicana", *Nexos*, núm. 6, junio.

Alonso Vargas, José Luis (2008), "La guerrilla socialista contemporánea en México", en Oikión, Verónica y Marta Eugenia García Ugarte (ed.), *Movimientos armados en México. Siglo XX,* vol. I, México: El Colegio de Michoacán-CIESAS, pp. 129-143.

Alonso Vargas, José Luis (2011), "Breve semblanza de Salvador Gaytán Aguirre", 22 de abril <http://www.deigualaigual.net/>, consultado el 18 de agosto de 2012.

Araya Umaña, Sandra (2002), *Las representaciones sociales. Ejes teóricos para su discusión*, San José: FLACSO (sede Académica Costa Rica) (Cuaderno de Ciencias Sociales 127).

Argüello Cabrera, Libertad (2010), *Apertura política y violencia en México (1976-1988). Condiciones de visibilidad de agentes sociopolíticos no convencionales: el caso del Comité ¡Eureka!*, tesis de Maestría en Estudios Políticos y Sociales, UNAM/PPCPS, México, D.F.

Armendáriz Ponce, Minerva (2001), *Morir de sed junto a la fuente. Sierra de Chihuahua 1968. Testimonio,* Chihuahua, Chih.: s.p.i.

Aroche Parra, Miguel (1974), *El Che, Jenaro y las guerrillas. Estrategia y táctica de la Revolución en México*, México: Federación Editorial Mexicana, 110 p. (Pensamiento Actual, 18)

Baczko, Bronislaw [1984] (1991), *Los imaginarios sociales. Memorias y esperanzas colectivas*, Buenos Aires: Nueva Visión.

Barbosa, Fabio (1984), "La izquierda radical en México", *Revista Mexicana de Sociología*, vol. 46, núm. 2, abril-junio, pp.111-138.

Benejam, María Antonieta (1980), *Actividad e ideología de Carlos A. Madrazo: reseña cronológica 1915-1969*, Estado de México: UNAM/ENEP Acatlán (Serie de Intercambio).

Beverley, John (2009), "El balance de la lucha armada, cincuenta años después", *Casa de las Américas,* núm. 254, La Habana, pp. 15-22.

Bobbio, Norberto (2001), *Derecha e izquierda,* 3ª ed., A. Picone(trad.) Madrid: Suma de Letras (Punto de Lectura, 99).

Brachet de Márquez, Viviane (1996), *El pacto de dominación: estado, clase y reforma social en México (1910-1995*), México: El Colegio de México, Centro de Estudios Sociológicos, 317 p.

Campos Gómez, Comandante Eleazar (1987), *Lucio Cabañas y el Partido de los Pobres. Una experiencia guerrillera en México.* México: Editorial Nuestra América.

Cansino, César (1991), "La transición política en México: dinámica y perspectiva", *Estudios Políticos*, núm. 8, octubre-diciembre, tercera época, México, D.F., pp. 7-41.

Calloni, Stella (2001), *Operación Cóndor, pacto criminal*, México: Ediciones La Jornada

Carmona, Doralicia (2012), "Nace la Liga Comunista 23 de septiembre. Marzo 15 de 1973", *Memoria política de México* <http://memoriapoliticademexico.org/Efemerides/3/15031973.html>, consultado el 25 de septiembre de 2012.

Carr, Barry [1982] (1996), *La izquierda mexicana a través del siglo XX,* P. Villegas (trad.), México: Era (Problemas de México).

Carrasco Gutiérrez, Leticia (1999), *La guerrilla en México, 1970-1976. El caso de Guadalajara: La Liga Comunista 23 de Septiembre,* tesis de Maestría en Ciencias Sociales, CUCHS-UDG, Guadalajara, México.

Cartagena T., Jenny (2010), "A 40 años de la guerrilla de Teoponte", *Los Tiempos.com* (18 de Julio) <http://www.lostiempos.com/diario/actualidad/nacional/20100718/a-40-anos-de-la-guerrilla-de-teoponte>, consultado el 17 de enero de 2012.

Castañeda, Salvador y J. Candelario Pacheco G. (1992), "Balance del Movimiento de Acción Revolucionaria (MAR). Para romper el silencio", *Expediente Abierto*, núm. 2, febrero-marzo, México, D.F.: Centro de Investigaciones Históricas de los Movimientos Armados A.C.

Castañeda, Salvador (2006), *La negación del número (La guerrilla en México. 1965-1996: una aproximación crítica)*, México: Conaculta.

Castellanos, Laura [2007] (2008), *México armado 1943-1981*, 2ª reimp., México: Era.

Castoriadis, Cornelius [1975] (1989), *La institución imaginaria de la sociedad,* vol. 2, *El imaginario social y la institución*, Marco Aurelio Galmarini (trad.), Barcelona: Tusquets Editores, 334 p.

Castoriadis, Cornelius (1976), *La sociedad burocrática*, Barcelona: Tusquets Editores

Centro de Estudios y Documentación de las Brigadas Internacionales (CEDOBI) (2006) <http://www.brigadasinternacionales.uclm.es/modules.php?name=inicio&file=indexenero>, consultado el 17 de enero de 2012.

Castoriadis, Cornelius <http://es.wikipedia.org/wikiCornelius_Castoriadis>, consultado el 5 agosto de 2009.

Castro Soto, Gustavo (1999), "The School of the Americas/Escuela de las Américas", *Boletín de la CIEPAC,* núm. 181 <http://www.ciepac.org/boletines/chiapasaldia.php?id=181>, consultado el 16 julio de 2012.

Cedillo Cedillo, Adela (2007), "El verdugo y la flor", en Aguilar Terrés, María de la Luz (comp.), *Memoria del Primer Encuentro Nacional de Mujeres ex Guerrilleras. Análisis y reflexión sobre la participación de las mujeres en el Movimiento Armado Socialista,* México: s.p.i., pp. 45-51.

Cedillo Cedillo, Adela (2008), *El fuego y el silencio: Historia de las Fuerzas de Liberación Nacional Mexicanas (1969-1974)*, tesis de Licenciatura en Historia, UNAM/FFL, México, D.F.

Cedillo Cedillo, Adela (2010a), *El suspiro del silencio. De la reconstrucción de las Fuerzas de Liberación Nacional a la fundación del Ejército Zapatista de Liberación Nacional (1974-1983)*, tesis de Maestría en Estudios Latinoamericanos, UNAM/PPEL, México D.F.

Cedillo, Adela (2010b), "Balance del movimiento armado socialista. Informe de actividades de Adela Cedillo Cedillo como ayudante de investigación de la Dra. Alba Teresa Estrada Castañón (septiembre-noviembre de 2010)", mimeo CEIICH.

Cedillo Cedillo, Adela (2011), "El imaginario del guerrillero en la prensa mexicana en la década de los setenta", México: artículo inédito.

Certeau, Michel de [1999] (2006) *La escritura de la historia*, Jorge López Moctezuma (trad.), México: Universidad Iberoamericana-Instituto Tecnológico de Estudios Superiores de Occidente (ITESO), 334 p.

Concheiro, Elvira, M. Modonesi y H. Crespo (coords.) (2007), *El comunismo: otras miradas desde América Latina*, México: UNAM/CEIICH (Debate y Reflexión, 9).

Condés Lara, Enrique (2000), *Los últimos años del Partido Comunista Mexicano, 1969-1981,* Puebla, México: BUAP.

Cosío Villegas, Daniel (1973), *El sistema político mexicano*, México: Joaquín Mortiz.

Cuevas Guinto, Miguel Ángel (2010), "La lucha armada en México" <http://suite101.net/article/la-lucha-armada-en-mexico-a18228>, consultado el 17 julio de 2012.

Dijk, Teun A. van [1997] (2003), "El discurso como interacción en la sociedad", en… (comp.), *El discurso como interacción social. Estudios sobre el discurso II,* 2ª reimp., Barcelona: Gedisa (Serie Cla-de-ma, Lingüística/ Análisis del discurso), pp. 19-66.

Dilthey, Wilhelm (1978) *Introducción a las ciencias del espíritu*, México: FCE.

Dirección Federal de Seguridad [México] Security Reports, 1970-1977, en <http://www.lib.utexas.edu/taro/utlac/00200/lac-00200.html>, consultado el 11 junio de 2012.

Durkheim, Emile (1974), *Las reglas del método sociológico*, Buenos Aires: La Pléyade, 187 pp.

Duvignaud, Jean (2004), "Prefacio", en Maurice Halbwachs, *La memoria colectiva*, Zaragoza, España: Prensas Universitarias de Zaragoza, pp. 7-22.

Enciclopedia católica <http://ec.aciprensa.com/c/companiajesus.htm>, consultado el 10 de julio de 2012.

Esteve Díaz, Hugo (1996), *Las armas de la utopía. La tercera ola de los movimientos guerrilleros en México*, México: Instituto de Proposiciones Estratégicas.

Estrada Castañón, Alba Teresa (1994), *Guerrero: sociedad, economía, política y cultura*, México: CEIICH-UNAM, 166 p. (Biblioteca de las Entidades Federativas).

Estrada Castañón, Alba Teresa (2001), *El movimiento anticaballerista: Guerrero 1960. Crónica de un conflicto*, Chilpancingo, Gro.: Universidad Autónoma de Guerrero, 141 p. (Textos de investigación).

Estrada Castañón, Alba Teresa (2010), "Convergencias y divergencias disciplinarias entre ciencias sociales y humanidades: sociología e historia", en… (coord.), *Interdisciplina. Enfoques y prácticas,* México: CEIICH-UNAM, pp. 57-72.

Estrada Castañón, Alba Teresa (inédito), *De los movimientos cívicos a los movimientos armados. Régimen autoritario y presiones populares en México (1960-1978*), México: CEIICH-UNAM.

Favela Gavia, Margarita (2006), *Protesta y reforma en México. Interacción entre Estado y sociedad 1946- 1997,* México: CEIICH-UNAM-Plaza y Valdés Editores, 271 p.

Ferra Martínez, Carlos (1985), "La lucha por la tierra en el sur de Sonora y el Frente Campesino Independiente (1975-1976)", en Burgos, Rubén, *Movimientos sociales en el Noreste de México*, Culiacán, Sin.: Universidad Autónoma de Sinaloa, pp. 85-101.

[Fierro Loza, Francisco] (1982), *Los papeles de la sedición o la verdadera historia político militar del Partido de los Pobres*, Chilpancingo, Gro., mecanuscrito inédito.

Fierro Santiago, Felipe (2006), *El último disparo, versiones de la guerrilla de los setentas*, Atoyac de Álvarez, Gro.: Atl.

Fierros Álvarez, Manuel (2002), *La guerra sucia de los años 70's. Lucio Cabañas y la Brigada Campesina de Ajusticiamiento del Partido de los Pobres. Testimonios de Prensa*, mimeo.

Galeana Laurel, Enrique (2005), *Tempestades*, Chilpancingo, Gro.: UAG.

Gallegos, José Arturo (2004), *La guerrilla en Guerrero. Testimonios sobre el Partido de los Pobres y Las Fuerzas Armadas Revolucionarias* México: Grupo Editorial Lama, 286 p.

Gamiño Muñoz, Rodolfo (2008), *Análisis del movimiento armado en México en la década de 1970 a través de la prensa: el caso de la Liga Comunista 23 de Septiembre (1970-1979)*, tesis de Maestría en Sociología

Política, Instituto de Investigaciones "Dr. José María Luis Mora", México, D.F.

Gámiz García, Arturo [1965] (1991), "El único camino. Vª Resolución del encuentro en la Sierra 'Heraclio Bernal' en 1965", *Expediente Abierto*, núm. 1, febrero, México, D.F.: Centro de Investigaciones Históricas de los Movimientos Armados, pp. 27-37.

Gámiz García, Arturo [1965] (2003), "El mundo en que vivimos", en… y R. Ramos Zavala, *El tiempo que nos tocó vivir*, México: Huasipungo, pp. 63-167.

García Cerros, Mario (1991), *Historia de la Universidad Autónoma de Guerrero,* Chilpancingo, Gro.: UAG, 187 p. (serie Educación y Política, 1).

García Sánchez, Liliana (2007), *Judith Reyes. Una mujer de canto revolucionario 1924/1988,* México: RedeZ.

García, Rolando (2006), *Sistemas complejos. Conceptos, métodos y fundamentación epistemológica de la investigación interdisciplinaria,* Barcelona: Gedisa

Garrido, Luis Javier [1982] (1988), *El partido de la revolución institucionalizada. La formación del nuevo Estado en México (1928-1945)*, 8ª ed., México: Siglo XXI Editores, 380 p.

Glockner, Fritz [2007] (2008), *Memoria roja. Historia de la guerrilla en México (1943-1968)*, 1ª reimp., México: Ediciones B.

González Alarcón, Juan Carlos (2009), "El sueño guerrillero del Negris", *Contralínea Guerrero,* 1 noviembre 2009 <http://contralinea.info/archivo-revista/index.php/2009/11/01/el-sueno-guerrillero-del-negris/>, consultado el 16 julio de 2012.

González Ayerdi, Francisco *et al.* (1985), "Documentos electorales 1985. Nueve partidos políticos ante la crisis", *Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales*, año XXXI, nueva época, abril-junio, núm. 120, sección especial: "Documentos de campaña de 9 partidos", pp. 251-354.

González Casanova, Pablo [1965] (1969), *La democracia en México,* 3ª ed., México: Era, 335 p. (Serie popular, 4).

González Casanova, Pablo [2004] (2005), *Las nuevas ciencias y las humanidades. De la academia a la política,* 2ª ed., Barcelona: Instituto de Investigaciones Sociales UNAM-Anthropos Editorial, 478 p. (Autores, Textos y Temas. Ciencias Sociales, 37).

González Ruiz, Enrique (1989), *La Universidad-Pueblo, un proyecto traicionado,* Chilpancingo, Gro.: UAG, 195 p.

Guadarrama, Rocío y Carolina Romero (1985), "Partidos y elecciones en Sonora (1956-1967)", en Rubén Burgos (coord.), *Movimientos sociales en el Noroeste de México*, Culiacán, Sin.: Universidad Autónoma de Sinaloa, pp. 141- 170.

Guevara, Ernesto (1960), *La guerra de guerrillas*, La Habana: Ediciones La Cueva (PDF).

Guevara, Ernesto (1965), *El socialismo y el hombre en Cuba* <http://www.marxists.org/espanol/guevara/65-socyh.htm>, consultado el 17 julio de 2012.

Guevara, Ernesto (1968), *El diario del Che en Bolivia*, México: Siglo XXI, 238 p.

Granados Chapa, Miguel Ángel (1992), *¡Nava sí, Zapata no!,* México: Grijalbo, 182 p.

Halbwachs, Maurice (2004), *La memoria colectiva,* Zaragoza, España: Prensas Universitarias de Zaragoza.

Hansen, Roger D. (1983), *La política del desarrollo mexicano,* 13ª ed., México: Siglo XXI.

Hirales Morán, Gustavo (1978), *La Liga Comunista 23 de Septiembre. Orígenes y naufragio,* México: ECP.

Hirschman, Albert O. (1977), *Salida, voz y lealtad. Respuestas al deterioro de empresas, organizaciones y estados*, México: FCE.

Hobsbawm, Eric (2003), *Años interesantes. Una vida en el siglo XX,* Barcelona: Crítica.

Jelin, Elizabeth (2001), "¿De qué hablamos cuando hablamos de memorias?", en... *Los trabajos de la memoria,* España: Siglo XXI.

Jelin, Elizabeth (2005), "Las luchas por las memorias", *Telar. Revista del IIELA*, núm. 2-3, año 2, Tucumán: Universidad Nacional de Tucumán, pp. 17-40.

Kuhn, Thomas S. (1971) , *La estructura de la revoluciones científicas,* México: FCE (Breviarios).

Laguna Berber, Mauricio Abraham (2004) , *Liga Comunista 23 de Septiembre*, México: edición del autor.

Lahire, Bernard (2006), "Sociología y literatura", en… *El espíritu sociológico*, Buenos Aires: Ediciones Manantial.

León, Maru (2002), "Representaciones sociales: actitudes, creencias, comunicación y creencia social", en J.F Morales, D. Páez, A.L. Kornobil y otros, *Psicología social*, Buenos Aires: Prentice-Hall.

Linz, Juan J. (1975), "Totalitarian and Authoritarian Regimes", en Fred I. Greenstein y Nelson W. Polsby (eds.), *Macropolitical Theory*, Reading, MA: Addison Wesley (Handbook of Political Science).

López, Jaime (1974), *Diez años de guerrilla en México, 1964-1974*, México: Posada, 147 p. (Colección Duda Semanal).

López Limón, Alberto Guillermo (2008), "La trayectoria política de Arturo Gámiz García", en… *Los mártires de Madera, rebeldía en el estado de Chihuahua. México (1965)*, núm. 5, vol. 1, septiembre <http://www.redirmexico.net/Madera.pdf>, consultado el 8 de agosto de 2012.

Loza Ochoa, Óscar (1986), *Tiempo de espera*, Culiacán, Sin.: Universidad Autónoma de Sinaloa.

Lucero Estrada, Diego (2012), *Sueños Guajiros. Diego Lucero y la guerrilla mexicana de los años 60 y 70,* México: Casa de las Palabras, 223 p.

Mansfield, Nick (2000), *Subjectivity. Theories of the Self from Freud to Haraway*, New York: New York University Press.

Mansilla, H. C. F. (1990), "Los iluminados y sus sombras. Crítica de la guerrilla latinoamericana 1960-1976", *Nueva Sociedad,* núm. 105, enero-febrero, Caracas, pp. 118-129.

Marcué Pardiñas, Manuel (1956), *La crisis de la educación en México. Las huelgas estudiantiles*, México: Ediciones de Problemas Agrícolas e Industriales de México.

Martínez Nateras, Arturo (1972), *No queremos apertura, queremos revolución!: materiales del Foro Nacional Estudiantil,* México: Ediciones de Cultura Popular (Presencia estudiantil, 1).

Martínez Nateras, Arturo (1980), "Punto y seguido: crisis en el PCM?", México: articulo inédito.

Mayo, Baloy (1980), *La guerrilla de Genaro y Lucio,* México: Diógenes, 103 p.

Mendoza García, Jorge (2001), "Otra ofensiva gubernamental: la ideologización hacia la guerrilla", *Memoria,* núm. 149, año 7, julio, México, D.F.: CEMOS.

Middlebrook, Kevin J. (1988), "La liberalización política de un régimen autoritario: el caso de México", en O'Donell, Guillermo, Phillipe Schmitter y Laurence Whitehead (comps.), *Transiciones desde un gobierno autoritario. 2. América Latina*, Buenos Aires-México-Madrid: Paidós, pp. 187-223.

Molinar, Juan (1991), *El tiempo de la legitimidad,* México: Cal y Arena.

Monsiváis, Carlos (1997), "La izquierda mexicana: lo uno y lo diverso", *Fractal,* núm. 5, México, D.F., abril-junio, pp. 11-28.

Montemayor, Carlos (2007), *La guerrilla recurrente*, México: Random House Mondadori (Debate).

Moore, Barrington (1989), *La injusticia: bases sociales de la obediencia y la rebelión*, México: UNAM, 481 p.

Moscovici, Serge (1991), *La influencia social inconsciente,* Barcelona: Anthropos.

Olson, Mançur (1992), *La lógica de la Acción Colectiva. Bienes públicos y la teoría de Grupos,* México: Limusa, 199 p.

Orozco Orozco, Víctor (2008), "La guerrilla chihuahuense de los sesenta", en Oikión, Verónica y Marta Eugenia García Ugarte (ed.), *Movimientos armados en México. Siglo XX*, vol. II, México: El Colegio de Michoacán-CIESAS, pp. 337-360.

Ortiz Mena, Antonio (1998), *El desarrollo estabilizador. Reflexiones sobre una época*, México: El Colegio de México, 408 p.

Oikión, Verónica (2008), "El Movimiento de Acción Revolucionaria. Una historia de radicalización política", en Oikión, Verónica y Marta Eugenia García Ugarte (ed.), *Movimientos armados en México. Siglo XX*, vol. II, México: El Colegio de Michoacán-CIESAS, pp. 417-460.

Payeras, Mario (1989), *Los días de la selva,* México: ENAH-INAH, 134 p.

Pellicer de Brody, Olga y Esteban L. Mancilla (1978), *Historia de la Revolución Mexicana, 1952-1960.* vol. 23. *El entendimiento con los Estados Unidos y la gestación del desarrollo estabilizador*, México: El Colegio de México, 299 pp.

Pellicer de Brody, Olga y José Luis Reyna (1978), *Historia de la Revolución Mexicana, 1952-1960.* vol. 22. *El afianzamiento de la estabilidad política,* México: El Colegio de México.

Peñaloza Torres, Alejandro (2004), *La lucha de la esperanza: historia del MAR (1965-1971)*, tesis de Licenciatura en Historia, ENAH, México, D.F., 160 p.

Pizzorno, Alessandro (1989), "Algunas otras clases de otredad. Una crítica de las teorías de la *elección racional*", en *Democracia, desarrollo y el arte de traspasar fronteras: Ensayos en homenaje a Albert Hirschman,* México: FCE, pp. 368-387.

Poirier, Nicolás (2006), *Castoriadis. El imaginario radical*, Buenos Aires: Nueva Visión (Claves).

Porta, Eva da y Daniel Saur (2008), *Giros teóricos en las ciencias sociales y humanidades,* Argentina: Comunicarte.

Posadas, Florencio y Benito García (1985), "Movimiento de los obreros agrícolas en Sinaloa (1977-1983)", en Burgos, Rubén, *Movimientos sociales en el Noreste de México*, Culiacán, Sin.: Universidad Autónoma de Sinaloa, pp. 17-43.

Pozas Horcasitas, Ricardo (2001), "Los sesenta; del otro lado del tiempo", *Fractal,* núm. 20, México, D.F., abril-junio, pp. 77-105.

Prigogine, Illya e Isabelle Stengers (1983), "El desafío de la ciencia", en *La nueva alianza*. *Metamorfosis de la Ciencia,* Madrid: Alianza Universidad.

Radilla Martínez, Andrea (2001), *Poderes, saberes y sabores,* Chilpancingo, Gro.: UAG.

Radilla Martínez, Andrea [2002] (2008), *Voces acalladas (vidas truncadas). Perfil biográfico de Rosendo Radilla Pacheco*, 2ª ed., México: Nueva Visión 2007-UAG/UAFyL-Semujer.

Ramírez Salas, Mario (2008), "La relación de la Liga Comunista 23 de Septiembre y el Partido de los Pobres en el estado de Guerrero en la década de los setenta", en Oikión, Verónica y Marta Eugenia García Ugarte (ed.), *Movimientos armados en México. Siglo XX*, vol. II, México: El Colegio de Michoacán-CIESAS, pp. 527-547.

Ramos Zavala, Raúl [1970] (2003), "El tiempo que nos tocó vivir" en… y A. Gámiz García, *El tiempo que nos tocó vivir*, México: Huasipungo, pp. 8-61.

Rangel Lozano, Claudia E. G. y Evangelina Sánchez Serrano (2008), "La guerra sucia en los años setenta y las guerrillas de Genaro Vázquez y Lucio Cabañas en Guerrero", en Oikión Solano, Verónica y Marta Eugenia García Ugarte (ed.), *Movimientos armados en México, siglo XX,* vol. II, México: Colmich-CIESAS, pp. 495-525.

Revueltas, José (1980), *Ensayo sobre un proletariado sin cabeza*, México: Era (Obras Completas, 17).

Reyes, Judith (1974), *La otra cara de la Patria. Autobiografía,* México: s.p.i.

Reyes Peláez, Juan Fernando (1997), "Material gráfico de los movimientos armados en México (1964-1996)", *Cuadernos de Avances de Investigación*, núm. 3, México, D.F.: Centro de Investigaciones Históricas de los Movimientos Armados.

Reyes Serrano, Ángel C. (1985), *¡Trinchera…! Lucio Cabañas, Genaro Vázquez y su guerrilla*, México: Costa-Amic Editores, 91 p.

Riego Cortinas, María Teresa del (2005), *Lucio Cabañas. Una aproximación*, tesina de Licenciatura en Ciencias de la Comunicación, México: FCPyS, UNAM.

Rivas Ontiveros, José René (2007), *La izquierda estudiantil en la UNAM. Organizaciones, movilizaciones y liderazgos (1958-1972),* México: UNAM-Miguel Ángel Porrúa, 913 p.

Rivera Terrazas, Luis (1975), *Por una Universidad democrática, crítica y popular,* Puebla, México: Universidad Autónoma de Puebla.

Robles Garnica, Guillermo (1996), *Guadalajara: la guerrilla olvidada. Presos en la isla de la libertad,* México: Ediciones La Otra Cuba.

Rodríguez Araujo, Octavio (coord.) (1997), *La reforma política y los partidos en México,* 12ª ed., México: Siglo XXI.

Rodríguez Araujo, Octavio (2002), *Izquierdas e izquierdismo. De la Primera Internacional a Porto Alegre,* México: Siglo XXI (Sociología y política).

Rodríguez Munguía (2007*), La otra guerra secreta: los archivos prohibidos de la prensa y el poder*, México: Random House Mondadori.

Sánchez Parra, Sergio Arturo (2006), "La guerrilla en México: un intento de balance historiográfico", *Clío*, nueva época, vol. 6, núm. 35, pp. 121-144.

Santos Valdés, José (1968), *Madera. Razón de un martirologio,* Chihuahua: s.p.i.

Schröedinger, Edwin (1985), *Ciencia y humanismo,* Madrid: Tusquets Editores.

Sefchovich, Sara (1983), "La derecha apocalíptica", *Revista Mexicana de Sociología*, núm. 2, vol. 45, abril-junio, México, D.F.: UNAM/IIS, pp. 601-637.

Servín, Elisa (2004), "Propaganda y Guerra Fría: la campaña anticomunista en la prensa mexicana del medio siglo", *Signos Históricos* (núm. 11, enero-junio, UAM-I, México, D.F., pp. 9-39) <http://redalyc.uaemex.mx/pdf/344/34401101.pdf >, consultado el 29 de julio de 2011.

Sierra Guzmán, Jorge Luis (2003), *El enemigo interno. Contrainsurgencia y fuerzas armadas en México,* México: Centro de Estudios Estratégicos de América del Norte-Universidad Iberoamericana-Plaza y Valdés, 342 p.

Sierra Guzmán, Jorge Luis (2008), "Fuerzas armadas y contrainsurgencia (1965-1982)", en Oikión, Verónica y Marta Eugenia García Ugarte

(ed.), *Movimientos armados en México. Siglo XX*, vol. II, México: El Colegio de Michoacán-CIESAS, pp. 361-404.
Sin firma (1965), "Panorama nacional. La nación. Sangre en Chihuahua", *Política,* núm. 131, 1 de octubre, pp. 5-9.
Solís, Leopoldo (1981), *La realidad económica mexicana: retrovisión y perspectivas,* 15ª ed., México: Siglo XXI, 319 pp.
Tarrow, Sidney [1994] (1997), *El poder en movimiento. Los movimientos sociales, la acción colectiva y la política*, Madrid: Alianza, 369 p. (AU, 877)
Taylor, Charles (2006), *Imaginarios sociales modernos,* Barcelona: Paidós Ibérica, 228 pp.
Tecla Jiménez, Alfredo [1976] (1977), *Universidad, burguesía y proletariado,* México: Ediciones de Cultura Popular, 209 p.
Tello, Nerio (2003), *Cornelius Castoriadis y el imaginario radical,* Madrid: Campo de ideas.
Terán, Liberato y Melchor Inzunza (1985), "Consideraciones sobre el movimiento estudiantil en Sinaloa", en Burgos, Rubén (coord.) *Movimientos sociales en el Noroeste de México,* Culiacán, Sin.: Universidad Autónoma de Sinaloa, pp. 243- 264.
Therborn, Goran (1987), *La ideología del poder y el poder de la ideología*, México: Siglo XXI.
Tótoro Taulis, Dauno (2000), *Ser de izquierda*, Santiago, Chile: Planeta (Chile: su historia inmediata).
Ulloa Bornemann, Alberto (2004), *Sendero en tinieblas,* México: Cal y Arena.
Urquidi, Víctor L. (1951), "El papel de la política fiscal y monetaria en el desarrollo económico", *El Trimestre Económico*, vol. XVIII, octubre-diciembre, núm. 4, pp. 636-653.
Vargas Valdés, Jesús (2011a), "Los Gaytán y sus compañeros (parte XIII)", *La Fragua de los Tiempos*, núm. 898, 27 de febrero <http://www.uacj.mx/UEHS/Documents/Fragua%20de%20los%20tiempos/fragua%20913.pdf>, consultado el 17 de mayo de 2011.
Vargas Valdés, Jesús (2011b), "Los Gaytán y sus compañeros (parte XV)", *La Fragua de los Tiempos*, núm. 925, 9 de octubre <http://www.uacj.mx/UEHS/Documents/Fragua%20de%20los%20tiempos/fragua%20925.pdf >, consultado el 17 de mayo de 2011.
Vázquez, Félix (2001), *La memoria como acción social. Relaciones, significados e imaginario,* Barcelona: Paidós (Temas de Psicología).

Verdugo Córdova, Joel Alonso (1998*), Una reflexión socio-histórica de los movimientos estudiantiles en la Universidad de Sonora (1967-1992), a partir de la imagen fotográfica y el testimonio oral*, tesis de Licenciatura en Sociología, UniSon, Hermosillo, Son.

Vico, Giambattista (1978), *Ciencia nueva. En torno a la naturaleza común de las naciones*, México: FCE, 303 p. (Colección Popular, 178).

Weber, Max [1944] (1983), *Economía y sociedad*, México: FCE, 1237 p.

Weber, Max [1973] (1993), *Ensayos sobre metodología sociológica*, Buenos Aires: Amorrortu, pp. 7-101

Zermeño, Sergio (2007), "Prólogo", en José René Rivas Ontiveros, *La izquierda estudiantil en la UNAM. Organizaciones, movilizaciones y liderazgos (1958- 1972),* México: UNAM-Miguel Ángel Porrúa, pp. 11-19.

Obras de consulta general

Bibliografía sobre la guerra sucia y los movimientos armados actualizada <http://guerrasuciamexicana.blogspot.mx/2011/08/bibliografia-sobre-laguerra-sucia-y.html>.

Coordinación Nacional de Literatura <http://www.literatura.bellasartes.gob.mx/acervos/index.php/catalogo-biobibliografico/623?start=1>.

Diccionario de escritores mexicanos. Siglo XX. Desde las generaciones del Ateneo y novelistas de la Revolución hasta nuestros días, 9 tomos (1988-2007), Aurora M. Ocampo (dir.), México: UNAM / IIFL/CEL.

Diccionario enciclopédico UTEHA, tomo IV (1953), México: Unión Tipográfica Editorial Hispano Americana.

DGE, VIII Censo General de Población 1960 <http://www.inegi.org.mx/sistemas/tabuladosbasicos>.

El pequeño Larousse ilustrado (2003), 9ª ed., 1ª reimpresión, coedición internacional, impreso en Colombia, 1824 p.

El Universal (1994), Los movimientos armados en México, 1917/1994, tomo II, México.

Historia universal Salvat, tomo 17. *De la Revolución Francesa a la gesta de Bolívar* (1999), España: Salvat Editores, pp. 3063-3228.

Solís Téllez, Judith (2006*),* "Ecos de la guerra sucia en la literatura guerrerense", *Tierra Adentro,* núm.140, junio-julio*,* México: Conaculta, pp. 102-103.

Wikipedia. La enciclopedia libre <http://es.wikipedia.org/wiki/Wikipedia:Portada>.

Otros títulos de la colección

El corazón de los libros. Alzate y Bartolache: lectores y escritores novohispanos (S. XVIII)
Mauricio Sánchez Menchero

El sueño de Hypatia. Las y los estudiantes de la UNAM ante la carrera científica
Elsa S. Guevara Ruiseñor (coordinadora)

Sociocibernética, cibercultur@ y sociedad
Margarita Mass Moreno, José Amozurrutia, Patricia Almaguer Kalixto, Laura González Morales y Manuel Meza Cuervo

Intervenciones sobre miedos y otros
Maya Aguiluz Ibargüen (coordinadora)

Complejidad y ciencias sociales. Un modelo adaptativo para la investigación interdisciplinaria
José A. Amozurrutia

El comunismo: otras miradas desde América Latina (2ª edición)
Elvira Concheiro, Massimo Modonesi y Horacio Crespo (coordinadores)

Nanomedicina, entre políticas públicas y necesidades privadas
Simone Arnaldi, Gian Carlo Delgado, Mariassunta Piccinni y Piera Poletti (editores)

Reencuentro con Marx. Partido y praxis revolucionaria
Elvira Concheiro

Con las armas de la ficción. El imaginario novelesco de la guerrilla en México (vol. I), es uno de los productos del proyecto de investigación interdisciplinaria de largo aliento, "Literatura y política en México. Siglos XX y XXI". En la declaración de principios del escritor peruano Luis Nieto de Gregori, las autoras hallaron la frase adecuada para nombrar la intención de más de 25 novelas publicadas a lo largo de 40 años, que tienen como referente el movimiento armado de México iniciado en 1965; novelas que forman parte del acervo formado por más de 150 narraciones de izquierdas, publicadas en México desde los años sesenta del siglo XX hasta lo que va del siglo XXI. Entre tales narraciones, Patricia Cabrera López y Alba Teresa Estrada seleccionaron un *corpus* congruente con la hipótesis general del proyecto de investigación mencionado, a saber: *la literatura posee la capacidad de generar ideas y pensamiento que participen en los debates sociales de su tiempo*; asimismo, con la hipótesis particular de que en relación con los grupos guerrilleros mexicanos, la narrativa literaria fue la primera en configurar el imaginario social de la justedad de aspirar a transformar el sistema imperante por la vía de la lucha armada.

Esta vía para la transformación social, política y económica de la mayor parte de los países latinoamericanos en el siglo XX –y hasta de países de otros continentes– fue objeto de debates intensos dentro y entre las organizaciones izquierdistas. Por eso el imaginario literario generado en las novelas no se reduce a la configuración estético-verbal; solo se le comprende correlacionándolo con los debates políticos contenidos en la composición de los grupos armados, en sus acciones, en sus consistencias, en sus aciertos y en sus errores. Pero para discernir esa correlación es imprescindible la colaboración interdisciplinaria de por lo menos dos especialidades; en este caso, el estudio de la literatura y la sociología política. Como investigación universitaria pionera, *Con las armas de la ficción. El imaginario novelesco de la guerrilla en México* (vol. I) constituye una propuesta de abordaje riguroso, susceptible de mejorarse con vistas a preparar su siguiente volumen.

CENTRO DE INVESTIGACIONES INTERDISCIPLINARIAS EN CIENCIAS Y HUMANIDADES

unam donde se construye el futuro

ISBN: 978-607-02-3803-1